





LA

MESIADA

2



PI2381
.Z8
S6
V.2
C.1



010787





1080022156

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL



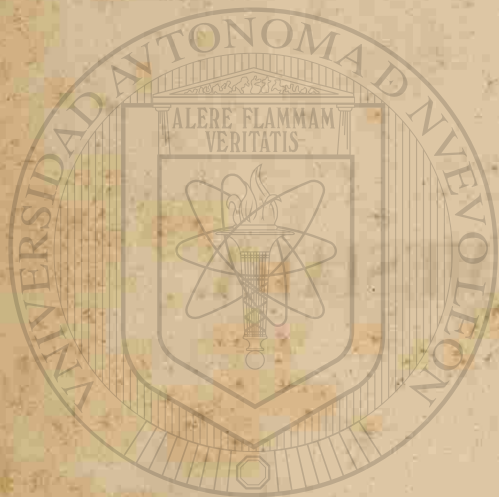
LA MESIADA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Schneider y Langrand, calle de Erfurth, 4.



Thebesio del.

L. Wolff sculp.

LA MESIADA.

LA MESIADA,

POEMA ÉPICO EN VEINTE CANTOS

ESCRITO EN ALEMÁN POR KLOPSTOCK,

TRADUCIDO AL FRANCÉS

POR LA SEÑORA DE CARLOWITZ,

Y DE ESTE IDIOMA AL CASTELLANO

Por D. Patricio de la Escosura.

PRECEDE UNA NOTICIA DE LA VIDA DEL AUTOR.

con láminas.

TOMO II.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
Capilla de la Virgen
Biblioteca Universitaria

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

MEJICO.
LIBRERIA DE GALVAN.

1844

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

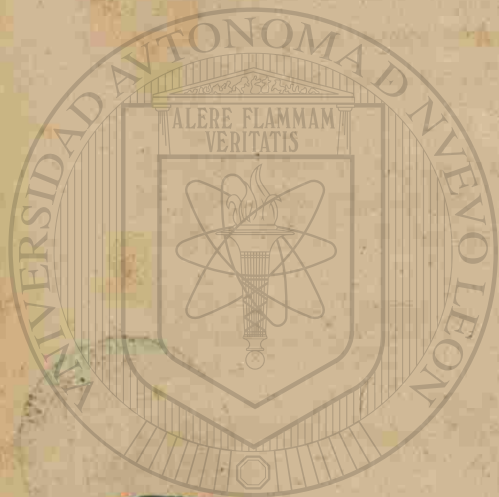
47012

PT 2381

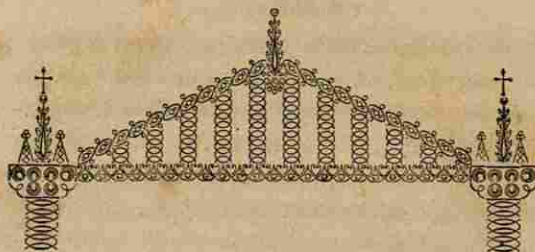
. 28

56

V. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



LA MESIADA.



CANTO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. — José de Arimatea consigue de Pilatos permiso para sepultar á Jesus. — Mientras, auxiliado por Nicodemo, José cumple con aquella piadosa obligación canta un coro de resucitados un himno á la cruz. — Reúnense en la morada de Juan los apóstoles, parte de los setenta elegidos, la Virgen María y las santas mugeres. — José de Arimatea y Nicodemo van á unirles llevando consigo la corona de espinas de Jesus. — Muere María Magdalena, hermana de Lázaro, y asisténla en la postrera hora su hermano, Tadeo y Nataniel. — Vuelve Lázaro á la morada de Juan y procura reanimar el valor de sus amigos. — Salem, uno de los ángeles custodios de Juan, hace que tenga este en sueños una vision consoladora.

•••••

010787

Quando teme el alma perder su parte de la celestial herencia, se entristece y tiembla hasta en sus mas recónditos senos; y estraviándose el pensamiento en el laberinto de la Providencia, donde quiera que vuelve los ojos solo ve el anatema del monte Sináí ó los terrores del Gólgota. No viendo ya en la eternidad ni el blanco manto de los vencedores, ni la corona del martirio, abísmase en el polvo, y perderiase en la nada, si el aliento protector de los seráfines no reanimase la llama de su divina esencia, recordándole que únicamente descendió á la tierra para someterse con ciega obediencia á los decretos del Eterno.

Con esa dolorosa resignacion rodean la cruz algunos de los pocos amigos fieles de Jesus, entre los cuales solo conserva algun resto de esperanza y de valor José de Arimatea, quien con objeto de reparar la falta que su invencible timidez le hizo cometer ante el Sanedrin, esclama en voz sonora y para todos inteligible:

« Por lo menos no quedará insepulto el divino cadaver; yo le haré los últimos honores. Largo tiempo há que mandé abrir mi tumba, en ella cabremos entrambos. ¡Valor, Nicodemo! prepara la mirra y el aloes mientras voy á buscar al pretor romano. Aquí nos encontraremos y yo traeré el sudario. »

Diciendo así se aparta rápido como un noble

pensamiento, que ni amenazas ni seducciones son capaces de arredrar. En breve llega al palacio de los Romanos donde encuentra á Porcia, pálida y con los ojos bañados en lágrimas, y á Pilatos inquieto y meditabundo. Sorprendido el Romano con la visita de José, cuyo aspecto anuncia un profundo dolor, le pregunta qué motivo le conduce á su presencia.

« Vengo, responde el de Arimatea, á pedirte los restos del hombre divino, á quien tú, no acertando á apreciarle, has entregado al furor de sus enemigos. »

« ¿Y que te importa á tí ese hombre? ¿Porqué quieres darle esa prueba de afecto que puede ser peligrosa para tí? »

« Obedezco al soberano Juez que en lo alto de los cielos pesa nuestras acciones y pensamientos. »

« Los Jueces supremos del mundo no tienen su tribunal donde lo imaginan tus locas ilusiones: en las orillas del Cócito nos esperan, y no se llaman Jehová ni Jesus; sino Minos, Radamanto y Sarpedon. »

« Cuando la urna cineraria reciba tus cenizas y el sepulcro mis caducos restos entonces veremos, ó Pilatos, si son tus dioses ó el mio los que distribuyen el premio y el castigo. Entre tanto concédeme la gracia que de tu bondad solicito, entregando el inanimado cuerpo del profeta, asesinado por su

pueblo, á los pocos amigos que aun le son fieles. »

Suplicó Porcia á su marido que accediese á tan justa demanda, y complacióla Pilatos; mas dominado siempre por el temor de comprometer su autoridad, hizo llamar á Eneo, que mandaba la tropa que fué al Gólgota, y preguntóle si estaba seguro de la muerte de Jesus.

Y respondió Eneo :

« Ninguno de nuestros soldados se ha atrevido á romperle los huesos; he mandado que le atravesasen el corazon de un lanzazo y ya no vive. »

Tranquilo entonces Pilatos autorizó á José para dar sepultura á Jesus, y el noble Israelita regresó inmediatamente al Gólgota.

Al ver la sábana mortuoria en manos de José, redobló María los sollozos cubriéndose el rostro con las manos; por fin Juan se atrevió á dirigirle la palabra :

« Piensa, ó madre de nuestro divino maestro, que el único consuelo que nos queda, á los que tanto le hemos amado, es el de tributar los últimos honores á sus sagrados restos. »

Adelántanse hácia la cruz José y Nicodemo escitando á los demas fieles á que fuesen á auxiliarlos; mas ni uno de ellos se movió de su sitio, tal los tenia de abismados el dolor.

Invisibles para los mortales estan en la atmós-

fera sobre la fúnebre colina, los ángeles y los resucitados pulsando sus divinas arpas, y entonando lúgubres cánticos que llegan al pié del trono de Jehová.

Al pié de la cruz han tendido José y Nicodemo un lienzo cubierto de suaves perfumes y en él colocan el cadaver de Jesus, envolviéndole despues en aquellos preciosos aromas que hacen imposible la descomposicion del cuerpo humano.

Eva descende de las nubes, se detiene cerca del divino muerto, y se inclina sobre él con todo el abandono de la maternal ternura. Toca los largos rizos de su dorada cabellera en las llagas de Jesus, riegan abundantes lágrimas la helada frente del cadaver, y con voz apenas inteligible, aun para los ángeles mismos, murmura estas dulces palabras :

« ¡ O mi hijo y Salvador, cuan bello eres ! De cada una de tus llagas veo brotar eternos raudales de felicidad. Cubre la palidez de la muerte tu rostro todavía ; mas esa boca inmóvil y esos apagados ojos anuncian la inmortalidad de todos mis hijos. Ahí estás sin vida, y sin embargo todo en tí es amor y misericordia. »

José y Nicodemo han envuelto al Mesias, en el perfumado sudario que se tiñe en sangre...

Corren abundantes las lágrimas de los bienaven-

turados, y canta un coro de resucitados el dolor de los cielos de esta manera :

« ¿ Quien eres, tú que bajas del Gólgota envuelto en purpúreo manto? ¿ Quien eres tú, que te apartas del altar con las vestiduras teñidas en sangre? ¿ Quien eres tú, que dispones de la salud eterna? »

Responde otro coro, y la trompa del juicio final hace resonar su voz terrible :

« ¡ Soy el que enseña la justicia, soy quien distribuye el premio y el castigo! »

Y vuelve á decir el primer coro :

« ¿ Porqué tus vestiduras estan teñidas en color rojo como las del vendimiador cuando sale del lagar? »

Y responde la trompa :

« ¡ Solo me habeis dejado en este lugar de iniquidades, en mi cólera he anonadado á cuantos contra mí se rebelaron, y en esa obra que á todos os ha salvado tinéronse en sangre mis vestiduras! ¡ Llegado es el día de la venganza, el día de la Redencion! Miré en torno y no ví á nadie para ayudarme: descargó el Señor sobre mí cabeza sus mas crueles terrores, y ni un habitante de la tierra ni un morador de los cielos me ha sostenido. Consumé mi obra por la fuerza de mi ira y el poder de mi brazo. Deshice la cabeza de la serpiente que en el talon me mordió. Embriagué completamente á los

que contra mí se levantaron; y vedlos tendidos en la tierra sin fuerza ni movimiento ¹. »

José de Arimatea quita de la frente de Jesus la sangrienta corona, y la entrega á Nicodemo quien la contempla con mudo dolor. Juan y María prorrumpen en amargos sollozos.

Corren abundantes las lágrimas de los bienaventurados, y canta un coro de ángeles el triunfo de los cielos de esta manera :

« Escuchad, ángeles, el murmullo del Cedron que baña los muros del templo: vencida está la orgullosa, mirad, deshecha está la cabeza de la serpiente. »

Y canta otro coro con voz mas fuerte :

« Cuando mas dulcemente murmuraba el Cedron, cuando las palmas de Getsemaní inclinaron las moyedizas copas al soplo de la matutina brisa, entonces empezaron para él las angustias de la agonía; entonces oyó los bramidos del abismo y los desesperados clamores de los réprobos; entonces tembló el Tabor hasta en sus cimientos! »

Elohá, saliendo súbitamente del fondo de las nubes, repite :

« Entonces comenzaron para él las angustias de la agonía. »

¹ Imitacion del cap. LXIII de Isaías en el cual describió el profeta los trabajos del Mesias reducido á libertar á su iglesia con sus solas fuerzas. — T. F.

Sobre los inanimados restos del Mesías entona el coro angélico un himno de muerte.

José y Nicodemo toman amorosamente en sus brazos el cuerpo de Jesus y se lo llevan...

Síguelos con la vista un resucitado y prorrumpe en tiernas quejas diciendo :

« ¡ Por nosotros acabas de morir en la cruz, ó tú el mas bello entre los hombres, ó tú el mas bello entre los ángeles ! Los esclavos del pecado han sorteado tus vestiduras ; cuando devorado por la sed les pediste de beber, te presentaron hiel y vinagre. »

Y el coro de los ángeles prosigue :

« ¡ Ay de tí, Jerusalem ! ¡ Ay de tus indignos hijos ! Oyólos el Eterno cuando pidieron la sangre del Redentor ; viólos cuando sobre él se arrojaron, como sobre su presa los buitres. »

Continua sonando la trompa del juicio final y callan las arpas de los Patriarcas. Hasta Moises cesa de pulsar las cuerdas de su lira, y separándose de la legion de ángeles y resucitados que le rodea, vuela sobre el Mesías y canta :

« A vosotros que habeis asesinado á este divino Abel, miserables Caines, bien os conozco ; bien sé donde teneis vuestras guaridas. A lo mas alto de los cielos han llegado los clamores de su sangre y no pidiendo venganza, no ; sino perdon para vosotros que habeis rechazado su misericordia : pero

la voz del Gólgota ha penetrado hasta el fondo de los infiernos : ¡ asesinos del Salvador, pues que lo habeis querido, morid de eterna muerte ! »

Cesó de sonar el metal sonoro, calló el profeta, y quedaron los inmortales sumidos en mudo dolor.

José y Nicodemo llegan á la tumba abierta en las entrañas de un negro peñasco en cuya cima vejetan dispersos algunos pinos : en ella busca José el lugar menos sombrío, y allí, auxiliado por su noble amigo, deposita los restos de Jesus. Llenos de tristeza separan la vista los dos fieles de aquel espectáculo, salen del sepulcro y cierran su entrada haciendo rodar penosamente una gran piedra sobre la boca de la caverna. Profundas tinieblas reinan en el sepulcro donde reposa el cadaver del Mesías, pero en medio de ellas ven los inmortales brillar los primeros destellos de la resurreccion.

Sí, divino Salvador, apenas cerraron tus párpados las sombras de la muerte cuando ya en derredor de tí circulaba el aliento de la inmortalidad ; la terrible trompeta, que en el dia de la gran cosecha ha de llamar al trabajo á todos los segadores, resonó en el cielo ; y el sonido de las arpas celestiales, suave como el primer rayo del alba, anunció tu resurreccion. No te hemos visto nosotros dormir en medio de los horrores de la noche ; para nosotros descansando estás á la sombra de los pal-

meros : pero vosotros, sus elegidos, que entonces viviais aun en este valle de lágrimas, vosotros gemisteis y llorasteis, y despues derramasteis lágrimas de divino gozo, lágrimas que no comprendemos nunca nosotros que no hemos probado, ni el santo Terror, ni la sombría desesperacion que os affigieron.

Todo es silencio y tranquilidad en torno del sepulcro de Cristo : cesaron las arpas de oro en sus lastimeros acentos ; ángeles y resucitados enjugaron sus lágrimas y huyeron de aquel parage. Regresaron los fieles á sus moradas, alentados con la consoladora idea de que en fin la noble víctima del Gólgota goza del descanso de la tumba : Juan y María quedan ya solos al pie de la cruz, é inclinándose el discípulo predilecto á la santa muger que su maestro encomendó á sus cuidados, le dice con voz interrumpida por los suspiros :

« Ya nada podemos hacer por él : apartémonos de este fúnebre sitio, y permíteme que te conduzca á mi choza : ven, Madre mia, ven, sigue á tu hijo. »

Oyendo estas palabras volvió María en sí, y en medio de un torrente de lágrimas clamó de lo íntimo de su corazón :

« ¡ Tu Madre! y es ÉL quien me ha legado á su predilecto discípulo, ÉL quien te ha hecho hijo mio... Todo un cielo hay en ese pensamiento... pero

tambien qué cruel tormento, qué desesperacion sin fin en la certidumbre de que ya no existe el amadísimo hijo á quien lloramos! »

Dice, cúbrese con el velo, y guiada por Juan se aparta vacilante del Gólgota.

A la sombra del templo, casi bajo los muros de Jerusalem, y en un bosquecillo de palmeros se oculta la humilde choza de Juan, á la cual conduce este á la affigidísima María. Persuadido de que tratar de consolarla fuera inutil, y de que Dios solo puede sostenerla en su afliccion, suplica á cuantos fieles encuentra al paso que vengan á llorar con su madre.

Corred, versos míos, celebrad las santas lágrimas y profundo duelo de los piadosos amigos del Mesías, y sean mis cantos tan sencillos y verdaderos como las tiernas quejas del mas desdichado de los padres cuando le presentaron la ensangrentada vestidura del tierno zagal del valle de Siche¹.

Con los ojos bañados en lágrimas, oprimido el pecho y trémulas las rodillas entró María en la choza de Juan, parage en que el Mesías solia reunir con frecuencia á sus discípulos y amigos. Al

¹ Alude á Jacob, á quien sus hijos llevaron las vestiduras ensangrentadas de José, diciéndole que una fiera le habia devorado mientras apacentaba sus ganados en el valle de sichein. — T. F.

ver el lugar donde tantas veces les habia hablado con aquella divina elocuencia que conmovia todos los corazones, lugar que por respeto á la memoria del Salvador no se atreve á ocupar ninguno de los fieles, arrodillóse María apoyando la frente en el asiento ya entonces para siempre vacío. Magdalena y la madre de los Zebedeos consiguieron al cabo que se levantara, mas retiróse á un oscuro rincón envuelta en su velo sin que voz alguna se atreviese á interrumpir el profundo silencio que reinaba en la asamblea. Súbito pareció en ella Simon Pedro, pintándose en su rostro el mas vivo dolor, y con sollozante voz dijo :

« Sepultado está ya Jesus, y pronto espero que lo estaremos todos..... José me abrirá una tumba al pie de la sagrada roca... quiero que me lo prometa, quiero que me lo jure. »

Calló porque en aquel momento entró Simon el Cananeo apoyándose en el brazo de Mateo. Felipe y Santiago el menor les siguieron de cerca; y Tadeo entrando solo fué á sentarse al lado de María y se cubrió el rostro con las manos. Llegó por último Santiago el Zebedeo á quien apellidan hijo del trueno, y exclamó levantando los brazos al cielo :

« ¡Ha muerto! ¡ha muerto! Toda grandeza humana no es mas que una palabra sin sentido, hasta la mas noble de todas, hasta la que huye de la

gloria y hace el bien oscuramente; porque sanguinarios tiranos han sacrificado á Jesus inmolándolo á su odio y á su venganza! »

Bartolomé, Andrés, hermano de Simon Pedro, Cleofás, Nataniel y el joven Sémda entran y toman asiento sucesivamente sin atreverse á pronunciar una palabra, sin atreverse á contemplar á sus amigos, comprendiendo su dolor y participando de él. Una lámpara, que Magdalena suspende del techo, ilumina con su pálida lumbre á aquella asamblea lúgubre y silenciosa; así envolvió el crepúsculo de la tarde al palpitante cadáver de Abel, cuyos labios estaban inmóviles, mas cuya sangre clamaba venganza y anatema contra su asesino.

Deslizándose entraron en la choza los ángeles custodios de los apóstoles y de los fieles, y el mismo Jesus se dignó echar una mirada de misericordia sobre sus elegidos. Reanimada, sin conocerlo ella, por su angel tutelar hallóse Magdalena con fuerzas para explicar el dolor que la oprime.

« ¡Ay! dijo, ¿qué somos desde que él nos ha dejado?... ¡No te dejes dominar por la desesperación, ó desdichadísima Madre! ¿Qué seria de nosotros si tambien tú nos abandonarás? ¡Oh! ahora comprendo todo cuanto en su profunda tristeza nos dijo de Jerusalem, cuando llamaba viuda abandonada, princesa entregada á gentiles á la que en otro tiempo fué reina de las naciones!... ¡Po-

bres y oscuros eramos, y sin embargo inmensa nuestra felicidad como discípulos de un hombre divino; ¡murió el amado maestro! y nuestra miseria es infinita, y los días y las noches pasarán para nosotros en tinieblas! Triunfan nuestros enemigos y se burlan de nosotros, que en la sencillez de nuestros corazones hemos amado entrañablemente al gran profeta... Osaron mofarse de él y hacerle apurar el caliz de sus infernales burlas; ¡para aplacar su sed le dieron hiel y vinagre! Juez supremo, hazles apurar el caliz de tu venganza, y mueran los impíos.»

Calló y haciendo un esfuerzo la Madre de Jesus, dijo con ahogada voz:

«Acuérdate, Magdalena, de que pendiente de la cruz clamó: *Perdónalos, padre mio, que no saben lo que hacen.*»

Estas palabras llenaron de admiracion á todos los circunstantes, y un rayo de celestial alegría endulzó sus penas, mas pronto volvió el dolor á dominar á todos menos á Tadeo en quien produjeron honda impresion las dulces palabras de María:

«¡Sí, exclamó, estiéndose la divina misericordia á todas las criaturas, mas no se olvide de sacarnos de este mundo!... ¡Qué hemos de hacer en él sin nuestro divino maestro? ¡Ay! cuantas veces nos ha dicho que en el reino de su padre hay pacíficas moradas para todos los que le aman!... Permíte-

nos, ó gran profeta, que vayamos á dormir á los confines de aquel reino... No trateis de consolarme, amigos míos, pronunciad incesantemente el nombre de Jesus que resuena en mi oído como el eco del dulce caramillo de los pastores, cuando en alas del aliento de la noche llega á nosotros atravesando los floridos valles. Hablemos sin cesar del tránsito de esta vida de miserias á la eterna vida: viajeros diligentes, tengamos siempre el blanco báculo en la mano, y estemos prontos á partir á la primera señal... ¡Ay! ¿porqué no podemos morir todos en este mismo instante?»

«Sí, muramos, respondió Cleofás; solo en la tumba hallaremos descanso: abrámonos unos á otros nuestra última morada.»

Tomás Dídimio se presenta en la entrada de la cabaña y se detiene indeciso y trémulo; porque la vista de sus amigos que lejos de los restos de su divino maestro, gimen y sollozan en aquel lúgubre sitio como fantasmas errantes en torno de un sepulcro apenas cerrado, aumenta su desesperacion.

«¡Desdichados, esclama, vosotros que oísteis los *Hosanna* que acogieron á Jesus al entrar triunfante en Jerusalem, no sabeis morir hoy que ya dejó de existir!... Imaginé encontrar entre vosotros algunos amigos bastante valerosos para ser los primeros entre las víctimas que deben seguir en su

muerte al gran profeta á quien hemos visto caminar sobre las olas del mar, al gran profeta que delante de nosotros ha despertado del eterno sueño al piadoso Lázaro y al joven Sémida á quien veo llorar en un oscuro rincón de esta cabaña. »

Interrumpió este discurso la llegada de José de Arimatea. Grave y solemne es su porte; en la expresión de sus miradas hay un anuncio de esperanza y una santidad que impone respeto, mas al hablar conócesele la profunda conmoción que le agita.

« ¡Salud, hermanos de Cristo y hermanos míos! Nicodemo espera que le permitáis presentarse ante vosotros... os trae... ¿Me interrumpís con lastimeros gritos? ¡Ay! veo que aun no os hallais en estado de soportar la vista del sagrado depósito que queria confiaros.... Aléjese Nicodemo y llévase la ensangrentada corona... »

« ¡La corona ensangrentada! » repitió la desdichada madre; y el amargo acento de su voz llenó de espanto y de terror á los circunstantes.

Nicodemo se presenta en la entrada de la cabaña, y María, arrojando el velo que la cubria se precipita hácia la corona, mas cae y arrastra en su caída á aquellos de sus amigos que quisieron sostenerla.

Todos los fieles se han postrado en torno de la Madre de Jesús, única persona de las presentes que

conserva fuerzas para explicar las crueles angustias que desgarran su alma.

« ¿Porqué fijáis así vuestras miradas en esa corona de espinas? ¿No la habeis visto ceñir su frente y teñirse en su sangre? ¡Ay! ¡contra mí ha tendido el Eterno el mas terrible de sus arcos; contra mi corazón ha disparado la mas aguda de sus flechas! ¿No soy yo la mas desdichada de las madres, yo, que he dado á luz al mayor de los profetas? ¡Desdichada, desdichada de mí! »

Mientras así exhala María su justo dolor, otra María, la hermana de Lázaro, lucha lejos de aquella piadosa reunión con las angustias de la muerte. Ya sobre sus párpados pesa el sueño penoso que precede al eterno, y frío sudor cubre sus miembros. Buscan sus moribundos ojos á Marta, y viendo que en efecto su fiel hermana se halla á la cabecera de la cama, siente algun alivio; mas aflígela ver que se halla sola aquella: gime profundamente, y de sus trémulos labios sale esta amarga queja:

« Ahí estás tú, hermana mía... ¿Pero y nuestros amigos, y Lázaro? ¿Donde está Nataniel? En medio de ellos he vivido, ¡y me dejan morir sola! »

— « No los acuses, respondió Marta, tal vez nuestro divino maestro los ha conducido al desierto para que sean testigos de algun nuevo milagro. »

— « ¿Los habré acusado por ventura, amada Marta? No era esa la intencion de quien tan tiernamente los ama. ¡O vosotros todos á quienes yo he amado, perdonadme mis culpas, asi las que conozco como las que ignoro! ¡Cuan cruel es este momento! Mi alma está llena de tristeza.

— « Aleja de tí, querida hermana, esos pensamientos que enturbian tu vida poco há tan risueña y tan bella.

— « No olvides, Marta, que durante mi peregrinacion desde la cuna al sepulcro, he sufrido mucho... Tambien he disfrutado de alegrías puras é inocentes, como las de los ángeles, porque he tenido amigos fieles; he visto á Jesus en la tierra, y le he oido predicar su divina moral... Gracias te doy, ¡ó Dios mio! así por los males con que me has afligido como por los consuelos que en ellos me has enviado... Ve, ve, mi amada Marta, ve á preparar mi tumba, la misma que para Lázaro se abrió: en ella quiero dormir.

— « Dormir, hermana mia, para despertarte como nuestro hermano, cuando te llame el divino profeta que á él le resucitó.

— « Sosténgate siempre esa esperanza, ¡ó Marta bienaventurada! y ahora marcha á ocuparte en mi sepulcro: quiero estar sola con Dios. Sentada á los pies del divino maestro, le oí decir: *En verdad una sola cosa es necesaria*; y ahora como entonces!

quiero *escoger la mejor parte*. Estar sola con Dios es lo que ahora necesito.

— « ¿Y he de abandonarte en tu agonía? No, hermana mia, no. »

Vencida por los ruegos de Márta, consintióle María que se quedase cerca de ella, y sus labios que ya las violetas de la muerte comenzaban á teñir con sus pálidos matices, murmuraron estas piadosas palabras:

« No me tomes cuenta, Dios de mis padres. Si sólo fueras justo, ¿qué peregrino de la tierra pudiera soportar tus sentencias? Haga tu misericordia que un rayo de esperanza penetre en mi corazón destrozado... No me apartes de tí, Dios mio, tú que accediste á los votos del desdichado Job, cuando, asaltándole en medio de su miseria el temor y la duda, te pidió por única gracia que le devolvieses la esperanza y la fe. »

Y dirigiéndose á su hermana, le preguntó con inquietud:

« ¿Crees tú que ore Jesus por mí en este instante?... ¡Ay! con nosotros lloraba cuando, llenos de afliccion, íbamos á enterrar á nuestro hermano. Sí, me atrevo á esperararlo, tambien tendrá para mí un pensamiento de misericordia... Habla, Marta: ¿piensas que sin él sea posible encontrar gracia ante el Eterno que dijo en otro tiempo á Moisés:

Maldito el que no permanece en las palabras de mi ley, y no las cumple con la obra ¹?

— « Si Nataniel y Lázaro estuvieran aquí podrían responderte: yo solo puedo decirte: Jesús ora por tí, pobre abandonada.

— « ¡Oh! entonces no estoy abandonada, querida Marta... Sí, lo conozco: con su divina protección me cubre el mayor de los profetas. »

Dijo, y cayó en profundo sueño. Marta, temiendo turbar su reposo, ahoga en el pecho los suspiros, pero corren abundantes sus lágrimas, y sus ojos siguen inquietos todos los movimientos del rostro de su hermana en el cual se refleja el moribundo resplandor de la nocturna lámpara, compañera de sus vigias, que ya ha largo tiempo son continuas y prolongadas.

El piadoso caminante que, lejos de huir de las imágenes de la muerte, las acoge como dulce consuelo, se cree feliz cuando, en medio de los desiertos que atraviesa, encuentra alguna caverna sepulcral. Penetra en ella con santo respeto, y cuando, inmediata al monumento que eterniza la memoria de alguno de los bienhechores de la humanidad, ve la estatua de un amigo que llora la pérdida de aquel, conoce que el último es el más desdichado; mas por entrambos ora. Así el ángel de

¹ Deuteronomio, cap. XXVII. — T. F.

María que vela á la cabecera de su lecho de muerte comprende y compadece el dolor de Marta, sin embargo de que ella ni verle ni oírle puede.

Son harto débiles los ojos mortales para contemplar el resplandor y magnificencia de los ángeles, y sin embargo aquel resplandor y magnificencia son pálidas sombras ante el Omnipotente. Divino Salvador de los hombres, dignate acoger mis votos, y haz que mueran todas las innumerables criaturas que has redimido como mueren los justos.

El ángel custodio de María siente que su celestial belleza se oscurece bajo el negro velo de la melancolía al contemplar á la moribunda hermana de Marta. Los suaves matices de su rostro, los brillantes rayos de sus ojos se debilitan y desaparecen; y plegándose sus alas, dejan de esparcir en los aires aquellos suaves perfumes, aquellas misteriosas armonías que anuncian la presencia de algun habitante de los cielos, y que los hijos de la tierra confunden con demasiada frecuencia con las olorosas emanaciones de las flores y con el aliento cariñoso de la brisa de la primavera.

Despoja el serafín su frente de la guirnalda de laurel y perpetuas que la ceñían. María padece tanto más, cuanto que solo podrá desahogar sus penas, cuando su hermano, Nataniel y Tadeo vengán á orar y á llorar con ella. Entre tanto Lázaro,

que continuaba en la asamblea de los fieles, habla de esta manera á la madre de Jesus :

» La media noche se acerca, y es preciso que te deje, desdichada María... He dejado moribunda á mi hermana, y temo que durante mi ausencia haya sabido la funesta calamidad que desde la cima del Gólgota ha caído sobre Jerusalem. Si sobrevive á tanta desdicha, servirále de consuelo ver antes de cerrar los ojos para siempre á la luz á un discípulo del amado maestro que la ha precedido al sepulcro. »

Tadeo, levantándose inmediatamente, dice :

« Heme aquí, Lázaro; llévame á ver á tu hermana. »

Nataniel, arrojándose en los brazos del apostol. le manifiesta su gratitud con toda la efusion de su alma; y Lázaro antes de salir se dirige de nuevo á la afligida Virgen :

« Piensa, ¡ó madre de aquel á quien los ángeles saludaron al nacer, y cuyo nombre no puedes ahora oír pronunciar sin que tus ojos derramen lágrimas de sangre! piensa que tus tormentos fueron de antemano calculados por el Señor de los cielos, cuando condenó á tu hijo á morir en la cruz; y recuerda que ese dijo antes de espirar: *¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!*... Entrégale pues también tu alma, pero vive, y que Dios sea contigo. »

Dijo, y salió de la cabaña caminando rápidamente hacia Betania ¹, asido de la mano de Tadeo y siguiendo Nataniel á entrambos silenciosamente.

Llegados que fueron á la casa de Lázaro, se acercaron al lecho de la moribunda quien, viendo al despertarse de su penoso létargo á los amigos que creyó la abandonaban, se incorporó y dijo con intensa alegría :

« Gracias te doy, ¡ó Dios mio! han venido al fin y con ellos Tadeo.

— « ¡Pobre María! dijo Lázaro, ¿se digna el Dios que es árbitro de la vida y de la muerte, sostenerme en medio de tus angustias?

— « ¡Oh sí! hermano mio; porque el Señor es infinitamente misericordioso, aun cuando nos llena de dolores... ¡Ay! cruelmente he padecido... Ahora puedo morir... ya no tengo mas que una palabra que decirte. ¿Adonde está Jesus? ¿Sabes lo que padezco? ¿Ha orado por mí? »

Lázaro, mirándola con melancólica tristeza, preguntó :

« Habla, María, ¿qué pensamientos te ocupan en este instante?

— « ¿Quieres leer en mi alma? Sábelo pues, hermano mio; no son las crueles imágenes de la destruccion, no la idea aun mas cruel de separar-

¹ Lázaro y sus hermanas habitaban en una aldea de Betania.—T.F.

me de vosotros á quienes tanto he amado, las que me asustan y atormentan; no, la duda es la que destroza mi corazón... ¿En donde está mi Dios?... ¿Es realmente á él al que he adorado hasta aquí? ¿Es aquel que enterró á su profeta en las entrañas del Nebo?... ¿Qué es lo que por tí pasó, hermano mío, cuando te dormistes en el sueño de la muerte, al escuchar la voz tonante de aquel Dios, diciendo: *Maldito el que no permanece en las palabras de mi ley, y no las cumple en la obra*? Pero si Jesús ha intervenido en favor mío, entonces bajaré en brazos de la esperanza al valle de las eternas sombras... Hablad, ¿ha orado por mí el mas justo de los hombres?»

Guardaron todos profundo silencio, y la moribunda desesperada prosiguió diciendo:

« ¡Me ha olvidado!... ¡Dios vengador! heme aquí! Atraviese mi alma tu cuchilla, y hágase tu voluntad. »

Lázaro, levantando las manos al cielo, le dirige esta oración:

« Tú tienes compasión de nosotros, como la mu-

* Klopstock ha creado esta escena para mostrar la diferencia que existe entre la ley de Moisés que toda es amenazas y castigos, y la de Cristo llena de amor y de esperanza. Mientras la hermana de Lázaro es judía atormentan su agobia las mas crueles angustias; mas apenas su hermano levanta en parte el velo que aun oculta la nueva ley, la moribunda, hecha cristiana sin saberlo, cesa de padecer, y su alma vuela al empireo sin esfuerzos y sin dolor. — T. F.

ger del niño que alimentó con sus pechos; y cuando aquella es inexorable, tú no, que eres todo amor y misericordia, que eres el Eterno, y nos has marcado con el sello de tu divina mano. »

María, haciendo un esfuerzo penoso, pregunta con trémula voz:

« ¿Qué debo esperar?... ¿El anatema del monte Sinaí ó el amor de una madre?... Si fuera el amor... ¡Oh! entonces mi alma se lanzaría confiadamente en el seno de Dios cuya misericordia es mayor que la de una madre. ¿Y quien me dirá si hallé gracia ante el Señor?... ¿Habrá aplacado el rigor de mi Juez con sus oraciones el mas justo de los hombres?... Gimo y desesperadamente retuerzo mis brazos llamando á mi Salvador... ¿Donde está?... ¿Tengo en efecto un Salvador?... »

Incapaz de soportar mas tiempo el aspecto de las angustias de la moribunda, esclama Nataniel:

« ¡Dios de misericordia, abre al fin tus oídos á sus lastimeras quejas: dignate hacer que adivine tu celestial presencia! »

Y Lázaro añade:

« Ten paciencia y valor, hermana mía... ¡Ah! si supieras qué ejemplo de paciencia y de valor sublime hemos presenciado en este solemne día... Yo que soy un resucitado, quisiera sin embargo dormir contigo, y si ahora me llamase la terri-

ble voz de la muerte, pareceríame mas dulce que los solemnes cantos del templo: »

Centellean los ojos de María, y mirando en torno de sí con gozosa sorpresa, esclama :

« ¿Qué alegría, que desconocida zozobra me inundan súbitamente? Hermano mio, ¿que es lo que acabas de decirme? »

Lázaro dice á sus amigos :

« Nunca debemos ocultar los decretos de la Providencia por mas terribles que sean : voy á decirselo todo á mi hermana... María, prosiguió, el mejor de los hombres, nuestro divino amigo, Jesus Nazareno, esperanza de los pecadores, ha muerto en la cruz con toda la resignación de un angel. »

Dejóse caer la moribunda sobre el lecho, y prorumpió en estas interrumpidas frases :

« ¡Ha muerto! ¡ha muerto en la cruz!... ¡Él, nuestro divino maestro!... ¡Y vosotros, ángeles, le habeis dejado morir!... Pues que así lo has ordenado tú, Dios mio, te doy gracias por esta cruel agonía... voy á seguir gozosa á tu amado hijo. »

Helóse su lengua; mortal palidez cubrió su rostro, y Lázaro, apoyando su trémula mano en la frente de su hermana, la inició en los misterios de la muerte por medio de esta solemne oracion :

« Pronto, sí, muy pronto te dormirás en la paz del Señor, ¡ó piadosa amiga del divino muerto! para renacer en la vida y en la luz eternas... »

Unida está mi alma á la tuya, y regocijame sin embargo ver que tu espíritu rompa los terrenos lazos, y se encamine á la tierra de promision... Sé tú su báculo, ¡ó Salvador de Israel! en su peregrinacion por los desiertos de la muerte; condúcela á la bienaventurada region donde no hay lágrimas, ni gemidos, ni gritos de dolor... Sol de la tierra, cesa de lucir para ella; último de los sueños, acariciala blandamente; lecho sepulcral, prepárate á mecer muellemente sus inanimados restos; destruccion, que tienes de bronce la frente y de hierro los brazos, recíbela en tu seno devorador. Preciso es que fermente la semilla de la eternidad antes de producir las ricas espigas que han de segarse en el dia de la universal cosecha, en el dia en que á todos nos llame la trompa, en el dia en que el Creador someta á la tierra y á sus mares á un trabajo de reproduccion mas doloroso, pero tambien mas perfecto que aquel que de la nada sacó al paraiso terrenal; en el dia en que los cielos reunidos canten la magnificencia de la creacion terminada. »

Calló Lázaro, y sonrióse María dulcemente.

El angel custodió de la moribunda se estremeció de alegría; murmuraron sus alas en el aire como el embalsamado ambiente de la brisa de la mañana, y sus manos, trémulas de gozo, se deslizaron blandamente por las brillantes cuerdas de su arpa.

Hiriendo aquella celestial armonía los oídos de la hermana de Lázaro, alzó los ojos al cielo, y escuchó en santo éstasis.

Nataniel y su hermano la sostienen. Canta el serafín, y el alma de María, perdido ya el amor á la tierra, encontró por fin aquella perfecta tranquilidad que de ninguna criatura humana será conocida mientras dure su destierro en este valle, aun cuando como Lázaro haya oído cantar himnos de muerte en torno de su propio féretro, aun cuando como aquel también haya sentido á la fragil tabla estremecerse bajo el peso de los primeros terrones destinados á ocultarle para siempre á las miradas de los vivos.

Los armónicos acentos del arpa celestial aumentan progresivamente su solemnidad, y sostenido el ángel por la poderosa inspiración, ante la cual se deshacen las montañas y se abisman los orbes, dejó en fin salir de sus labios estas palabras :

« Santo, y tres veces santo, es aquel que no quiso atajar en el Gólgota la fuente de su sangre hasta que todos los pecados del mundo fueran por ella redimidos. »

Demasiado débil ya para soportar el enagenamiento, que en ella produce la voz del serafín, se párase el alma de María del polvo que hasta allí la esclavizó.

Lázaro se postra al lado del cadáver, estrechan las suyas las heladas manos de su hermana, y enjugando las lágrimas que á su pesar se deslizan por sus mejillas, pronuncia con firmeza esta ardiente oración :

« Gloria á tí, Señor, que, habiéndola arrojado á esta vida de pruebas, te dignaste por fin llamarla á otra mejor en su patria celestial. Amada hermana, salvóse tu alma, y no perecerá tu cuerpo, no : en el último día de los tiempos y primero de la eterna primavera, recobrará la flor desojada por la tempestad su primitiva belleza. Llevaos ese cuerpo formado de santo polvo á que se confunda con el polvo de la tierra. Mas no, que quiero contemplar todavía á mi piadosa hermana ; si el rayo de la muerte la aletargó, despertará el sonido de la celestial trompeta. Acumularánse siglos sobre siglos, desarrollando los gérmenes de otros siglos, que á su vez pasarán también antes que se oiga el metal sonoro. Todo es prodigioso en la marcha del Eterno ; cuanto mas procura seguirle mi pensamiento, mas se pierde en los abismos.... Un solo rayo de luz pálido, pero consolador, anuncia que á la noche sucederá el día... Para tí, amada hermana, ya lució el alba matutina con todo el brillo de su resplandor... Si aun puedes oírme, escúchame cuando imploro la misericordia de nuestro divino maestro, que bajó al sepulcro antes que

tú, suplicándole que te bendiga como yo te bendigo.»

Oyó el Salvador esta súplica, y bendijo á la hermana de Lázaro, cuyo espíritu, en tanto que á la resurreccion se prepara su cuerpo agitado ya por el aliento divino, mira con celestial satisfaccion á aquel su helado despojo, comprendiendo que para siempre se libertó de los males de la tierra. A medida que se eleva en las etereas regiones aquella alma tan pura y bella, purificanse sus sensaciones, y convirtiéndose su pensamiento en un himno de gozo y de gratitud, dirige á la muerte su primer canto de gracias.

« ¡ Oh tú, que tan terrible pareces sobre la tierra! ¿ Qué eres en resumen? Breve sueño, misterioso tránsito á las inefables delicias del cielo, delicias que yo poseo... Primogénitos de la luz, seráfines sublimes, decidme que mi éstasis no es una vision engañosa sino una verdad eterna. Ven, olvido de lo pasado, á colmar mi felicidad. Mas ¿ qué digo? Nada quiero olvidar; el recuerdo de las penas de la tierra comparadas con las bienaventuranzas del cielo aumenta mi dicha... faltaos ese manantial de felicidad, á vosotros, eternos hijos del Señor de los cielos; como nunca habeis pecado, no podeis comparar los goces del justo, con los tormentos del pecador... Vosotros no conoceis las amargas lágrimas que sobre la tierra ha derramado el Dios de

amor y de misericordia. Mas de una vez me anunciaste, ó profético presentimiento, que un dia daria gracias al Eterno por los males que acumuló sobre mi cabeza: no me engañaste. ¡ Todos mis dias llevaron en pos de sí sombrías noches, y en fin vino la mas sombría de todas, la de la muerte! Pasó dando lugar á la mañana de la eterna vida... ¡ En sueño que comenzaste con las lágrimas de la cuna para concluir en el último suspiro de la agonía, has pasado y desperté yo en la vida eterna! Cuando empiece la inmortalidad para el polvo, segunda vez me despertaré. Si, todos resucitaremos como resucitará el Salvador del mundo que murió en la cruz. »

Y radiante como la aurora de la mañana ligera como un vapor; rápida como el viento cada vez se levanta María á mayor altura en las regiones de lo infinito, oyendo mas distintamente; á medida que mas se aproxima al trono del Eterno, el crujir de los orbes; en su marcha, y la voz de los ángeles que cantan en los cielos.

Lleno de graves y solemnes pensamientos regresa Lázaro á la morada de Juan, donde los amigos de Cristo prosiguen gimiendo y orando postrados en torno de la corona de espinas, por María cubierta con fúebre yelo. Mas en el momento en que Lázaro iba á entrar en el sitio de la reunion llega uno de los *setenta*, ásele del brazo, entra con él,

examina con centellantes ojos á las fieles y dice con piadosa exaltacion :

« ¡ Sabed en fin cuan prodigiosas son las miras de la Providencia!... Lo que voy á referiros no lo he oido decir, no, que con ojos lo he visto. ¡ Ya el Eterno recompensa á su Profeta! ¿ Porqué está esa corona cubierta con un negro velo? Arrojadlo, quiero ver la sangre en que estan teñidas las espigas, sangre que debe ya brillar con sobrenatural resplandor, porque Dios ha hecho por ÉL lo que tú, su Madre, no te hubieras atrevido á solicitar... Levanta la cabeza, ó María, sal del abismo en que el dolor te ha sumido y escúchame. Cuando espiró tu hijo tembló la tierra, y tú gemiste con ella; sombría noche desplegó sus negras alas sobre el universo, y tú participaste del terror que en nuestras almas infundieron las tinieblas. Mayores prodigios acaban de dar testimonio en favor de tu hijo. Bajo el pórtico del templo se ha encendido espontáneamente la llama del sacrificio, y los sacerdotes, que asombrados por la noche sobrenatural, que sobre Jerusalem pesaba, habian ido á refugiarse al pié de los altares, al volver sus ojos al Santuario han visto al velo que oculta á los ojos de los profanos el sagrado misterioso recinto, rasgarse desde la bóveda al mármoleo pavimento del templo. Llenos de terror dieron con la faz en tierra y huyeron despues pálidos y desordenado el cabello co-

mo sepulcrales fantasmas. Ya veis que el Eterno no se ha limitado á conmover las entrañas de la tierra y á cubrir la tierra de tinieblas : para santificar la muerte de su elegido ha rasgado el velo de su santuario. »

Callaron los fieles porque, en el exceso de su dolor, mas les sorprende que les consuela la maravillosa relacion que acaban de oir. Así el caminante que siente que un vértigo se apodera de su cabeza cuando baja por el rápido declive de un peñasco, no puede apreciar la belleza y encanto del delicioso valle hácia el cual camina sin saberlo.

Lázaro viendo con sentimiento que la desesperacion domina aun á sus amigos dice :

« ¡ Ay de mí ! Pues que los brillantes testimonios que el Eterno da en favor del divino muerto, no alcanzan á consolaros, tal vez alivie en algo vuestros males saber que una de vuestras amigas ha cesado de padecer... Sí, mi amada hermana, aquella á quien todos amabais, la joven doncella que ansiosa escuchaba las lecciones de Jesus, ha ido á reunirse con su celestial maestro. ¡ Ojalá sea para vosotros la idea de que ella al menos ya no padece en este valle de miserias, como la fresca sombra contra el calor del dia, como un apoyo contra la violencia de la tempestad ! »

Levantóse apresuradamente Magdalena y fijando

sus ojos llenos de lágrimas en el pálido rostro de Lázaro, exclamó :

« ¡ Parece que tus palabras son del mundo de los ángeles!... ¿ Tu hermana, tu piadosa hermana ha ido á reunirse con Jesús?... ¿ No tienes ya mas palabras que decirnos, de esas que parecen del mundo de los ángeles? ¿ Antes de subir á los cielos no te ha dicho si la seguiríamos pronto? Y tú, Lázaro, que ya bajaste entre los muertos, ¿ no pudiste saber en su lúgubre morada, si los amigos de Jesús seguirán pronto á su maestro? Habla ¿ nos es lícito esperar que nos llame pronto á sí?... ¿ No respondes!... ¡ Madre del hombre divino, pues que es preciso que le sobrevivamos, roguemos al Eterno que nos haga presenciar los castigos que prepara á los asesinos del ungido. ¡ Que á nuestra vista los atormente el ferreo brazo del terror infernal, y que estemos presentes cuando les haga apurar hasta las heces el caliz de la mas terrible de las venganzas! »

Mientras que así se abandonan los fieles á su dolor siembra la *media noche* sobre la tierra su vago terror y negras visiones. Poco há oraba el Mesías con los suyos durante aquella hora misteriosa, y entonces les parecia bella y brillante como una mañana de primavera : ahora que la voz de su divino amigo no resuena en sus oidos, y que vacío se halla el asiento que ocupaba, hiela sus corazones la

desesperacion. No han menester ya los seráfines, que á la piadosa reunion asisten, velarse para estar invisibles, pues tanto les conmueve el dolor de los fieles, que su celestial resplandor se ha oscurecido.

Selith, angel custodio de María, se inclina hácia Salem, protector de Juan, y en language solo para ellos inteligible le dice :

« Caminan estos piadosos amigos del Mesías á un fin sublime : sabémoslo nosotros y casi tanto como ellos padecemos.

« No, hermano mio, no podemos padecer lo que ellos, y si iluminándoles súbitamente con un rayo celestial nos fuera lícito mostrarles el porvenir que los espera, creerian que era una bella ilusion. En el sombrío laberinto donde sin guia y sin esperanza caminan, solo el dolor les parece verdadero y posible. »

Y Salem responde :

« Un vértigo se apodera de mi espíritu contemplando los abismos que rodean su camino.

« Y yo, hermano mio, hallo inefable felicidad en sondear esos abismos del pensamiento... La compasion te alucina, padeces en este momento como los mortales, y como ellos tambien olvidas que la justicia suprema purifica á sus hijos por medio del dolor. No pudieran los hombres apagar su sed con nosotros en las aguas de la vida eterna, cuando

llegue el día del juicio universal, si primero no bebiesen en el caliz amargo y abrasador de la vida de luchas y de pruebas.

« Perdona, caro Selith, si las angustias de una madre me han hecho olvidar por un instante de mi divina naturaleza; recuerda que esa madre es la del Mesías y que ha visto espirar á su hijo en la cruz. Si un sueño bienhechor pudiera cerrar sus párpados yo fortalecería su alma con alguna vision consoladora; mas ¡ay de mí! no le será dado reposar: preciso es que vele y que padezca hasta que la muerte le dé sus divinos consuelos! »

Huye el sueño de la madre de Jesus y tiende su diáfano velo sobre los ojos de Juan; Salem le cubre con sus alas, y el corazon del Apostol se abre á las proféticas visiones. Parecele que camina ó mas bien que vuela sobre la cima del monte Libano. En medio del misterioso rumor de los cedros, la mas bella de todas las auroras que hasta entonces vió, tiende su magnífico manto de púrpura, guarnecido de oro, sobre los floridos bosques, y el murmullo de los cielos, semejante al son del salterio de los profetas, hace vibrar el aire cargado de suaves perfumes; y los acentos de un arpa melodiosa acompañan á estas palabras que una voz celestial hace resonar en sus oidos:

« El hijo divino de la mas tierna de las madres

enjugará las lágrimas que por él derraman sus piadosos amigos. »

A pesar del encanto que le fascina conoce el discípulo que no es llegado aun el día de los consuelos; y suspira y gime en medio de las delicias de la vision que va haciéndole penetrar en la espesura del Libano. Súbito distingue á unos hombres feroces que derriban al mas bello de los cedros. El arbol cae, el monte se estremece, repiten los ecos el estrépito de su caída, y corta el hacha sacrilega el regio tronco dándole la forma de una cruz. Ya se levanta esa cruz proyectando en torno gigantescas y terribles sombras, mas casi en el mismo instante se cubre de floridas palmas; y entonces es arrebatado el discípulo desde los bosques del Libano á las florestas del Paraiso; ábrense los cielos sobre su cabeza, oye los cantos de los celestiales coros, palpita apresurado su corazon, y abismase su existencia en un piélago de ignorada felicidad.



CANTO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. — Viene Gabriel á los ángeles y á los resucitados en torno de la tumba del Mesías para que presencien su resurrección. — Dudas del Romano encargado de la custodia del sepulcro. — Unese el alma de la hermana de Lázaro á los demas inmortales. — Obaddon saca del mar Muerto á Satan y á Adramelec, y les hace elegir entre volver á los infiernos ó pasar á situarse cerca del sepulcro de Jesus. — Despierta el Mesías del sueño de la muerte recibíendole los ángeles y los resucitados con cánticos de triunfo. — Baján de las nubes muchos bienaventurados á glorificar al Salvador del mundo. — Juzga Jesucristo al espíritu de un pagano que acaba de morir. — Manda Gabriel á Satan que vuelva á los infiernos. — Los Romanos que custodiaban el sepulcro van á dar cuenta al Sanedrín de lo que les ha acontecido. — Suicídase Filon y Obaddon arroja su alma á los infiernos. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reunidos en el valle mismo, donde en otro tiempo les sorprendió el sueño de la muerte, continúan los patriarcas gozando de las inefables alegrías de su reciente resurrección. Vuelan los ángeles en torno de la tierra bendiciendo á la especie humana, por el sacrificio de la Redención reconciliada con su Creador: pero dolorosas emociones enturbian su gozo y con frecuencia agitan las purpúreas alas empañadas por los vapores de la tierra como sacude el caminante el polvo de sus pies.

Gabriel guarda la tumba de Cristo. Elohá está de pié sobre uno de los soles que rodean á los cielos.

Súbito el primero se lanza al espacio para buscar el signo de la resurrección; fijanse sus ojos con gozosa impaciencia en la mayor de las estrellas, que brillando con insólito resplandor arrojan en cada uno de sus rayos un torrente de luz. Vuelve á bajar á la tierra el arcángel y, deteniendo el vuelo sobre el valle de Mambré, con voz terrible como la tempestad cuando tala los montes y arruina las ciudades, grita:

« ¡Seguidme todos al mas santo de los sepulcros! »

Los ángeles y los patriarcas rodean la tumba del Dios que murió por salvar á los hijos de Adán. Gabriel está sentado sobre aquel sepulcro, y el ángel de la muerte, aquel mismo á quien Jehová ordenó

que hiriese al Mesías, se acerca temblando, se arroja en los brazos del arcángel y dice:

« ¡Ay, celestial hermano! ¡Solo para mí es aun de noche, solo para mí tiembla y se estremece aun esta tierra santificada! Desde que existen los orbes ejecuto con valor y resignación las órdenes que se digna darme el Eterno, pero mis fuerzas me han abandonado desde que ejecuté su voluntad en la postrera víctima que hirió mi brazo. Aliéntame, Salvador divino, tú que vas á salir del sepulcro á donde yo te he hecho descender para sentarte á la diestra de tu padre. »

Dijo, y sombríamente silencioso fué á apoyarse en la mas negra de las piedras del sepulcro mientras que los ángeles y los patriarcas hablaban de la próxima resurrección del Mesías.

« ¿Despertará con el sol? Preguntó uno de los patriarcas. ¿Embellecerá con un destello de su magnificencia el rico adorno con que la primavera engalana á la tierra, ó permanecerá esa dormida cuando salga su Salvador de las sombras de la muerte? ¿Cuando salga el Señor de su sepulcro reducirá el mundo á tan imperceptibles átomos como los que el céfiro arrastra en su carrera? ¿La negra roca que forma la bóveda de su tumba volará al cielo cuando el vencedor de la muerte levante su cabeza del polvo donde yace? ¿Bastarán nuestras fuerzas á soportar el resplandor de su glo-

ria? Apenas caben en mi debil corazon los dulces temores, las inefables esperanzas que lo inundan.»

Abrahan entonó á su vez este canto de triunfo y de felicidad :

« Yo veré al vencedor de la muerte, al Dios que se ha sacrificado por salvar á la humana especie; le veré salir del sepulcro y volver á entrar en la vida eterna. »

Dijo, y la luna, hasta entonces cubierta de nubes, lució brillante y pura; mas casi inmediatamente volvieron los negros vapores, que vágaban en la atmósfera á agruparse en torno de la reina de la noche, interceptando de nuevo sus bienhechores y dulces rayos.

En aquel momento pasan no lejos del Gólgota, algunos peregrinos que habiendo venido á Jerusalem con sus mugeres é hijos para celebrar las fiestas de la Pascua, y deseosos de regresar pronto á sus hogares caminan apresuradamente, pero descuidados y alegres. Al atravesar el círculo que los inmortales formaban en torno del sepulcro apoderóse de los caminantes santo é incomprensible terror, y huyeron sin saber lo que temian ni cual era el peligro que evitar deseaban. En la confusion de aquella fuga perdióse un niño cuya voz llamaba en vano á sus padres ya lejanos; pero un angel tendiéndole la diestra lo llevó hasta su madre y desapareció despues en las sombras de la noche. Cuan-

do aquel angel protector volvió á ocupar su puesto al lado de David acogióle el santo rey con una sonrisa de gratitud diciéndole :

« Aquel cuya resurreccion esperamos hará por todos los pueblos de la tierra lo que tú acabas de hacer por esa debil criatura. ¡ Resurreccion! palabra sublime que nunca comprenderéis vosotros, ó seráfines, cuyos espíritus puros estan al abrigo de los golpes de la destruccion, pero que comprende bien el hijo del Eterno que se ha condenado á si mismo á morir como un hijo del polvo. Pronto, si, pronto se despertará. »

Diciendo así se arrojó en los brazos de Assaph¹, y clavó sus resplandecientes ojos en el sepulcro de Cristo, como un mortal virtuoso los clava en el cielo cuando en sus piadosas meditaciones recuerda los beneficios del Salvador.

Brilla el rostro de David con resplandor mas vivo que nunca; lanzan sus ojos divinos destellos, y su voz, acompañada por los acentos de su lira, canta este profético Salmo:

« Tú que revelarás al mundo el porvenir que le espera, autor futuro del Apocalipsis, un día en las playas de Patmos verás en lo alto de los cielos, un

¹ Cantor de David y gran músico á quien el rey profeta confió primero sus salmos para que los cantase en el tabernáculo. (Paralipomenon, lib. I, cap. 16.) — T. F.

cordero lleno de resplandecientes llagas, y en torno de él legiones de pecadores redimidos por su sangre con, el nombre del padre escrito en sus frentes, y pulsando con sus manos arpas poderosas cuyos acentos acompañarán á los himnos que cantan á la gloria del hijo ¹. Así le hemos visto nosotros cuando espiró en la cruz. ¡Ay! ¡dormido estás aun, cuerpo del increado! No existiais todavía seráfines cuando ya, sondeando su pensamiento los abismos del porvenir, derramó sobre la primitiva forma de la creacion el reflejo de su sacrificio. Dormirán los mortales en el sueño de la muerte, como él tambien ha dormido. ¡Luego resucitarán todos!... ¡Demasiado tiempo ha sido para el mundo dudoso crepúsculo la luz celestial: lució por fin el día! Vosotros todos testigos de su muerte referídsela á los valles del cielo, á las moradas de la tierra, á los abismos de los infiernos para que esos abismos se estremezcan y se hundan mas y mas en los horribles senos de su profundidad... El Hombre-Dios va á levantarse del polvo de la tumba, y á mostrarse en toda su magnificencia. Llegad, cuantos habeis dado de él testimonio en la tierra, apresuraos, que ya las moradas de la eterna paz estan abiertas, que ya las palmas celestiales se inclinan y os llaman. Pronto va á correr vuestra sangre,

¹ Imitacion del cap. XXII del Apocalipsis. — T. F.

pronto va á terminarse vuestra gloriosa carrera. ¡No clames venganza, ó sangre de los mártires como la pidió en otro tiempo la sangre de Abel: no pidas mas que coronas inmortales! Prontas estan las vuestras, ya os esperan á tí Estevan y á tí Santiago ¹: la aurora de la salud luce apenas y ya triunfais.»

Así cantó David, pero el exceso de su alegría poniendo límites á la inspiracion, le obligó á callar y enmudeció su arpa. A su vez se levanta José é inclinándose á Benjamin, el mas amado de sus hermanos, le cubre con la palma que en la mano lleva:

«Gozo inefable inunda mi corazon cuando el pensamiento me representa aquel momento dichoso en que el Eterno me permitió deciros á todos: *Yo soy José, ¿vive mi padre todavia?* ¿Que será lo que esperamente cuando te despojes del negro velo de la muerte, ó tú, divino hermano de tantos desdichados que con tu sangre redimes? Muéstrate en todo el esplendor de tu magnificencia. Nunca te hemos desconocido nosotros en tu voluntario abatimiento: mas ten piedad aun de aquellos que no te llaman, porque no te conocen, y apresura el vuelo del dichoso día que ha de reve-

¹ El apostol Santiago y san Esteban fueron, en efecto, los primeros mártires del cristianismo. — T. F.

larte á la tierra entera. El que ha creado los ojos ve; oye el que ha creado los oidos; ¿ como no ha de ser todo indulgencia todo misericordia el que ha creado el corazon? Él reunirá todos los pueblos bajo la santa bandera de la salvacion. Abrahan, Isaac, y tú Jacob, en vano buscan vuestros ojos en medio de esa alegre cohorte á vuestro futuro linage, que fué en otro tiempo el elegido del Eterno. Contened vuestras quejas, vuestros gemidos; y esperad... La hora destinada para que conduzeais á vuestros hijos todos á los pies de la víctima del Gólgota, es un misterio hasta para las inmortales, pero llegará esa hora tan deseada, y entonces se habrá cumplido el porvenir de los pueblos; entonces les dirá el Salvador: *concedme, yo soy Jesus*; y á todos los cubrirá con la blanca túnica de la inocencia, con la sangre de la redencion salpicada; y volarán los mensajeros del cielo de estrella en estrella anunciando al astro brillante, que por fin aparecerá en el horizonte sobre los desiertos del empireo. Postaránse los cielos ante su dueño y cantos de gloria celebrarán la bondad infinita del Salvador.

Calló José y los acentos de las arpas y salterios que le habian acompañado uniéronse á otros cantos, cuyas celestes armonías ora impetuosas y terribles como el rugido del Océano, ora blandas y halagueñas como el murmullo de un manso arroyuelo, solos los inmortales percibian. No son los

himnos del cielo producto, cual los de la tierra, de pasagera inspiracion, sino del primitivo espíritu y de la intuicion divina; y por eso ligan con el Creador al pensamiento de sus criaturas. Si alguna vez puede un simple mortal oir tales cantos, es solo en el instante en que se prepara el alma dejando la tierra á regresar á su patria celestial.

Prosigue durmiendo el divino cadaver y los ángeles y los Resucitados en sus cantares, porque su felicidad no ha llegado aun á aquel punto en que solo pueden servirla de intérpretes las lágrimas de un éstasis silencioso.

Sobre una resplandeciente nube descende al monte de los Olivos el profeta Ezequiel, cuya voz severa y poderosa cautiva la atencion de los inmortales allí reunidos.

« En otro tiempo me vi rodeado de secos huesos, y mandome el Señor que les dijera: « Escuchad, muertos, la voz del Eterno. » Obedecí, y un viento misterioso pasó por la tierra; y uniéronse los secos huesos; é inoculóse la vida en los esqueletos, y resucitaron los cadáveres. Terrible y sublime es el recuerdo de aquel instante: pero mas sublime aun el de mi reciente resurreccion. Gloria á tí, Salvador divino, que me has despertado del sueño en que aun duermes tú. Quiso tu padre que murieses, mas no dejará que sea su hijo presa de la destruccion. La cosecha que se prepara mayor será que la

que vieron mis ojos, mas importante que la que madura para el dia en que ha de sonar la temida trompeta. Una sola espiga compondrá la cosecha que se prepara, y esa será con todo mas rica y abundante que la inmensa del postrero dia. ¡Si la espiga única no madurase, nunca diera el metal sonoro la señal de la universal cosecha. Salud y gloria á tí, celestial espiga: á tu sombra se acogerán los cielos; para la muerte sola no habrá lugar en ella; y desaparecerá en la nada la terrible enemiga del género humano y conquistarás su imperio para tu padre á fin de que Dios lo sea todo y esté en todo!»

Así cantó Ezequiel, y los ángeles y los resucitados repitieron en coro: « Que Dios lo sea todo y esté en todo. »

Separándose el hijo de Amós del luminoso círculo de los inmortales descende sobre el Gólgota y se detiene al pié de la cruz. Daniel le sigue de cerca: los dos profetas se miran, se adivinan el pensamiento, pulsán las cuerdas de su salterio y comienzan á cantar Isaías:

« Aquí es donde ha padecido todos nuestros males, aquí es donde ha sufrido todos nuestros dolores; y ciegos los hombres creían que expiaba sus propios pecados. »

Y responde Daniel:

« ¡Por nosotros ha padecido, por nosotros ha

muerto! Para darnos la paz y la felicidad le hirió la terrible cuchilla; su divino sacrificio está consumado. Helos ahí que nacen los vasallos de su reino; innumerables son como las gotas del rocío de la mañana. Va á despertarse para nueva vida; para nueva vida que será la eterna bienaventuranza. Esparciráse por el universo su sabiduría iluminando á los hijos del polvo y haciéndolos dignos de heredar la magnificencia de su Salvador, porque el Salvador ha redimido los pecados del mundo. »

Calla Daniel y vuelve á decir Isaías:

« Mientras le atormentaban sus verdugos guardó silencio; guardó silencio cuando le arrastraron al sepulcro, el cordero sin mancha. Murió como los criminales mueren, porque se habia cargado con todos los delitos del linage de Adán; desgarró su alma la mas terrible de las agonías; mas va á despertarse y á coger el fruto de su sacrificio. La eterna justicia atajó para siempre la senda de la trasgresion á las divinas leyes; redimido está el pecado y de nacer acaba la salud. ¡Gloria al Hombre-Dios cuya es tan inmensa obra; ungióle su padre sobre la cima del Gólgota; sí, el ungió del Señor es el divino muerto del Gólgota! »

Y como el murmullo de la brisa del cielo cuando agita las hojas del árbol de la vida, repitió suavemente el coro de los inmortales. « Ungióle su

padre sobre la cima del Gólgota, sí, el ungido del Señor es el divino muerto del Gólgota! »

Los Romanos que custodiaban el sepulcro son relevados por los que mandaba Eneo, el mismo que vió espirar á Jesus, y que en aquel momento supremo sintió temblar la tierra bajo sus plantas.

Mientras que los soldados miraban atenta y temerosamente la losa que, artísticamente unida á las rocas, cerraba el lecho sepulcral de la víctima inmolada en la cruz, Eneo, agitado por una vaga inquietud y asaltado de amargas dudas, paseábase grave y melancólico no lejos de los suyos. La soledad, el silencio, los fantásticos efectos de la luz de la luna, ya velada entre nubes, ya inundando la tierra en sus misteriosos destellos, cuanto le rodea en fin, parece hallarse en armonía con su pensamiento, arrastrado por un poder irresistible á penetrar cada vez mas en un laberinto sin salida.

« ¿Era en efecto hijo de algun Dios? se preguntaba á sí mismo; ¿y de qué Dios? ¿Del de Israel?... ¿Merece este pueblo cuya conquista nos ha sido tan facil conocer al verdadero Dios?... ¡Oh pueblo Hebreo, pueblo de esclavos! ¡Tan pequeño, vil y despreciable eres en tí mismo, cuanto grande por el Dios á quien llamas Jehová!... ¿Pero quien me responde de que sean ciertos los milagros que se atribuyen á ese Jehová? Si de ellos dudo ¿porqué no lo haré tambien de las prodigiosas aventuras

de Júpiter?... Sin embargo, si el Nazareno fuera en efecto hijo del gran Jehová ¿hubiera muerto? ¿Y si no es mas que un simple mortal, que Dios es el que le ha dotado de tanta virtud y de tan sobrehumanas fuerzas? »

En esto llegó un esclavo de Pilatos á interrumpir sus reflexiones diciéndole en voz sumisa :

« Valeroso Eneo, la noble Porcia me envía á preguntarte si todo está tranquilo en torno de este sepulcro, y si alguien se ha acercado al divino cadaver. »

El centurion responde :

« Vuelve y dí á tu ilustre señora que todo está tranquilo en torno de este sepulcro, y que nadie se ha acercado al divino cadaver. Dile tambien que mi espíritu está cruelmente agitado, porque sin cesar me preguntó á mí mismo si resucitará ó si duerme para siempre. Vuelve á tranquilizar á la ilustre Porcia de quien sé que tambien como yo espera con ansia el desenlace del misterioso destino del mas virtuoso de los hombres. »

Partió el esclavo, y Eneo dijo para sí arrepintiéndose de haber llamado á Jesus con el nombre que su conciencia le dictaba:

« No, no es solamente el mas virtuoso de los hombres, sino mas todavía, es el Hijo del mayor de los dioses!... ¿Mas qué digo? Reniego á Júpiter y le pospongo á Jehová á quien no conozco... ¡Oh

si! le conozco; cierto es cuanto de él se dice. Si los hijos de Israel, tantas veces vencidos, hubieran adorado á Júpiter, la imagen de este y sus mentidos rayos cayerán deshechos como cayó la estatua de Dagon!... Mi pensamiento se extravía. ¿Qué irresistible poder es el que me impele á sacrificar los dioses de mis padres á ese terrible y desconocido Dios? ¡Oh Júpiter! ¡si mayor es que el suyo tu poder aniquílamelo! Te lo ruego por las negras ondas del río con cuyo nombre afirmas tus juramentos... ¿No vibras tus rayos? ¡Jehová, dignate revelarte á un desdichado que te busca y que te llama!... ¡Ay de mí! ¿porqué no he sido testigo de los milagros de Jesus; porqué no le he escuchado cuando hablaba de los hombres, de Dios, de sí mismo? ¿Iré á preguntarles á sus discípulos?... Son de oscura condicion, de ánimo simple y limitado talento. ¿Y no es mas digna de fe la simplicidad que aquella humana sabiduría que con tan sobrada frecuencia se pierde en las engañosas nieblas de la ciencia?... Jesus ha muerto y ya no me es dado ni verle ni oírle en la tierra: solo en otra vida mejor podré encontrarlo... ¿Hay en efecto otra vida?

⁴ Idolo de Azot en el país de los Filisteos. Cuando esos llevaron el arca santa al templo de Dagon hallaron á la mañana siguiente derribado á su idolo con la faz en tierra; y habiéndose repetido muchas veces el mismo milagro se decidieron en fin á devolverles el arca á los Israelitas. (Samuel, lib. I, cap. 5.) — T. F.

¿y si la hay, será para mí mejor que la presente?... Habiendo sufrido tanto, él que era inocente y puro, ¿qué no habrán de padecer los culpables!... Confundome en tan intrincados pensamientos... Cuando aun gemia sobre la cruz hubiera yo podido preguntarle... Ahora enmudeció para siempre... Pero ha prometido á los suyos que resucitará, y hasta sus enemigos lo creen puesto que nos hacen guardar su sepulcro... ¿Y si no sale de la tumba, quien disipará mis dudas, quien me enseñará la verdad?... El porvenir es ya para mí una noche sin estrellas. ¡Ah! ¿porqué las agudas flechas y matadoras lanzas á cuyos golpes me he espuesto tantas veces en los campos de batalla, me han respetado hasta aquí? ¡O inmortal Decio Bruto! cuando te viste obligado á reconocer que para la virtud no habia ya mas que odio y persecucion, cogiste tu propio vengador acero... y yo he visto inmolar tranquilamente al mas virtuoso de los hombres! No, no es el

⁴ Decio Bruto fué uno de los que dieron muerte á Cesar; y es verdaderamente singular que Klops ock, cantor del Dios de amor y de misericordia, ponga en boca de un hombre que ya siente las primeras inspiraciones del cristianismo, el elogio de aquel suicida asesino de quien de beneficios le colmara. Tan deplorable ejemplo de las aberraciones á que el entendimiento humano está sujeto, solo puede explicarse recordando que en la época en que el poeta escribía sus versos, era tal y tanta en Europa la intensidad de la fiebre política, que bastaba á oscurecer á veces las nociones de lo justo y de lo injusto, aun para personas tan entendidas y cristianas como Klopstock. — T. F.

temor de la muerte el que me detiene, porque son demasiadas las veces que á su encuentro he corrido bajo las amenazadoras alas de nuestras águilas... Ardoen deseos de vengar á Jesus, y un poder misterioso me impide realizarlos. ¿Vacilaré acaso por un loco amor á mi vida?... ¡Ah! si así fuera, con qué gozo moriría yo por tí, noble víctima del Gólgota!»

Así se agita y atormenta Eneo buscando á la divinidad, pero en vano, porque la dulce estrella que ilumina los senderos de la verdadera sabiduría aun no se ha levantado para él sobre el horizonte.

Después de atravesar con el alma de la hermana de Lázaro los sombríos valles que conducen á la eterna vida, la introdujo su ángel custodio en la augusta asamblea de los resucitados; y Benoni, que fue quien primero vió á su nueva hermana, con voz tan suave, como la del amoroso canto que se pierde en los vapores de la noche, dijo :

« ¡Desdichada María! ¡tú no le has visto espirar! ¡Bienaventurada María! ¡tú le verás resucitar. Toma este salterio, y canta con nosotros la gloria del Eterno. »

Y la hermana de Lázaro responde :

« ¿Me es en efecto lícito unir mi débil voz á las de los inmortales, cuyas augustas frentes miro ceñidas de radiantes coronas?

— « Sí, María, repite conmigo el himno que Ezequiel acaba de enseñarme :

« La cosecha que se prepara mayor será que la que vieron mis ojos, mas importante que la que madura para el día en que ha de sonar la temida trompeta. Una sola espiga compondrá la cosecha que se prepara, y esa será con todo mas rica y abundante que la inmensa del postrero día. Si la espiga única no madurase nunca diera el metal sonoro la señal de la universal cosecha. ¡Salud y gloria á tí, celestial cosecha! ¡A tu sombra se acogerán los cielos; para la muerte sola no habrá lugar en ella, y desaparecerá en la nada la terrible enemiga del género humano, y conquistará su imperio para tu padre, á fin de que Dios lo sea todo y esté en todo! »

Y María responde con voz trémula de felicidad :

« ¿Cómo esplicar, ¡ó Benoni! las inefables delicias que enagenan mi espíritu? Aquel que da la vida y la muerte derramó sobre mí la copa de su misericordia, permitiéndome asistir á su resurrección en medio de vosotros sus elegidos. Hermanos de Jesus, amados hermanos míos, que amorosamente me recibís, hablad : ¿quien de nosotros se hubiera atrevido á esperar la indecible alegría de que juntos disfrutamos? No te limites, ¡ó incansable Dispensador de los tesoros del cielo! á inundar-

nos de bienaventuranza, la haces además eterna; sí, eterna es nuestra dicha. Embriagador pensamiento, aun no puedo comprenderte en toda tu extensión; me trastorna tu grandeza. Tus criaturas, ¡ó incansable Dispensador de los tesoros del cielo! pierden su brillo ante el resplandor de tu eternidad, abrumadas bajo el peso de tus dones. Pero así lo quisiste antes de que fuera yo hija miserable de la tierra; así lo quisiste antes de que salieran de la nada los cielos y los orbes, hijos inmortales de tu pensamiento. Cuanto existe por tí se mueve y se eleva de escalón en escalón; porque cada criatura tiene su escalón que la ayuda á subir al través de la infinidad de los tiempos, de beatitud en beatitud siempre y cada vez á mayor altura hasta llegar al pie de tu trono, ¡ó infatigable Dispensador de los tesoros del cielo! »

Así cantó la hermana de Lázaro, y responde el coro de los inmortales :

« Antes, ¡ó Padre de los seres, principio de todo amor! antes que deje de correr el manantial de tu misericordia, la noche del caos hundirá á los mundos y velará los cielos. Al pie de tu trono está la fuente, el manantial divino, inmenso como la eternidad: surcan sus ondas, murmurando, los campos de la noche como los campos del día; braman y se precipitan á través de la creación, de mundos en mundos y de soles en soles; y los cielos oyen su

bramido, que repiten los cánticos de los bienaventurados; y los habitantes de los mundos escuchan su murmullo que predice la redención; y unos y otros beben en sus inagotables ondas el agua de la eterna salud. Apresuraos, vosotros, hombres y a redimidos y hermanos del divino muerto, venid á saciar vuestra sed en el río de la salud. Trémulos son vuestros pasos, mas no importa, porque os sostiene el guía poderoso; sí, el más poderoso de todos, aun cuando su corazón se desgarró al pronunciar estas sublimes palabras: *Consumado está.* Ahora duerme en la tumba como jornalero activo que, después de un largo día de penoso trabajo, se aletarga con el crepúsculo de la noche... Sí, has dormido á la sombra de un cedro el Leon de Judá. Si no te hubieras embriagado, ¡ó Infierno! bebiendo el caliz de la celestial venganza, enmudecerías para no despertar á la divinidad dormida. Pero se despertará, se levantará á la sombra del cedro, se elevará hasta la diestra de su padre, y en su rápida carrera os hollará á sus plantas, infernales príncipes; la planta del leon vengador, la planta del irritado cordero os deshará al pasar. Bajo la huella del leon vengador, bajo la huella del cordero irritado se aumentará la aridez de los desiertos, y hundiránse los abismos más profundamente que nunca en la eterna noche. »

De esta manera anunciaron los inmortales al in-

fierno los castigos que se les preparaban, y aquel místico canto fué para Obaddon una señal misteriosa que le obligó á apartarse de la tumba de Jesus.

De nuevo emprendió su lúgubre vuelo el angel esterminador : llega al mar Muerto, desciende á sus desoladas orillas, envuélvese en nocturnas nubes, y llama con terrible voz á Satan y á Adramelec. Al sonar aquellos malditos nombres, estremecidas las negras ondas se hinchan y arremolinan; y una ola inmensa, estrellándose lentamente contra las rocas de la orilla, arroja en ella á los dos príncipes de las tinieblas, y retrocede inmediatamente como horrorizada del peso que acaba de sacudir.

Arroja lejos de sí el angel esterminador la nube que le envolvía, y esa, despues de estenderse sobre el negro mar, trepa lentamente por las rocas, y toma en fin asiento sobre la cima de la mas escarpada. Satan, reuniendo todas sus fuerzas, y con amarga ironía dice al angel esterminador :

« Esclavo bienaventurado, pues que eres casi tan poderoso como tu dueño, ¿qué mensaje me traes? »

Y Obaddon responde :

« Acuérdate de la época de tu rebelion. Prestábase entonces la inmensidad de tu crimen, un poder aunque efímero, terrible ; y sin embargo, solo

con el desprecio contesté á tus insultantes burlas. ¿Cómo no he de despreciarlas hoy que ya no eres nada? Adramelec, y tú Satan, escuchad lo que os mando en nombre del muerto que va á resucitar : regresad á los infiernos ó venid al pie del Gólgota. Seguid con los ojos la punta de mi flamígera cuchilla que hácia la tierra inclino, y tendreis la medida del tiempo durante el cual os será lícito contemplar al hijo del Eterno. Despues volvereis á caer en el polvo. ¡Contened vuestros bramidos, réprobos viles! No quiere vuestro dueño que le adoreis, para siempre os está prohibido gozar de tal dicha. Lícito os es tambien el no seguirme, pero entonces, os lo repito, es preciso regresar inmediatamente á los infiernos donde ya os esperan los amargos sarcasmos de los condenados que todos saben vuestra derrota y el triunfo del Mesías. »

Satan, con los ojos fijos en la temible cuchilla del angel de la muerte, permanece inmovil. Adramelec arranca de la costa un fragmento de la roca deshaciéndolo contra su frente de bronce, y su planta hiera á la tierra que se estremece y tiembla á tan terrible golpe. Quisiera el impío blasfemar del Eterno, mas su lengua se hiela, y Obaddon, agitando su espada de fuego, clama en voz tonante :

« ¡Seguidme al instante ó marchad á los infiernos! »

Vacilan los dos príncipes de las tinieblas, y Abdiel Abbadona se acerca á ellos dejándose ver en la firmeza de sus miradas y en su porte grave y tranquilo que no teme su furor; mas tampoco les provoca con gesto ni palabra, conociendo que no es á él quien le toca juzgarlos. Acércase Abdiel al ángel exterminador, y con triste suave acento le dice:

« Aunque eres mensajero de venganza, conoces sin embargo la compasion y escucharás mis ruegos. Sí, pues que permites á estos dos réprobos que contemplen al Hombre-Dios cuando sacuda el sueño de la muerte, ¿por qué razon me rehusarias á mí la misma gracia? No temas que me atreva á adorarle; no, mi pensamiento se limitará á darle gracias á la poderosa mano que me arroje en el polvo cuando salga de su tumba el Salvador del mundo. »

Redobló la saña de Satan oyendo aquellas palabras, y acusó á Abbadona de bajeza y cobardía; pero Obaddon le impuso silencio, y con voz cuya emocion dejaba traslucir un resto de amistad y de tierna compasion, dijo á su antiguo amigo:

« Ninguna orden tengo con respecto á tí; cuanto puedo decirte es que el Gólgota está circundado por legiones de ángeles y de resucitados; que Satan y Adramelec van á seguirme ó á regresar á su tenebroso imperio; y que la Resurreccion del Me-

sías dará principio al castigo de los infiernos que se atrevieron á pronunciar su sentencia de muerte. Tú no has tenido parte en la impía septencia, lo sé; pero sin embargo te lisongearas con vanas ilusiones si esperas que la vista del triunfo del Mesías puede volverte ni por un solo instante las dulces alegrías del cielo... »

« Nada me atrevo á esperar, respondió Abbadona, solo para alimentar mi remordimiento quiero ver resucitar al que ha redimido los pecados del mundo. »

« ¿Miserable, exclamó Adramelec, olvidas que ya no eres esclavo de Jehová, sino mio?.. Obaddon, me vuelvo á los infiernos, y ¡ ay de los que se atrevan á recibirme con insultantes burlas! y tú, Abbadona, tú el mas cobarde de los príncipes de las tinieblas, sígueme que voy á ligarte con cadenas de diamante á las gradas de mi solio, donde mi planta hollará tu orgullosa cerviz hundida en el polvo, mientras en mi pensamiento se desarrollen sublimes proyectos. »

Miróle Abbadona con solemne tristeza, y dijo:

« No me asustan tus amenazas; tiemblo sí, lo confieso, pero no ante tí, sino ante el Dios que va á resucitar. »

Decidióse Satan á seguir á Obaddon, y á medida que se aproxima al sepulcro se ennegrecen y hacen mas profundas las cicatrices que el rayo ven-

gador abrió en su frente. Adramelec, que se había quedado inmóvil en su puesto, corre súbitamente á unírseles, porque en el fondo de su infernal corazón ha meditado una horrible blasfemia con que quiere escandalizar á la santa reunión del Gólgota: pero el ángel de la muerte que lee en su pensamiento le dice en voz terrible:

« ¡Aparta de mí tu odiosa faz; huye y apáguese para tí la luz del día, y sírvate de norte y conductor un prolongado grito de desesperación! »

Dijo, y oscureció los ojos del réprobo la mas negra de las noches; bramó la tempestad, todos los terrores del infierno cayeron simultáneamente sobre el impío, imaginó escuchar que el ángel del juicio final le decía: « Maldición, maldición sobre tí; » y creyó que las montañas y las estrellas se desplomaban sobre él y le arrastraban en su caída eterna, de uno en otro por todos los abismos del caos.»

Entre tanto bajaba hácia la tierra por el camino solar un ángel del trono de Jehová, mensajero temido de los decretos del Eterno, en cuya presencia, cuando anuncia á la eternidad algun nuevo prodigio de la creación, suspenden los orbes errantes su armónico movimiento. Todo es silencio en el espacio, porque ya sobre el Tabor brilla la gloria del Mesías, y los mundos la han visto pasar; y una estrella, dejando su eterna órbita, se ha aproximado al sol. Al aspecto de las proféticas señales fi-

jan los resucitados sus miradas en el cielo y adelántase rápida como el pensamiento la nube que encierra el rayo en su seno. Brama el trueno despertando los ecos de las montañas solares, y resonando en las trayectorias de las estrellas se aproxima á la tierra. Semejante á los soles cuando trémulos salieron de manos del Criador para reinar sobre los planetas, precede al trueno el divino Elohá, y llegando á la asamblea de los ángeles y de los resucitados esclama:

« ¡Sonó la hora suprema! Al primer albor de la aurora matutina despertará el Salvador del mundo del sueño de la muerte. Escuchad: ¡la gloria celestial retumba en los espacios infinitos al bajar á la tumba del Hombre-Dios! »

Dijo, y la nube que saliera del trono de Jehová atenuó su voz de trueno á medida que á la tierra se aproximaba, porque si no contuviera su voz terrible, volaría hecho astillas el globo sublunar.

Calló la voz del trueno del Eterno, silbó lastimera la tempestad, y á impulso de su poderoso aliento inclináronse todos los bosques de la Judea hácia el mas santo de los sepulcros. Tembló la tierra, y el monte Seir¹ y el formidable Hermon² tembla-

¹ Situado al sur de la Palestina, dividiendo á este de la Arabia Petraea. — T. F.

² Está al oriente de la Palestina y la separa de la Arabia. — T. F.

ron y sus verdes cimas se inclinaron al soplo impetuoso del huracan; encrespadas las olas del mar parece que intentan cubrir la blanca cresta del Carmelo; y el torrente de Arno y el torrente de Egipto¹ y el Jordan mismo suspenden su rápido curso como si fueran á llevarles el tributo de sus espumantes aguas á los montes del Libano que sorprendidos y asombrados estienden sus misteriosos estremecimientos hasta el lejano Aman².

La tumba sola del Mesías permanece inmovil, y Gabriel contempla estasiado la roca que cierra su entrada, porque el divino muerto le habia dicho: « ¡Tú eres quien la harás rodar! » Póstranse los resucitados con la faz en tierra ante la Divinidad del Redentor, cuya aproximacion les anuncian erujendo las montañas y gimiendo los bosques.

Adora el padre del linage humano al Hombredios, y su canto es solemne y triunfante como el de los seráfines cuando celebran las maravillas de la creacion:

« ¡Tú, que no habiendo sido creado te resignaste á ser debil criatura reducida como nosotros al solo idioma de las lágrimas y de los sollozos! Ape-

¹ Fuera del Jordan no riegan la Palestina mas que torrentes que en el verano se secan: el de Arno baja de los montes de Galilea, y corre hasta el mar Muerto, y el de Egipto ó de Besor procede del Libano y desagua en el Mediterráneo. — T. F.

² Montaña de la Siria que está mas allá del Libano. — T. F.

nas llegaste á la adolescencia asombró á los sabios tu sabiduría, y fuiste despues un maestro sublime lleno de amor para los hombres tus discípulos, un sumo sacerdote que entró en el santuario para inmolarse á si mismo; y en efecto te inmolaste, Salvador divino! ¡Ah! ¿cómo glorificar tu amor y tu misericordia? ¿Cómo celebrar lo que ya has hecho y lo que vas á hacer? Ya te anuncia la viva tempestad, de cuyo seno saldrá celestial destello que descenderá sobre tu cuerpo, y tu cuerpo se levantará del polvo del sepulcro... ¡Ved como se embellecen las estrellas con el reflejo de su magnificencia! ¡Humíllense ante él todos los seres creados, ríndanle sus coronas los bienaventurados!... Viene á libertar á los cautivos, viene á distribuir á los pecadores redimidos los dones de su misericordia... Llega, alma divina, aliento de los cielos, despierta al cadaver divino que con sus llagas resplandecientes brilla á la derecha de su padre. Y tú, éstasis santo, tú el mas santo de los hijos del cielo, pon el dedo en tus labios y espera silencioso la hora de la resurreccion. Y vosotros sus elegidos que aun caminais en medio del polvo de la tierra, si veo vuestros ojos bañados en lágrimas es porque conocisteis al muerto divino; mas no sabeis aun ni su gloria ni la gloria que os destina. Bendigó los combates, bendigó las penas que os aguardan, y bendigó tambien los triunfos que co-

ronarán vuestros santos trabajos. Cuando concluyan los tiempos entrareis en la vida eterna y ocupareis los tronos de oro que los cielos os preparan. »

Así cantó Adán: Eva se acerca á la tumba y resonando en sus oídos el aliento de la resurrección esplica su alegría y felicidad de esta manera :

« Acelera tu curso, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral; tú, que corres en alas de la noche, llega, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral! Consiente que la gacela extraviada en el desierto, aplaque la sed que la devora en tus ondas vivificantes. Manantial que brotas en mejor mundo, ven á correr en esta tierra de miserias, recobre en tus frescas orillas sus fuerzas y su valor el estenuado peregrino, y dígame la misteriosa voz de tus aguas celestiales todos los secretos de la eternidad! ¡Resurrección! ¡Ilumine de hoy mas tu celestial destello la vista del moribundo, para que el temor de la destrucción no aflija su alma inmortal! Hora bienaventurada que vas á lucir sobre el mundo, hora de la resurrección de Cristo, en tu seno llevas la salud de la especie humana. ¡Oh hijos míos! ¡cuan brillante es el patrimonio que os destinan los cielos! ¡Acelera tu curso, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral, y estiéndanse tus argentadas aguas sobre el universo convirtiéndole en océano del Eterno! »

Calló, y lanzóse Gabriel á las nubes volando al encuentro de la *gloria* de Dios.

Cuando haya terminado su largo y lastimero canto la tristísima voz que desde la caída del primer hombre clama á los hijos de la tierra : ¡Maldición! ¡maldición! cuando ni los suspiros de un moribundo, ni los llantos de un recién nacido suban ya á los cielos, cada vez que una gota del río del tiempo entre en el mar de la vida de pruebas; cuando raye en el horizonte de la eternidad, el primer albor del último día, se estremecerán gozosos y alegres los millares de millares de muertos que son del Señor; lágrimas indecibles brotarán de sus ojos clavados en el cielo, y sus cantos de triunfo se unirán á los acentos del metal sonoro.

De la misma manera se estremecen los resucitados en torno del Gólgota, y de la misma también lloran y cantan cuando Gabriel, en su vuelo sublime, penetra las nubes, dejando en pos de sí prolongado y luminoso rostro.

Desde las remotas orillas del Eufrates, hasta el fondo del santo sepulcro tiembla la tierra; Satan, que ha seguido á Obaddon para ser testigo del triunfo de Jesús, cae anonadado; los Romanos se arrojan al polvo hundiéndose en él su rostro; á la voz de Gabriel rueda hasta muy lejos la roca que cerraba la tumba; y Jehová, el Dios inmutable, par-

ticipa del éstasis de sus criaturas. ¡El Mesías resucita!...

¿No podré yo, como repite el eco de solitaria roca los nocturnos himnos que un pastor piadoso dirige á los cielos, no podré yo también repetir la inefable felicidad de los testigos de la resurrección del Mesías? ¡Ay de mí! en vano procuro en alas del éstasis elevarme hácia lo infinito: encadéname la fragilidad de la humana naturaleza á este valle de lágrimas, recordándome que aun mi espíritu no ha sido sembrado para la gran cosecha, consecuencia sublime de la resurrección de Cristo.

Profundo silencio reina en torno del sepulcro de Jesús, pero brillan los inmortales como los primeros luceros matutinos que salieron de manos del Creador, y el Mesías está en el aire sobre su abierto y vacío sepulcro. Aquella cabeza que en el suplicio reclinó sobre el pecho está ahora rodeada de celestial aureola. Centellea, deslumbra la nube, que bajo del trono del Eterno, ha devuelto toda su magnificencia á aquel cuyo nombre es tres veces santo, á aquel que nació en Belén, á aquel que padeció en Getsemani, que espiró en la cruz y que la tumba nos ha devuelto. Postraos, cielos ante él, pulsad, arcángeles, vuestras arpas, y sean mas armoniosos los cantos con que celebreis su gloria que el himno con que por primera vez saludasteis á la creación. Mortales, unid vuestras voces con la

mía, y prueben vuestros tímidos acentos que también sabe el polvo que vive ya aquel que hizo mas por nosotros que por los ángeles, bajando á ser nuestro hermano. Día vendrá en que nos dé fuerzas para manifestarle al pié de su trono toda la inmensidad de nuestra gratitud.

Recobrada un tanto la serenidad de que el gozo inmenso les privara, cantaron en coro los resucitados:

« Despertaste en fin, ó tú que lees en nuestro pensamiento: corto ha sido tu sueño, y has vuelto á ser lo que eras cuando arrojaste los soles al espacio y obligaste á los planetas á que describieran en torno de ellos sus eternas órbitas. Por tí y contigo acabamos de entrar en la mas bella y gloriosa de las épocas de la eternidad. »

Calló el coro de los resucitados, y los siete mártires uniendo sus voces á la de su noble madre cantaron:

« Despierta, ó tierra, y acaba de comprender tu triunfo; el Mesías te ha juzgado digna de que le recibieras un instante en tu seno maternal; mas ya se ha levantado del polvo, y los cielos se le humillan y el suelo de Judea tiembla y se estremece bajo la huella de sus últimos pasos. Despierta, ó tierra, y acaba de comprender tu triunfo: eres la mas joven de las hijas de la creación, y sin embargo te llaman os cielos predilecta del Creador. Ya muchos de tus

hijos se cuentan en el número de los elegidos, y predestinada estás á ser madre de multitud de criaturas que se inmortalizarán al pié del trono del Mesías. ¡Regocijaos, fúnebres oteros, regocijaos, bóvedas sepulcrales; en vuestros senos se despertarán los muertos! Y tú, globo terraqueo, te elevarás sobre las ruinas del juicio final; saldrán de tus abismos, entonces abiertos, nuevas plagas, dejarás de ser esclavo del sol y de tener á la luna por inseparable compañera, la magnificencia de Dios te reanimará y te dará luz aquel cuya sangre corrió en la cruz.»

Así cantan los piadosos heroes que ya llevan la palma del martirio, mientras Estevan, destinado á merecer el primero el mismo laurel inmortal, todavía ignoraba su futura gloria. Próximo está sin embargo el momento de tu triunfo: corta aunque penosa será, ó noble Estevan, tu carrera; pronto se abrirá el cielo á tus moribundos ojos, y así que veas á Jesus á la diestra de su padre, vendrá la última piedra lanzada por mano de un furioso á enviar tu espíritu al reino de tu divino maestro. Jedidot, el mas joven de los siete mártires, Benoni y la hermana de Lázaro, se adhirieron al borde de una púrpura nube, y enlazadas las manos se dejan caer en la tumba abierta y vacía. Allí se postran y sus miradas gozosas observan al Mesías que se dirige al monte Tabor.

« O Benoni y tú Jedidot, exclamó María, ¿veis á vuestro divino maestro? Deslumbráranos el resplandor de su magnificencia si no lo templase para nosotras y para todas las tiernas flores de la celeste Saron¹. Acaso de otra manera se muestra ante los cedros de los cielos... »

Llegóse el divino Elohá cerca de María, y sonriéndosele dulcemente dijo:

« Tú comprendes al Hijo del Eterno: su naturaleza es á los ojos de cada una de sus criaturas la del objeto en el cual se cifran todos sus afectos. No se le ve tal cual él es sino tal como la criatura; lo ha menester para que su felicidad sea perfecta, porque él es la perfeccion y la bondad infinita, como Hijo del Eterno, como Hijo del Increado, Eterno é Increado como su padre. Ante ese misterio se detiene nuestra intuicion y reconoce los limites que separan á la criatura del Creador.»

Y responde María:

« Serafin divino, aunque esos limites de que hablas sean para mí mucho mas estrechos que para tí, los bendigo sin embargo. Siempre es para mí una felicidad inmensa la de adorar á la divinidad

¹ Véase la nota al canto tercero en la pág. 411 del tomo primero, y téngase presente lo dicho en otra al canto nueve, pág. 340 del mismo tomo, sobre la costumbre por Klopstock adoptada, de dar á las regiones del cielo los nombres de las ciudades y rios mas célebres de la Palestina.— T. F.

que nos colmó de beneficios, sin que nosotros acerremos á comprender su omnipotencia. »

Reúnense los resucitados en torno de la tumba donde descansó su Salvador, y se comunican unos á otros el gozo inmenso de que se hallan poseidos y que á ningún mortal es dado adivinar. Abrahan, uniendo sus manos, dirige al cielo esta oracion :

« Descendiste del cielo, ó tú, hijo de Jehová, al mismo tiempo que hijo mio, para venir á morir por nosotros : las pasadas eras de la eternidad no dejan á los futuros siglos celestiales otro ejemplo semejante que admirar. Recibes ya el premio de tu sacrificio, y nos haces testigos de tu gloria, á nosotros por tí redimidos. Vémoste caminar por la senda solar, y tus rayos nos inspiran mas dulces alegrías, que las que enagenan á los seráfines cuando te adoran en toda tu gloria. »

Adan postrándose al pié de la cruz alza una mano hácia Jesus, tiende la otra sobre la tierra y dice :

« Vencida está la muerte y convertida en dulcísimo sueño, lo juro en nombre de nuestro Salvador. Cuantos dormís en este profundo valle despertareis en el día del juicio universal. »

Desde su resurreccion, se acerca gradualmente el Mesías á su padre ; y mientras los resucitados y el divino Elohá mismo procuran en vano cantar la inmensidad de su gloria, porque son sus voces

harto débiles para celebrar aquella fiesta de la Divinidad.

Enséñales, ¡ó Musa de Sion! á mis trémulos labios á repetir los mas humildes de aquellos cantos que desde el fondo del polvo trataron de celebrar la elevacion del Redentor ; enséñales á mis ojos mortales á adivinar el inconmensurable camino que sigue el Señor por medio de los cielos.

En el momento en que Jesus salió de su tumba hirió el angel de la muerte á un pagano famoso por su probidad y alta virtud. Recibió un querubín al espíritu de aquel muerto, y condújole ante el Mesías. Al ver al Hijo del Eterno, dijo el alma del pagano á su conductor :

« Dime, ¡ó brillante desconocido! quien es aquel que camina por la senda mas resplandeciente del Émpireo. A mi pesar, se fijan en él los ojos y el pensamiento. Adórale conmigo, pues conozco que aquel es el mayor de los dioses.

« Es tu Juez, » responde el angel.

« ¿ Mi Juez?... Acaba de iluminarme, ¡ó tú que á seguirte me obligas sin mas fuerza que la de tus divinas miradas! ¿ Es Minos, ese á quien veo? ¿ hemos pasado ya los sombríos pórticos de la tierra? ¿ corren á nuestros pies las negras olas de la estigia laguna? ¿ Vuelan sobre la corriente del rio infernal los terribles juramentos de Júpiter? ¿ Porqué tan obstinado silencio? ¡ó espíritu cruelísimo!

¿Has recibido orden de precipitarme en las inflamadas olas del rio Flegeton? »

En esto habian llegado el alma del pagano y su conductor cerca del Mesías, quien con voz mas amante que severa dijo al primero :

« Júpiter y Minos son mentidas ficciones : la tierra entera, engañada é infeliz por ellas, ha clamado dolorosamente al cielo, pidiéndole auxilio y misericordia; yo la he oido.... Marcha, sigue á tu guia. »

Diciendo así, el Hijo del Eterno indicó con una seña al querubin el sitio que su clemencia señala al espíritu del pagano, y despues volviéndose hácia los resucitados testigos del juicio que acaba de pronunciar, dice :

« Antes de volver á sentarme á la diestra de mi Padre, descenderé con frecuencia sobre el Tabor; allí me vereis. »

Desapareció Cristo, y los resucitados dirigieron su vuelo á la santa montaña que el Salvador acaba de indicarles. Satan, que en el momento en que Jesus rompió las cadenas de la muerte, habia caido anonadado entre las rocas de los sepulcros, acaba de recobrar el sentimiento de su existencia, y con él la vergüenza de su derrota.

Llegó á los oídos de Gabriel el crugido de los destrozados miembros del impío cuando procuraba

levantarse; y conociéndole el arcangel, le dijo con iracundo acento :

« ¿Aun estás sobre la tierra, miserable? ¿No te han convencido, en fin, las maravillas que acaban de santificar á este planeta de que tu eterna lucha contra el Todopoderoso solo puede producirte incesantes tormentos? Vuelve á los infiernos, y medita, si á ello te atreves, una nueva rebelion contra el Eterno : pero sabe... no, no quiero pronunciar yo el anatema que sobre tí pronunció el Vencedor de la muerte; harto pronto te lo hará comprender el rayo... Huye, te digo... »

Huye Satan hasta la mas elevada cima del monte Sináí, desde donde sus espantados ojos se tienden por la inmensidad del desierto; mas impulsándole todos los horrores de la eterna condenacion que en sus alas lleva la tempestad en pos de él, cae desde lo alto de la roca á la cual se hallaba asido, rueda atravesando los mas negros abismos de la creacion, y llega al pórtico infernal. Allí el peso del anatema que le abrumba le tuvo inmovil durante prolongadas y tristisimas noches, al cabo de las cuales reunió fuerzas bastantes para levantarse y entrar en su tenebroso imperio.

Dos veces ya sonó en la tierra la hora solemne de media noche, dejando en pos de sí un nuevo día, y aun reunido el Sanedrin, continúa esperando el instante del desenlace del misterioso destino

del muerto, cuya tumba ha sido cerrada con una losa que custodian valerosos soldados romanos. Ya se acerca aquel instante, porque la aurora del tercero dia comienza á lucir.

Los soldados romanos que en el momento de la Resurreccion de Cristo cayeron en tierra, perdiendo el sentido, acaban de recobrarlo, y uno de ellos pregunta á otro su compañero :

« ¿ Qué es lo que me ha pasado? La tierra tembló á mis pies, y caí en el polvo. »

Responde el soldado :

« Eso mismo me ha pasado á mí. »

Otro soldado, diferente de los dos primeros, mira en torno de sí con asombro y dice :

« ¿ Ha sido un sueño, ó bien algun poder sobrenatural me ha arrojado como muerto al pie de esta roca? »

« Demasiado cierto es el fenómeno que te asombra, respondió el interrogado; y el huracan que nos arrojó en tierra destrozó sin duda la roca que cerraba el sepulcro; abierto está, míralo... »

En aquel momento alzó Eneo la voz, y dijo :

« Que todos aquellos á quienes la muerte haya perdonado, me respondan diciendo sus nombres. »

Y habiendo respondido toda la tropa, entró precedida por su caudillo en la bóveda del sepulcro. Al ver que estaba vacía miráronse unos á otros los soldados estupefactos, y santo terror erizó el cabe-

llo en sus cabezas. Recobró Eneo el uso de la palabra primero que los demas, y clamó :

« Nada tenemos ya que hacer aquí : marchad al palacio de Caifás. Si los sacerdotes estan aun reunidos en él, iré á darles cuenta de mi cometido. »

Obedeciendo apresurado las órdenes de su gefe, adelantóse á todos un soldado mas celoso que los otros, quien llegando casi sin aliento al lugar del concilio, dijo :

« En vano nos encargasteis que custodiaráramos al que murió en el Gólgota. La tierra ha temblado, la roca que cerraba al sepulcro rodó lejos de él, y la tumba está ahora abierta y vacia. »

Dejó de hablar y retiróse precipitadamente : los sacerdotes, que por un movimiento general y espontáneo se habian levantado de sus asientos, permanecieron mudos é inmóviles como si fueran estatuas de marmol, por el cincel de un habil escultor dispuestas en representacion de las diferentes actitudes del terror.

Llegaron entonces tres soldados mas, y á una voz dijeron :

« Tomad las medidas que juzgueis oportunas : la tierra ha temblado, bramó la tempestad, la roca que cerraba el sepulcro se ha levantado por su propia fuerza, y un poder invisible dió con nosotros en tierra. Al recobrar el sentido, hemos visto el sepulcro abierto y vacio. »

Quedaron los sacerdotes y los ancianos con aquel nuevo testimonio, como si sobre ellos cayera el rayo vengador. Una estrepitosa carcajada interrumpe el silencio melancólico que reina en la asamblea : así pretende Filon, en un acceso de locura, contestar á la evidencia con el insulto ; mas su necia alegría cede bien pronto, y domínale mudo estupor. Caifás solo tiene bastante presencia de espíritu para escuchar con aparente tranquilidad al resto de los soldados romanos, que sucesivamente se presentan á referir el milagro de que han sido testigos.

« Lo veo, dijo uno de ellos, observando la palidez de los sacerdotes ; sabéis ya todo cuanto ha sucedido, y solo os queda que dar gracias á los dioses que os dejan vivir, ¡ó sacrílegos sacerdotes que habeis intentado esterminar al Hijo de Júpiter Tonante ! »

Con mentida sonrisa, dice Caifás :

« Valerosos Romanos, preparado os tengo en el patio de este palacio un buen fuego ; la noche ha sido fria, id á calentaros. »

Y en seguida mandó á uno de sus esclavos que diese á los soldados abundantes viandas y generoso vino para que recobrasen sus fuerzas perdidas durante su prolongada guardia. Luego que se vió solo con los sacerdotes, renunciando á ocultar sus temores, les dijo :

« Preciso es comprar á cualquier precio el silencio de estos Romanos, sino hemos de morir á manos del pueblo. Obrad en consecuencia, si teméis la muerte ; en cuanto á mí, poco me importa la vida, pues que tengo que dudar de las doctrinas de Sadoc ¹. »

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se presentó Eneo, quien, saludando con fria dignidad á la asamblea que ante él se levantó, dijo :

« Sacerdotes y ancianos de Israel, conociéndome, sabéis que mi alma es inaccesible al miedo. Al ver á Jesus morir en la cruz, ya me decia cierto secreto pensamiento que inmolabais al Hijo de un Dios. Ahora que ya sabéis lo que ha pasado en su sepulcro, decidme, ¿ qué debo pensar ? »

Callaron todos.

Obaddon entrando, invisible para los ojos mortales, se acerca á Filon, y deja caer sobre él la mas terrible de sus miradas. Aun no es llegado el instante de hacerle oír la voz atronadora, mas el angel se dice á sí mismo :

« ¡ Salúdote, hora sangrienta de la muerte ! ¡ Hora triste y horrorosa, apresura tu lúgubre vuelo, haz el último de tus esfuerzos ! ¡ Y á tí, valle de Benhinon, tambien te saludo ! »

Mientras así pensaba Obaddon, apoderándose

¹ Véase la nota al canto cuarto, tomo I, pág. 126, donde se explica la doctrina de los Saduceos.

del réprobo los mas sombríos terrores del infierno, aproximóse al Romano, y mirándole con la espantosa sonrisa de la demencia, con ronca y lenta voz le pregunta :

« ¿Estaba abierta la tumba y no se hallaba en ella el cadaver? »

« Abierta estaba la tumba y el cadaver no se hallaba en ella, » respondió Eneo.

« Romano incorruptible, jura en nombre de Júpiter que dices verdad. »

« No juraré por Júpiter sino por Jehová á quien adoro. Mas para desesperarte no es menester apoyar con juramento lo que digo. »

Todo el terror del infierno conmueve á Filon hasta la médula de sus huesos :

« ¡Ya lo ois, exclamó fuera de sí, abierta está la tumba y el cadaver no se halla en ella! Y ese incorruptible Romano apoya su testimonio en una palabra mas sagrada que todos los juramentos de la tierra! »

Diciendo así asió rápidamente la espada del Romano, sacóla de la vaina, y despues de atravesar con ella su propio pecho la arrojó furioso lejos de sí cayendo bañado en sangre. Para acelerar el instante de su muerte, abrióse la herida con las manos ya contraídas por la agonía, y corrió la sangre con tanta abundancia que parecia bastante á manchar al cielo entero.

« ¡El Nazareno! »

Y esa palabra fué la última que pronunció sobre la tierra.

Recogió Eneo su ensangrentado acero y mirándolo con aire sombrío dijo :

« ¡Consagrote al terror, á la eterna noche, á la desesperacion! »

Y arrojando sobre el cadaver de Filon el arma para no volver jamás á recogerla salió lentamente del Sanedrín.

Siéntese arrastrada el alma del Fariseo por un conductor sombrío quien la guía por tenebrosas sendas hasta el valle de Benhinon, donde le espera el angel Obaddon. Apenas vió el angel al espíritu del malvado, llámole blandiendo su flamígera cuchilla; y no hay palabras que basten á pintar la petrificante mirada, la voz de trueno del esterminador cuando dijo :

« ¡Escúchame, réprobo : ya conoces á Ephod-Obaddon, que así se llama á los siete terribles ángeles de la muerte ; pues yo soy el mas terrible de todos ellos! Yo soy el que en otro tiempo herí á todos los primogénitos en las orillas del Nilo... ¡Mira en torno de tí, y reconocerás la region de los tormentos y su horrible valle de Benhinon! ¡Sígueme, penetremos mas en los abismos!... »

Dijo y precipitóle en lo mas hondo de los infiernos.



CANTO DÉCIMOCUARTO.

ARGUMENTO. — Aparécese Jesús á las santas mugeres y á Simon Pedro. — Refieren estos la aparicion del Señor á los fieles reunidos. — Dudas de Tomás. — Aparécese Jesús á Mateo y á Cleofás. — Habiendo ido Tomás á orar en los sepulcros, encuentra en ellos á uno de los resucitados con quien conversa, imaginando que es algun extranjero. — Mateo y Cleofás, de regreso á la morada de Juan, refieren á sus amigos lo que han visto. — Duda Tadeo de la resurreccion de su maestro. — Aparécese Jesús á los fieles reunidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Reunidos continuan los fieles en el modesto albergue de Juan, sin que nada acierte á mitigar su dolor. Disponiéndose las santas mugeres á pasar al sepulcro del Mesías y derramar en él sus perfumes,

mezelan sus lágrimas con las preciosas esencias que con tierna solicitud preparan. Semejantes á las prudentes vírgenes, que saliendo á recibir al esposo, y á la esposa cuidaron de proveerse de aceite para sus lámparas á fin de estar prontas cuando el esposo llegara ¹, velan las piadosas amigas del Mediador con preocupacion atenta é inquieta. No permitiéndoles su impaciencia esperar las primeras luces del alba matutina, dispónense á salir siendo aun de noche; y la Madre de Jesus, demasiado debil para acompañarlas, las bendice sollozando amargamente.

Sentado está Gabriel sobre la roca donde descansaron los mortales restos del Hombre-Dios, y en pie y á su inmediacion se encuentran el divino

¹ Alusion al siguiente pasage del cap. 25 del Evangelho segun San Mateo: «Entonces era semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. — Mas las cinco de ellas eran fatuas y cinco prudentes; — y las cinco fatuas habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite; — mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. — Cuando á la media noche se oyó gritar: mirad que viene el esposo, salid á recibirle. — Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron á sus lámparas; — y dijeron las fatuas á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. — Respondieron las prudentes diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes á los que lo venden y comprad para vosotras. — Y mientras que ellas fueron á comprarlo, vino el esposo: y las que estaban apercebidas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta.» Vers. del 4 al 10.

Elohá y el noble Abdiel. A pesar de la oscuridad que aun reina en el mundo, distinguen los ojos de los inmortales á los amigos del Mesías que acaban de llegar al pie del Gólgota, y dice Gabriel á los dos seráfines:

«Velemos nuestro resplandor y revistámonos de humanas formas, para que gradualmente se vayan habituando á las celestiales apariciones.»

Primero que todas las demas llegó á la tumba Magdalena, creyendo sí hallarla cerrada con una enorme roca, mas tambien en medio de su exaltacion, que Dios la daria fuerzas para levantarla. Vió que el sepulcro estaba abierto y huyó asombrada; sin embargo las demas continuaron su camino, porque en él hallaron á un mancebo brillante y hermoso, como un destello de la mañana, á quien cubria graciosa, larga, diáfana y blanca vestidura. Este acabó de inspirarles confianza dirigiéndoles la palabra con voz dulce y sonora en esta forma:

«Nada temais: ya sé que buscais á Jesus á quien no hallareis en ese lúgubre parage porque ha resucitado! Acordaos de que ya os lo habia predicho él mismo; y ahora venid á visitar la bóveda donde durmió el sueño de la muerte.»

Diciendo así, las condujo á la entrada del sepulcro y prosiguió en voz solemne:

« Id ahora y decidle á Cefas ¹ lo que habeis visto y oído. »

Súbito aparecióse Abdiel y el divino Elohá mas resplandecientes que Gabriel, repitiendo á las santas mugeres que Jesus ha resucitado y que va á aparecerse de nuevo en Galilea, region donde con tanta frecuencia les habló de su próxima muerte y de su resurreccion despues de tres dias de descanso en la tumba.

Juan y Simon Pedro, que impulsados por el irresistible deseo de tributar á su amado maestro un postrero homenaje se habian apartado de la reunion de los fieles, encontraron, poco antes de llegar al Gólgota, á Magdalena, quien despues de referirles como habia hallado vacío el sepulcro, volvió á seguir con ellos el camino de aquel monte que en dos distintas sendas se divide al pie de una verde colina.

Penetradas las santas mugeres de celeste alegría por el aspecto de los ángeles, y ansiosas de comunicarla á sus amigas, tomaron, para regresar á la morada de Juan, la senda que por la derecha de la colina pasaba; y entre tanto Magdalena y los dos apóstoles iban al Gólgota por la parte opuesta.

¹ Cefas es palabra hebrea que significa *pedra*. Al recibir á Simon entre sus discípulos le dijo Cristo: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro. (S. Juan, cap. I.) — T. F.

Así acontece á los peregrinos que á Salem ¹ se dirigen, cuyas almas muchas veces son tales, que á simpatizar unas con otras en este valle de lágrimas están dispuestas, y que sin embargo cursan cada uno solitariamente sus áridas sendas, sin encontrarse hasta que llegan á la ciudad santa, asombrándose allí de no haberse podido reunir antes.

Llegó Juan el primero cerca de la tumba, y á vista del sudario tendido en la tierra llenóse de dolor y respeto. Oprimido el pecho, trémulas las rodillas, reunióse Pedro á su compañero bajo la bóveda sepulcral, y quedóse enagenado contemplando el perfumado lienzo en que el cuerpo de Jesus estuvo envuelto. Poco mas allá vieron el sudario que cubrió la cabeza del divino muerto, y que al parecer, una mano habil parecia haber doblado con singular esmero. Convenciéronse entonces los dos apóstoles de la verdad de cuanto Magdalena les habia dicho: pero como nunca habian leído las profecías, que muchos siglos antes de nacer el Salvador, predijeron su resurreccion, apartáronse de aquel lugar tristes y pensativos.

¹ Klopstock designa con frecuencia á Jerusalem con el nombre de Salem, conformándose con la opinion de los eruditos que pretenden que la capital de Palestina es la ciudad misma de que Melquisedec fué rey y gran sacerdote en tiempo de Abraham, segun lo dejamos apuntado en la nota segunda al canto décimo, tomo I, pag. 339. — T. F.

« ¡Ay de mí! dijo Juan : los sacerdotes, creyendo sin duda que aun en esta tumba cerrada no le tenían seguro, le habrán arrebatado de ella despojándole de la mortaja para cebar su odio sanguinario contemplando sus llagas... »

Magdalena se ha quedado sola en el sepulcro, abrumada por la mas profunda tristeza. Súbitamente imagina que una vision engaña sus sentidos, enjuga sus lágrimas y tiende en derredor la vista : en el fondo del sepulcro aparece un grupo de ángeles, á quienes ve apenas la arrepentida pecadora, cuyo pensamiento se ocupa esclusivamente en Jesus. Tal, no se percibe, sedienta gacela, ni del suave resplandor del lucero vespertino, ni de la brisa embalsamada que da aliento á la naturaleza, por buscar la fuente que sola puede aplacar su sed.

Adelántase uno de los ángeles hácia Magdalena, y le dice :

« Muger, ¿porqué lloras? »

« ¡Ay de mí! que me han robado al que adoro con toda mi alma, y no sé en qué lugar le ocultó el odio inestinguible de sus enemigos. »

Así contesta volviéndose hácia la entrada del sepulcro, donde vió á un desconocido que le dijo estas palabras :

« Muger, ¿porqué lloras? ¿á quien buscas? »

Ella, creyendo que aquel hombre era un hortelano encargado por los sacerdotes de robar el cuerpo de Jesus para que no pudiesen sus fieles amigos tributarle pios los últimos honores, quiso rogarle que le indicase en qué lugar habia ocultado los preciosos restos del amado maestro; pero los sollozos ahogaron su voz.

Así siente el justo, en el momento en que el cielo se prepara á abrirle sus puertas, que el peso de las emociones terrestres abruma su alma : tendido en el lecho del dolor, implora en vano la misericordia de Cristo, porque las últimas pruebas de esta vida tan crueles son, que para los moribundos, desapareciendo en su pensamiento la idea del Dios amante, se convierte el Señor en Juez terrible; mas una sola lágrima, un solo suspiro mas, y á las angustias de la lucha suceden las inefables delicias de la victoria.

Con voz mas dulce que la de los ángeles, cuando cantan la infinita bondad del cordero inmolado y el triunfo de los cielos, pronuncia el desconocido el nombre de Magdalena, y Magdalena reconoce en fin la voz del Señor.

Llena de espanto y de alegría, dobla las rodillas en el polvo, levanta su pálida y helada frente, abraza los pies del Mesias, le contempla, suspira, llora y procura explicar lo que siente; pero sus

labios trémulos solo aciertan á decir : ¡ *Rabboni* !¹

Mirándola el Mesías con espresion de divino amor, dijo :

« No me detengas², porque aun no he subido á mi padre : algun tiempo permaneceré entre vosotros. Vé á mis fieles, y díles que se aproxima la hora de mi gloria, la hora en qué subiré á mi padre y á vuestro padre, á mi Dios y á vuestro Dios. »

Y desapareciendo á los ojos de María, fué á mostrarse á las santas mugeres que entonces acababan de separarse del Gólgota. La embalsamada fresca del naciente dia reanimó las fuerzas de aquellas; con sus primeros rayos las iluminaba el sol, testi-

¹ *Rabboni, rab y rabbi*, son palabras sinónimas que significan en hebreo lo mismo que en castellano *amo* ó *señor*. Esa palabra fué en efecto la única que Magdalena pudo pronunciar cuando Cristo se le apareció, como aqui lo refiere Klopstock, ajustándose exactamente á la relacion del mismo hecho que hace San Juan en el cap. 21 de su evangelio. Igual exactitud hay en la descripcion de las apariciones sucesivas del Salvador que hace nuestro poeta. Diremos á mayor abundamiento, y para noticia de los curiosos, que el dictado de *Rab* se daba á todos los doctores recibidos tales en la Caldea; el de *Rabbi* especialmente á los doctores israelitas de la Palestina; y el de *rabboni* solo á los *sabios* y doctores descendientes de la casa de David. De la última citada palabra se deriva la voz *rabbino*, que aun hoy se aplica á los sacerdotes de los judíos. — T. F.

² *No me toques*, dijo el Señor, segun San Juan (versic. 16, cap. 21). Klopstock ha sustituido la frase de *no me detengas*, por no incurrir en contradiccion consigo mismo; pues acaba de decirnos que Magdalena abrazó los pies del Mesías. — T. E.

monio brillante de la bondad diyina. Reconocieron todas inmediatamente al vencedor de la muerte, postráronse ante él y enlazaron sus rodillas. Procurando el Mesías tranquilizarlas, les dijo con celestial bondad :

« No temais : id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea; allí me vereis todos. »

Dijo, y desapareció.

Habiase reunido Simon Pedro á los fieles, aumentando su dolor con la relacion de su visita al sepulcro.

Pronto llegaron las santas mugeres, unas despues de otras, pudiendo apenas respirar y con los ojos centelleantes de alegría. Fué la primera la Madre de los Cebedeos, y con voz que pinta su dicha y la verdad de lo que dice, esclama :

« Escuchadnos, ¡ó vosotros todos los que llorais! escuchadnos. ¡Vive! Antes de aparecérsenos nos ha enviado sus ángeles. Sí, hemos visto á un angel sentado á la entrada de su sepulcro; le hemos visto entrar allí, y dos seráfines mas le acompañaban. Nos dijeron... ¿Salomé, te acuerdas tú de sus palabras? A mí la fuerza del espanto me impidió el oirlas... »

Tomás, que, mudo y lleno de sorpresa, la ha estado escuchando, miróla con aire incrédulo, y dijo :

« Si estabas demasiado llena de espanto para oír bien, también debías estarlo para ver bien... »

Y la Madre de los Cebedeos replicó :

« ¿Porqué así nos afliges con tu incredulidad, cuando el gozo turba aun nuestros pensamientos? El Resucitado nos ha dicho : « No temais » : y tú, ¡ó discípulo suyo! nos atemorizas de nuevo.

« No es tal mi intención, bien lo sabeis, ¡ó mis piadosas amigas! pero permitidme que trate de convencerme interrogándoos sobre lo que habeis visto. ¿Bajo qué forma se os apareció el angel que visteis á la entrada del sepulcro?

« Parecíase á un hermoso adolescente : sus miradas brillaban como el relámpago, su vestidura era blanca y resplandeciente como la nieve.

« Era Gabriel, » exclamó la madre de Jesus.

Tomás meneó la cabeza como quien duda.

« Soldados romanos, dijo, guardaban todas las avenidas del Gólgota. Iluminada por los primeros rayos del sol, la armadura de los legionarios parece blanca como la nieve, y vuestra turbacion era tal que esa circunstancia ha bastado para haceros creer que eran ángeles los que veiais.

« De noche era aun cuando nos acercamos á la tumba, replicó Salomé, y el mancebo á quien vimos no estaba cubierto con una armadura sino envuelto en resplandecientes nubes. »

Y rogando la madre de Jesus á sus amigas, que

repitiesen las palabras que de boca del angel escucharon, volvió á decir la madre de los Cebedeos :

« Nada temais, nos dijo; ya sé que buscais á Jesus, á quien no hallareis en este lúgubre parage; ¡porque ha resucitado! Acordaos de que ya os lo habia predicho él mismo, y ahora venid á visitar la bóveda donde ha dormido el sueño de la muerte... Id ahora, y decidle á Cefas lo que habeis visto y oído.

« ¿Ha pronunciado mi nombre? exclamó Simon Pedro. ¿Un angel ha pronunciado el nombre de un pecador?... ¡Ah! ¡cuan consoladoras serian para mí esas palabras, si no temiese que una ilusion os ha engañado! ¿Si en efecto se os hubiese aparecido un mensajero del cielo, cómo no habia de haberos hablado de María y de Juan?... »

Preguntó Tomás á las santas mugeres si el angel les habia dicho mas palabras que las que de referir acababan.

« Añadió, respondió una de ellas, que nuestro divino maestro pasaria á la Galilea, y que allí le veriamos todos. Enagenadas de felicidad, volvimos á tomar el camino de Jerusalem, y el mismo Jesus se nos ha aparecido... Ninguna variacion hay en su persona, y sin embargo su aspecto nos pareció sobrenatural y celeste. Sin duda que así le vieron Simon Pedro y el predilecto Juan poco há en la cima del

Tabor'. Postrámonos ante él, y nos dijo : « No temais : id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea : allí me vereis todos. »

Oscurecióse la frente de Tomás, sus miradas sombrías y escrutadoras se fijaron en la tierra, y su pensamiento se dejó arrastrar por el torrente de la duda.

« No es llegado el momento, les dijo, de explicar los motivos que me impiden creer lo que referís; yo os lo diré cuando no esteis bajo el imperio de las ilusiones que os fascinan. »

Miráronle silenciosamente los fieles con tierna compasion; y en tan penoso momento llegó Magdalena pálida, alterado el rostro, trémulos los labios, y pudiendo apenas tenerse en pie.

« ¡ Ha resucitado! » clamó.

Y turbándosele la vista, vaciló pronta á desmayarse; mas Juan la sostuvo, y Tadeo la dijo con tierna inquietud :

« ¡ Oh! habla Magdalena, ¿has visto tú á los ángeles tambien? »

Y respondió Magdalena :

« Le he visto á él mismo. »

¹ Llámase al Tabor *Monte de la Trasfiguracion* porque en él tuvo en efecto lugar la de Jesucristo cuando poco tiempo antes de su pasion se apareció á San Pedro, á Santiago y á San Juan, en medio de su gloria, entre Moisés y el profeta Elias. (Véase el Evangelio de San Mateo, cap. 17.)— T. F.

Levantaron los fieles los ojos y las manos al cielo con piadosa gratitud : solo Tomás permaneció sombrío y pensativo :

« ¡ Ay de mí! exclamó en fin; espíritus fascinados hasta el punto de creer en apariciones de ángeles, bien pueden llegar en su delirio á imaginar tambien que el mismo Jesus se les ha aparecido.

« Caro Didimo, preguntó Magdalena, ¿qué te hemos hecho nosotros? ¿qué te ha hecho nuestro divino maestro para que así dudes de nosotros y de él tambien? Mis ojos le han visto, y á sus pies han derramado lágrimas de alegría.

« ¿ Brillaba como los habitantes del cielo? preguntó con viveza Santiago. ¿Deslumbraba su resplandor?

« No, hermano mio, su aspecto es como hasta aquí lo fué, el de un simple mortal; pero la bondad y la misericordia divina resplandecian en su rostro. »

Simon Pedro, dudando tambien, preguntó tímidamente á Magdalena si el Señor se habia dignado hablarla.

« Sí, respondió la preguntada; con la misma voz suave y divina que nos llenó de respeto cuando le oimos decir pendiente de la cruz : *Perdónalos, Padre mio, que no saben lo que hacen*; con aquella misma voz de amor y de misericordia pronunció mi nombre. Creyéndome trasportada á los cielos,

no pudieron mis trémulos labios pronunciar mas palabra que la de *Rabboni*... Y entonces él me dijo : « No me detengas, porque no he subido á mi padre ; algun tiempo permaneceré entre vosotros. Ve á mis fieles, y díles que se aproxima la hora de mi gloria ; la hora en que subiré á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. »

Haciendo un penoso esfuerzo, se levanta María para acercarse á Magdalena, fija en ella sus húmedos ojos, le tiende la mano con inesplicable espresion de amor y de confianza, y dice :

« ¡ Tú le has visto, tú le has oído al divino resucitado!... ¿ Me atreveré aun á llamarle hijo mio?... (Prosiguió dirigiéndose á los demas fieles con modesta inquietud.) ¡ Oh sí ! en vuestros ojos leo que siempre podré darle nombre tan caro á mi razon... Acaba, Magdalena, y dime si has visto sus llagas... »

Calló, y sin dejar la mano de la bienaventurada muger, apartó el rostro para ocultar sus lágrimas : pero adivinándolas Magdalena, exclamó :

« ¡ No llores así, ó tú, la mas feliz de las madres ! Vivo ha salido tu hijo de la tumba. No he visto sus llagas, porque en la embriaguez de mi alegría solo fijé la consideracion en su rostro, mas bello que la aurora matutina.

« Sí, le has visto ; sí, tú has hallado gracia ante él : » dijo María, y dichosa pero pensativa, volvió á

ocupar el sitio que antes ; y Tomás preguntó á Magdalena si tambien ella vió á los ángeles.

« Sí : mas apenas he fijado en ellos la atencion. De tal manera me habia el dolor turbado la vista, que al mismo Jesus no le conocí hasta que pronunció mi nombre, tomándole antes por un hortelano.

« Tus compañeras afirman que el Mesías lleva sus acostumbradas vestiduras : ¿ lba ese hortelano vestido como Jesus acostumbra á estarlo ? ¿ Cuantos ángeles son los que has visto ?

« He visto dos.

« Tus compañeras vieron primero á uno solamente ; despues á dos mas en el sepulcro... »

Magdalena, despues de mirar á todos los circunstantes, dice :

« O tú, amada madre del divino resucitado, y vosotros sus discípulos : no deis entrada en vuestros corazones á las crueles dudas que atormentan al desgraciado Dídimo... En otra ocasion (añadió) responderé á tus preguntas. Ahora no quiero que turbes con ellas mi felicidad. »

Y asiendo el brazo de María, salió con ella de aquel lugar. Poco tardó tambien en dejarlo Simon Pedro, resuelto en medio de su incertidumbre á huir hasta los lejanos desiertos de la Arabia ; luego tomó el camino de la Galilea donde Jesus habia de aparecerse á los suyos segun su promesa ; y

en fin, variando de pensamiento tomó una senda que le condujo al pié del Gólgota. Allí, de pié al lado de la losa que habia cerrado el sepulcro, escuchó el blando murmullo de la tierra al despertarse; y respiró su oprimido pecho los suaves y abundantes perfumes, que durante las primeras horas del día, exhalan en la atmósfera las plantas y las flores. Sin embargo, sus miradas sombrías y meditabundas examinan atentamente el abierto y vacío sepulcro.

« ¡Ay de mí! dijo para sí, demasiado cierto es que se ha consumado la mas horrible de cuantas venganzas abortó el infierno! ¿En vano imploró José de Arimatea la compasion del Pretor: nuestros sacerdotes han privado al cadaver de Jesus hasta de los honores del sepulcro; porque ¿cómo he de creer que haya resucitado?... Nuestras piadosas amigas en su exaltada desesperacion creyeron verle... si así fuera en efecto, ¿hubieran podido sobrevivir á tanta dicha?... Enarbolada está aun la cruz dando testimonio harto evidente de su muerte; terrible testimonio que han escuchado los cielos y la tierra... ¡Ha muerto! ¡Volveremos á verle al pié del trono del Eterno, mas nunca en este valle de lágrimas!... ¿Porqué se estremece aterrada mi alma cuando se le presenta la idea consoladora de volverle á ver mas allá de la tumba? ¡Ay de mí! Si el Juez supremo se ha dignado

mirarme piadosamente, si mi arrepentimiento me da derecho á esperar, nopor eso me es lícito aguardar gozoso el feliz momento de ir á reunirme con él... ¡Enarbolada está aun la cruz, y ni las tumbas, ni las rocas, ni las montañas que la diestra del Señor derribó al cesar los latidos del corazon de Jesus, han vuelto á su ser primero!... No; no me es lícito entregarme á la alegría... »

Mientras así discurría Simon Pedro con los ojos clavados en la tumba de Jesus, no lejos de él oraba Magdalena de rodillas, apoyándose en una de sus manos y alzando al cielo su rostro radiante de felicidad. Habiéndola visto el apostol y preguntándole si proseguia creyendo en la resurreccion de Jesus, Magdalena levantándose, se le acercó y le dijo:

« Acabas de verme postrada en el lugar mismo en que el Mesías se me ha aparecido; mi diestra tocaba á un arbusto que sus vestiduras rozaron; mi mano izquierda se apoyaba en el polvo que con sus plantas holló.

« ¡Recobra tu estraviada razon, ó cara Magdalena, mira aquella cruz, en ella murió!

« ¡Ha resucitado! » clamó Magdalena.

« Habla, te conjuro á que lo hagas en nombre del Dios vivo. ¿Han visto tus ojos á Jesus como á mí me ven ahora?

« Lo juro en nombre del Dios vivo; mis ojos

han visto al Salvador como á tí te estan viendo; mis oídos han escuchado su voz, y todas las bienaventuranzas del cielo han inundado mi alma. »

Calló Magdalena, y también Pedro guardó silencio; mas pronto dijo este :

« Apártate y déjame llorar solo : ninguna vision consoladora se ha dignado alucinarme ;... no puedo creerte... »

« Pues bien, no creas entonces tampoco que le has visto caminar sobre las olas del mar, ni que le has visto sobre el monte Tabor, rodeado de gloria celestial. »

Acabando de hablar apartóse de allí; y Pedro, siguiéndola con la vista, dijo para sí :

« ¡ Cuan digna de envidia es su confianza ! ¡ Ya la tumba y sus horribles imágenes de destruccion no la espantan, ni basta la tempestad que ruge en el fondo de los sombríos valles de la muerte, á arrancar la sonrisa de sus labios ! ¿ Y qué es lo que me hace dudar á mí de cuanto Magdalena dice ? ¿ Porqué no ha de resucitar aquel que consigo me hizo andar sobre las encrespadas olas del furioso mar ! ? ¿ O mi divino maestro ! Tú me sostuviste

¹ Hizo Jesus subir á sus discipulos en un barco para que pasasen antes que él á otra ribera del lago á cuya orilla se hallaban; y subió á un monte solo á orar. Cuando vino la noche, levantóse una furiosa tempestad, y de repente vieron los discipulos á Jesus que á ellos se acercaba caminando sobre las encrespadas ondas. Aterrados, pensaron

cuando mi falta de fe iba á hacerme perecer en las olas : sostenme ahora que la desesperacion me abruma... Menos terrible era el huracan que tu voz calmó¹, que este que ahora trastorna mi alma. Por la mirada de misericordia que pendiente en la cruz dejaste caer sobre el miserable que cobardemente te habia negado ; por tú inconmensurable amor te lo ruego, apiádate de mí. Si es cierto que te hayas mostrado á tus piadosas amigas, dignate también aparecérteme á mí... ¿ Qué es lo que he pedido?... ¿ No me han dicho ya que un angel ha pronunciado mi nombre ? ¿ Qué es lo que yo he hecho para merecer tan inmensa gracia ? ¡ Me atrevo á suplicarte que te me aparezcas cuando ni Tadeo, ni Santiago, ni Juan el predilecto, ni la mas desventurada de las madres te han visto aun !...

que era una fantasma ; mas el Señor les dijo : *Tened buen ánimo : yo soy, no temais.* Y respondió Pedro y dijo : *Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.* Accedió Jesus á la solicitud del Apostol, mas este tuvo miedo, y como empezase á hundirse, dió voces diciendo : *Valedme, Señor.* Y luego estendiendo Jesus la mano, trabó de él y le dijo : *Hombre de poca fe ¿ porqué dudaste ?* (S. Mateo, XIV, vers. 22-31.) — T. F.

¹ Habiéndose embarcado el Señor en una pequeña barca con sus discipulos y siguiéndole otras, durmióse en la popa de la suya sobre un cabezal : mas habiéndose levantado una recia tempestad, tuvieron miedo los discipulos y despertáronle. Empezó el Señor reprendiendo la falta de fe de los suyos, pero al propio tiempo dijo al mar : *calla, enmudece.* Y cesó el viento y sobrevino una grande bonanza. (San Marcos, cap. IV, vers. 36-39.) — T. F.

Verdad es que Magdalena ha pecado tambien como yo, pero cuando lo hizo no te conocia. ¿Y por ventura, he amado yo como ella para que se me perdone mi culpa? »

Sumido en tan tristes pensamientos, con paso desigual y lento llegó á la cima del Gólgota y al pie de la cruz, donde postrado oró con la faz en tierra. Al levantarse ve á Jesus, quien de pié á su lado le tendió la mano. Lleno de santo terror no pudo Pedro levantarse, mas asiendo la mano del Mesías la llevó á su frente, la estrechó contra su pecho. Los cielos y la tierra desaparecieron para su vista y para su pensamiento; y solo pudo murmurar con balbuciente voz estas palabras.

« ¡ Señor y maestro mio!... ¡ Dios de amor y de misericordia!... »

Sobre el Gólgota estaban en los aires los dos ángeles custodios del apostol, y dijo Ituriel al serafin Orion :

« ¡ Este dia, ó mi celestial hermano, es el mas bello de nuestra inmortalidad ! Con frecuencia nos recordarán los cánticos del cielo este dia, en que el Señor resucitado se apareció al pecador ya perdonado. »

Y Orion responde :

« Tú lees en mi pensamiento y yo adivino el tuyo, mas no por eso comprendemos toda la felicidad de Simon Pedro. Terrible es haber pecado : ¿ pero

donde está el serafin cuya intuicion alcance á medir el inefable gozo del apostol leyendo su perdon en los ojos del divino maestro que salió vivo de la tumba? »

Y entrambos inmortales dicen á una voz :

« Inconmensurable es la bienaventuranza del pecador por el misterio de la redencion rescatado. »

Dejó el Mesías el monte, desapareciendo entre las sombras que proyectaban en aquel las rocas de los sepuleros; y Pedro, que con la vista le ha seguido, levanta los brazos al cielo y clama :

« ¡ Gracias, mil veces gracias ! ¡ Hijo de Dios, divino resucitado, gracias te sean dadas ! Los consuelos que en mi alma has derramado sobrepujan á cuanto mis deseos pudieran imaginar... Aunque con terribles tormentos expié mi culpa, no por eso he dejado de cometerla; y sin embargo, te has dignado parecer á mis ojos que te han visto vivo y rodeado de celeste aureola. Sí, ahora ya todo me atrevo á esperarlo... ¡ Hijo del Eterno, tú completarás la obra de tu misericordia haciéndome comprender el misterio de tu muerte ! Nunca las legiones de bienaventurados, de querubines y de arcángeles, que rodean el trono de Jehová, recibieron de su dueño tantas mercedes como yo me atrevo á esperar de tí... ¡ Resucitó el Mesías ! ¡ Resucitó el Ungido ! ¡ Hijos de la luz, anuncien tan fausta nueva vuestros cánticos de triunfo á los cielos reu-

nidos : anunciénsela al trono mismo del Eterno ! »

Dijo, quedó sumido en santo éstasis : mas luego levantándose caminó presuroso á la morada de Juan, donde los demas fieles permanecian entregados al temor, á la duda y á la esperanza. Entró en el lugar de la reunion, cruzadas las manos y animados los ojos con piadosa exaltacion :

« ¡Honra, gloria y gratitud al Hijo del Eterno! clamó, ¡su divino amor nos sostendrá en la vida y en la muerte! ¡Resucitó, y se ha dignado aparecerse á sus amigas; tambien yo le he visto! De pie estaba al pie de la cruz : mis ojos mortales han contemplado su divino rostro. »

Dominados por el gozo y la sorpresa arrojáronse los fieles, sin acertar á proferir una palabra, en los brazos de aquel nuevo testigo de la resurreccion. Apoderóse de la diestra de Pedro la Madre de Jesus y la estrechó en silencio; y Magdalena, tomándole la izquierda entre las suyas, le dijo sonriéndose dulcemente :

« Ahora comprenderás mi felicidad, pues que tambien le has visto. »

« ¡Has visto á mi Hijo (añadió María), al Hijo del Eterno! »

Tadeo, aproximándose dulcemente á la Madre de Jesus, dijo con voz trémula ;

« Ya no es el dolor, sino la alegría la que me fuerza á dudar aun. ¡Ay! ¿será cierto que haya

resucitado aquel cuya sangre he visto derramar? »

Diciendo así, reclinóse en el seno de Juan; y el discípulo predilecto, estrechándole contra su corazon, le contestó con voz sumisa :

« ¡Sí, ha resucitado! »

Despues, Tadeo soltándose de los brazos de Juan y aproximándose á María, le dijo estas solemnes palabras :

« ¡O tú, noble Madre del Salvador divino, dale en fin entrada en tu alma á la esperanza! ¡Así como una espada con siete filos ha traspasado esa tu alma la mas bella de todas, que ahora la inunden los celestiales gozos, porque Jesus ha resucitado!.. Sí, divino Salvador, creo en tu resurreccion y me atrevo á esperar que tendré la dicha de verte, pues la mirada que sobre mí dejaste caer al espirar en la cruz fué como prometerme tal ventura. »

Bartolomé, asiendo la mano de Simon Pedro, le preguntó con acento suavemente melancólico :

« ¿No es verdad, hermano mio, que mi cabeza, por los años encanecida, no reposará en la fria losa del sepulcro, sin que antes hayan mis ojos vuelto á ver á nuestro divino maestro? »

Y Pedro respondió con toda la firmeza de su incontrastable fe :

« Sí, le verás; porque el Señor se apiadará de todos nosotros. »

Como negra nube que inesperadamente turba la

serenidad del diáfano cielo, presentóse Tomás en medio de la asamblea de los fieles.

« ¡Y tú también! (esclamó), ¿Tú también, ó Simon Pedro, imaginas que le has visto?... ¡Ah! si me fuera dado creer en lo imposible, entonces daría fe á tus palabras. »

« Destierra las crueles dudas que te atormentan, hermano mio, respondió Simon Pedro; y participa del gozo que á los demas nos enagena. El Señor ha resucitado, sí; al despertarse del sueño de la muerte se ha dignado aparecernos; y de todos nosotros se apiadará. »

La madre de Cristo, arrodillándose, levantó las manos al cielo y oró de esta manera :

« Mi espíritu glorifica al Eterno; mi corazón se regocija, ¡ó Dios y Salvador mio! Pendiente en la cruz has visto y contado las lágrimas de tu madre; y las futuras generaciones celebrarán las bienaventuranzas que sobre mí has derramado. Tú eres mas poderoso que la muerte; todas tus acciones son grandes y maravillosas; tu nombre es sagrado; tu misericordia infinita. Tu brazo omnipotente derriba á los orgullosos sedientos de sangre, derriba de sus tronos á los altivos monarcas, ensalza á los humildes, y apaga la sed de los que la tienen de eterna salud; pero también abrasa á los corazones llenos de vanidad que imaginan bastarse á sí mis-

mos para todo. Tú consuelas á cuantos te aman; porque así se lo juraste á Abrahan, y eres fiel á aquel juramento de amor y de misericordia. ¡Honra, gloria y gratitud al Cristo resucitado, al Mesías vencedor de la muerte! »

Mientras María oraba fervorosamente, subió Tomás á la azotea de la casa, y siguiéronle unos despues de otros todos los fieles, tanto para reanimar sus fuerzas respirando el aire fresco de la mañana, cuanto para elevar su alma al cielo por medio de la contemplacion del magnífico espectáculo de la naturaleza al rayar en el horizonte el sol de un nuevo dia. La presencia de sus amigos sacó al desgraciado Didimo de las sombrías meditaciones que le preocupaban, y como hiciese ademan de retirarse, le dijo Pedro deteniéndole :

« No así nos huyas, amado hermano. También yo he dudado, y así como de mí, que le negué, se ha compadecido el Señor, se compadecerá también de tí. Mira (prosiguió, señalándole con la mano una de las sendas que por aquel campo cruzaban), ¿quienes son aquellos dos hombres que se ven venir á lo lejos? Si la vista no me engaña, han de ser Mateo y Cleofás... ¡Oh caros amigos! ¿Porqué no estais ya con nosotros, participando de nuestra felicidad?... Un extranjero, saliendo del bosque, se les acerca... y les habla... ¡Cuan imponente es su aspecto! ¿Le conoces, Didimo? »

« No : pero jamas he visto tanta magestad unida á tanta dulzura. »

Y Pedro continuó diciendo :

« Regocijaos, amigos míos, la tortuosa senda que siguen, los acerca á nosotros... ¡Ay! pronto aquellas palmeras van á ocultárnoslos... ¡Mirad, mirad por última vez al noble extranjero! ¡Con qué dulzura y dignidad escucha á nuestros amigos, que sin duda le hablan de la muerte del amado maestro, cuya resurreccion ignoran! ¿Si será, por ventura, alguno de los ángeles que nuestras piadosas amigas vieron en el sepulcro? »

« ¡Cuan fácilmente te dejas llevar de la ilusion! exclamó Tomás, ¡porque el aspecto de ese extranjero te agrada y encanta, ya quieres que sea algo mas que un simple mortal! »

« Te compadezco, amado Dídimos (replicó Pedro), pues como tú desconocías las inefables delicias de la esperanza, cuando súbitamente vieron mis ojos al Mesías vivo y en pie junto á la cruz. Te lo repetí, Dios tendrá compasion de tí. »

« ¡Sí, Dios tendrá compasion de mí, respondió Tomás suspirando: pero Jesús!... Jesús ha padecido como los profetas, y como ellos ha muerto... »

En vano procura Simon Pedro consolarle, repitiéndole que el Mesías ha resucitado; el incrédulo discípulo prosigue en su sombría meditacion.

Al salir, Mateo y Cleofás, de las puertas de Jeru-

salen, queriendo comunicarse sus pensamientos, dijo el segundo al primero :

« Ya no podemos dudarle, caro Mateo, movidos por el odio implacable que á nuestro divino maestro tienen, han ganado los sacerdotes al caudillo de los Romanos que custodiaban el sepulcro, para que les permitiera sacar de él su cadaver; y tal vez en este momento cubre el maldito polvo del Gólgota los sagrados restos de Jesús. »

Y Mateo responde :

« Piensa en los Angeles, que nuestras amigas dicen haber visto á la entrada del sepulcro... A eso contestas que el dolor les habia turbado la vista, pero como las visiones que el dolor engendra son siempre tristes y amenazadoras, mas bien les hubiera su ilusion presentado el negro fantasma de Iscariote, que no la imagen consoladora de los serafines. »

Pensativo dejaron esas razones á Cleofás; pero á poco preguntó á su amigo porqué, si Jesús habia resucitado, no se dignaba aparecérseles. A esto respondió Mateo diciendo :

« ¿Y qué es lo que nosotros hemos hecho para merecer tal favor? ¿Dejarle prender en el valle de Getsemani? ¿Contentarnos con gemir en secreto, mientras que jueces, indignos de tal nombre, pronunciaban su sentencia de muerte? ¿No atrevernos siquiera á aproximarnos á la cruz donde clavado le

habian sus verdugos?... No colmemos la medida de nuestras culpas con impías dudas. »

« ¡Como te envidio, amado Mateo, si en efecto crees que el Mesías salió vivo de su tumba! »

« Nunca te he ocultado ninguno de mis pensamientos, respondió Mateo. Oye ahora la confesion que voy á hacerte : cuando con calma medito en esa maravillosa resurreccion, ¡oh! entonces creo en ella ; mas cuando la esperanza de ver al divino maestro y el temor de que la tal esperanza sea una vana ilusion, luchan en mi alma, entonces dudo... Conozco que sola su presencia podrá dar fin á mis angustias. »

« Mucho se elevan tus deseos : el consuelo que pides, tal vez la eternidad nos le ofrezca ; pero esperararlo durante esta vida de pruebas seria temerario. »

Conversando así, llegaron los dos discípulos del Salvador á la orilla de un pequeño bosque donde se les acercó un extranjero, y les preguntó qué camino llevaban y cual era la causa de la profunda tristeza que en sus rostros veia pintada. Apresuróse Cleofás á responder que iban á Emaus¹, y que les afligia la desgracia que en Jerusalem acababa de suceder. Como en el rostro del extranjero no

¹ Aldea próxima á Jerusalem, y de la cual se habla con frecuencia en los santos Evangelios, — T. F.

viesen señales de que sabia cual fuese la desdicha á que aludían, contáronse la con todos sus pormenores ; y él los escuchó silenciosamente.

« Veo, dijo entonces Cleofás, que vienes de alguna region lejana, y que nunca has oido el nombre de Jesus Nazareno, del profeta del Eterno que ha dado testimonio de sí con muchos milagros, de aquel en quien nosotros veíamos al Mesías prometido, al Salvador del pueblo de Israel. Tres veces ha reemplazado ya la luz del dia á las tinieblas de la noche desde que murió, y con él nuestras mas preciosas esperanzas. »

Y tomando Mateo, á su vez, la palabra refirió al extranjero las maravillas que contaban las piadosas mugeres, que fueron las primeras á visitar el santo sepulcro. Llegaron en esto los tres al pie de las palmas que á los ojos de los fieles reunidos en la azotea de la casa de Juan los ocultaron ; y deteniéndose allí el extranjero, despues de imponer respeto y obediencia á los dos discípulos con la expresion indefinible de sus miradas, dejó salir de sus labios estas palabras que sonaron en los oídos de aquellos, como si fueran ecos de voz celestial :

« ¿Hasta cuando rehusarán vuestros endurecidos corazones, creer lo que las profecías han vaticinado? ¿No está escrito que el Mesías consumará su obra, padeciendo horriblemente, y que no reco-

brará todo el esplendor de su gloria hasta despues de sucumbir á la muerte? »

Y sin atender á la sorpresa de Cleofás y de Mateo, prosiguió esplicándoles todos los pasages de los Profetas que anuncian á la especie humana un Salvador, cuyo voluntario sacrificio ha de redimirla del anatema que sobre ella pesa desde la caída del primer hombre.

Cuando la tempestad comienza, primero detiene su poderoso aliento y pasa murmurando sobre los espesos bosques; y entonces están los valles silenciosos, y las nubes cruzan la atmósfera, pasando sin detenerse por delante del sol; mas de repente estremécense los árboles é inclinan sus copas á impulso del violento soplo que los atormenta; ábrense los cielos arrojando llamas y torrentes de agua; una voz poderosa despierta á los ecos de los montes, y el huracan reina con soberano imperio. Así la elocuencia del noble incógnito, al principiar su discurso grave y tranquila, empezó cautivando la atención de los dos discípulos; y despues, desplegando todas sus fuerzas, les reveló con fulminantes palabras todo el misterio de la Redencion. Mateo y Cleofás iluminados, pero casi exánimes, suplicaron al divino orador que atendiese á la cordedad de sus fuerzas.

« Cualquiera que tú seas, dijo Mateo, nos inspiras respeto y terror. Acaba de instruirnos; pero

concedenos algunos instantes de reposo, porque no pueden nuestros entendimientos seguir al tuyo en su fogoso vuelo, y ni fuerzas tenemos ya para andar materialmente. »

Invitóles el desconocido á sentarse á orillas de una fuente que bajo las palmeras manaba; y colocándose frente á ellos, les esplicó con benévola sencillez las innumerables pruebas que Jesus les habia dado de su ilimitado amor á la especie humana. Las tiernas palabras del estrangero produjeron en los discípulos el mismo efecto que en la tierra produce la fresca brisa embalsamada, cuando corre despues de un largo y abrasado dia del verano. Preguntó el desconocido á los dos si en efecto sentian sus corazones penetrados de sincero y profundo amor á su maestro, y entrambos respondieron á un tiempo :

« Siempre le hemos amado de esa manera, y sin embargo le abandonamos cuando al suplicio le arrastraban.

« ¿ Y ahora que sabeis que ha muerto por vosotros, volvió á preguntar el desconocido, podriais, si lo exigiera, sacrificarle vuestra vida? »

« Esperamos que sí, respondió Mateo. ¿ Pero de qué sirve nuestra voluntad, si su misericordia no nos da fuerzas para cumplirla? Perdona si me atrevo á interrogarte; pero no puedo resistir al deseo de hacerte esta última pregunta: ¿ dínos, pues que

sabes todo lo que concierne á nuestro divino maestro, es cierto que ha resucitado? ¿se dignará aparecerse nos?

« Largo tiempo hablaron sus hermanos con José, sin conocerle; pero sonó la hora de la reconciliación, y no pudiendo aquel contenerse exclamó: « Yo soy José. »

Diciendo así, levantóse el desconocido y se apartó de Mateo y Cleofás, quienes no sabiendo que pensar de él, le siguieron sin embargo apresuradamente.

« No es ÉL, se decían uno á otro en voz baja; no es posible que lo sea. ¿ Quien es entonces ese hombre?... Acaso algun angel... »

« ¡ O tú á quien no conocemos, dijo Cleofás, y á quien, sin embargo, veneran profundamente nuestros corazones! dínos quien eres. ¿ Nos será permitido abrazarte antes de separarnos acaso para siempre de tí? »

Abrió sus brazos el extranjero, y los dos discípulos se arrojaron á ellos con sincera efusion; y despues de haber llorado tiernamente reclinados sobre su pecho, volvieron los tres á caminar silenciosamente hasta la entrada de la aldea de Emaus, donde el desconocido les dijo:

« Separémonos: voy á unirme con los míos. »

Mateo y Cleofás le suplicaron que no los dejase tan pronto.

« Mira, le dijeron, ya el sol desciende hácia los montes de la Arabia; pronto llegará la noche, y tú debes estar abrumado por el cansancio.

« Los míos me esperan impacientes, replicó el desconocido.

« Tanto como ellos puedan amarte te amamos nosotros, dijo Mateo; ya te reunirás con ellos... No te espongas á caminar en las tinieblas... Además tenemos necesidad de oírte hablar de Jesús.

« Pues bien, hermanos míos, no me separaré aun de vosotros. »

Dióle gracias Cleofás con una espresiva mirada, y fué apresuradamente.

Y Mateo dijo al extranjero:

« Ese, mi joven amigo mora en la humilde cabaña que puedes ver al través de aquellos árboles á cuya sombra se levanta. Ahora se ha adelantado á nosotros para ofrecerte el banquete mas espléndido que le sea posible. ¡ Cuan dulce y tranquila va á ser para nosotros esta noche á la cual han precedido tantos y tan dolorosos días! y á tí te la deberemos, á tí que no te desdeñas de reposar bajo el techo de un pobre. Cuando vivia nuestro divino maestro, era, como tú, amigo de los pobres, y gustaba de entrar en las chozas donde derramaba divinos consuelos y prudentes consejos. ¡ Ay! las causas de su abatimiento en la tierra, que tú has pro-

curado hacernos comprender, me parecen mas prodigiosas aun que el abatimiento en sí mismo; pero así habian de realizarse los decretos de la Providencia... ¿Porqué no me es dado pasar la vida contigo, para que me enseñaras á glorificar dignamente al divino Redentor que murió por redimir nuestros pecados?»

Arrodillado á la orilla de un arroyo que riega su huerto, Cleofás saca agua de él con una vasija de barro, para lavar las embalsamadas yerbas que acaba de coger. En sus manos, trémulas de felicidad, se convierten en flores la mayor parte de aquellas yerbas aromáticas, deslizándosele entre los dedos para mecerse blandamente sobre las cristalinas aguas, que espuntas corren en su pedregoso cauce. Hubiérale sin duda llamado la atención aquel fenómeno, á no haber visto en el mismo instante que sus dos huéspedes entraban ya en el huerto. Inmediatamente se levantó; y, arrojando las yerbas aromáticas en la vasija ya llena de agua, hizo entrar al desconocido y á Mateo en su cabaña, donde ya hallaron dispuesto el frugal banquete que Cleofás les ofrecia. Compañiase la cena de leche, miel, higos, pan blanco, y un ánfora de vino. Sentáronse los tres, sentándose el desconocido á la cabecera, sobre las esteras de palma, dispuestas en torno de la mesa; y despues de un breve silencio, levantándose el extranjero, tomó el pan y lo partió con

ademan solemne, y mirando al cielo con espresion de profunda gratitud. Mudos quedaron, sorprendidos y admirados los dos discípulos, porque de la misma manera que aquel desconocido lo hacia, acostumbraba Jesus á repartir el pan cuando con él comian. Mirólos el extranjero sonriéndose bondadosamente, y pronunció estas piadosas palabras:

« Gracias te damos, Padre celestial, por los dones que nos envias para alimentar nuestros míseros cuerpos mortales. Obra tuya son los frutos de la tierra, lo mismo que los innumerables astros que brillan en la inmensidad de los cielos: todo lo creado da testimonio de tu poder omnimodo y de tu bondad infinita. »

Con esa misma oracion daba principio Jesus á todas las comidas que con sus discípulos hacia; y al pronunciarla el extranjero, reconocieron los discípulos la voz y el rostro del Mesías. Pálidos é incapaces de proferir una palabra, tanta era su felicidad, postráronse entrambos á sus pies, adorándole en silencio, y Jesus prosiguió en su oracion:

« ¡Honra y gloria al Eterno! Él creó el sol para que iluminase los trabajos del día; creó la luna para hacer mas delicioso el descanso de la noche. Él nos da el pan nuestro de cada día: adoremos y

demos gracias á nuestro Padre que está en los cielos ¹. »

Dejó de hablar, volvió á sonreirse mirando á sus discípulos, dióles su bendición y desapareció.

Levantáronse apresuradamente Mateo y Cleofás, y despues de haberle buscado en vano durante algun tiempo, volvieron á entrar en la cabaña llenos de gozo y de gratitud.

« Le hemos visto, volveremos á verle, » exclamó Mateo.

« No estoy ya en la tierra, sino en los cielos, » replicó Cleofás arrojándose en los brazos de su amigo.

« ¡Ay! volvió á decir Mateo, ¿cómo nos hemos hecho dignos de tan insigne favor? Antes de darse á conocer, iluminó con sus discursos la ceguedad de nuestros corazones... ¿Mas porqué tardamos en comunicar tanta dicha á nuestros amigos?

Diciendo así tomó su báculo ²; é imitando Cleofás su ejemplo emprendieron los dos la marcha hácia Jerusalem.

Mientras que lo referido sucedia, Simon Pedro habia bajado de la azotea á la morada de Juan con

¹ Klopstock hace en este pasage una paráfrasis, ó mas bien una imitacion de la oracion dominical. — T. E.

² Era costumbre entre los Hebreos caminar siempre con un báculo, que les servia de arma y de apoyo al mismo tiempo. — T. E.

Tomás, y le suplicaba que no continuase afligiendo á sus amigos con unas dudas que podian ademas hacerles vacilar en su fe.

« Quieres, pues, reducirme á que de ellos huya, replicó Dídimo. Por otra parte eres injusto cuando me acusas de que turbo su alegría; porque en verdad les hago un servicio en disipar desde luego la seductora ilusion que los engaña. »

« Calla, ¡oh! calla, hermano mio: te lo ruego en nombre de Jesus á quien hemos visto morir y que vivirá eternamente. No llares ilusion á la luz celestial que á iluminarnos ha venido... Miranos reunidos en torno de tu persona, á todos aquellos, á quienes el Señor se ha dignado aparecerse; y pronto estamos á dar testimonio de que vive, de que ha resucitado el Mesías. »

Profundamente afligida por la incredulidad de Tomás, levanta Magdalena las manos al cielo y esclama :

« Vencedor de la muerte, ten compasion de tu discípulo : el escesivo amor que te profesa es causa de que dude de tu inmenso poder. ¡No rompas la caña que ya el viento ha encorvado hasta la tierra; no envíes al huracan para reanimar las llamas prontas á apagarse! ¿Imaginas pues, desdichado Dídimo, que haya algun ser en la tierra ó algun angel en los cielos capaz de pronunciar mi nombre

con el divino acento que resonó en mis oídos cuando dijo el Señor : ¡ *Magdalena!*... »

« La exaltación que á todos, amigos míos, os embriaga justifica mis dudas ; porque la exaltación deslumbra siempre. »

« ¡ Y quien será capaz de mirar los cielos entreabiertos y permanecer tranquilo ? dijo con viveza Simon Pedro. Tú que nada ves de lo que nos hace dichosos, te forjas fantasmas amenazadoras, y hablas de ellas con mas calor que hablamos nosotros del divino resucitado, que en su misericordia se ha dignado, en fin, mostrárenos. ¡ Ve, ve á encontrar á los Saduceos, y cree con ellos que no hay ángeles, ni Dios, ni resurrección despues de la muerte ! »

Sollozando se arrojó Tomás en los brazos de Pedro y dijo :

« No así me rechaces, hermano mio... ¡ Tanto como vosotros amaba yo al divino resucitado ! »

Enternecida Salomé, viéndolo llorar de aquella manera, le tendió la mano diciendo :

« Cálmate, caro Tomás : aquel á quien acabas de llamar el divino crucificado sanará las heridas de tu corazón, porque su poder es infinito y su bondad sin límites. »

Todas las santas mugeres que habian ya visto á Jesus resucitado, se apresuraron á asegurar que la espresion de su rostro anunciaba una misericordia mas grande, mas divina aun que aquella de que

tantas muestras les habia dado mientras vivió en su compañía.

« Y sin embargo solo á vosotros se os ha aparecido, hermanas mías... No hablemos de mí, pero ¿ y su madre ? ¿ y Juan el predilecto, á quien al morir declaró hijo de aquella ? ¡ Ah, si hubiera resucitado sin duda se les apareciera primero que á nadie á ellos dos ! »

Estas palabras de Tomás llenaron de cruel incertidumbre á la mayor parte de los circunstantes ; y ya el piélago de las dudas se preparaba á hundirlos en su seno : mas las santas mugeres y Simon Pedro repitiendo lo que habian oído reanimaron á los fieles, que firmes ya en la fe, pudieron caminar tranquilamente sobre la superficie de las aguas.

Huyendo el incrédulo discípulo de los para él importunos consuelos de sus amigos, despues de vagar incierto largo tiempo, se dirige al monte de los Olivos y entra en las sombrías y solitarias bóvedas de los sepulcros esperando hallar en ellas algún reposo. Mas tiene la soledad en su diestra una copa henchida de dulces pensamientos, y un puñal en su siniestra mano ; para el sabio es la florida copa, y para el desdichado, á quien negros proyectos agitan, el puñal homicida.

A medida que Tomás penetra en la fría y silenciosa morada de los muertos auméntase el peso de

las dudas que le abruma, y hubiérase perdido su alma en aquel abismo sin fondo á no recordar á tiempo que Dios responde siempre á los que con fiadamente invocan su santo nombre. Hizo pues Didimo esta oracion mental:

« Soberano misterioso del universo, á despecho del denso velo que oculta tus decretos á nuestra debil razon, mi alma lastimada te pide auxilio y proteccion. Tenebrosas son las sendas que tú nos has trazado, y yo he elegido la mas negra y tenebrosa de todas ellas. ¡ Señor de cuanto existe, de cuanto fué y de cuanto será, dignate echar una mirada de misericordia sobre el miserable gusano, que en este valle de lágrimas yace oprimido por la helada planta de la muerte! ¡ Si mis ojos no se alzarán á tí, roca incontrastable que de las tempestades te burlas, ya hubiera mi espíritu sucumbido á los horrores de la duda, á las angustias de la tempestad! ¡ Tú sabes, Jehová, cuanto era mi amor al divino profeta que á nosotros descendió como mensajero de paz y de felicidad! Triunfan sus cobardes enemigos que le han inmolado á su odio sanguinario... ¿ Habré de vivir, habré de morir sin él?... Ante mis ojos se acumulan montes sobre montes, á mis plantas se abren abismos, y bajo de ellos otros abismos; y cierto vago presentimiento me dice que Jesus ha de ser para mí mas de lo que hasta aquí fué... ¿ Porqué atormenta mi alma este

presentimiento?... ¿ Y qué es mi alma? ¿ una sustancia perecedera ó un aliento inmortal? Apartaos de mí, horribles dudas... ¡ Sí, mi alma es inmortal! ¿ Pero que será sin ÉL, y qué analogía puede tener con ÉL mientras en el polvo se arrastra? ¡ Ay, acaso el Salvador á quien espera encontrar ha muerto para siempre!... ¡ Cuan insensato soy queriendo sondear el laberinto de la eternidad, cuando ni los misterios de esta vida de un dia alcanzo á comprender!... Dios de Sinai, padre del Mesias, ¿ qué has hecho de tu Hijo? ¡ Tu rayo terrible estuvo inerte, tus tremendas tempestades durmieron mientras al suplicio le arrastraban!... Cierto es que tembló la tierra y que su espanto desquició á mas de una roca; cierto que el estrépito de la caída de los montes fué repetido por los ecos celestiales, llenando de terror á todos los testigos del crimen con que la tierra se manchaba: pero entonces ya el Mesias habia muerto sin que un solo peñasco cayera sobre sus verdugos, sin que un solo abismo se abriera y los tragase... ¡ Dios todopoderoso, tú que mandaste al mas terrible de los ángeles, que hiriera á todos los primogénitos del Egipto, pasando, sin entrar en ellas, por delante de las cabañas señaladas con la sangre del cordero; tú que detuviste el curso de los rios y separaste los mares para abrir paso á tu pueblo; tú que hiciste caer los muros de Jericó al son de las

trompetas de tus guerreros; tú que diste fuerzas á Moises para contemplar sin reducirse á polvo, el esplendor de tu magnificencia que tú te dignaste mostrarle; tú que estabas con tu hijo cuando aquel caminó sobre las olas irritadas, cuando dió vista á los ciegos y vida á los muertos; tú que le diste fuerzas para soportar con celestial resignacion el escarnio, la ignominia, los mas horribles tormentos y la mas cruel de las muertes; Dios y juez del universo, habla: ¿á donde está ahora tu amadísimo hijo? ¿eres tú, ó será él quien ponga término á mis tormentos? ¿Qué pedir? ¿qué esperar?... Jesus no existe, su cadaver ha sido arrojado sin duda alguna entre los restos de los mas viles criminales; ¡y tú, su padre, permaneces impassible! Dícenme que ha resucitado... relaciones de mugeres, cuya razon ha turbado el dolor, son los únicos consuelos que me envias... ¿De qué le sirve al naufrago el fragil junco que flota sobre las espumantes olas? ¡Ah! ¿porqué no me he dormido ya para siempre en medio de estas tumbas? ¡Ni me resucitaria AQUEL que á tantos ha resucitado, ni yo quisiera recobrar la existencia para no gozarla en su compañía!... Vosotros los que dormís en este lúgubre sitio, decidme: ¿habeis conocido á Jesus mi divino maestro? ¿y si conocido le habeis, os hallais ahora á su lado? ¡Huesos á polvo reducidos: cuando salga del seno del porvenir el postre-

ro y mas grande dia de los tiempos; cuando la voz del Eterno os diga: levantaos, que de nuevo va mi aliento á animaros; entonces ¡ay! ¡me despertaré con vosotros y tambien Jesus sacudirá las cenizas de la destruccion!... Incalculable sucesion de siglos me separa aun tal vez de tan dichoso momento; pero la vida es corta, y ¿qué importa la duracion del sueño de la muerte? Sí, rápido es el vuelo de la vida; así lo conocemos cuando á su término llegamos, mas mientras dura son sus alas de plomo para el desdichado que padece. ¿Y quien jamás ha podido padecer lo que yo? ¡Oh tú que diste á los hombres oidos para oír! ¿oyes la trémula voz de un vivo que te pide la muerte? Benditos seais todos los que habeis llorado al divino maestro, y que ya no llorais creyendo que resucitó...; que no pudiera yo participar de vuestro error!... ¡Ah! si le viese no tendria como vosotros fuerzas para vivir; no, que el gozo me mataria, pero no de gozo sino de dolor debo morir. La espada que atravesó el alma de María ha herido tambien mi espíritu, y no hay bálsamo en la tierra para curar tales heridas... ¡Oh! si Jesus pudiera aparecerseme...; ¡insensato deseo, no vengas á levantarme un instante para despues arrojarme de nuevo al hondo precipicio!... y sin embargo el Mesías pudiera hacer por sí mismo lo que por sus hermanos ha hecho... ¿Mas porqué ha de quererlo?

¿Porqué hubiera consentido en morir si pudiera y debiera resucitar despues de haber dormido algunos dias en el sepulero? No, no: si tales hubieran sido su poder y voluntad, descendiera triunfante de la cruz... Si viviera, se me hubiese aparecido, porque nadie tiene mas sed de verle que yo. Si yo le viera pondria mis manos en sus llagas... ¿pero tiene llagas un resucitado?... ¿enlazaría sus rodillas y creeria!... ¿no lo creeré jamas; porque ha muerto!... ¡Padre de Cristo, padre mio, ¡ah! por piedad no te retires enteramente del mas desgraciado de tus hijos!... »

Despues de orar así, Tomás, estenuado por el cansancio y abrumado por el dolor, lanzó un lúgubre gemido dejándose caer sobre uno de los peñascos, que de la bóveda sepulcral cayeron al rasgarse el velo del santuario cuando las santas tinieblas llenaron á Jerusalem de terror y espanto. Inesperadamente unióse á los lamentos del discípulo el eco de una voz lejana, que al través del silencio de las tumbas se va aproximando gradualmente á Tomás, y pronto pronuncia inteligiblemente para el discípulo estas bondadosas palabras:

« ¡O tú que gimes bajo estas sombrías bóvedas! ¿eres víctima de cobarde asesino? ¿Puedo socorrerte? Habla. ¿Donde estás, para que pueda curar tus heridas? »

Callando Tomás prosiguió la voz:

« ¿Donde estás? Al atravesar el valle de Getsemani he oido tus lamentos, y vengo en tu socorro, si es posible á los humanos consolar tus males. »

« Los consuelas, respondió por fin Dídimio, probándome que hay todavía corazones buenos y sensibles. Bendito seas, noble viagero, y prosigue tu camino que ya cierra la noche. Sin duda te esperan impacientes tus tiernos hijos y amante esposa; no difieras su felicidad por mí á quien en nada puedes aliviar, pues la que padece es mi alma.

« Hermano mio, dijo la voz, ya entonces inmediata á Tomás, tiéndeme la mano que quiero llorar contigo; las compasivas lágrimas de un amigo alivian las penas del alma. »

Y en el mismo instante enlazaron á Tomás los brazos del incógnito estrechándole contra su pecho. Mas agradecido que asombrado de aquella señal de afecto preguntó el discípulo al desconocido, si pertenecia al pueblo de Israel, y si era alguno de los peregrinos venidos á Jerusalem para celebrar las fiestas de la Pascua. Respondió el incógnito:

« Soy un hijo de Israel, vengo de una region lejana y me llamó José. ¿Y tu nombre, hermano, cual es? »

« Tomás Dídimio.

« Pues bien, caro Tomás, sígueme que las imá-

genes de la muerte que aquí nos rodean acrecientan la melancolía de tus pensamientos.

« ¡Ay, hermano mio! compláceme estas imágenes como la muerte misma; agrádanme los sepuleros. »

« Tomás (replicó José), levanta del polvo la cabeza, mira al cielo y aprende á padecer... ¿ Quien hizo el dolor sino AQUEL que nos ha creado para la vida eterna? Hasta su trono llegan los suspiros y los lamentos de los mortales, y allí se unen á la voz de los celestiales coros que celebran su gloria. ¿ Puedes suponer que Dios no quiere, que Dios no puede salvarte? Te lo repito, aprende á padecer: del cielo procede el dolor, póstrate, ó hermano mio, ante ese divino mensajero.

« Tú eres un hombre segun mi corazón, amado José; librete el Eterno de las angustias que destrazan mi alma; porque á ellas sucumbirías como yo.

« Explícate mas claramente, y dime los motivos de tu desesperacion.

« Sea, pues que así lo quieres, caro José. ¿ Has conocido á Jesus?... ¡Ay de mí! ¿ por donde empezar? ¿ Por donde concluir? porque veo que nada sabes de ÉL... ¿ Cuanto tiempo hace que estás en la Judea?

« Pocos dias hace; pero á los valles de la eterna paz donde habito han venido mensajeros de la Judea, que nos han hablado de Jesus el hijo de Je-

hová; y con otros he bajado á la tierra para verle morir, para verle resucitar.

« ¿ Has bajado con otros para verle resucitar, ó José? ¿ Quien eres pues?

« Un extranjero, caro Dídimo. Tuve en otro tiempo en la tierra de Canaan un amigo á quien amaba tiernamente... muchos años estuve separado de él... dejóme en las riberas del Nilo... el Hombre-Dios me ha reunido por fin con él en el momento, en que entrando su gloria en el santuario, se rasgó el velo del templo¹. Me es preciso partir, caro Dídimo; mas pronto volveré á encontrarte...

« No así me dejes, te ruego, caro José... ¡José!... ¡Cuan dulce nombre!... ¿ Con que tambien los ángeles llevan el nombre del predilecto de su padre, del predilecto del Eterno?... Amado José vuelva yo á oír aun otra vez el eco de tu voz... ¿ No me respondes?... ¿ no tienes piedad ni misericordia de mí?... no eres un angel... los ángeles no aciertan á ser inexorables: privilegio esclusivo de los hombres es tanta dureza... Ese extranjero habita los

¹ Alude José á su padre Jacob, á quien no hizo dejar la tierra de Canaan hasta que siendo ya primer ministro de Faraon le llevó á Egipto con toda su familia. Haciendo decir á José que el Mesías le reunió con su padre al rasgarse el velo del templo, Klopstock se refiere á la resurreccion de los patriarcas, que supone se verificó en aquel momento, segun la describe en el undécimo canto de este poema. — T. F.

valles de la eterna paz, y mensajeros del reino de Judá han ido á hablarle del Mesías... ¿Cuales fueron esos mensajeros? ¿Quien se los envió? Dijéronle que descendiera á la tierra para ver morir y resucitar á Jesus;... á Jesus que le ha reunido con su amadísimo amigo al rasgarse el velo del santuario... no se rasgó el velo hasta despues de muerto Jesus; ¿continua pues hasta en la tumba, dándose á conocer por el bien que hace? ¿Mas porqué ha muerto? ¿No nos dijo siempre que viviria eternamente? Quanto mas procuro profundizar este misterio mas me confundo... ¿Estaba yo realmente despierto cuando ese José ha venido á hablarme? Abrumado por el cansancio y el dolor me recliné sobre esa peña... Sin duda el sueño me ha vencido... Sí, en sueños he visto á ese extranjero... ¿Si fuera un angel, si fuera al menos un mortal caritativo, ¿hubiera huido como lo ha hecho? Ahora comprendo el error de mis amigos... Dulce error que los consuela, y de que no acierto á participar... Dios me guia por otro camino triste y sombrío, mas no importa, que sino á la felicidad me conducirá al menos al descanso. »

Dijo, salió del sepulcro, y siguiendo la direccion que le indicaban los bramidos del torrente del Cedron, se internó en el valle de Getsemani donde esperaba hallar una choza hospitalaria, y pasar en ella el resto de la noche.

Así que salió Tomás de la morada de Juan apresuráronse los fieles en ella reunidos á cerrar su puerta, temerosos de que no satisfecho el furor de los sacerdotes con la sangre de Jesus, quisieran, despues de haber inmolado á aquel á su odio, sacrificar tambien á sus discípulos y amigos. Enérgicamente censuró Simon Pedro tan vergonzoso terror, hallándose por su parte dispuesto á morir por su divino maestro: pero las dudas de Tomás habian producido pernicioso efecto en los demas fieles que aun no habian tenido la dicha de ver al Mesías, y á despecho de Pedro y de las santas mugeres permanecieron las puertas cuidadosamente cerradas.

Hácia la media noche resonaron en la cabaña repetidos golpes que en su puerta daban; y estremeciéronse aterrados los fieles. Mas pronto reconociendo las voces de Cleofás y de Mateo, se apresuró Santiago á darles entrada. Al verlos estrañamente conmovidos aumentóse el terror de la santa asamblea, que imaginando que huian perseguidos por los enemigos de Jesus, les hizo pregunta sobre pregunta. María y Magdalena, lejos de participar del temor y pusilanimidad de sus amigos se acercaron á los dos discípulos, y les dijeron con voz firme y segura:

«Nada temais, que ha resucitado: tambien Simon Pedro le ha visto. »

Y Cleofás responde con piadosa exaltacion :

« Sí, ha resucitado ; nosotros daremos en adelante testimonio de ello porque le hemos visto tambien. » Pedro y las santas mugeres participaron del enagenamiento de Cleofás y de Mateo ; mas no se disipó la tristeza de los rostros de aquellos de sus hermanos, que aun no habian tenido la dicha de ver al Mesías.

« ¡ Ay ! dijo Simon Pedro, nuestros desgraciados amigos empezaban á creer lo que les deciamos y á participar de nuestro gozo, pero Tomás les ha inoculado sus dudas. Imploramos al Señor para que se apiade de ellos, y sobre todo para que se apiade del desdichado discípulo cuya incredulidad le arrastra á un laberinto sin salida alguna. »

Y Juan tomó la palabra, y dijo con tristeza, pero tranquilamente :

« No me ha extraviado Didimo, pero ¿porqué he de ocultároslo ? Sí, me aflijo porque nuestro divino maestro no se ha dignado aparecérseme á mí que le amó ardientemente.

« ¡ Acuérdate, respondió Pedro, de que todavía no se ha aparecido á su madre !... Cleofás, y tú, caro Mateo, ayudadme á consolar á los afligidos amigos de Cristo, contadles como y donde le habeis visto. »

Y Cleofás dijo á la asamblea que le escuchaba en profundo silencio :

« Tristes y desolados, como en este momento lo

estais vosotros, caminábamos por el bello pais que separa á Jerusalem de la aldea de Emaús, procurando en vano consolarnos con el aspecto ameno y variado de la naturaleza que á nuestros ojos presentaba sus mas bellos cuadros. Súbito se reunió á nosotros un extranjero peregrino : verle bastó para amarle... ¿Cómo pintaros las sensaciones que sus discursos produjeron en nosotros ? Hablónos del Mesías tantos siglos hace prometido y anunciado por los profetas ; hízonos penetrar en lo mas profundo de los misterios de la redencion. Cuanto nos dijo tengo grabado en la memoria, y no acierto sin embargo á repetiroslo. Sus palabras eran poderosas como la tempestad, como el rayo que ilumina y abrasa : cediendo á nuestros ruegos consintió en descansar en mi cabaña ; ofrecile en ella frugal banquete y sentóse á la mesa enfrente á nosotros... aun le veo partir el pan y escucho su tierna oracion. ¡ Hasta entonces no reconocimos en él á nuestro divino maestro !... Nos postramos á sus pies, le adoramos en silencio ; mirónos con bondadosa sonrisa y apartóse de nosotros... le seguimos, pero habia desaparecido sin dejar rastro ni huella. Apenas nos recobramos de nuestro terror y alegría hemos corrido á vosotros para deciros : ¡ Jesus vive, Jesus ha resucitado !... ¡ nosotros le hemos visto ! »

A pesar de su estremada sensibilidad, ó mas bien

en razon de ella, hizo mas impresion en Tadeo que en los demas fieles el ejemplo de Tomás; y así la relacion que acaba de oír solo le inspira dudas y desconfianzas.

«Creo con vosotros, amigos míos, que habeis encontrado á un varon sabio y virtuoso, tal vez á un angel. Comprendo que sus discursos os hayan admirado, porque sea la que fuere la naturaleza de ese peregrino, os le envió el Eterno para hacernos comprender, que si hemos perdido á nuestro amado maestro y si hasta su cadaver nos han robado, debemos sin embargo hallar consuelo á nuestro dolor, en la certidumbre de que su alma reposa en los valles de la eterna paz. Hé aquí lo que con vosotros puedo creer: pero ¿como imaginar que ese estrangero fuese el mismo Jesus? ¿Hubierais podido verle sin reconocer al instante su persona? Cuando tomó el pan para distribuirlo habria sin duda alguna semejanza entre su porte y ademanes y la noble unción de nuestro amado maestro; y esa analogía basta para que turbados creyerais que teniais delante al mismo Jesus.»

Calló: miróle Cleofás con tierna compasion; y Mateo tendiéndole la mano con melancólica sonrisa le dijo:

«Déjame repetirte las palabras que el Salvador nos dijo cuando, demasiado ciegos aun para cono-

cerle, le preguntamos si Jesus vivia y si nos seria dado volverle á ver. Estas fueron sus palabras: «Largo tiempo hablaron sus hermanos con José sin conocerle: pero sonó la hora de la reconciliacion, y, no pudiendo aquel contenerse, exclamó: Yo soy José.»

«¡Oh! mi divino maestro, suspiró Tadeo, ¿podrás tú contenerme aun largo tiempo? ¿No te enternecerá mi desesperacion?»

Diciendo así, ocultó con las manos su rostro bañado en lágrimas. Pedro, oyéndole sollozar, le tuvo lástima; mas permaneció inalterable en su fe, y con voz firme dijo á la asamblea:

«¿Podreis dudar aun, ó vosotros los que ois á los testigos de la resurreccion de Cristo? ¿No equivale su testimonio al de vuestros ojos? ¡Ah! ¿porqué no está Tomás con nosotros?»

Levántase María y alzando al cielo sus manos cruzadas, tiende la vista con piadosa exaltacion sobre los circunstantes, y dice:

«Mi hijo vive; lo creo como si se hubiera dignado aparecérseme.»

Cuando la muerte acaba de arrebatarnos al objeto de nuestros mas íntimos afectos, su imagen se nos presenta en medio de nuestros agitados sueños; despiértanos el gozo, y demasiado conmovidos para distinguir la realidad de la ilusion, busca-

mos aun la imagen querida que desapareció y que nuestro corazon anhela volver á mirar. Análoga es la situacion de espíritu en que la relacion de los testigos de la resurreccion de Cristo ha dejado á sus discípulos.

Sucesivamente fué aumentándose el número de seráfines y resucitados que invisibles asistian á aquella santa reunion. Simon Pedro sintió primero que los demas la influencia de los inmortales : su corazon palpité aceleradamente y su imaginacion se exaltó. Súbito deslumbradora claridad iluminó el lugar de la asamblea, y Jesus apareció en medio de ella, inmóvil como una roca rodeada de centellantes nubes, y dijo :

« La paz sea con vosotros. »

Los fieles le ven y escuchan sin acertar aun á persuadirse de que en efecto tienen la dicha de verle y oírle. El exceso de su conmocion los ha sumido en el océano de luz en que nadan los inmortales y en él se anegan : pero Jesus, que comprende su ansiedad, les dirige de nuevo la palabra diciendo :

« Amados míos, ¿ es posible que os asuste mi presencia? miradme, soy como siempre vuestro hermano ; como siempre es mi cuerpo lo que el vuestro, de carne y hueso. »

Cuando hubo dicho, acercáronse todos, pero con

inciertos y trémulos pasos y con el delirio de la alegría pintada en los rostros. María sola, no temiendo ya nada, se postra delante de su hijo, abraza sus rodillas, contempla las llagas de sus pies y de sus manos, levanta los ojos al cielo y de su rostro salen como del de un angel rayos de luz. Sonrióse Cristo en toda la plenitud de su misericordia, mostrando á su santa Madre la herida de su costado, de la cual corrió en la cruz el doble manantial de agua y sangre, fuente de eterna salud para la especie humana. Alentados por la inefable bondad del Salvador cayeron los discípulos á sus plantas tendiendo hácia él las manos. Tomólas Jesus, las estrechó, y lentamente corrió una lágrima por sus divinas mejillas. Al verla, clamaron todos unánimes, y despues se oyeron oraciones por los sollozos interrumpidas...

Tiene Juan y estrecha entre sus dos manos la derecha de su maestro ; mírale queriendo darle gracias y esplicarle cuanto le adora : pero sus trémulos labios solo aciertan á pronunciar inconexas palabras.

« Te he visto al pie de mi cruz, le dijo Jesus con celestial sonrisa, y de ella no te has separado hasta despues de mi muerte... ¿ Adonde está Tadeo? »

Tadeo, que se habia postrado en tierra para besar la orla del vestido de su maestro, quiso asir la

mano que este le tendia; pero faltándole las fuerzas se le cayeron los brazos. Compadecido de su turbacion el Salvador se inclinó á él y estrechó amorosamente entre las suyas una de las manos del discípulo. Entonces recobró Tadeo fuerzas bastantes para pronunciar estas palabras:

« ¡Piedad, ó tú que todo eres gracia y misericordia! »

Felicitáronse Simon el Cananeo y Santiago, hijo de Alfeo, por la resurreccion de su divino Maestro; osaron tambien los demas discípulos esplicar su felicidad; y todos á una voz entonaron un himno de gloria y de gratitud mezclando á él sus tiernas lágrimas.

Simon Pedro, Mateo y Cleofás continuaban prostrados ante Jesus, quien los bendijo imponiendo las manos sobre sus cabezas. No brillaba aun el rostro del Señor en toda la magnificencia de su divinidad, y sin embargo deslumbraba tanto á los fieles que hubieron de bajar los ojos. Santiago, hijo de Cebedeo, único que se atrevia á contemplarle, le dijo en voz respetuosa pero firme:

« ¡Hijo del Eterno, dignate oír nuestros humildes ruegos: no te eleves aun hácia tu Padre! »

Y Jesus responde:

« Algun tiempo permaneceré entre vosotros, ó amados hijos míos. »

Al oír estas palabras, salvó los diques del respeto

la alegría de los fieles y arrojándose unos en los brazos de otros clamaron:

« ¿Es en efecto Jesus el que está con nosotros?... Legiones de ángeles que indudablemente le rodais sin que nos sea licito veros, hablad: ¿Es él?... ¿Estamos en la tierra?... ¿estamos en el cielo?... ¿Es posible que esté en efecto con nosotros *aquel* á quien hemos visto morir en el Gólgota?... »

Acercóse Jesus á la mesa y sentándose en la estera de palma que la rodeaba, dijo:

« ¿No tenéis algun alimento que darme? »

Apresuráronse todos para ir á buscar lo mejor que cada uno tenia. Juan llegó el primero con un panal de miel y un pez asado que puso delante de su maestro apartándose despues respetuosamente. Llamóle Jesus y díjole con tono de dulce intimidad:

« Quédate, amado mio; y vosotros mis hijos, venid, como hace poco lo haciais, á sentaros cerca de mí. Acéreate, Madre mia: siéntate al lado de tu hijo. »

Agrupáronse los fieles en torno de Cristo, y viéndole comer y beber con ellos, como siempre, dispóse el santo terror que hasta entonces habia turbado su alegría, y tuvo en fin entrada en sus corazones la entera é ilimitada confianza. Leyéndoles Jesus el pensamiento pronunció estas solemnes palabras:

« No habeis querido creer á los testigos que os dijeron que me habian visto y que yo vivia, ¿porqué así desconfiasteis de ellos, sabiendo que no habian dejado de ser dignos de vuestra confianza?... No lloreis, hijos míos... ya veis que me he apiadado de vosotros : pero escarmentad en vosotros mismos, y que lo pasado os haga conocer que el corazon del hombre es duro y seco. ¿No os habia dicho y repetido yo incesantemente : me crucificarán pero resucitaré al tercero dia ? ¿ Antes que yo, no lo habia dicho Moises, y con Moises todos los profetas cuyos escritos os he explicado ? Despues habeis oido á los testigos de mi resurreccion; porque en Jerusalem debian levantar su voz en primer lugar para predicar despues en todas las regiones del mundo el perdón de los pecados, el principio de la eterna vida y la reconciliacion del género humano con su Creador, de quien se hallaba separado. Estos bienaventurados testigos sois vosotros, hermanos míos. Sí, á vuestra fe confio la mas santa de las misiones ; por vosotros se realizarán las promesas de mi Padre. Cuando yo vaya á reunirme con él permaneceréis vosotros en Jerusalem hasta que de arriba hayais recibido la fuerza necesaria para anunciar á todo el universo, que cuantos reciban el bautismo y la fe se salvarán, y que sin fe no hay salud posible. Cada paso de los creyentes dejará un milagro por huella : ellos arrojarán á Satan del cuerpo de los

endemoniados ; ellos hablarán todas las lenguas sin haberlas aprendido ; y ante ellos huirá la serpiente. Beberán mis fieles en las emponzoñadas copas sin que el veneno los mate ; y cuando impongan sus manos sobre las cabezas de los enfermos, curados serán. »

Diciendo así, levantóse, y como los fieles se apiñaron en torno de él para verle de mas cerca, les dijo sonriéndose :

« Acercaos, mis amados discípulos. »

Obedecieron los apóstoles, retrocediendo respetuosamente los demas fieles. Desconocida es la envidia para sus bellas almas, y así miran con placer el favor especial que concede el Mesías á aquellos de sus elegidos que fueron los primeros á seguirle en este valle de lágrimas.

Bendijo á todos el Mesías, pero fijó sus miradas con mayor satisfaccion en sus apóstoles, sabiendo que por él padecerian el martirio.

« La paz sea con vosotros, » dijo.

Y soltando la rienda á la omnipotencia de su amor y de su misericordia, respiró enérgicamente, y mientras que su divino aliento pasaba por las cabezas de sus discípulos, les dirigió estas palabras :

« ¡ Sea con vosotros desde este momento el Espíritu Santo ! Pronto le recibireis en toda su plenitud ; y entonces lo que en la tierra desateis de-

satado será en los cielos, y lo que en la tierra ligareis, ligado quedará también en los cielos. »

Escucháronle sorprendidos y humildes los apóstoles, temblando que Cristo desapareciese, y no atreviéndose sin embargo á suplicarle que todavía no los abandonase. Pensamientos abrasadores como la llama de la inspiración, fermentan en el alma de Simon Pedro, quien arrojándose á los pies de su maestro, abrazó y besó sus rodillas exclamando :

« No en la tierra, solo en los cielos podré darte gracias, como mi corazón lo desea. ¡O mi Salvador, Salvador de cuantos como yo han pecado! á pesar de que ya me perdonaste, permíteme confesar de nuevo á tus pies mi crimen, y concédeme que antes de ir á anunciar en tu nombre el perdón del cielo, oiga yo á tu divina boca pronunciar mi perdón. »

Así dijo, clavando con noble confianza sus ojos en los de Cristo, y el Señor respondió con fraternal bondad :

« Oré por tí, y oyóme mi padre. Levántate, Cefás, perdonada está tu culpa. »

El acento con que el divino Redentor pronunció estas palabras penetró hasta el fondo del alma de los fieles, que aun le escuchaban cuando ya había desaparecido. Levantóse Pedro clamando :

« Señor, te seguiremos á Galilea. »

En el mismo instante pareció Gabriel y dijo :

« Quedaos; volvereis á verle en Jerusalén, y él mismo os dirá cuando habeis de pasar á Galilea. »

Desapareció el serafín, y los últimos acentos de su voz espiraron al desvanecerse el reflejo de la luz celestial que, en su breve aparición, iluminó á la asamblea.



CANTO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. — Varios resucitados se aparecen á Neftoa, Dicléano, Dorcas, Cidlia, Esteban, Bernabé José, levita de Chipre, Porcia, y Beor. — Abrahan y Moisés quieren aparecerse á Saul, y el arcangel San Gabriel se lo prohíbe. — Aparécense otros resucitados á Sama; Joel, su hijo; Elkanan; al joven Boa, y á la madre de Jesus. — Trasfiguracion de Cidlia y de Sénida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ven á inspirarme de nuevo, meditacion santa
de la vida eterna, tú que con tanta frecuencia has
penetrado mi alma con tus piadosos temores y dulce
melancolia; porque cuando acontecieron en la
tierra los prodigios que en mis cantos celebro,

reinaba en ella la vida eterna, y salieron los muertos de sus tumbas para iniciar á los primeros cristianos en las celestiales bienaventuranzas.

Poco numeroso era aun el rebaño de los fieles, sagrado nucleo que echará profundas raíces en la tierra, y del cual saldrá el arbol robusto, cuyas ramas, siempre verdes, se elevarán hasta el cielo. Bajo ese arbol se acojerán *los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos*¹, y toda aquella muchedumbre, innumerable como las arenas del mar, que con los primeros ha de cantar *el himno del Trono*, himno que solo á ellos será dado aprender, porque fueron los primeros redimidos, y tambien los primeros imitadores del cordero immaculado. Y la muchedumbre innumerable, compuesta de todas las tribus y naciones de la tierra, recibirá brillantes palmas; y reuniráse en torno del trono, y saludaránla los ángeles postrándose ante ella; porque para llegar á los cielos aquellos que la componen, habrán antes padecido inmensas calamidades y crueles tormentos, y lavado sus vestiduras en la sangre del cordero.

¹ Todo este pasage es imitacion del capitulo VII del Apocalipsis, donde san Juan refiere como un angel señalaba en la frente á los elegidos de las doce tribus de Israel, que fueron *ciento cuarenta y cuatro mil*, doce mil de cada una de ellas; y despues que vió *una gran muchedumbre que ninguno podia contar, de todas naciones, tribus y lenguas, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos.* (Ibid. vers. 3.)— T. F.

El sagrado nucleo donde germina el arbol de la salud dormita aun bajo la corteza de la antigua ley, aguardando á que, por medio de los resucitados, se le llame por vez primera á la vida eterna; y ya los resucitados se preparan á cumplir tan grata y santa obligacion. Su padre, el padre de los vivos y de los muertos, viéndolos acercarse á los muros de Salem, les dijo:

« Id, id, hijos míos, que ya sonó la hora de las apariciones. Enseñad á los futuros cristianos la angosta senda de la salud; inspirad á sus almas la sed ardiente y santa que solo podrán satisfacer en las fuentes de la vida eterna. Aquel que fundó la *alianza* de amor y de misericordia os permite elegir entre vuestros futuros hermanos: recaiga, pues, vuestra eleccion en corazones ingenuos y sencillos como lo son los corazones de los niños. Si os engañaseis, un murmullo, que oireis en el trono del Señor, os advertirá de vuestro error. Id y gozad de la inefable dicha de darle herederos al reino de la luz. »

Desde el día en que, tomándole Jesus en sus brazos, le bendijo y le presentó al pueblo para que en él tomase ejemplo de candor y de ingenuidad, Neftoa, amable niño, á quien su padre puso por nombre el de uno de los mas cristalinos manantiales de Efraim, habiase hecho grave y pensativo. Inca paz ya de alegrarse con los estrepitosos juegos de

los niños de su edad, buscaba en el retiro y en la meditacion goces mas puros y tranquilos; y sin embargo apenas contaba Neftoa entonces ocho primavera: pero un soplo divino maduró su vida, y la bendicion del Salvador, que siempre reposa sobre su cabeza, le guia y sostiene. Con ardientes oraciones saluda el niño á la aurora del dia de la resurreccion; hallóle la noche del mismo postrado en el retiro de su estancia solitaria, y su alma dirigió al Eterno este inocente cántico:

« ¡Tú me oyes, Señor! ¡Oh! sí; sé que me oyes aunque nunca me lo has dicho. Siempre vuelvo á tí, y te imploro confiadamente, Padre de todas las criaturas del cielo y de la tierra. Todos nos humillamos ante tu eterno trono; y nosotros, los que viviendo acá abajo tenemos el llanto por único patrimonio, te adoramos sumidos en el polvo. Sobre las nubes te celebran los bienaventurados que de llorar cesaron; y los ángeles, que nunca derramaron lágrimas, te glorifican en medio de los luminosos rayos de tus astros. Todos pedimos que aumentes nuestra felicidad; pero tranquilamente los de las etereas regiones, mientras que nosotros, pobres desterrados en este valle de las tumbas, te rogamos, llenos de ansiedad, que nos llames á la vida eterna... Bendíjome el mayor de los profetas: ¿solo para este mundo me servirá su bendicion? ¿No producirá mas que flores pasajeras como las de

nuestros jardines? No, no, ¡que está ligada con la eternidad aquella bendicion!... Todavía no sé qué cosa sea una bendicion para la vida eterna; y mi vista es harto debil para que distinga la senda por donde ha de conducirme *aquel* que me bendijo: á tu clemencia me entrego, Dios Todopoderoso; y hágase tu voluntad. Mi alma, sumida en las tinieblas de la ignorancia, no acierta á comprenderte; pero en tí espero... ¿Y qué es la vida de este mundo? Un soplo pasajero y abrasador, que agitando el capullo de la flor apenas abierta la seca, inclinando su tallo al polvo, dispuesto siempre á cubrirla... Pero, ¿porqué siento una vaga inquietud que me mueve á desear el conocimiento de cosas que debo ignorar? ¿No seria mas bien mi obligacion esperar, como planta que crece en árida tierra, á que el jardinero previsor viniese á trasplantarme al fertil suelo de la luz y de la paz?... ¿Qué puedo esperar saber en medio de las profundas tinieblas que oscurecen mi alma? ¿No son innumerables las cosas que ignoro?... Cálmate, corazon demasiado ardiente; un dia satisfará la sed de saber que te abrasa, el mismo que te la dió...; O tú que no has dejado á mi infancia mas que la melancólica sonrisa de la esperanza! ¿quieres que vuelva á reunirme con los niños mis compañeros? ¿que solo hable con ellos de los placeres propios de nuestra edad, y que espere en medio de locos juegos, á que

la sabiduría del cielo venga á iluminarme?... ¡Porque tal era mi estado cuando me tomaste para bendirme á la faz de todo el pueblo reunido! »

Así cantó el niño Neftoa, y su angel custodio que de pie estaba á su lado, escribió su dulcísima oración en una página del libro de la vida. Mientras que bajo la mano del Inmortal surgían ardientes caracteres, Benoni, el resucitado hijo de Samma, se aproxima, y ya contempla á la piadosa criatura, ya al serafín que con el dedo le señala la página en que ha escrito el cántico de Neftoa. Leyó Benoni, pero hubo de reprimir su admiración para escuchar al inocente que volvió á orar diciendo :

« ¡ Alabado y glorificado seas, tú que de beneficios me has colmado, tú que has hecho que me bendijera el mayor de los profetas! Innumerables son tus hijos en la tierra, y pocos sin embargo los capaces de celebrar dignamente tu bondad infinita que en cuanto existe se manifiesta. De ella da testimonio desde que por primera vez se sonrie la débil criatura á quien su madre alimenta con sus pechos; séale también permitido á mi débil voz cantar tus alabanzas; porque, tu profeta lo ha dicho, Señor, tú no desdenas las plegarias de los balbucientes niños. »

Quería Benoni presentarse al hermano que ha elegido bajo la forma de un niño, de los que habían venido á Jerusalem para celebrar la Pascua; pero,

haciéndole su emoción olvidar la prudencia, apareciósele de pronto, graciosamente envuelto en una radiante nube. Miróle Neftoa sin estremecerse, porque su espíritu se hallaba familiarizado con las celestiales visiones que largo tiempo hacia embellecían sus ensueños. Juguetando pues, con los dorados rizos de la graciosa cabellera de Benoni, y después de mirarle con dulce sonrisa, le dijo con acento de ternura y de ingenuidad :

« Sé que quien á mí te envía es el profeta. ¿ De donde vienes?... ¿ Y qué me importa, pues que eres mensajero de paz y de felicidad? Habla y acompaña tu voz con el arpa celestial que tienes en las manos. Canta, hijo de la luz, canta la gloria de Dios y la bienaventuranza de los hijos de la tierra que á sí se ha dignado llamar. Tuve yo una hermanita bella é inocente como los ángeles; víla dormirse en un lecho de rosas acariciada por el blando aliento de la brisa matutina, y no ha vuelto á despertarse. ¿ Vienes á traerme algún mensaje de su parte?... ¿ Qué te ha dicho?... Gracias doy al Señor, porque tan cerca de la cuna ha puesto el sepulcro : « También Neftoa morirá pronto ; » eso es lo que te ha dicho mi hermana. ¿ No es así?... ¡ Oh ! ; te ruego que no vuelvas á donde está mi hermana sin llevarme contigo!... ¿ No me respondes, mensajero de Dios? ¿ Te habrán ofendido mis preguntas ?

« Tu santa y candorosa alegría es la que hasta aquí me ha tenido mudo, caro Neftoa. Sí, el Señor es quien á tí me envía. Jesus, aun lo ignoras, Jesus ha muerto en la cruz ; pero ya ha resucitado, y pronto volverá á subir á su eterno trono. Entonces sus predilectos darán testimonio de su muerte, de su resurreccion, y de su regreso al reino de los cielos. Escúchalos á esos primeros entre los elegidos, y ellos te enseñarán cuanto un mortal puede y debe saber para caminar, siguiendo sus huellas : y un día te recibirá tu hermanita bajo la embalsamada sombra del arbol de la vida. A Dios, caro Neftoa, me es preciso dejarte.

« Quédate, ; oh ! quédate, te ruego ; déjame contemplar tu rostro brillante y suave como los primeros albores del naciente dia. »

Mas ya Benoni habia desaparecido , y Neftoa, creyendo verle, aun le llamaba tendiéndole los brazos. Apercibiéndose al fin de que su celestial amigo le ha dejado, levantó sus manos al cielo, sonriéndose en medio del llanto que le inundaba el rostro ; porque comprende que ya en adelante no caminará solo por la tierra. Benoni y su angel custodio permanecian entre tanto á su lado, aunque invisibles ; y con santo gozo le oyeron dar gracias al Dios de misericordia por haberle enviado á tan gracioso mensajero, como precursor de mas altas revelaciones.

Dileano habia conocido y amado á Jesus : así que supo su muerte, pasó á Jerusalem esperando recibir allí la dichosa nueva de su resurreccion ; pero las vagas, inconexas y contradictorias especies que en la ciudad circulaban sobre aquel suceso, sirvieron solo para llenarle de dudas y desaliento. Una tarde despues de buscar inútilmente algun consuelo á su dolor, paseando por los risueños campos que la primavera adornaba con todo el lujo de sus lozanas galas, sorprendióle la noche cerca del monte de los Olivos ; y pensando que á la ciudad regresaba, se encontró, sin saberlo, bajo las sepulcrales bóvedas. En aquel lúgubre recinto oyó confusos rumores, entre los cuales creyó distinguir bramido del torrente del Cedron, y el murmullo de las hojas de las palmeras del valle de Getsemani : mas divisando, casi al mismo tiempo, una llama vacilante que en lontananza brillaba, llegó, siguiendo la direccion que aquella le indicaba, á un sepulcro, del cual se ocupaban varios hombres en extraer los huesos que contenia. Era aquel enterramiento de una familia, cuyo gefe, entonces miserable, se lo habia vendido á un hombre rico, y los restos de los abuelos del pobre se veian espulsados del que al morir imaginaron último y seguro ásilo. Dileano, tomando una de las antorchas que alumbraban á los trabajadores, se internó hasta el fondo de la bóveda, y desde allí apoyado con-

tra la roca, contemplaba en silencio el siniestro trabajo de aquellos hombres que, cargados de humanos huesos, se apartaban con lento paso del sepulcro, para volver á él con aire indiferente á cargarse de nuevo con mas huesos.

« ¡O vosotros cuyo reposo se turba en este momento! dijo para sí Dileano: ¡envidio vuestra suerte; sois felices!... Tambien yo lo seré, cuando lo que de mí quede sea un monton de cenizas... Tenia un amigo fiel; una muger á quien amaba iba á unir al mio su destino: ¡entrambos han muerto!.. Jesus, el mayor de los profetas, me ha enseñado á buscar la felicidad mas allá de la tumba... ¿Debo creer aun que haya una vida eterna? ¿Puede Dios prepararles perdurables bienaventuranzas á los hombres, cuando consienten que el mas virtuoso de todos perezca víctima de la perversidad de los peores? ¿No soy, en efecto, mas que un puñado de polvo, que el helado ambiente de la tumba ha de dispersar para siempre?... ¿Duerme Jesus en el sueño de la muerte ó ha resucitado?... ¡Ni una voz responde á tan terribles preguntas! A vosotros os las dirijo, en fin; á vosotros que largo tiempo há dormís envueltos en los sudarios... No pregunto al polvo de vuestros huesos, no, sino al aliento que os animaba... ¿Qué se hizo de él? ¿Mora en el reino de la luz?... ¿Es allí dichoso? ¿es insensible á las penas de sus hermanos, los que, presos

todavía en estos caducos lazos del cuerpo, dudan y padecen?... »

Terminaron los trabajadores su tarea; desierto y silencioso quedó el sepulcro; y Dileano, viéndose solo, se entrega sin reserva alguna á su emocion, y clama :

« ¿En donde estais, misteriosos moradores de los cuerpos que en este lugar han sido presa de la destruccion?... Resucitaron los huesos de Eliseo á un cadaver; luego cerca de él estaba y viyo su espíritu, porque lo que muerto está no puede dar vida. Si aquí hay un alma, una sola, que venga y me revele el porvenir... ¡Sin temor veré al espíritu á quien llamo!... Si te llamo, alma, seas la que fueres; ¡y por la memoria de los últimos dolores que te privaron del pensamiento, por aquellas angustias postreras de tu agonía que ya te mostraban las delicias del cielo, ya los horrores de la nada, te ruego y conjuro que te me aparezcas! »

Acercóse en esto suavemente al desdichado, cuya desesperacion la entenece é interesa, Tirza, madre de los siete mártires, que es quien á los sepulcros condujo á Dileano. La desposada de este y su fiel amigo velan, con la resucitada, sobre aquel su amado, para que la desesperacion no le arrastre al precipicio. Quería el espíritu de la amante doncella, asustado por la imprecacion que acaba de oír al que debía ser su esposo, aparecérselo

desde luego; mas Tirza se lo impidió recordándole que solo á ella tocaba el hacerlo.

Entre tanto, desesperando Dileano de que las sombras á quienes ha invocado no respondiesen á sus conjuros, volvió á decir con ahogada voz:

« Compañero querido de mi infancia, y tú, mi angel custodio bajo la forma de una muger, entrambos me habeis abandonado, dejándome solo en medio de las tinieblas de la noche... ¿Qué veo? Un ser fantástico se forma... se levanta... sale de la oscuridad... se me acerca... »

Y pronunciando estas palabras, salió al encuentro á Tirza que en todo el esplendor de su inmortalidad se le aparecía. Estremecióse, empero, Dileano: ya se defiende, ya de nuevo camina: contempla á la vision, y, en fin, con voz turbada y trémulo acento, dice:

« ¿Serás capaz de comprenderme, ó eres uno de los nocturnos vapores, una de las efímeras exhalaciones que cruzan por las tinieblas; ó bien fantástica vision hija de mi enfermo cerebro? »

Sonrióse Tirza con celestial espresion y el manco prosiguió diciendo:

« Habla: ¿quien eres? »

Y la madre de los siete mártires respondió, en fin, con voz armoniosa que gratos repitieron los ecos de las sepulcrales bóvedas:

« ¿Quien soy?... Mas tarde lo sabrás: por ahora conténtate con aprovecharte de lo que á enseñarte vengo. No creas que vales mas que tus hermanos porque se digna aparecésete uno de los seres que moran en los valles de la eterna paz. Hijo de Dios, como todos nosotros, es el ciego de nacimiento á quien Jesus dió la vista; si á la luz se han abierto sus ojos ha sido para que pueda dar testimonio, cuando llegue la ocasion, de la gloria de su Salvador. En el número de los testigos serás contado; y á fin de que tengas las fuerzas necesarias para desempeñar tan noble tarea, vengo á decirte: ¡Jesus ha resucitado! Loco serás si imaginas que respondo á los conjuros que tu desesperacion te ha sugerido: Dios, que algunas veces perdona al que duda, nunca recompensa la incredulidad; y nada es bastante á modificar sus inmutables designios. ¡Aun cuando la especie humana toda entera llegase á dudar de la existencia de la futura vida, no por eso dejaria de convencerse, al fin de los tiempos, de que para ella comienza la eternidad mas allá de la tumba! »

Dejó de hablar y resonaron en torno los ecos de la trompa, y de atronadoras voces sin que Dileano acertase á distinguir de donde salian aquellos terribles sonidos que de espanto le llenaban. Mas pronto sucedió á tanto estrépito una melodiosa armonía, á cuyo influjo, trasportada su alma á las regio-

nes celestiales, oyó repetir en ellas las últimas palabras de Tirza.

Sombrio y silencioso ha vuelto á quedar el sepulcro, y Dileano se postra y ora :

« ¡ O tú que acabas de aparecérteme ! ¡ Ya no me atrevo á interrogarte, y me humillo en el polvo ante el Dios que te ha enviado !... Perdona, ó vencedor de la muerte, mis dudas y temores ; haz que me sea dado tocar la meta que en el término de mi carrera acabas de mostrarme, y entonces cuando llegue mi última hora, feliz y tranquilo me elevaré hácia tí y hácia las amadas prendas de mi corazón. »

Tirza, ya entonces invisible, le dijo estas consoladoras palabras :

« Pues que á interrogarme no te atreves te has hecho digno de que te responda. Soy la madre de los siete mártires ; á mi lado estan tu desposada y amigo ; juntos vamos á volvernos al reino de la luz á donde un día nos hallarás : pero antes te espera en la tierra alta ventura, el Mesías va á Galilea, donde ha de mostrarse á quinientos fieles reunidos de los cuales uno serás tú. »

Nada mas oyó Dileano, mas parecióle que por tres veces acariciaba su mejilla un suspiro de amor y de amistad. Sumido en santo éstasis salió de las tumbas dirigiéndose al punto del horizonte, donde el sol comenzaba á lucir, y volviendo con frecuencia la cabeza para contemplar la bóveda sepulcral

donde el Mesías se dignó enviarle un consuelo celeste.

Dorcas¹, la mas habil de las bordadoras de Jope² está sentada ante una alfombra de Tiro, en la cual borda un cuadro mas sombrio que los que ordinariamente producen femeninas manos. Una tumba, la de la madre de Benoni, que no ha podido sobrevivir á la deplorable muerte de su amado hijo, es la que la aguja de Dórcas estampa en el fondo de la alfombra. Inspirada por sus melancólicos pensamientos, representa á Raquel³ arrodillada junto al monumento fúnebre, y cerca de ella á su hijo Benjamin clavándole un puñal en el corazón, y apartando de ella sus ojos llenos de lágrimas. Imaginaba la acalorada fantasía de la santa artífice ver teñirse en sangre el puñal que bordaba, cuando pálida y trémula entró inopinadamente una muger desconocida : era Débora, Luengas vestiduras de luto cubren su cuerpo, ha tomado la forma de una muger joven y hermosa ;

¹ *Tabita*, dice el testo, pero como segun el versículo 36 del cap. IX de los Hechos de los Apóstoles, quiere decir aquella palabra lo mismo que *Dorcas*, he preferido la última como mas análoga á la indole de la lengua castellana. — T. E.

² Era *Tabita* ó *Dorcas* una de las mas célebres bordadoras de Jope; murió y resucitóla San Pedro, milagro que convirtió á la fe de Cristo á gran número de Gentiles y de Judíos. (Hechos de los Apóstoles, cap. IX.) T. E.

³ Raquel, esposa de Jacob, madre de Benjamin. — T. E.

pero en su rostro trae pintado el dolor. Así las nubes que algunas veces anublan una mañana de primavera, en vez de disminuir sus encantos suelen prestarla cierto misterioso atractivo, que transporta el alma á las incógnitas regiones de la otra vida.

« Acabo de acompañar á la mas cara de mis amigas hasta su última morada, dijo la Profetisa, fáltanme las fuerzas, permítete que un instante me repose cerca de tí... ¡Reposar digo! Mi amiga es la que ya reposa, pero para mí que tanto la he amado solo quedan lágrimas en este valle. »

Diciendo así apoyóse en su arpa, que produjo lastimeros sonos, y prosiguió :

« Vuelve á tu trabajo, que en él sangra tambien una herida para la cual no hay bálsamo en la tierra, y deja sangrar á la mía¹. »

Volvió Dorcas á tomar en silencio la aguja y seda que habla dejado; Débora puso las manos en las cuerdas de su arpa, y las cuerdas produjeron sonidos semejantes al murmullo de un arroyo, que corre por medio de un espeso bosque donde reina el silencio amenazador, que precede y anuncia á la

¹ La amiga, cuya muerte llora la Profetisa, es la misma Dorcas á quien ya supone muerta en este cántico. El objeto de tal ficción, así como el de las revelaciones misteriosamente proféticas que hace Débora á la bordadora de Joje, parece ser el de prepararla á la suerte que le espera. — T. F.

tempestad. Muda y asombrada escucha Dorcas aquella música, subiendo de punto su enagenamiento cuando la profetisa, uniendo su voz á los armónicos sonos del arpa, cantó de esta manera :

« Dios todo poderoso, en tu presencia recibirá el premio de sus virtudes la muerta á quien por hermana escogí. ¿Qué son las penas de esta corta vida comparadas con las eternas recompensas que tú les preparas? Murió en la flor de su edad : ¿pero qué importa que perezca al soplo abrasador del viento el tierno capullo de la rosa, cuando ya la tempestad derribó en la cima del Gólgota al cedro divino? ¡En su terrible caída hizo estremecerse á los sepulcros y á los montes de la tierra; desquició á los orbes que en los espacios giran! »

Dejó de cantar y por un momento fueron apenas perceptibles los melancólicos sonos del arpa; mas luego vibraron de nuevo las cuerdas y prosiguió su himno la profetisa :

« Algunos mortales sumidos en llanto, y todos los moradores del émpireo, invisibles bajo sus largos velos de luto, componian el fúnebre acompañamiento del que murió en la cruz. No oyó la tierra su cántico de muerte, lúgubre como los últimos suspiros de los primogénitos niños inmolados, en las orillas del rio de los siete brazos¹. Pero voso-

¹ Alude á la degollacion de los primogénitos de los Egipcios por el

tros lo oísteis, luminosos astros; y tú, eterna balanza del Juez supremo, también lo escuchaste. Una roca, penosamente arrastrada hasta la boca de la tumba, sirvió para cerrarla; confuso rumor resonó bajo la bóveda sepulcral y subió hasta el cielo envuelto en el polvo de la tierra. El muerto durmió y vosotros continuasteis vuestra eterna carrera, ¡ó silenciosas estrellas!... ¡El muerto no durmió largo tiempo: apenas las constelaciones habían andado un paso más en sus órbitas inmensas, apenas se había inclinado uno de los platos de la balanza del Juez supremo, y ya el divino muerto no dormía! El Salvador ha resucitado en toda su gloria y magnificencia. Celebremos su resurrección, nosotros á quienes ha escogido para dar testimonio de su grandeza... La muger que reclinada sobre esa tumba representó tu aguja, ó Dorcas, y ese hijo que clava un puñal en su maternal corazón, se cuentan ambos en el número de los infinitos testigos del Mesías... ¿Te asombro, pobre mortal? ¿Imaginabas pues que el imperio de la destrucción, no tenía límites, y que era eterno el sueño que se duerme en las entrañas de la tierra?»

Quiso Dorcas acercarse á la profetisa, pero contúvola un poder sobrenatural; y Débora prosiguió:

angel exterminador; y el río, que Klopstock llama de los siete brazos, es el Nilo. — T. E.

« ¡Escucha, tú más que otros has menester instruirte en los secretos de la resurrección; tú más que otros has menester consuelos, porque morirás dos veces! Tu primera muerte es la que me ves llorar á mí que tiernamente te amo. Sábelo en fin, cara Dorcas: la voz del Mediador ha despertado á aquellos de sus elegidos que en el sepulcro dormían, como un día los despertará á todos. Cuando la tierra reclame tus mortales despojos, duérmete con la dulce certidumbre de que segunda vez serás creada. Ni las tinieblas del sepulcro, ni el siniestro son de la tierra cayendo sobre el ataúd, ni el silencio de las solitarias tumbas, ni las asquerosas imágenes de la destrucción pueden atemorizar al que sabe que en el día del juicio universal le llamará Dios á la vida de los ángeles. »

Vibraron solas las cuerdas del arpa hablando en celestial idioma: mas pronto volvió Débora á unir á sus sonidos su profético acento.

« ¿Cómo pintarte lo que sentí cuando animada de nueva vida salvé los límites de mi sepulcro cubierto de flores, convirtiéndose en cuerpo inmortal mi cadáver caduco; cuando en alas de los querubines descendió hasta mí la trasfiguración? Mis ojos buscaban en vano el trono de aquel que por segunda vez me había creado, y cuyo divino aliento me anunciaba su presencia. »

Gradualmente se fué debilitando el cántico de

Débora, y con él el resplandor que la rodeaba. No quedan ya de la radiante vision mas que un pálido reflejo, un eco apenas perceptible que huyen y desaparecen como el último fulgor del crepúsculo de la tarde, como el último suspiro de un moribundo.

Dorcas levantó sus brazos al cielo y quedó sumida en santo éxtasis.

El corazón de Gedor era tan accesible á la alegría como á la tristeza : pero su alma piadosa se sometía sin murmurar á la voluntad del Eterno, recibiendo con igual gratitud las penas que la dicha. Embellecía su vida una adorada compañera ; sabiendo solo algunos íntimos y fieles amigos cuanto se amaban aquellos felices esposos y cual era la inefable bienaventuranza que á su puro y casto amor debían. Cuidándose poco de los bienes de la tierra tenían siempre fijo el pensamiento en la patria celestial, y objeto de sus conversaciones era frecuentemente aquel instante en que Dios había de llamarles á su seno. Partir juntos á las incógnitas regiones era su más ardiente deseo ; mas nunca se atrevieron á esperar una dicha con que rara vez favorece el cielo á los hijos de la tierra. A tí, desgraciado Gedor, te impuso el cielo la dolorosa obligación de conducir á tu amada compañera hasta los límites del valle sombrío que separa al tiempo de la eternidad.

Postrada estaba la joven y dulce compañera de Gedor en el lecho de los padecimientos ; conocía aquel el estado de su amada y sin embargo esperaba, sabiendo que la divina misericordia suele aguardar á veces para manifestarse á que el peligro sea eminente y esté fuera de los límites del poder humano el evitarlo. La muerte empero, apresurando su rápido vuelo, iba acercándose cada vez mas hasta que al fin se mostró sin velo alguno... Alzaba la víctima, por la segur amenazada, sus húmedos ojos tan pronto hácia su amante como hácia el cielo. Nunca hasta entonces vió Gedor semejantes miradas. Nunca supuso que en los ojos de una simple mortal pudieran unirse tanta ternura, y tan dulces sentimientos á la sublime tranquilidad que procede de la íntima convicción de la inmortalidad del alma.

« Voy á morir... voy á dejarte para pasar á un estado de tranquilidad que no tiene nombre. »

Eso dijo la moribunda á su esposo, prestando á sus palabras la espresion de la voz que las pronunciaba un poder irresistible. Llegó para Gedor el momento de sucumbir á la humana debilidad si el Salvador no le sostuviera ; pero el Salvador le sostuvo... Sintióse el debil mortal arrebatado de la tierra. ¡ Vió abrirse las puertas del cielo para recibir á su amada Cídlia !... Miróla y en aquella mirada había mas que tranquilidad, mas aun que di-

cha... Despues, apoyando su mano sobre la frente de la moribunda, la bendijo.

« Pasa desde esta morada de dolor á la vida eterna... parte en nombre del Señor Dios de Abraham;... parte en nombre del divino Redentor... hágase su voluntad; que toda es amor, toda misericordia. »

Y Cidlia respondió con el acento de una ilimitada confianza :

« Sí, sea de mí lo que su voluntad ordenare.... el Señor no quiere mas que el bien... »

Gedor, asiendo la mano de su esposa, dijo :

« Con la paciencia de un angel padeciste... Contigo ha sido el Dios de misericordia, que no te abandonará... Glorificado sea el divino Redentor; él te ha socorrido, él te socorrerá en adelante.... En sus manos te entrego... Si hasta aquí hubiera yo tenido la desdicha de no conocerle, en este instante á lo menos, hubiera aprendido á adorarle. Si Dios te lo permite, ó Cidlia mia, sé mi angel tutelar. »

Y sonriéndose dulcemente la joven esposa respondió :

« Tú has sido el mio en la tierra. »

Y Gedor repitió :

« Si Dios te lo permite, ó Cidlia mia, sé mi angel tutelar. »

« ¿Cual de ellos no se estimaría dichoso de ser tu custodio, ó Gedor mio? »

Y la amada del peregrino de Canaan, la madre que perdió la vida al dar á luz á su mas amado hijo, la dulce Raquel, se apareció á la cabecera de la moribunda pintándose en su rostro solemne alegría y tierna compasion. Cidlia, hasta que dobló la cerviz para recibir el golpe de la segur de la muerte, no vió á la celeste compañera que la esperaba para conducirla al mejor de los mundos; y entonces Cidlia y Raquel partieron juntas...

Faltánme las fuerzas para terminar tan dolorosa relacion..... Corred, abrasadoras lágrimas, cuya fuente no ha bastado á secar el tiempo : corred y evaporaos en los aires como se han evaporado las que os precedieron... Pero tú, himno solemne, que celebras al Redentor, canto, por tu causa y objeto inmortal; vuela y pasa triunfante por los escollos donde á estrellarse van las humanas glorias; trasporta á las orillas del rio de la eternidad la corona que mis ojos bañan incesantemente y que mis manos tejieron con ramas del ciprés que sobre su tumba crece !!...

* Recordaremos, para que nuestros lectores comprendan toda la ternura de este episodio, que los Alemanes no aciertan á leer sin lágrimas, lo que ya dijimos en la noticia que precede á esta traduccion, á saber que Klopstock se pone en escena á sí misma y á su amada Margarita bajo los nombres de Gedor y Cidlia. — T. F.

A la sombra del Moria se levanta orgullosa una magnífica morada, cuya ruina será por lo mismo mas terrible en el terrible dia de la gran reunion de águilas y buitres⁴. Esteban se llama el hijo único del opulento dueño de aquel edificio. Graves pensamientos le preocupan siempre á pesar de su estremada juventud: pero si precoz maduró su espíritu, conserva en el corazon la ingenua candidez de la infancia; y es el orgullo de su familia y la alegría de sus amigos. Buscando la soledad, ha subido á la azotea de su casa desde la cual contempla á la luna, que tranquila é imponente ilumina á Jerusalem invitando á las almas meditabundas, que aun no se han entregado á esa muerte de cada dia que llamamos sueño, á que en sus melancólicos rayos aspiren suaves y santas imaginaciones. Esteban, apoyando la cabeza en una de sus manos que cubren los flotantes rizos de su larga cabellera, medita en el misterioso destino del profeta que nació en Belen; y mientras vaga su imaginacion en un laberinto, cuyas intrincadas sendas cada vez le parecen mas oscuras, aparécese súbitamente un extranjero tan bello y joven como él mismo, y cuyas ricas vestiduras exhalan los mas suaves perfumes de la Arabia. Poniéndose el aparecido delan-

⁴ Alude á las profecias de Isaías y de Ezequiel, que predijeron la ruina de Jerusalem. — T. F.

te de Esteban, le dijo con indefinible sonrisa:

« No vengo á pedirte la hospitalidad, porque ya para mí cogieron agua en el mas cristalino de los manantiales, ya me prodigaron los mas preciosos perfumes, ya me sirvieron los mas esquisitos manjares... Permiteme que aquí á tu lado goce del encanto de esta deliciosa noche. »

« Bienvenido seas, amable peregrino, respondió Esteban, y contigo sea la paz que reina en esta morada.

« Gracias, Hijo único del mejor de los padres, y de la mas tierna de las madres,... vengo ¡ay de mí! de atravesar lejanas regiones: mucho he visto, mucho he padecido.

« Con vivo interés escucharé la relacion de tus infortunios: pero antes de todo dignate, noble extranjero, decirme si has oido hablar del profeta de Jerusalem...

« Sí, he oido hablar del Hombre-Dios, muerto para santificar la ley que ha venido á darnos, y que para dar mejor testimonio de esa misma ley acaba de salir vivo del seno de la tumba.

« ¡De sorpresa y de admiracion me llenas! ¿Qué! ¿Jesus ha muerto víctima de una ley mas santa que la que nos enseñó Moises? »

« Permiteme, caro Esteban, que antes de responder te haga una pregunta: ¿Si estuvieses cierto, de que para redimir á la especie humana de la

eterna muerte, padeció en la cruz y resucitó Jesús, creerías que tu vida, tan feliz y tranquila, era demasiado preciosa para sacrificarla en defensa de una ley que asegura la salud del mundo? ¿Quieres vivir hasta que la mano de la naturaleza vaya inclinándose suavemente hacia la tierra tu cabeza encanecida por los años, ó te sientes con fuerzas para sacrificar al que por tí murió los venturosos días que el porvenir te promete?

« Lo que en tal caso haría Dios lo alcanza únicamente: yo solo sé lo que quisiera poder hacer, lo que deseo con todo el ardor de un alma apasionada.

« ¿Y qué es lo que así deseas, noble mancebo?

« No soy mas que un pobre pecador, pero si se cumplieran los ardientes votos que forma mi alma, abriríanse á la vez todas mis venas, derramando hasta la última gota de la sangre que contienen para dar testimonio de la gloria y del poder de Jesús! »

« Escucha, dijo entusiasmado el extranjero: no ya para escitar tu ardor, sino para recompensarte, ó martir futuro, voy á referir la historia de Jedidoth, el mas joven de los siete hermanos que murieron por no ser infieles á la ley del Eterno. En vano le ofreció Antioco riquezas y cuantos bienes ansian los mortales; en vano le espuso á la mas peligrosa de las tentaciones encargando á su propia madre que le indujera á renegar del Dios de

sus abuelos: engañó la noble muger las esperanzas del tirano diciendo á su hijo: O tú, el mas joven y el mas amado de los siete heroes que he llevado en mis entrañas y alimentado á mis pechos, ten compasion de mí, no desoigas mis ardientes ruegos, alza tus ojos al cielo, fijalos en la tierra, y en todas partes verás la mano del Señor; él es quien todo lo ha creado, todo incluso el hombre. Ten piedad de mí, no desoigas mis ardientes ruegos y muere como supieron morir tus hermanos! Y Jedidoth, llamando á los verdugos, marchó al suplicio. »

Durante esta relacion resplandecia el rostro del extranjero, y de sus ojos brotaban rayos de luz sobrenatural; temblaba Esteban y por sus mejillas corrían á su pesar abundantes lágrimas.

« Me complazco en tus lágrimas, noble mancebo, las cuento y las bendigo.

« ¡Las lágrimas de un pecador! » exclamó Esteban.

« ¡De un pecador que Cristo acaba de redimir, y á quien dará entrada en el santuario de los cielos! »

Desde la cima del Tabor contempla Jesús á entrambos, ve al joven Esteban, en quien se reflejan los argentados rayos de la luna; ve al extranjero resplandeciente con la gloria de los inmortales alejarse lentamente en la atmósfera. Hubiera Este-

ban sucumbido á su emocion, si el aparecido no le animara con estas palabras :

« Yo soy Jedidoth, que apiadándome de mi madre hice lo que ella me rogaba. A Dios: volveremos á encontrarnos en las regiones en donde los ángeles me han enseñado verdades sublimes. Mi madre es tambien la tuya, porque desde este momento eres mi hermano. Vuélvome á las regiones donde he aprendido todo lo que Jesus ha venido á enseñar en la tierra. »

Dijo y desapareció en las nubes.

Habia Bernabé José, Levita de la isla de Chipre, pasado á Jerusalem para celebrar la Pascua; y convidándole á ello lo templado de la noche, dejó su morada para ir á un campo que poseía á orillas del Jordan. Allí, con dulce y tranquila satisfaccion, contemplaba los innumerables germenés, que el aliento de la primavera hacia brotar de la tierra, prometiéndole una abundante cosecha, cuando Ananias y Safira, á quienes el deseo de ver las riquezas de sus campos trajo á la ribera, fueron á unirse con él. Poco tardaron los tres en llegar á la orilla del Cedron. La bella Safira sondea diferentes veces con su blanco báculo el pedregoso cauce, por donde el rápido torrente corre espumante y caprichoso, mas en fin pasándolo, siéntase sobre una peña de la opuesta orilla; á su lado lo hace tambien Ananias, y Bernabé se queda en pié frente á ellos.

Lejos estan de imaginar los dos esposos que se encuentran cerca de su futuro sepulcro, y que descansan en la misma piedra donde pronto vendrán á sentarse los aterrados mancebos, que depositarán sus cadaveres en aquel lugar solitario sin haberse atrevido á bendecirlos para el dia del juicio final¹.

Cogió Safira una flor, y ofrecióse la sonriéndose á su marido quien pensaba solo en las espigas que aun no veia, calculando el valor de la futura cosecha. Tambien Bernabé pensaba en la época en que la hoz siega los tesoros de los campos, y su imaginacion le pintaba la inocente alegría de los segadores, cuando despues de un abrasado dia de trabajo viene la brisa de la noche á reanimar sus fuerzas, y, coronada la frente con las azules flores que á par de las doradas espigas crecen, van á olvidar sus fatigas á la sombra de los Olivos con animados bailes y armoniosos cantos.

A corta distancia de los esposos é invisibles para ellos se hallaban san Juan el Precursor y el profeta Elías. ¡Ay! si se hubieran dignado advertir á los infelices que la voz tonante del apostol de Cristo, aniquila á los mortales bastante pervertidos para mentir ante su Dios, acaso entonces... impenetrable es el velo que nos oculta los misterios de la Providencia; y no se alzar á hasta despues de pro-

¹ Véase la nota al canto IV, tomo I, p. 171. — T. F.

nunciada la última sentencia del juicio postrimero.

Juan el Precursor quiso aparecérselos, pero aconsejóle Elías que se ocupase solo en Bernabé, que miraba sin envidia abundantes cosechas al lado de su pedregoso y estéril campo.

« ¿Qué importa? dijo Juan el Precursor: futuros cristianos son Ananias y Safira, si su alma es menos pura que la de Bernabé, por lo mismo necesitan mas que él de ayuda y consejo. »

Y el profeta Elías respondió:

« Los he visto pesar en la balanza del Juez supremo y han sido hallados faltos... el favor que quieres concederles serviría solo para agravar el peso de su crimen.

« Procuremos á lo menos salvarlos por medio de alguna advertencia indirecta.

« Pues así lo quieres, hermano mio, dijo Elías, aparezcámonos, pero no sepan que somos de aquellos á quienes Cristo ha resucitado. »

Dijo y caminaron entrambos inmortales á Jerusalem.

No tardaron en regresar á Jerusalem Bernabé y los dos esposos, y cuando á la intermediación del templo pasaban, un ciego y un cojo imploraron la compasión de los tres. Dejóles el levita caer sobre las rodillas su modesta ofrenda, pero sin que ni su mano izquierda supiera lo que la derecha hacía. Mas cuantioso fué el don de Ananias, pero con os-

tentación y desdeñó arrojar su limosna á los pies de los dos pobres.

« Ya ves, dijo el ciego al cojo, que ese hombre no es digno de ver la faz de un inmortal. »

Juan el Precursor, que era el supuesto cojo, calló un momento y después dijo:

« ¿Ante tí, caro Elías, fué pesado ese hombre? »

« Sí, hermano mio, y hé aquí lo que he visto: gran número de cristianos, reunidos en torno de Simon Pedro, le entregaban el precio de todos sus bienes que acababan de vender en provecho de la santa comunidad. Entre ellos se hallaban Bernabé y Ananias: el primero puso á los pies del apóstol cuanto poseía; mas el segundo se reservó una parte de los suyos declarando que entregaba la suma entera. Entonces Pedro le dijo: « Ananias, ¿porqué tentó Satanás tu corazón para que mintieses tú al Espíritu Santo, y defraudases del precio del campo? ¿No es verdad que conservándolo quedaba para tí y vendido lo tenías en tu poder? ¿Porqué pues pusiste en tu corazón esta cosa? Tú no mentiste á los hombres sino á Dios. » Ananias luego que oyó estas palabras cayó y espiró, y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. Y levantándose los mancebos lo retiraron, y llevándole lo enterraron¹. »

¹ Klopstock refiere en este pasaje la historia de Ananias y Safira

Poco despues se presentó Safira, é ignorante de lo que acababa de acontecerle á su marido, cometi6 la misma culpa y sufrió el mismo castigo que aquel. Llen6se de espanto la naciente Iglesia, pero tan terrible leccion produjo saludables frutos. Hé aquí lo que el Eterno me ha permitido ver en el porvenir. »

Bernabé, separándose de los dos esposos, se encamina á su morada, y Juan el Precursor se le acerca y le pregunta de donde viene :

« Vengo, respondió el levita, de admirar la abundante cosecha que promete el valle del Jordan, en el cual poseo un rincon de pedregosa tierra. »

Al pronunciar estas palabras entraba en el zaguan de su casa, donde sus hijos, graciosas criaturas, le recibieron con trasportes de alegría.

« Bendícelos, buen estrangero, dijo Bernabé presentando sus hijos á Juan el Precursor, que hasta allí le habia seguido.

Impuso el resucitado sus manos sobre las inocentes cabezas de los niños, y dijo en voz tierna :

con muy leves é insignificantes alteraciones, de la misma manera que se halla en el cap. V de los Hechos de los Ap6stoles; pero aun así me ha parecido mas conveniente copiar al pié de la letra, como en efecto lo he hecho, las palabras de S. Pedro y la muerte de Ananias, segun estan en los versículos 3, 4, 5 y 6 de los citados libro y capitulo. Pues que la ocasion se presenta, diré, aprovechándola que de la misma manera he procedido siempre que en el discurso del poema se citan ó copian algunos pasages de los sagrados libros. — T. E.

« Tambien vosotros, amados niños, sereis un dia testigos del Señor. En cuanto á tí, Bernabé, tu campo producirá este año menos espigas y de peor calidad que nunca.

« ¡Como! exclam6 el levita asustado. ¿Retirará el Eterno su bendicion de mí y de estas inocentes criaturas?

« No es tal la intencion de aquel que quiere conservarles á estos niños, mas que la vida de este mundo... porque inmensa es la parte que en sus bienes les destina. »

Mientras así decia resplandeci6 su rostro, y el levita lleno de sorpresa le miraba en silencio.

« Tú conoces, volvi6 á decir el resucitado, al profeta á cuyos pies escogi6 la hermana de Lázaro la *mejor parte*; tú conoces al profeta que resucit6 á Lázaro y á la hija de Jairo, y al huérfano de Naim... pues bien, ese gran profeta vivo sali6 de su tumba; y tú serás uno de sus testigos como lo soy yo desde el dia en que del cielo descendió sobre él, mientras yo le bautizaba, el Espíritu Santo; desde que la voz del padre me revel6 la divina mision del hijo... »

Arrastrado por su propia emocion mostr6se el santo Bautista en todo el esplendor de su inmortalidad; mas temiendo luego que no pudiera el levita soportar tanta gloria apart6se dejando en pos de sí un rastro de luminosos rayos, que señalando

su huella al través de las nubes, se debilitaron gradualmente hasta desaparecer en las sombras del crepúsculo de la tarde.

Y los niños clamaron ;

« Padre, mira como corre una estrella... ¿ Pero adonde está el extranjero que vino contigo ? »

Por quinta vez se aparece el sol en la region oriental del horizonte despues de la mañana en que iluminó la resurreccion del Salvador, y sus rayos ardientes y puros anuncian á la Judea un hermoso dia.

Agitada por los penosos ensueños que durante la noche la han atormentado, levántase Porcia del lecho y baja á su jardin para respirar las dulces exhalaciones de las flores que, á influjo de los primeros rayos del sol, abren sus embalsamados cálices.

« Otra vez vuelve la luz del dia á iluminar el universo: pero mi alma siempre está en tinieblas... ¡ O tú, que creaste el dia y la noche ! ¿ no te dignarás nunca revelarme tus misterios ? ¿ Me dejarás siempre incierta del destino de aquel muerto que salió de su cerrada tumba?... ¿ Estará todavía en la oscuridad cuando por última vez brille el sol sobre mi cabeza ? ¿ Y cuando tambien el sol haya desaparecido para mí en el mar de la eternidad, habrá ó no luz para mi espíritu?... Tiembla y du-

da el pueblo de Israel, á pesar de llamarse el pueblo de Dios, al aspecto del camino que á la muerte conduce, y por él apellidado temida senda del valle de las tinieblas : luego el temor y la duda avasallan á todas las criaturas de la tierra, ya las ilumine el Dios de Israel, ya las abandone á sí mismas... ¡ Oh ! no me abandones, Dios mio, y nada temeré, porque en medio del tempestuoso piélago de las dudas se levanta una roca incontrastable, que es la resignacion á la voluntad del autor del universo. En ella he hallado asilo mas de una vez : ¿ porqué pues en este momento nada alcanza á calmar la agitacion de mi alma ? Perfumes suaves de la primavera, matices bellos de las flores que á su influjo os desarrollais, regocijad mis sentidos... ¿ No ostenta la primavera todas sus galas hasta en torno de la peña en cuyas entrañas fué depositado el cadaver de *aquel* que acaso ya no yace entre los muertos ? ¿ Porqué no he de ir á visitar el vacío sepulcro ? Tal vez allí encontraré á alguno de sus amigos que se dignará hablarme de él y llorar conmigo. »

Y sin inquietarse de que el pasear tan de mañana pudiese parecer mal en persona de su categoría, salió de su palacio mandando á una de sus esclavas que la siguiese de lejos ; y á poco dejando atrás los muros de la ciudad, se encaminó hácia el Gólgota.

Raquel y Dia¹, que sobre el sepulcro volaban, vieron acercarse á él á la noble Romana, y dijo la primera de las resucitadas á su dulce compañera :

« Hé aquí á nuestra futura hermana, que, en medio de los sombríos vapores de la tierra, lentamente se encamina á los cielos ; guiémosla. »

Y las dos inmortales tomaron inmediatamente la forma de dos jóvenes peregrinas de aquellas que de las islas del Archipiélago iban á celebrar la Pascua en la ciudad santa de Judea. Purpúreas cintas enlazan las trenzas de sus cabellos ; en las manos llevan ligeros bordones ; lento es su paso, gracioso su porte. Así, y aparentando ir absortas en santas meditaciones, pasaron al lado de Porcia quien, admirada de su belleza y apostura, les dijo estas palabras :

« Permittedme que os haga una pregunta : ¿ es aquella tumba, que sin duda acabais de visitar, objeto de vuestras meditaciones ? ¿ conocéis al que en ella ha reposado durante tres dias ?

« ¿ Y qué te importa eso á tí ? respondió Raquel. Tú no eres una de las hijas de Israel, no, que vie-

¹ Dia se llamaba una de las tres hijas que el Señor dió á Job cuando despues de haberlo abrumado con cuantas penas y trabajos son posibles en la vida, le bendijo con todas sus bendiciones. — T. F. — El texto dice Gémina, nombre que en la version española de la Biblia por el P. Scio se declara por la palabra Dia. — T. E.

nes del Capitolio, y eres miembro del soberano pueblo que habita en la ciudad de las siete colinas. Déjanos, orgullosa Romana, no te burles de nuestro dolor.

« ¿ Yo burlarme?... ¡ Caiga la ira del cielo sobre los que tanto osaren ! En verdad, soy esposa del Pretor, mas aprended á conocerme : esa tumba abierta y vacía sagrada es á mis ojos. Dicennos que el Profeta que en ella estuvo sepultado ha sacudido las cadenas de la muerte : ¿ habeis oido hablar de esa resurreccion ? »

Y responde Dia :

« Ya veo que no eres lo que las demas matronas de tu pueblo y categoría ; y aunque aun adoras á los ídolos mereces que te hablemos en toda la simplicidad de nuestros corazones. Sí, sabemos que Jesus ha resucitado, y conocemos á la santa muger que primero que todos le ha visto.

« ¿ Y permanece aun en este valle de los padecimientos, exclamó Porcia con gozosa sorpresa, ó la ha llamado á sí el Profeta ?

« Magdalena vive aun, responde Raquel. Triste y desolada, recorría el sepulcro, al cual vino para adorar los helados restos de Jesus... ¿ Cómo pintarte sus trasportes cuando súbitamente le vió ante sus ojos?... Abrazó sus pies, regándolos con lágrimas... recibió de él ciertos mandatos para comunicárselos á los demas fieles...

« Detente, divina estrangera, exclamó Porcia ; detente si no quieres que mi alma sucumba al peso de la felicidad, que lo que refieres me hace sentir... »

« Sí, ten consideracion con ella, dijo la hija de Job. Mira como tiembla ; ten consideracion con ella, Raquel amada.

« ¡ Raquel ! repite Porcia : ¿ te llamas Raquel ? Tan dulce es tu nombre como tus palabras al pintar los trasportes de Magdalena. ¡ Oh ! condúceme ante ella ; ¡ que me sea dado contemplar su rostro con el mío bañado en lágrimas ! ¿ Mas qué digo ? ¿ Qué puede haber de comun entre una Romana, idólatra como yo, y las bienaventuradas hijas de Israel ?... ¿ Porqué no preparais para el vencedor de la muerte una entrada triunfal en vuestra santa ciudad ? ¿ Porqué no os reunís para acompañarle numerosa comitiva en la cual pudieran figurar gloriosamente en primer término las estatuas de oro de Abrahan, de Daniel, de Job, de Moisés, y sobre todo la tuya, valeroso adolescente, que venciste al más terrible de los gigantes, que libertaste á tu pueblo del yugo de un furioso é insensato monarca ? ¿ Porqué en altas voces no celebran su gloria los paralíticos que andan, los sordos que oyen, los ciegos que ven, solo porque su aliento llegó hasta ellos ? ¿ No es mas grande vuestro profeta que cuantos vencedores han subido la colina del

Capitolio para ofrecer á los pies de Júpiter Tonante sus ensangrentados laureles ?... ¡ Mas como así se estravia mi pensamiento !... El reino de Jesus, muchas veces me lo han dicho, no es de este mundo... »

Despues que así dijo entregóse á profunda meditacion, porque ya la falsa gloria que premia á los heroes por la sangre que han derramado, no es á sus ojos mas que un horrible fantasma. Adivinó Dia el objeto de las meditaciones de la noble Romana, y tanto placer le causó la certidumbre de que pronto entraria Porcia en el gremio de los elegidos, que por un momento se olvidó de ocultar su resplandor ; mas inmediatamente volvió á tomar la modesta apariencia de una peregrina. Sin embargo aun bajo aquel aspecto era tan imponente la hija de Job, que apenas podia la esposa del Pretor contener su sorpresa y admiracion ; y compadecida aquella de ver tan turbada á esta á quien ama ya como á una hermana, volvió á dirigirle la palabra diciendo :

« Ya en fin comprendes que este mundo es harto mezquino y miserable para que en él se celebre el triunfo del Hijo del Eterno... Dejaste de ser la obeja descarriada á quien era preciso instruir de la resurreccion del Mesías para arrancarla á sus errores ; y eres una de sus amadas hijas... Pronto las

santas mugeres que han tenido ya la dicha de verle te dirán sin duda cuanto saber deseas.

« ¿A mí? » exclamó Porcia con voz turbada.

« Cesa de dudar, respondió Dia, ¡y sea tu Dios y Salvador el que por tí murió! »

É imponiendo sus manos sobre la cabeza de la noble Romana, la bendijo.

« Seas quien fueres, sé mi guía; conduceme á la presencia del Dios á quien con todo mi corazón llamo. »

Y Raquel, tomando entonces la palabra, dijo :

« ¿Sabes, amada Porcia, que Jesus ha resucitado á muchos de sus elegidos muertos largo tiempo há, y que esos resucitados se aparecen á los mortales á quienes aman sinceramente? »

Y á estas palabras responde Porcia :

« Dadme, ¡ó incomprensibles peregrinas! á lo menos el tiempo necesario para ordenar mis ideas; no me enseñeis tantos prodigios de una vez. ¿Ha resucitado?... También otros muertos resucitaron con él, y se aparecen á los débiles mortales... ¡Ah! ¡glorificado sea para siempre el solemne día que iluminó tantas maravillas!

« Marcha á Galilea, repuso Raquel; allí verás á Cristo ó al menos á algunos de los suyos encargados de consumir tu redencion... Mas tarde volveremos á encontrarnos : ahora es preciso separarnos.

« Antes de dejarme dignaos decirme á lo menos quien sois y de donde venis; porque un secreto presentimiento me dice que no pertenecéis á la tierra... acabad de disipar las nieblas que aun me ocultan la nueva luz que para mí hicisteis brillar, y Dios os pagará con un ciento por ciento de ganancia el bien que me hagais. »

Las dos resucitadas condujeron á la noble Romana hasta la entrada de la bóveda del sepulcro, y allí, postrándose con ella, la hicieron recitar esta oracion que el Señor mismo ha enseñado á sus discípulos.

« Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos del mal⁴; porque tú eres imperio, poder y gloria. »

Al pronunciar las últimas palabras de esta oracion, las dos inmortales, resplandecientes en su gloria celestial, se elevaron sobre el sepulcro perdiéndose en las nubes; mas en su vuelo rápido con frecuencia miraron al suelo para contemplar á la joven pagana postrada en el polvo de la tierra.

⁴ Las palabras que siguen son añadidas por el poeta á la Oracion Dominical, cuyo texto he creído conveniente dar tal como la iglesia católica nos lo enseña. — T. E.

Animada de nueva vida, levántase Porcia, y ligera como hoja temprana que la embalsamada brisa arrebatada de tierno arbusto é impele hácia el desierto, regresó á Jerusalem repitiendo la oracion que los inmortales acababan de enseñarla.

Era Beor uno de aquellos seres desgraciados á quienes una sensibilidad demasiado viva y una funesta inclinación á melancólicas imaginaciones hacen indiferentes á los bienes de que gozan, é ingeniosos para forjarse ilusorias penas. Así huyó siempre Beor la sociedad de sus semejantes : buscó como necesaria la soledad : pasó las noches en vela y los días en lúgubres meditaciones. A la luz pálida y escasa de una lámpara que arde á la entrada de su cabaña, en la cual jamás penetró el sol, y acabando una frugal comida, que no acertó á interrumpir el curso de sus tristes pensamientos, esclamaba el desdichado solitario :

« Ve, ó mi afligido espíritu, ve de nuevo á perderte en los abismos cuya profundidad procuras en vano sondear ! ¿ No es preciso que las cosas sean lo que son ? ¿ Mas porqué?... ¡ Pregúntolo repetidamente, preguntólo siempre, y nada me responde en los cielos, y nada me responde en la tierra ! Sí ; ni el consuelo me queda de creer que en efecto las cosas son lo que deben ser... ¿ y aun cuando fuera cierta esa inflexible necesidad, porqué elige entre esta pobre especie humana que nada á la ventura

en las olas de los tiempos, algunos individuos aislados, para asirlos con su mano de hierro, levantarlos sobre el piélago y arrojarlos luego destrozados y exánimes contra las negras rocas de la orilla ? Vida he recibido, mas no luz con ella ; largo tiempo viví ciego ; vino un profeta, abrió mis ojos y derramó deslumbradora claridad sobre mi alma. ¡ Mis ojos ven siempre al sol : pero las tinieblas de mi alma mas densas son que nunca, porque muerto es el mayor de los profetas ! ¿ Para qué quiero ver ahora, ni que me importan los rayos que secundan y cubren de flores al valle de Saron ? ¿ Qué me importa el dulce encanto del crepúsculo de la tarde, ni la magestuosa belleza del estrellado cielo ? ¿ Qué me importan todas las maravillas de la creacion ? Mas ciego que nunca lo fueron mis ojos está hoy mi corazón ; porque, vosotros lo sabeis, ángeles del Altísimo, Jesus ha muerto. »

Así clamaba Beor cuando un anciano, estenuado por el cansancio, se presentó ante él y le dijo :

« Yengo á pedirte asilo y frugal alimento. ¡ Ay de mí ! Mas viejo y mas desdichado soy que tú. »

« Sí, mas anciano eres que yo ; pero no puedes ser mas desdichado. Sin embargo bebe en mi copa, porque mas fácil me es que á ti el ir hasta la fuente para llenarla de nuevo. Toma este pan que es cuanto poseo : para mí bastaba, pero siento ahora no poder ofrecerte cosa que mas valga. »

« Veo con placer, respondió el anciano, que solo para tí mismo eres inflexible. Te conozco, Beor; testigo he sido de todas las acciones, de todos los acontecimientos de tu vida.

« En ese caso sabrás que nunca he alcanzado á vencer la negra melancolía que me tiraniza. Y no creas que mi tristeza sea de aquellas vagas que no tienen origen conocido; pues infortunios como los míos emponzoñarian al mas alegre de los corazones. Ciego nací, y pasaron por consiguiente los años mas bellos de mi vida sin que yo supiese que cosa era la luz del día. Un profeta abrió mis ojos, mas el espíritu ciego se ha quedado, no acertando á comprender al hombre que hace milagros y perece sin embargo víctima de sus cobardes enemigos.... Mas verdaderamente, que no otra cosa debo esperar en este mundo. ¿No es el dolor árbitro y soberano de lo presente, dueño esclusivo de lo futuro? ¿Y el Juez supremo no ha sido para mí mas severo, que para todos los demas hijos de la tierra? No maldigo el día de mi nacimiento, pero te confieso que quisiera no existir y no haber existido nunca.»

Calló, y respondióle el anciano :

« Olvidaste, Beor, de que cuando menos lo esperabaste abrió Dios el vestibulo de su templo permitiéndote contemplar la belleza de la tierra que el sol ilumina y la bendicion del Altísimo fecunda.

¿No sentiste entonces un enagenamiento desconocido para aquellos mortales, que desde el día que nacieron se acostumbran á ver esta máquina maravillosa? ¿Y no te reveló el profeta parte de los secretos de la eternidad, diciéndote : Yo soy el Hijo del Todopoderoso?... Cesa de creerte desgraciado pues que el Mesías se ha dignado revelarse á tí predestinándote ademas para ser uno de sus testigos.»

« O, calla, calla, exclamó Beor, no así me arrastres á nuevos precipicios : pues aun cuando fueras un angel te preguntaria yo. ¿Con qué derecho te atreves á esplicar los secretos de la providencia? Porque ¿qué cosa mas inconcebible para la intuicion de las criaturas, mortales ó no, que esa intuicion que á Dios le supones acusándole de que hace á los hombres desdichados hoy para consolarlos mañana, á fin de que glorifiquen su poder y su bondad? Pero no siendo tú mas que un hombre como yo, no puedo creerte dotado de una penetracion que aun en los ángeles me parece imposible.»

« Desdichado escéptico, si tu incredulidad no llega hasta dudar de la vida eterna, debes saber que para llegar á ella preciso es que subamos los escalones que de su altura nos separan. Si Dios, en cuanto á lo que á él respecta, nos envia dolores y aflicciones, ¿qué otro objeto puede tener mas que el

de recompensarnos? ¿Ni como pudiera recompensar á los que ni luchan ni padecen? Imperceptible átomo del polvo, la divina misericordia te ha lanzado en un inmenso mar del cual basta una sola gota para inundarte de inefables delicias. »

« Tus palabras, buen anciano, aplacan la sed ardiente de mi alma; quiero creer contigo que Dios no aflige sino á aquellos á quien ama : ¿pero en virtud de qué derecho me será lícito esperar á mi, ser uno de los elegidos para gozar de la gloria celestial, mereciéndole antes con lo que padezco? »

« Tú eres uno de sus elegidos, y pronto no te quedará duda de ello. Nuevo día luce para tu espíritu y ya veo resplandecer sus primeros albos... Oremos juntos á fin de que el Señor te halle digno de la felicidad que te prepara. »

Doblaron entrambos la rodilla, y pronunció el venerable anciano esta oracion repitiendo Beor sus palabras con voz turbada por el asombro y la tristeza :

« ¡Gracias te sean dadas, ó Señor y Dios mio, por cuantas miserias me has enviado, para que despues admirase dignamente los efectos de tu misericordia! Con gratitud fijo la vista en los cielos porque tú quisiste que mis ojos fueran ciegos y que mi vida pasara envuelta en el sombrío velo de la tristeza. Vino el Salvador y rasgó el velo, y la esperanza lozana y brillante, como cuanto viene del cielo,

entró en mi espíritu. ¡Glorificado sea el Dios que se apiadará de nosotros cuando en las entrañas de la mas tierna de las madres no haya compasion para las angustias del mas amado de sus hijos! ¡Glorificado sea el Dios de misericordia que hizo que yo naciera ciego; que me condenó á llorar amargamente, y que puso en mi corazon la tristeza y las dudas para que comprendiese yo y comprendan todos que nada somos sin su auxilio! ¡Glorificado sea tambien el divino profeta última esperanza de Israel! »

Beor interrumpió aquí bruscamente la oracion clamando :

« ¿Olvidaste de que Jesus ha muerto? »

« Vive, » respondió el anciano.

Y rodeándose súbitamente de celestes rayos, añadió con acento inmortal ;

« Sí, Jesus ha resucitado, y yo soy uno de sus testigos, yo soy Job. Ahora ya sabes que he sufrido mas que tú. ¡ Bendigo mis penas de un día, porque á ellas debo la vida eterna! »

Quiso Beor levantar sus brazos al cielo, y faltándole fuerzas para ello, sostúvoselos Job, como en otro tiempo fueron sostenidos por sus amigos, los de Moisés, para asegurar el triunfo de Josué.

Alzándose lentamente sobre la tierra, despidióse el resucitado del hermano de su eleccion en esta forma :

« En nombre del divino muerto que vivirá eternamente, te digo que el ciego de nacimiento no recibió su triste existencia en castigo de las culpas de su linage, sino para dar visible testimonio de la bondad y del poder de Dios. »

Dijo, y desapareció á los ojos de Beor, quien temblando por efecto de su sorpresa y felicidad, permaneció inmóvil.

Desde las nubes examinaban Abrahan y Moisés á la muchedumbre de gentes que llenaba el templo, buscando en vano entre tantos un mortal digno de que le eligiesen por hermano, cuando un mancebo, reclinado contra una columna, llamó en fin su atención. Grave y meditabundo es su aspecto; piedad ardiente brilla en sus ojos; todos sus pensamientos los consagra al Dios á quien en aquel momento glorificaba con penetrantes sonidos el instrumento que así resuena en medio del tumulto de las batallas, como entre los gritos de victoria, como acompañando la voz de los que con santos himnos celebran los misterios del altar. Calló la trompeta, y la armonía de las arpas acompañó á las melodiosas voces que entonaban este cántico solemne :

« ¡ Sagrado monte, celeste Moria, tú elevas hasta las nubes el pórtico de Sion mas grato al Eterno que cualquiera otra de las moradas de Jacob ! En

tus muros, ¡ ó ciudad santa ! es glorificado el Señor. »

Abrahan y Moisés, que penetraban los pensamientos del joven, proponiéndose aparecérselo, le siguieron cuando salió del templo. Apenas hubieron llegado al pie del monte Moria, cuando Gabriel, descendiendo de las nubes, les dijo :

« No os mostreis á ese hijo de Israel ; mas tarde la mano del Señor abrirá sus ojos á la luz.

« Mensagero de Dios, repuso Moisés, dínos á lo menos quien es el feliz mortal destinado á tan gran favor. »

Y Gabriel responde :

« Volved la vista hácia Damasco y miradle atravesando sus fértiles llanuras al encarnizado enemigo de la nueva ley : vedle ciego de ira reunir numerosas tropas, y esparcir en torno de sí el terror y la muerte... Un rayo celeste hiere su vista. Mirad, cayó con la faz en tierra... Oid una voz de arriba que le dice : *Sáulo, Sáulo, ¿ por qué me persigues* ¹? Y Sáulo respondió : *¿ Quien eres Señor ?* Y repuso la voz : *Soy Jesus, á quien tú persigues : dura cosa te es cocear contra el aguijón* ²... Los

¹ Véase el capítulo IX de los Hechos de los Apóstoles ; pues cuanto aquí dice Klopstock de S. Pablo, que antes de su conversión al cristianismo se llamaba Saulo, es un extracto fiel de aquel libro. — T. F.

² Klopstock dice : Yo soy Jesus, el que está sentado á la diestra del Eterno : pero las palabras que en boca del Altísimo pone el capítulo

que acompañaban á Sáulo le conducen á Damasco, porque sin vista ha quedado aquel á quien súbitamente iluminó el Salvador con su luz divina, para manifestarle lo que va á padecer dando testimonio á los gentiles de su ley santa... Nada temais por Sáulo : descenderá sobre él el Espíritu Santo, recobrará la vista, recibirá el bautismo, y predicará en todas partes la gloria y el poder del Hijo del Eterno. »

Así Habló Gabriel.

Abrahan, cruzando sus manos, dijo :

« Humillense en tu presencia todas las generaciones de la tierra, todos los seráfines de los cielos, Creador de lo infinito : canten todas las bocas tus alabanzas, ó gloria de tu padre y único heredero de la celestial magnificencia! »

Moisés, siguiendo al futuro apóstol, consagróle en su pensamiento al servicio de Cristo de esta manera :

« Séate dada por el Señor fuerza bastante para derrocar á los poderosos que contra él se levanten, elocuencia irresistible como la de los mas ilustres oradores mundanos; tan persuasiva dulzura como la de los ángeles. Mas sobre todo, llene el Señor tu corazon de aquel amor que prefiere el conocimien-

IX de los Hechos de los Apóstoles son literalmente las que aparecen en mi traducción. — T. E.

to del verdadero Dios á todas las ciencias de la tierra; que nada pide para sí y que no desea el mal del prójimo, porque no en la injusticia sino en la verdad se satisface; de aquel amor que la ira nunca altera, que no conoce ni á la envidia, ni al desden, ni al orgullo; de aquel amor en fin, que, fundado en la fe, soporta, padece y lo espera todo, incapaz de cansarse ni de entibiarse, que, estendiéndose á cuanto existe en la tierra, se liga con la vida eterna. Séate dado ese amor que las futuras generaciones llamarán caridad cristiana. No olvides nunca qué pura es, y sin mancha, la naciente Iglesia, digna desposada del divino Esposo que la lavó con su divina sangre, cuya voz es mas poderosa que la de la sangre de Abel, y que sin embargo no clama venganza. Por el contrario, misericordia pide la voz que hizo estremecerse al monte Sinaí. »

Perdióse Saulo en las calles de Jerusalem; y los dos resucitados, seguidos por Gabriel, se encaminaron á la cima del Tabor.

Entraron Elkanan y el joven Boa en el huerto de Samma, y el desdichado padre de Benoni los acogió bondadosamente, olvidando sus propias penas para consolar las del ciego anciano. Joel, sentado á sus pies sobre el florido cesped y bajo la sombra de los árboles que plantó su padre en el dia de su nacimiento, escucha con tierno interés las lamentaciones de aquellos por la muerte de Jesus.

que también él deplora con toda la sinceridad de su alma.

Tres resucitados se unieron á las nubes que, á impulso de la argentada luna y de la brisa de la noche, se encaminaban lentamente hácia Jerusalén.

Benoni, que era el más joven de los celestes viajeros, dijo á la hermana de Lázaro :

« Voy á mostrarme á mi amado padre y á mi querido hermano... ¿Guardas silencio, Simeon?... ¿No han derramado ya bastantes lágrimas? ¿No han apurado hasta las heces el caliz de la amargura? ¿No nos es lícito aun poner término á sus penas? »

Y Simeon responde :

« Bien podemos aparecernos á ellos : María gozará invisible de su enagenamiento ; mas sobre todo, caro Benoni, no te olvides de velar tu resplandor demasiado vivo para ojos mortales. »

Dijo, y descendieron después al huerto de Samma.

Acababa Elkanan de contar á sus amigos que venia de visitar la tumba de su hermano :

« ¡ Ay ! le dijo Joel, tú has ido á gemir sobre la losa que cubre los restos de Simeon, y yo he llorado bajo las lúgubres bóvedas donde descansa mi Benoni... Mejor nos fuera ir á orar al sepulcro de Jesús... ¡ del más sauto de los muertos !... Acaso

hubieramos visto... ¡ Cielos ! exclamó interrumpiéndose. ¿ Qué súbita deslumbradora claridad es esta ?... »

« Dios de misericordia, ¿ nos envías á uno de tus mensajeros ? » dijo Samma postrándose en tierra.

« ¿ Que es lo que ves, amado Samma ? preguntó el ciego. Habla, guíame hasta esa aparición. »

« Guíarte, ¡ ay de mí ! y tengo apenas fuerzas para sostenerme. »

Llamó el anciano al joven Boa ; mas ese, lleno de espanto, se había ocultado tras de un árbol cuyo tronco abrazaba ; y como el ciego suplicase de nuevo á sus amigos que le dijeran lo que veían, Joel, recobrando el primero alguna serenidad, pudo responderle :

« Aquí, cerca de nosotros y sobre el más bello de los árboles, que plantó mi padre el día en que yo nací, veo á un adolescente cuya sonrisa es la de un ángel, y que brilla con resplandor suave como el de la argentada luz del astro de la noche. »

Y el ciego, único de los presentes á quien el temor no dominaba, interpeló al ser sobrenatural cuya presencia sentía, diciendo :

« O tú, á quien no me es dado ver, te conjuro á que hables. ¿ Quien eres ? »

« Un mensajero del cielo, » respondió Benoni.

Reconociendo Joel la voz de su humano, lanza un grito de sorpresa, vacila y cae ; mas Benoni le

recibe en sus brazos y le estrecha contra su corazón, dándole así fuerzas para soportar el exceso de su alegría. Acércanse entrambos á su padre que acaba de caer con la faz en tierra: levántanle y le sientan sobre un cesped. Boa, tranquilizado con una sonrisa de Benoni, se aproxima al ciego y le acerca á sus amigos.

« Ahora, exclamó Elkanan con piadosa exaltación, ahora puedo bajar á la tumba; porque si mis ojos no han visto á un mensajero del cielo, mis oídos á lo menos escucharon su voz. Habla, Benoni amado, te escucho, instrúyenos. »

Y responde Benoni:

« Otro mas digno que yo os dará las instrucciones que me pedís... Tranquilizad vuestros espíritus, ó mis amadísimos amigos, y preparaos á nuevos prodigios. »

« Mientras que pronunciaba estas palabras el resucitado, cogia Joel algunas flores, y despues de besarlas las dejaba caer sobre las huellas de la planta de su hermano... Sonriósele Benoni con ternura y preguntó al ciego si se sentia con fuerzas bastantes para soportar la presencia de Simeon.

« Que venga, oh, que venga, exclamó Elkanan; y vosotros Samma, Joel y tú Boa, tened ánimo: que vuestro terror no detenga mas tiempo á mi amado hermano... ¡Simeon! ¡Simeon! ¡ven, oh, ven! ¡no te verán mis ojos en la tierra, mas cuan-

do, despues de pasar los sombríos valles de la muerte, llegue yo á las celestiales regiones de la luz, entonces te veré, porque en ellas no hay ciegos! »

Envuelto en un rayo de la luna, que suaviza su resplandor, aparece súbitamente Simeon y de su boca inmortal salen estas palabras:

« ¡Cristo ha resucitado, y su omnipotencia hizo salir á los muertos del sepulcro! Los resucitados se aparecen á los mortales caros á sus corazones, y el Salvador se aparecerá á los fieles llamados á morir por él. Entre tanto, y antes de subir á reunirse con su padre, veránle quinientos fieles reunidos. ¡Ojalá os conteis vosotros en el número de esos bienaventurados! Salvador del mundo, Dios de misericordia, dignate favorecerlos con tal bendición. »

« ¿Te habré entendido bien, hermano mio? preguntó Elkanan. ¿Has vuelto á la vida antes de la universal resurrección?... Inmensa es la sed que de verte tiene mi corazón; pero ¡ay de mí! aun el mismo Jesus será invisible para mis apagados ojos... nunca tan pesada como ahora me pareció la desdicha, que me abrumba. Mas ¿qué digo? ¿tengo derecho á quejarme cuando oigo la voz de mi hermano, cuando esa voz me habla de Cristo y de su gloria?... Una sola palabra mas, Simeon: ¿te es

licito hablar de los cielos y de sus santos misterios?

« No, ningún mortal debe conocerlos : tal es la voluntad de aquel que da el premio en recompensa de las pruebas que envía ; de aquel que dividió los orbes, y que sin embargo los reúne á todos en la celestial armonía de lo infinito, como también reúne todos los goces de la eternidad en la bienaventuranza de sus elegidos. Si, comparando la creación perceptible para los sentidos de las mortales con la felicidad de los espíritus puros, esa creación inmensa y sublime no es más que vana y pasajera sombra... Sabed sobre todo, que una de las más altas glorias del Redentor se funda en la humildad. Detiéndose y retrocede el humano pensamiento ante ese misterio... Prudente es vuestro temor : no procureis nunca penetrar lo que aun para la intuición de los inmortales es incomprendible. Disfrutad en paz del favor que en este momento se os concede ; Benoni y yo no somos los únicos que aquí estamos : acompañanos el alma bellísima de la hermana de Lázaro y participa de nuestro contento.

« María ha muerto, exclamaron á un tiempo los tres, y sin embargo María nos ve y nos oye ; sabrá pues también que su felicidad aumenta la nuestra. »

« ¡ Cuan inmensa es tu bondad, padre celestial,

dijo Joel ; permites á Simeon que se aparezca á su hermano, y á mí me envías á mi Benoni ! »

Y añadió Samma en voz solemne :

« ¿ Como había yo de esperar nunca, ó Dios del universo, que una luz celestial viniese á iluminar los últimos instantes de mi vida en la tierra hasta aquí tan triste y sombría !... Primero extraviado por la negra melancolía, tinieblas, abismos y laberintos me rodeaban, y en el porvenir solo veía terrores y padecimientos. Entonces hizo el genio del mal dueño absoluto de mi espíritu y arrojé á mi propio hijo contra la roca que tiñó con su sangre !... ¡ Ay de mí ! Pensaba no haber recobrado el uso de la razón, mas que para pasar llorando el resto de mis días, y enviarme el cielo el más dulce de los consuelos : me devuelve á mi Benoni... Hijo amado, vas á regresar á los cielos ; pero tu imagen estará siempre presente á mis ojos, siempre grabada en mi pensamiento, y cuando nos reunamos más allá de la tumba, creeré que nunca nos hemos... Ahora, ó amado hijo mío, dame tu bendición.

« ¡ Yo bendecirte ! respondió Benoni ; ¿ yo, tu hijo, yo el último de tus hijos ?

« La muerte te ha hecho superior á mí ; en los cielos soy tu hijo, porque en una hora de la vida eterna se adquieren más sabiduría, prudencia y virtudes

que en siglos enteros de este agitado sueño que llamamos vida y se termina en la tumba.»

Levantó Benoni sus manos cruzadas al cielo, aumentóse el resplandor que le rodeaba, y con voz agitada por la ternura y el amor celestial, pronunció estas santas palabras :

« O amado padre, que cuanto antes llegue para tí el término de ese sueño, y séate tan dulce y tranquilo como para Simeon lo ha sido.

« También yo, amado Benoni (suspiró Joel), te pediría tu bendición si no temiera que vas á condenarme á permanecer demasiado tiempo en la tierra.

« Temes, entonces, que tu recompensa sea también demasiado grande, respondió Benoni ; porque cuanto mas profundamente se arraiga el árbol del bien aquí abajo, tanto mas se levanta su copa en los cielos, donde esparce su bienhechora sombra... ¿ Quieres que te bendiga ? »

Postrándose Joel, impuso el inmortal mancebo sus manos sobre la abrasada frente de su hermano y dijo :

« Recibe, pues, con la bendición del altísimo, la vida eterna que para tí deseo ; y plegue al Dios que despertó á Jesús conducirte hasta sus plantas. »

En esto el niño Boa que se habia ocultado bajo

el manto de Elkanan, descubriéndose la cabeza, miró en torno y dijo :

« Las visiones han desaparecido. »

Levantóse Joel del polvo, y fijando la vista en las nubes, exclamó :

« Si te hallas aun entre nosotros, puro y candido espíritu de María, vé á decirle á Benoni, vé á decir á Simeon, que á ellos les debe mi alma todas las bienaventuranzas celestiales. »

Así dijo y sollozando se arrojó en los brazos de su padre.

Sentada en la azotea de la morada de Juan, contempla la santísima virgen, el imponente espectáculo de la naturaleza al ponerse el sol. Lenta y sucesivamente van desvaneciéndose los fenómenos de la refracción de la luz del rey de los astros, y sobre el horizonte se levanta grave y silencioso el lucero vespertino rielando sus argentados rayos en la cristalina corriente de los arroyos. María, divisó entonces en medio de una nube, la figura de una muger, vaga é indecisa primero, mas luego, se desarrolla, se forma, se destaca del luminoso meteoro en cuyo seno parece haberse engendrado. Tal en un alma enérgica, nace un noble pensamiento para producir casi instantáneamente una grande acción.

Apenas se ha formado la vision, con los rayos del lucero de la noche, un cuerpo cuyo resplandor

es tolerable para los humanos ojos, cuando descendió á la azotea, donde la madre de Jesus la contempla admirada, mas no sorprendida. La muger inmortal mirando á la virgen con tierna sonrisa le dijo :

« No trato de ocultarte que ya no pertenezco á la tierra, inutil seria contigo tal reserva : pronto brillarás sobre mí al pié del trono del Eterno, ó tú la mas santa de las mugeres, la mas sublime de las madres!... ¡Tambien yo, María, tambien yo soy madre! »

« ¿Serás tú la que dió á luz á la resignada victima que su propio padre iba á inmolar obedeciendo los preceptos del Eterno? preguntó María. ¿O bien te debe la vida Enoc, aquel que nunca conoció los horrores de la tumba? »

« Los dos son hijos míos, porque soy la primera de las mugeres, la primera de las pecadoras, soy Eva. »

« ¡O inesperada felicidad! te veo en fin á tí, ó nuestra madre comun, á tí, ó madre de Abel. »

« ¡Y de Cain! añadió Eva suspirando hondamente... Escuchame María; he venido á cantar contigo la gloria del Hijo de Jehová; pulsa el arpa y une sus melodiosos acentos á las graves armonías de mi salterio. »

« ¿Cómo he de atreverme á tanto, yo que no soy mas que una pobre mortal?... pero á quien me mandas que celebra contigo es al Salvador del mun-

do : pronta estoy á obedecerte : tu voz sirva de norte á la mia. »

Sonrióse Eva, y cantó de esta manera :

« Dos veces me ha creado, dos veces me llamó á vivir aquel á quien llevaste en tus entrañas. De tí, madre bienaventurada, nació tu Creador y el mio, nació el Creador de los cielos y de lo infinito. »

Y María responde :

« Madre del género humano, ¿oiste tú los santos himnos que entonaron los ángeles cuando Jesus nació en un humilde pesebre? »

« ¡Sí, María, sí, oí aquel cántico de triunfo! Cuando sonaron sus ecos en la cima de la celeste Sion estremeciéronse las mas altas ramas del arbol de la vida, y se humillaron todos los inmortales para adorar el recién nacido. »

« Y sin embargo lloró en el pesebre de Belen aquel cuyo nombre pronunciaron los ángeles. Los cedros y las palmeras y las rocas del Tabor y el polvo del Gólgota oyeron el sagrado nombre de mi hijo inmortal, y todos á un tiempo repitieron : ¡Jesus! ¡Jesus! »

« Y tambien el trono de donde habia descendido oyó aquel nombre tres veces santo, y repitió en la inmensidad de los cielos : ¡Jesus! ¡Jesus! »

« ¡Madre del linage humano, ya que sabes su muerte, dime si le has visto morir? »

« Oí los últimos latidos de su corazon. »

« Madre de Abel, ¿has visto á la corona de espigas clavarse en las sienes de mi hijo?

« Vi su ensangrentada corona.

« ¿Oíste la moribunda voz del Redentor cuando clamó : *Consumado está?* ¿La oíste cuando dijo : *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu?*

« Esas palabras de la vida eterna grabáronse en los cielos como se graban los salmos del santo rey, como se graban los himnos de los arcángeles cuando celebran la gloria de Jehová.

« Y sin embargo padecía yo entre tanto mas que tú has padecido nunca, ó madre de Abel.

« No, María, no, nunca he padecido tanto como tú, á pesar de haber visto tendido en tierra exánime y ensangrentado el semblante á mi Abel, al primero de los muertos, á la primera víctima del anatema que mi culpa atrajo sobre el género humano... ¡Oh! entonces nada veia en la tierra, nada veia en los cielos!

« Mano del Todopoderoso, tú eres la que me sostuviste cuando, en medio de las tinieblas que rodeaban el altar del sacrificio, exclamó mi hijo : *¿Dios mio, Dios mio, porqué me has abandonado?*

« Madre de Cristo, tambien yo escuche esas terribles palabras, y despues de ellas nada oí en la tierra, nada oí en los cielos.

« ¿Salud á tí, bienaventurada madre de la espe-

cie humana! Porque tú estabas al pie de la cruz cuando se consumó el misterio de la redencion.

« ¡Oh! sí, María, muy feliz soy. En los floridos bosques de Eden me formó el Creador de una costilla de Adán; en medio de las ruinas del destruido paraíso me creó el Salvador para la vida eterna! Sí, muy dichosa es la Madre de los pecadores redimidos y Madre tuya.

« Puesto que eres mi madre tambien es hijo tuyo aquel á quien yo di á luz en el asilo de la desgracia y de la pobreza... Mortal soy aun y ya todas las bienaventuranzas celestiales me rodean... Bendíceme pues, Madre de Abel; la sangre de la redencion me ha rescatado¹, y ahora soy una de las herederas del cielo.

« No puedo bendecirte, ó María, porque desde su cruz el fundador de la nueva alianza llamó á su Madre Reina de los cielos.

« Madre divina de todas las criaturas de mi hijo, canta su resurreccion, muéstramelo tal cual era cuando bramó el trueno para anunciar la consumacion del mas terrible y santo de los misterios.

« Tu divino Hijo, ó María, resucitó á la vida eterna como salió la luz de las tinieblas cuando dijo

¹ Aquí es de advertir que Klopstock no cree en el misterio de la concepcion pura y sin mancha de pecado original de la Virgen, madre del Salvador. — T. E.

Jehová: *Hágase la luz; y la luz fué hecha...* y cuando salió de su tumba las arpas de oro y las celestiales, palmas se cayeron de las manos de los inmortales y estrepitoso clamor de triunfo resonó en los ámbitos de lo infinito. Los mártires solos osaron entonar humildemente piadosos himnos, y Adán, postrado á los pies de Cristo, exclamó: « ¡Por tí lo juro, la muerte no es ya mas que un dulce sueño! ¡ Y cuando suene la última hora de los tiempos tú despertarás á todos mis innumerables hijos por tu muerte redimidos!.. » Plegue al cielo, ó cara María, que un dulce sueño te arrebatte pronto en sus bienhechoras alas, y entonces saldré yo á tu encuentro en las floridas playas de la paz eterna.

« Y allí juntas contaremos la gloria de mi Hijo cuando desde su elevado trono enjague las lágrimas de los cristianos y disipe las aprensiones de los tímidos. Todo es amor aquel que cargó con los pecados del mundo; todo es amor aquel que arrastró el peso de la culpa de Adán hasta la cima del Gólgota; todo es amor aquel que abandonado por los hombres y abandonado por los cielos se inmoló á sí mismo como víctima espiatoria.

« ¡Sí, todo es amor aquel que se inmoló á sí mismo como víctima espiatoria cuando callaban los arcángeles y los seráfines, cuando el infierno alzó su voz acusadora, cuando el mas terrible de los Jueces encaminó á él sus ferreos pasos! »

Mas ya los dulces acentos de Eva se pierden en el espacio, y María, fijos los ojos en el prolongado rastro de luz que en pos de sí deja, la ve desaparecer lentamente entre las nubes que coronan al monte Tabor,

Dichosos con la idea de la felicidad que acaban de proporcionar á los amigos de su eleccion y mas aun con la del porvenir que para la eternidad les han preparado, sucesivamente fueron recogiendo-se los resucitados al sagrado monte de la trasfiguracion. De la misma manera, á medida que se desvanece la suave luz del crepúsculo á influjo de las sombras de la noche, una estrella primero, despues otra, y luego otra y otra salen de los profundos senos de lo infinito, y tachonando el firmamento le prestan ese resplandor tranquilo y magestuoso que revela la existencia de Dios á los entendimientos mas limitados y á los mas endurecidos corazones.

Cidlia, la hija de Jairo, se hallaba, al lucir los primeros rayos de la aurora del dia, bajo el florido emparrado que sirve de pórtico á su cabaña. Desde aquel momento en que Sémida salió bruscamente del lugar ya dispuesto para la última cena de Jesus en la tierra, no han vuelto á verse los dos resucitados amantes; y Cidlia esplica ahora su tierna melancolía de esta manera:

« O tú, amor inocente y puro que para mí te has

convertido en manantial de amargas lágrimas. ¿será que nunca pueda desterrarte de mi corazón? ¿Pertenece esta vida que milagrosamente he recobrado, al Eterno exclusivamente? ¿Qué quieres de mí, amor inocente y puro que te has convertido en manantial de amargas lágrimas? ¡Tu voz poderosa procura persuadirme de que una criatura de la tierra ni puede ni debe consagrarse al solo amor de Dios!... ¡Ah! ¿quién me guiará en este sombrío laberinto en mis dolorosos pensamientos? He resucitado pero aun soy mortal; padezco tanto, ¿qué digo? padezco mas que cualquiera de las otras jóvenes doncellas que aman con un amor menos puro que el mio. ¡Ah! ¿porqué no he vuelto á bajar á la tumba de donde nunca debí salir! »

Y como se levantara precipitadamente, aterrada por las palabras que el dolor acababa de arrancarla, vió venir á su madre acompañada de una muger, para ella desconocida, que le dirigió estas palabras :

« Al fin te encuentro, hija de Jairo : largo tiempo hace que te buscaba... ¿Habrás oido hablar sin duda de la resurreccion de aquel que á ti te despertó del sueño de la muerte? »

« Si, responde Cidlia, pero no he visto á ninguno de los testigos de su triunfo... La hermana de Lázaró ha bajado á la tumba... ¿Tal vez la Madre del

divino resucitado desapareció tambien de la tierra?

« No : María vive, y su Hijo se la ha aparecido... en el momento en que espiró sobre la cruz algunos de sus elegidos salieron del sepulcro para ser testigos de su resurreccion... Ahora buscan entre los mortales á aquellos que sean amigos bastantemente fieles al Salvador del mundo para merecer la dicha de ver á los moradores del cielo. »

Y la hija de Jairo responde :

« Sinceramente amé y amaré siempre á Jesus... ¿Pero estás segura, inconcebible estrangera, de lo que acabas de decirme? »

« En tu mano está asegurarte de ello : los resucitados van á reunirse en el monte Tabor ; allá voy, ¿quieres acompañarme? »

« Cierto es que he resucitado, pero aun soy mortal... Los bienaventurados de que me hablas indudablemente serán espíritus puros... Mas no importa, te seguiré : guia mis pasos y sóstenme si me faltan las fuerzas para contemplar á los inmortales. »

Dijo, y en compañía de su madre y de la desconocida se encaminó al monte de la Trasfiguracion. ®

Mitigado el dolor que la muerte de Jesus causó al huérfano de Naim, por los numerosos testimo-

nios que veia de la resurreccion del Salvador, volvió á recobrar todo su imperio en el alma de Sémida el amor sin esperanza que con Cidlia le une :

« ¡Ay! pensaba, ¿quien podrá decirme si me ama todavía aquella que mi corazon ha elegido para compañera de la eternidad? Los dos hemos resucitado, pero no somos inmortales; si lo fuéramos, habitaríamos los deliciosos valles de la paz, en donde nada separa á los corazones virtuosos que se aman como yo te amo, ¡ó Cidlia... como tú me amarias acaso, si supieras cuanto por tí padezco. ¡Incomprensible es mi destino!... Era joven, dichoso, alegre, hirióme la muerte; una voz divina me sacó de las misteriosas regiones que ya mi alma empezaba á ver, y que en ella han dejado sensaciones vagas y confusas, pero llenas de encanto. Al despertarme, me creí ya morador de los cielos. ¡Ay de mí! ¡que bien pronto comprendí mi estado de infeliz mortal! Yo tan alegre, tan imprevisor antes de mi prematura muerte, ahora me siento atormentado de crueles remordimientos, porque no acierto á conseguir que las sabias lecciones de aquel que me resucitó sean el único fin de mi vida, el único objeto de mis pensamientos. ¡O tú, divino Salvador del mundo! dignate, antes de subir al trono de tu padre, mostrarte una vez en mi presencia, y sepa yo en fin *la única cosa en*

verdad necesaria, que la hermana de Lázaro supo escoger. »

Un extranjero vino á interrumpir el curso de sus tristes pensamientos, diciéndole :

« Caro Sémida, vengo á pedirte auxilio : un infeliz, víctima de asesinos, yacé casi exánime al pie del monte Tabor. En la senda que adonde está conduce, se ha dejado caer un ciego estenuado por el cansancio y la sed; no lejos de este, un anciano, sentado sobre una piedra, clama porque un guia caritativo le dirija para acabar su camino. Nada puedo hacer por esos desgraciados, porque soy pobre, y como ves, la debilidad de mis miembros es tal que apenas puedo sostenerme.

« Toma, respondió Sémida, toma pan y vino; cuando hayas recobrado tus fuerzas, ven á buscarme. »

Y separándose inmediatamente del extranjero, que de lejos le seguia, llegó á donde estaba el anciano á quien dijo :

« Toma pan y vino; recobra tus fuerzas, y volveré á tí para guiarte hasta tu morada. »

Y continuando su camino, encontró al ciego, y le dijo :

« Toma pan y vino; recobra tus fuerzas, y volveré á tí para conducirte hasta tu cabaña. »

Doraba el sol, que en el horizonte rayaba entonces, la cúpula del templo de Salém, cuando el es-

trangero se unió al huérfano de Naim, y ligeros entrambos como la brisa de la mañana, prosiguieron su camino hácia el Tabor. Súbito divisó Sémida á la joven Cidlia, que, apoyada en su madre y en su desconocida compañera, caminaba por el sendero opuesto al que él seguía. Al verla, estremejóse de gozo, y el primer impulso de su corazón fué volar al encuentro de su amada; mas reprimiendo inmediatamente aquel natural deseo, siguió los pasos de su guía quien le condujo hasta encontrar con el herido de que le había hablado. De las profundas heridas de aquel infeliz corría la sangre en abundancia; Sémida, prodigándole afectuosamente sus cuidados, logró que recobrase el sentido; y cuando en brazos le levantaba para trasladarle á un lecho de musgo por el extranjero preparado, vió de nuevo y á corta distancia á su querida Cidlia, quien, reconociéndole, se detuvo dominada por el gozo y la sorpresa. Sémida se precipita á su encuentro, y entrambos se miran, temblando á impulso del temor y de la dicha; pero la desconocida advirtió á la doncella que aun les quedaba largo camino que andar, y que el sol de medio día no debía hallarlas sobre la cima del monte Tabor.

« ¡O mi Cidlia! clamó Sémida, ¿con que es preciso separarnos?... Habla, ¿será para siempre?... »

La hija de Jairo siguió á su compañera sin responder una palabra; mas dando rienda suelta á su llanto, á medida que de Sémida se separaba. Volvió el mancebo á donde estaba el herido y disponíase á llevarlo á su morada, cuando se le presentaron dos desconocidos que eran hermanos del infeliz, y dando espresivas gracias á Sémida por sus cuidados desaparecieron con la víctima.

El extranjero propuso al huérfano de Naim conducirle hasta la cima del Tabor.

« Te seguiré adonde quieras, respondió Sémida; pero dime en qué region habitas.

« Dichosa es la region que habito, caro Sémida; porque en ella me esperan nobles amigos.

« ¿Y te crees pobre? No lo eres por cierto, pues que nobles amigos embellecen tu vida. ¿Quieres nombrármelos?

« Su número te admiraría.

« ¿Amigos sinceros, y son muchos?... Esa es en efecto felicidad poco comun... Cada vez se aumenta mas el deseo que tengo de saber cuanto te concierne.

Miróle el extranjero con indefinible espresion, y dijo:

« Oye pues los nombres de mis amigos: David, Abrahan, Noé, Melquisedec, Josué, Job, Raquel, José, Débora. »

Escuchábale Sémida con mudo estupor, porque

á cada uno de los nombres que pronunciaba iba haciéndose mas radiante el rostro de Jonatás, que era quien en aspecto y trage de pobre estrangero le acompañaba. A medida que el inmortal desplegaba su resplandor, iban faltándole las fuerzas al huérfano de Naim; mas su celestial amigo le sostuvo, ayudándole á subir el áspero sendero del Monte.

En la opuesta senda detúvose de repente la desconocida, y dijo á la madre de Cidlia:

« Tú no puedes seguirnos mas adelante; los resucitados del Señor son los solos llamados á reunirse en la cima del monte Tabor. »

Dijo y rodeáronla celestes rayos. Al verla sintióse desmayar la madre de Cidlia, mas misteriosa desconocida reanimó sus fuerzas, y le mandó que le entregase su hija.

« O mi Cidlia, exclamó la afligida madre, tú que nunca me has dejado, no tardes en volver... y que Dios te dé fuerzas para soportar las celestiales apariciones.

« Vuelve á Salém, repuso Séila ¹, que ella era quien

¹ Las santas escrituras no nos dicen el nombre de la hija de Jefe: Filon, llamado el Platon de los Judíos, es quien habla frecuentemente de esa doncella en sus escritos, llamándola Séila. Klopstock, en su poema, la llama Megiddo, nombre que le ha parecido sin duda mas poético. — T. F. — La palabra Megiddo podrá ser mas poética en alemán que el nombre de Séila, pero pareciéndome que en caste-

por hermana habia escogido á la hija de Jairo: Cidlia te deja por largo tiempo.

« Madre amada, suspiró la doncella, el Señor sea contigo; mensagero del cielo, no me separes por largo tiempo de mi madre. »

Séila se alejó con Cidlia, y su madre abrumada por el dolor permaneció con los ojos fijos en aquel punto del camino en donde su hija acaba de desaparecer á sus ojos bajo el velo de un luminoso meteorero.

Así que llegó á la cima del monte, vió Cidlia bajo la sombra de un cedro al joven Sémida cuyos vacilantes pasos guiaba Jonatás. Tambien él reconoció á su amada: corrieron el uno al encuentro del otro, y varios resucitados, saliendo, radiantes de luz del seno de las nubes, los acogen con dulce sonrisa. El anciano, el ciego, el herido y sus dos hermanos aparecen primero bajo las formas en que Sémida los habia visto, mas inmediatamente despues con el resplandor de inmortales que son. ¿ Qué voz pudiera referir el éstasis de los dos amantes que unidas las manos, y respirando apenas contemplan tan pronto á los celestiales amigos que los rodean, tan pronto á la tierra que por fin han de-

llano sucede precisamente lo contrario, he sustituido la segunda, que por otra parte tiene en su favor la autoridad del escritor hebreo. — T. E.

jado para siempre? En su pensamiento se agolpan las preguntas, pero mudas permanecen sus bocas porque ya la auréola de la inmortalidad brilla sobre sus cabezas, y en sus oídos comienza á sonar el dulce acento de la bendición divina. Tiéndense los brazos, enlázanse el uno al otro, pierden el sentido. ¡Al sueño de un instante sucede la resurrección á la vida de los ángeles!... ¡Juntos vuelan los dos en el espacio: para siempre se han confundido en una sus dos almas!

Venturoso instante que has de reunir á los amantes cuyas cenizas reposan en la misma tumba: cuando la fantasía de los mortales imagina comprenderte no hace más que entreyer algún pálido destello de la felicidad que disfrutaron Cidlia y Sé-mida, cuando estrechamente enlazados el uno con el otro se sintieron arrebatados á las celestiales regiones, donde ya no alcanza el poder de la muerte á separar dos almas, que santo amor unió en la tierra.



CANTO DÉCIMOSESTO.

ARGUMENTO. — Reune el Mesías en el monte Tabor á los ángeles y á los resucitados, y se les aparece como juez y dueño soberano del universo. — Juzga y sentencia á los habitantes de la tierra muertos en aquellos últimos tiempos. — Ruégale el ángel custodio de una estrella que debe ser trasformada, que apresure al instante de aquel fenómeno. — Un joven morador de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, es uno de los pecadores á quienes juzga el Mesías. — Desciende Jesucristo á los infiernos. — Castigo de los ángeles rebeldes.

No conoceis al Redentor divino, vosotros los que no queréis persuadiros de que por él y para él se verificó la creación, y que él es y será dueño abso-

jado para siempre? En su pensamiento se agolpan las preguntas, pero mudas permanecen sus bocas porque ya la auréola de la inmortalidad brilla sobre sus cabezas, y en sus oídos comienza á sonar el dulce acento de la bendición divina. Tiéndense los brazos, enlázanse el uno al otro, pierden el sentido. ¡Al sueño de un instante sucede la resurrección á la vida de los ángeles!... ¡Juntos vuelan los dos en el espacio: para siempre se han confundido en una sus dos almas!

Venturoso instante que has de reunir á los amantes cuyas cenizas reposan en la misma tumba: cuando la fantasía de los mortales imagina comprenderte no hace más que entreyer algún pálido destello de la felicidad que disfrutaron Cidlia y Sé-mida, cuando estrechamente enlazados el uno con el otro se sintieron arrebatados á las celestiales regiones, donde ya no alcanza el poder de la muerte á separar dos almas, que santo amor unió en la tierra.



CANTO DÉCIMOSESTO.

ARGUMENTO. — Reune el Mesías en el monte Tabor á los ángeles y á los resucitados, y se les aparece como juez y dueño soberano del universo. — Juzga y sentencia á los habitantes de la tierra muertos en aquellos últimos tiempos. — Ruégale el ángel custodio de una estrella que debe ser trasformada, que apresure al instante de aquel fenómeno. — Un joven morador de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, es uno de los pecadores á quienes juzga el Mesías. — Desciende Jesucristo á los infiernos. — Castigo de los ángeles rebeldes.

No conoceis al Redentor divino, vosotros los que no queréis persuadiros de que por él y para él se verificó la creación, y que él es y será dueño abso-

luto de cuanto existe, hasta el día en que los senderos trazados al través del laberinto de todos los mundos vayan á confundirse en un solo punto señalado por el Eterno para el cumplimiento de sus decretos y la felicidad de todas sus criaturas. Si pendiente de la cruz no hubiera la divinidad moribunda dicho : *consumado está*, no pudieran las innumerables legiones de los seres creados repetir un día en los cielos, y con toda la efusion de felicidad propia de los elegidos : ¡ *Consumado está!*

Cuando salió de la morada de Juan en donde por medio de su aparición consagró Cristo á sus elegidos para la vida eterna, trasladóse al monte Tabor, trono celestial en que ha prometido sentarse hasta el momento en que vaya á ocupar su asiento á la diestra de su padre. Presintiendo el monte sagrado la escena de que iba á ser teatro, estremecióse y brilló con sobrenatural resplandor. Ya los resucitados se han reunido en la verdè cima, y sobre sus cabezas forman los ángeles un semi círculo cuyos extremos van á perderse en la inmensidad de los cielos. De pié en medio de las dos inmortales cohortes apóyase el Mesías en una roca cubierta de musgo; y no es ya aquel Jesus que poco há padecía resignado, sino el hijo del Eterno en todo el esplendor de su grandeza y magnificencia. A su inmediacion los seráfines y el mismo divino Elohá son pálidas sombras; mas cada vez que sus miradas se

fijan en las innumerables celestes legiones, sienten aquellas con mayor fuerza las bienaventuranzas, que la omnipotencia divina concedió á los seres creados, á quienes su mano colocó en el último peldaño de la escala de las perfecciones que al Creador las aproxima.

Obedeciendo á una señal de Cristo voló un querubín á buscar las almas de aquellos moradores de la tierra, que dejaron de existir despues de su resurreccion. Verdes estan aun las coronas de ciprés con que sus amigos ornaron los fúnebres oteros y las urnas que encierran los restos mortales de los espíritus llamados á juicio; mas aquellos testimonios de un afecto con frecuencia mentido, no pueden libertarlos de la sentencia del Juez supremo. Guiada por el mensagero del Redentor llegó aquella multitud de almas, apenas libres de los lazos del cuerpo, de todos los extremos del universo, y en todas direcciones, al monte Tabor, como lluvia de nube de verano, que mezclándose con los rayos del sol aquí cae en torrentes impetuosos, y mas allá en diáfanas gotas. Al ver á Cristo comprenden los muertos que se hallan en presencia del Juez supremo, mas sin adivinar qué suerte los espera. Con voz imponente y grave les pregunta el Salvador : « ¿ Quién sois? » Y responden todos á un tiempo hablando con énfasis de su mérito y virtudes. Mas una mirada del Mesías les hizo comprender que en vano pro-

curaban engañarle, y que mejor los conoce su Juez que ellos se conocen á sí mismos.

Ya abren los ángeles el libro de la vida y recorren sus hojas : pocas son aquellas en que brillan los luminosos caracteres que eternizan las grandes y virtuosas acciones.

El libro ha vuelto á cerrarse, y los muertos esperan con muda ansiedad. Prontas son las sentencias del Juez supremo ; y así hieren con la rapidez del rayo, como dan vista á los ciegos.

Una mirada del Salvador indica á los ángeles por qué caminos han de conducir á las almas, ya juzgadas, á su morada definitiva. Algunos de esos caminos conducen al abismo, otros á los cielos. Pocos instantes bastan para recorrer los primeros, pero siglos de siglos son necesarios para que los pecadores perdonados lleguen hasta el trono del Eterno¹.

Los moradores de las altas regiones detienen á las almas que por sus dominios pasan para darles

¹ Niegan los protestantes la existencia del Purgatorio como absurda, véase, sin embargo, como Klopstock, no pudiendo admitir que desde Inego se conceda la eterna bienaventuranza al que siempre fue bueno y creyente, lo mismo que al pecador á quien acaso un solo instante de arrepentimiento al espirar liberta del suplicio de los réprobos, tiene que establecer esa especie de peregrinación y escala para llegar al colmo de la felicidad. En la esencia, uno mismo son el pensamiento del purgatorio, y el de Klopstock, las formas solas difieren. — T. E.

saludables instrucciones; y mas lejos detiéndense ellas espontáneamente, hasta que llegan á comprender porqué razon suben á los cielos al paso que otras bajan á los abismos. Antes de emprender sus distintos vuelos todas las almas juzgadas se humillan en el polvo y esclaman á la vez :

« *Brama*¹, *Tien*², *Júpiter*, *Krodo*³ : si, culpables somos; nuestra vida fué una cadena de culpas y extravíos, imploramos tu misericordia. »

Volvióse el Redentor hácia los ángeles y dijo :

« Conducid á ese habitante de las orillas del Eufrates, á la estrella que mas distante está del Líbano, y hasta el séptimo cedro del sagrado bosque : mucho pecó ese hombre, pero muy ardiente era su alma y muy fuertes sus tentaciones. Cuando se aproxime á la suave luz de la estrella Filia, diranle los habitantes de aquel astro bienaventurado el nombre de su Salvador... Ese otro espíritu, procedente de las regiones que el Ganges riega, amaba sí á la virtud, mas tibiamente; melancólico y pensativo vivió entre las dudas y la incertidumbre : sírvale el monte Hermon de lugar de descanso hasta que al concluirse los tiempos conozca á su Juez. Nombradle al Redentor así que hiera sus ojos la

¹ *Brama*, dios creador y primera persona de la Trinidad, segun la Teogonia de la India. — T. F.

² *Cielo supremo*, dios de los Chinos. — T. F.

³ Uno de los dioses de los Germanos, hoy Alemanes. — T. F.

argentada luz de la estrella del Nebo... Tú, que tan humildemente te inclinas hasta el polvo, en la tierra fuiste orgulloso y duro hasta la crueldad... Querubin, que los infiernos encierren á ese malvado antes que yo baje á la cima del monte de los Olivos. »

Desesperado retoreió sus brazos el orgulloso clamando :

« ¡O Júpiter, no me aniquiles bajo el peso de tu cólera ! »

Y Cristo responde :

« Vé, sigue á tu conductor, y ten entendido que si te precipito en el fondo de la region de los tormentos es porque hiciste traicion á tu mejor amigo... Y tú, prosiguió dirigiéndose á otro de los muertos, tú que fuiste caritativo y bueno y que creiste en la misericordia del padre comun, sabe que ese padre es mas grande y mas misericordioso de lo que tú te atrevas á esperar. Querubin, así que con él hayas pasado el manantial de Bélen, entégale la mas bella de las palmas de Getsemani... Soñando batallas pasó las noches aquel guerrero; consagró los dias á realizar sus sueños; recibíanle los infiernos; y arrójense con horribles silbidos sus mas negras serpientes sobre ese otro miserable cuya delicia en el mundo era calumniar á sus hermanos. »

Calló Cristo, los ángeles ejecutaron sus órdenes

y arrodillado á sus pies un querubin, que bajó de lo alto de los cielos, dijo :

« Dios mediador, ya la estrella, cuyo custodio soy, se estremece y prepara á su trasformacion; presienten sus moradores que pronto volarán hácia la luz primitiva, y temo que sucumban al violento deseo de bañarse en aquel Eterno rio. Dígnate apresurar el cumplimiento de un deseo que les permitiste tener ; permite que toquen mis alas en las sagradas palmas del valle de Getsemani, y entonces los polos de mi estrella temblarán mas que nunca, romperanse las columnas de los abismos y caerán con ellas los floridos campos y los mares y montañas del astro á quien espera mas alto destino. »

Y responde Cristo :

« Toca con tus alas las sagradas palmas del valle de Getsemani. »

Y en rápido vuelo marcha el angel á apresurar la trasformacion de la estrella confiada á su custodia.

Volviéndose hácia el muerto á quien acaba de conducir ante el Mesías, dícele un querubin con celeste sonrisa :

« Enjuga tus lágrimas, demasiado bueno, demasiado noble fuiste para los hombres con quienes vivias, y ellos incapaces de apreciarte aborrecieron. Para siempre se ha secado el manantial de

aquellas lágrimas que derramaste en el arido desierto á donde la humana ingratitude te obligó á buscar refugio. Alza los ojos y mira las estrellas : todas has de atravesarlas antes de llegar al último grado de beatitud que el Señor concede á los bienaventurados. »

Un rey de la India, apenas sacudido el letargo de la muerte, acaba de despertar del sueño de su terrena vida, y el recuerdo de las pasadas grandezas le llena aun de vanas ilusiones.

« ¿En donde están, clama, las almas de los esclavos sobre mi tumba inmolados? ¡Vengan á preceder y á anunciar á su dueño! »

Ninguna voz responde á la suya, y solo atraviesa las sombrías bóvedas que le conducen á una vasta llanura, en la cual oye la voz de un inmortal que desde los aires le dice :

« Sígueme, y sirvante de norte los luminosos rayos de mi huella. »

Mal su grado obedece el alma del monarca, y pronto escucha desesperada la sentencia del Altísimo que severamente juzga á los poderosos.

« Sí, aquí hallaré socorro y compasion, dijo un alma, apenas hubo sacudido los lazos de su cuerpo por la miseria y los padecimientos estenuado ; las brillantes visiones que me rodean serán sin duda los dioses, y los dioses son justos. No así los hombres, que aborrecen y desprecian á la inocencia,

que detestan el honor y la probidad; los dioses solo son justos. »

Dijo, y recibió el premio de su resignacion y de su fe.

Cierta enfermedad, aguda y rápida en sus efectos, postró en el lecho del dolor y de las penas á Gelimar, joven ardiente é impetuoso, que viéndose en tal peligro se abandonó á los mas sombríos pensamientos, á pesar de los esfuerzos que un su amigo hacia para que recobrase la esperanza.

«Voy á morir, clamaba el enfermo ; vamos á separarnos para siempre ; tal es la inflexible voluntad del destino. ¡ La misma suerte espera á la flor caída del arbol en que nació, que al amigo á quien tan tiernamente has amado, que á ti mismo, que á todo cuanto existe en los inmensos dominios de la muerte ! Sí, la flor seca y el hombre cuando muere van á perderse en la nada cual si nunca hubieran existido ! ¿Porqué tan amorosamente se fijan tus ojos, llenos de lágrimas, en mi pálido y descompuesto rostro ? ¡No necesito consuelo yo, que voy á morir !... Mas tú... ármate de valor y no me sigas muy de cerca... Ahora en fin puedo confesartelo : en medio de la indolente alegría de mi edad siempre me ha dominado el presentimiento de la muerte, y con frecuencia me he preguntado á mí mismo : ¿A donde iré ? ¿Qué será de mí ? Y una voz interior me respondia : Te descompondrás en

átomos imperceptibles que el soplo del tiempo esparcirá en el universo. No así llores, hermano mio; ¿Qué te importa la suerte de mis inanimados restos? ¡Porque tú, á lo menos así lo espero, no me harás la injuria de creer que ellos sean aun el amigo á quien tanto amaste!... Hasta aquí procuré no herir tu sensibilidad; ahora ya nada respeto, ni aun tus lágrimas... Asíóme la muerte con su mano de hierro, y mi alma se ha hecho tan inflexible como la Parca misma... Oye el último de mis pensamientos, te lo confieso como guerrero moribundo confia su escudo al mas amado de sus compañeros de armas... Voy á aniquilarme enteramente, estoy convencido de ello; esa idea me desespera, mas no por ello acuso á los dioses, no; somos harto pequeños los mortales para atrevernos á pedir la inmortalidad. Ahora vé, y llena esa copa en la fuente mas abundante y fria que encuentres; y sea que el agua aplaque la sed que me atormenta, sea que apresure mi muerte, en ambos casos me aliviará... »

Apresuróse el amigo á cumplir los deseos de Gelimar, bebió este de una sola vez toda el agua de la copa y casi en el mismo instante exhaló el último suspiro.

A impulso de la violenta conmocion que al separarse del cuerpo experimentó aletargóse por un momento el alma de Gelimar, mas despues voló

por los aires llenándolos con sus clamores de gozo y de sorpresa.

« ¡Dioses inmortales! ¡Dioses de los astres y de los orbes! ¿es posible que existo? ¡Yo, que acabo de morir, existo! ¿Será tal vez el último delirio de la materia al descomponerse, será la última ilusion del espíritu antes de perderse en lo infinito?.. No, vivo, y esta nueva vida no es flor que se seca y desaparece para siempre! Dioses poderosos, ¿habitais en medio de las innumerables estrellas que se me aparecen cada vez mas brillantes y hermosas?... ¿Dioses clementes, en donde y como podré hallaros? Dignaos mostraros ante mí, para que humillado á vuestros pies clame lleno de gratitud y de alegría: Gracias, gracias, dioses eternos, por quienes existo para siempre... ¿En donde gime ahora aquel amigo de mi corazon á quien dejé en la tierra con la cruel certidumbre de que la muerte es un letargo sin ensueños y sin fin?... ¡Ah! ¿porqué conmigo no espiraste?... ¿Me será lícito bajar otra vez al bosque en que aquel amigo fiel abre mi tumba? ¿Podré á mi vez presentarle la copa que da la muerte y de nuevo subir con él á las regiones de la inmortalidad? »

Al terminar estas palabras divisando Gelimar sobre la cima del monte Tabor, á muchos seres semejantes á él y á los inmortales, creyó que los últimos eran los dioses, y cayó á sus plantas para adorar-

los; mas uno de ellos le mandó levantarse diciéndole :

« Nosotros somos seres creados y nada mas. »

« ¿Y habeis sentido como yo el brazo helado de la muerte? ¿Y como yo, habeis despertado á nueva vida? » preguntó Gelimar.

Y respondió uno de los seráfines.

« Dios nos ha creado inmortales... Siguenos.... Pronto te iluminará el que hizo las estrellas y los seráfines, y las almas de los mortales.

Y sus celestes guías le hicieron subir por la luminosa senda que el Salvador les indicó.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles, y prosigue Cristo juzgando á las almas de los mortales, que en número inmenso llegan de todas las regiones de la tierra. Desaparecen unas como gotas de agua que caen sobre la abrasada arena; otras corren lentamente como las argentadas olas del arroyo que riega floridas praderas; todas siguen el movimiento de la terrible balanza que tan pronto baja hácia el abismo como sube hasta los cielos.

Ven, ven, rápido arroyuelo, ven á unir tu suave murmullo á los bramidos del torrente del cual saco mis solemnes cantos; ven á refrescar un alma demasiado debil para resistir á las bienaventuranzas que la inundan á medida que adelantándose va en la senda á que osó levantarse.

Cien veces se mostró la luna á los mortales bajo

las distintas fases de su periódica carrera, desde que me atreví á cantar los juicios del Mesías sobre la cima del Tabor: esperaba yo entonces terminar mi obra con el auxilio de la divina gracia, mas inopinadamente sombrías nubes velaron mis ojos y pensamientos de muerte se apoderaron de mí. Venci aquel vano terror, vivo aun, y terminaré la santa obra que voluntariamente emprendí. ¡Gracias te sean dadas, ó mi divino Redentor, que para ello me das fuerza! Mientras que la muerte se acerca á pasos lentos, la esperanza nos sostiene y ella tambien nos guia á nuestra patria celestial.

¿Qué será lo que yo sienta cuando pasando los límites de la tumba, vea aparecer, cada vez que el tiempo dé un paso, legiones de almas huyendo de sus mortales cuerpos? Juntos vendrán los escépticos, los incrédulos y los cristianos; juntos vendrán los amigos que aun lloran por los amigos de su eleccion, muertos antes que ellos, y las viudas á quienes sus esposas esperaban; y todos los misterios de la Providencia serán revelados entonces: cada uno de los átomos de la creacion comprenderá lo que fué, sabrá lo que ha de ser; el aliento de la eternidad para siempre habrá reanimado á los muertos y desvanecido las ilusiones. Vosotros los que habeis sufrido los tormentos de la sed del saber debeis comprender cual será nuestra felicidad, cuando en fin tengamos en la mano el hilo

protector que solo puede guiarnos en el misterioso laberinto donde tantas veces se estravió nuestro pensamiento.

Ven, ven, rápido arroyuelo, ven á unir tu suave murmullo á los bramidos del torrente del cual saco mis solemnes cantos; ven á refrescar mi alma demasiado debil para resistir á las bienaventuranzas que la inundan á medida que adelantándose va en la senda á que osó levantarse.

La capital de un poderoso reino acaba de hundirse; los muertos, bajo sus ruinas sepultados, llegan ante el Juez supremo: uno solo entre ellos fué justo y humano de corazon. Rodea, envuelve y oculta la multitud al noble muerto, mas sin embargo pronto se halla él solo ante su angel custodio quien bondadosamente se le sonríe. Así el hombre honrado á quien la calumnia abrumba no descende á justificarse, y espera pacientemente que el sol de la verdad venga á disipar las tinieblas del engaño.

En el delirio de la desesperacion cierto joven desdichado dirigió contra su propio pecho un agudo puñal. Horrorizado de su crimen arrojó lejos de sí el acero homicida; volvió á levantarlo y con las horribles miradas y espantosa risa de un demente de nuevo vuelve á hundirselo en el pecho. Aun corria su sangre, sus ojos veian aun, y convulsivos movimientos continuaban agitando sus miembros;

mas con un violento esfuerzo puso término al padecer y á la vida. Al recibir su cadaver estremeciéndose la tierra; su alma comparece ante el Mesías.

No bastó á despertar al suicida el resplandor de los astros que le iluminan, y que centellantes nubes velan y descubren alternativamente. Mas al ver á los inmortales salió de su letargo, para caer bajo el peso de todos los terrores que á un mismo tiempo le asaltaron. Con él temblaron los ángeles, sin que uno de ellos, se atreviese á esperar que el criminal hallase misericordia ante el Juez supremo: mas el Juez supremo miró al suicida y una sonrisa mitigó la severidad de su aspecto. ¡Inefable sonrisa de la clemencia divina, por tí pasa el pecador desde el exceso de la desesperacion al colmo de la celeste beatitud!

Era Elisama, un pobre anciano reducido á implorar de la generosidad de los ricos el escaso alimento necesario para conservar su miserable existencia. Vino en fin la muerte á terminar sus pocos merecidos males, poco merecidos sí, porque era tan bueno como paciente. Mas valeroso que los héroes, que con sangrientas hazañas se immortalizan, sufrió sin quejarse todas las miserias de la vida; mas hizo, aceptándolas con gratitud, persuadido de que así el dolor como la alegría son dones de la bondad divina. Honrado hubiera al trono aquel anciano á quien el último de los hombres creía te-

ner derecho á despreciar: una sola criatura le amó en la tierra: un perro. Con lastimeros ahullidos acompañó el fiel animal el estertor de su moribundo dueño, y cuando ya no le oyó gemir, lamiendo por última vez sus heladas é inmóviles manos, dejóse caer sobre ellas para no levantarse jamás.

En presencia del soberano Juez se halla Elisa-ma, un angel le pone la corona destinada á los que en la desgracia se resignan, y prolongado clamor de alegría sale de entre los inmortales, y llega hasta el trono del Eterno.

Zadec tuvo en vida reputacion de hombre justo y virtuoso, porque era uno de los mas escrupulosos observadores de los preceptos de la ley de Moisés. Facil era hacerlo así á su corazon que ni ardientes pasiones, ni impetuosos deseos conocia; y aquel hombre imaginaba poseer tesoros para los cielos, porque nunca tuvo otro alimento que las migajas que de la mesa de los ricos caian; ni bebió mas agua que la que de las pantanosas lagunas sacaba en una copa de madera; porque no contó con mas recursos que los óbolos de cobre que pensosamente atesoraba en su miserable choza. ¡Ay de aquel! ¡que desprecia á los pobres como Zadec! ¡Ay del pobre si confía con orgullosa seguridad que serán recompensadas en la eternidad acciones que ni luchas ni sacrificios le costaron! Mientras estra-

viado por su funesto orgullo esperaba Zadec su sentencia sin temor ni inquietud, pronuncióla el pensamiento de Cristo; y el querubin obedeciéndole impelió al condenado hácia el abismo. Resistióse Zadec clamando:

« ¿Quieres llevarme á los infiernos á mí que fui uno de los mas escrupulosos observadores de los preceptos de la ley de Moisés? Recompensas son las que se me deben... Te engañas, terrible fantasma: no es posible que te hayan mandado arrastrarme por este espantoso camino. ¡Ah! ¡tráguete la eterna noche, devoren las llamas del infierno esos tus rayos que me esterminan! »

Sombrías nubes envuelven el alma del condenado, disípalas el resplandor del querubin; conoce en fin Zadec que el poder de los inmortales es irresistible, mas lucha sin embargo, consigue escaparse y se precipita en el fondo de una sima. Desvaneciéndose entonces el último destello de compasion que aun contenia la cólera del angel, llamó á Zadec con voz tonante; y el réprobo saliendo de la sima ahulla, cruge los dientes y vuela con su terrible conductor hácia la morada de la eterna condenacion.

Innumerables hordas estan formadas en batalla, combaten, y en la lucha carnífera sus gefes, que eran dos célebres conquistadores, caen y mueren. Horrible silencio reina en torno de los cuerpos de en-

trambos guerreros, y el campo ensangrentado se mira cubierto de cadáveres. Como manga de agua, que inunda repentinamente un país entero cayeron sobre el monte Tabor, donde el Juez supremo estaba, las almas de los combatientes muertos en la homicida lucha. Agítase la temida balanza y se desnivela, cae el rayo vengador sobre los dos conquistadores, siguiendo con horrible estrépito á los ilustres criminales hasta el fondo del Averno; y en el fondo del Averno se escuchan clamores de maldición mezclados al crujir de las armas. Un soldado, apenas despierto del sueño de la muerte, blande la cuchilla, aun teñida en sangre, y esclama con la feroz alegría que el aspecto de la matanza le causó siempre :

« ¿ Combátese también en los cielos?... Salud á la eternidad, pues que en ella se dan batallas. »

A tan loco grito responden, crujendo las cadenas que aprisionan á los dos conquistadores, con risa espantosa los espíritus malignos.

Blandamente pulsán los ángeles las cuerdas de sus arpas, cuyos suaves melodiosos y tiernos acen-
tos resuenan en el espacio, anunciando la llegada de un crecido número de niños muertos en las orillas del Ganges, del Nilo y del Niágara. Descienden aquellos puros é inocentes espíritus á la cima del Tabor, y agrúpanse en las copas de los cedros, como tiernos corderillos que pacen en la falda de una

colina por la primavera cubierta de fresca yerba, mientras busca el resto del rebaño aromáticas plantas en las escarpadas crestas de los montes. Sonriese el Salvador mirando á las inocentes criaturas, é inmediatamente se elevan los querubines con ellas de astros en astros. Durante su largo viage, preparadas serán aquellas almas puras gradual y sucesivamente por los destellos de las rápidas horas matutinas, á la inmensa luz que mas tarde deramarán sobre ellas los celestiales siglos ¹, á fin de que sean dignas de entrar en el santuario de los cielos.

Una de aquellas almas inocentes y puras, confiada á la custodia del mas joven de los querubines, halló en los floridos llanos del emperio al único amigo que en su desgracia tuvo el pobre Elisama; corrió el doméstico fiel animal á unirse al niño, y este le recibió con amor; mas, precisado á seguir á su conductor á mas elevadas regiones, dejó al perro en el ingreso al pórtico de los cielos. Allí el fiel compañero de Elisama saluda con alegres ahullidos y tiernas caricias á todos los niños que al trono del Eterno se encaminan; con sentimiento le dejan todos los inocentes, y él, con el recuerdo de las caricias del último que pasó, espera contento la venida del que primero ha de pasar.

¹ El texto dice *aeones*. Véase la nota primera, pag. 56, tomo I.

Guiada por su angel custodio, levántase gozosa en el espacio el alma de Geltor, oyendo el estrepitoso volar de las cometas de inflamada cabellera, y el blando murmullo de la compasada marcha de las constelaciones: sucesivamente fué cesando todo rumor, y al cabo reinó el silencio en torno de él, cuando hubo entrado en el inmenso círculo que precede á la entrada del santuario y en cuyo ámbito giran, independientes de terráneos globos magníficos, esplendentes soles. En aquellas elevadas y sublimes regiones, vió Geltor en las nubes retratadas todas las nobles y bellas acciones de su vida: sus leves culpas perdonóselas el Juez supremo; pero los pobres á quienes alimentó, los huérfanos de los cuales hizo hombres íntegros y útiles á la sociedad, el pueblo cuyos hierros deshizo combatiendo por la libertad, todos, todos le siguen hasta la entrada del santuario donde va á recibir el premio de su virtud.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles, y prosigue Cristo juzgando á las almas de los mortales que, en número inmenso, llegan de todas las regiones de la tierra. Desaparecen unas como gotas de agua que caen sobre la abrasada arena; otras corren lentamente como las argentadas olas del arroyo que riega floridas praderas; todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que tan pronto baja hácia el abismo, como sube hasta los cielos.

Armados de homicidas cuchillas, Hagid y Sirmion se amenazan, se combaten, se hieren, caen, y á un tiempo exhalan el último clamor de odio y de maldicion, y con él la vida. Entonces, en el seno de la eterna noche sonaron estremeciéndose pesadas cadenas, y aquel sonido, amenazador, irresistible, le oyeron los crueles, y sus almas obedecieron mal su grado la ley que les imponia. Un espíritu de tinieblas los ató espalda con espalda á una roca del Averno, cuyos siniestros ecos repiten á la region de los tormentos los desesperados rabiosos gritos de aquellos malvados.

Cierto joven, llamado Toa, habitante de la estrella de los hombres inmortales, habiendo escuchado atenta y ansiosamente la relacion que el Padre de todo su linage les hizo ¹, cuando á la intermediacion de su planeta pasó el Eterno para bajar á la tierra á juzgar al Mesías, deploró amargamente la triste suerte de sus hermanos, condenados á padecer en su valle de lágrimas todos los males de una vida de pruebas; y estraviado primero por la sensibilidad de su corazon, osó con el pensamiento acusar á Dios de que habia creado seres á su semejanza, y abandonádoslos despues á crueles padecimientos y funestas tentaciones. De la silenciosa queja pasó Toa, con altanero espíritu, á la declarada

¹ Véase el canto V, tomo I, pág. 186 y sig.

rebelion, osando clamar en alta voz que no alcanzaba el poder de Jehová á borrar de la memoria de los mortales el recuerdo de los horrores de la tumba, y que por consiguiente su felicidad, aun en la eternidad misma, no podia ser perfecta.

Presentóse un querubin á Toa, ordenóle que le siguiese, y despues de haberle guiado largo tiempo en el inmenso campo de lo infinito, desapareció súbitamente. Cuando se vió solo, miró el joven asombrado en torno de sí; y, horrorizándole la estension inconmensurable de los ámbitos del universo, importunándole los cánticos de triunfo de los resucitados que, ceñida la sien de flores, se elevan en alas del *Estasis*, y con torrentes de armonía celebran la bienaventuranza de las almas que se resignan y esperan, caminó á la ventura buscando un punto donde solo oiga suspiros, solo vea lágrimas. Mas pronto un angel silencioso y severo se le acerca y le arrastra consigo. En el discurso de su rápido vuelo vió Toa á la dichosa estrella donde sus hermanos todos gozan de inalterable felicidad, brillar primero entre los millones de astros que pueblan el espacio infinito, y ocultarse luego tras de uno de los soles que giran en las esferas accesibles á la vista de los mortales; y ya incapaz de dominar por mas tiempo las sensaciones que le abruman, dirige al fin la palabra á su conductor, y le dice:

« Angel del Señor, ¿á donde me llevas? »

Calló el angel, y prosiguió Toa:

« Angel del Señor, ya empiezo á convencerme de que no he debido gemir por la suerte de la especie humana, y que en efecto no fué aquella creada para sufrir eternamente. »

Y como el angel continuase guardando silencio amenazador, clamó Toa:

« ¡ Angel del Señor, protéjeme !

« No puedo hacerlo, » respondió, por fin, el angel.

Y como si en alas de la tempestad fueran llevados, continuaron ambos su vuelo.

« ¿ Quien te ha ordenado que así me arrastres? » preguntó el desdichado Toa.

« El Juez Supremo, » respondió el angel.

En aquel momento se apareció la tierra ante los ojos del mancebo inmortal quien, no viendo en ella mas que las tumbas que acababan de abrirse, clamó:

« ¡ Hélos ahí, los fúnebres oteros, en que asienta su trono la muerte !

« Helo ahí, dijo el angel, el campo donde madura la cosecha de la eternidad.

« ¿ Y qué monte es aquel tan árido y coronado por una cruz ensangrentada? »

« El Gólgota.

« Los edificios que lo rodean habitados están por mortales; pero ¿ donde está el que les da la vida? »

« ¡ Mira, y verás brillar en medio de luminoso círculo al Juez del Universo !

« ¿ Luego á su presencia me conduces?... ¡ Desdichado, desdichado de mi ! »

Y uniéndose á las almas que descendían al Tabor, llegó con ellas al sagrado monte. De esa manera, los frutos antes de tiempo madurados son arrebatados por el huracán, cuando destroza las secas flores y los capullos apenas formados. Lleno de terror, quisiera Toa huir ; pero un poder sobrenatural se lo impide. El Juez Supremo guardaba silencio, y á su ejemplo los inmortales todos ; así callan los cielos cuando el trueno del Eterno se dispone á hablar.

Resonó en los espacios infinitos la voz acusadora del ángel conductor de Toa ; velaron los seráfines su resplandor ; el mismo Elohá disminuye el brillo de su auréola ; los resucitados y las almas se estremecen ; con ademán terrible vuela la pálida muerte sobre la cabeza del pecador, cuyo linage hubo hasta entonces de respetar el ángel exterminador ; y el desdichado lanza el postrer gemido y muere... Deslizóse en polvo su cadáver, y dispersólo el viento, porque no se le concede al espíritu de Toa la esperanza de habitar con el tiempo en un cuerpo nuevo y glorificado, no ; su alma está condenada á vagar en el espacio, lejos de la estrella donde nació, lejos de la tierra, lejos de los cielos... Nunca

verá la faz resplandeciente de los inmortales, nunca escuchará los dulces acentos de la voz de los ángeles, y sin embargo ha de conservar el sentimiento de la existencia y la facultad de moverse : pero sola siempre y siempre en el vacío. Para ella cerradas están las puertas de la eternidad y de sus revelaciones sublimes, solo el recuerdo de lo pasado y su presente aislamiento le quedan ; y cuando con ansiedad pregunte en qué momento se dignará el Juez Supremo poner término á su suplicio, no habrá voz que le responda.

Hubo en la tierra un Rey lleno de orgullo, que, usando alternativamente de la astucia cobarde de la serpiente y de la fuerza de las garras del tigre, consiguió encadenar á su pueblo ; y cuando desvanecidos los vapores de la sangre de aquellos que por la libertad habían combatido, alzó la hidra de la tiranía sus cabezas sobre las aherrojadas víctimas, entonces el déspota orgulloso, mofándose de ellas, les dijo que no eran hombres como él, y que él no era hombre sino Dios. Mas ya el insecto roedor que reina en los sepulcros esperaba al Rey de la tierra, cuyos restos fueron inhumados con magnífica pompa, mientras que su alma vagaba errante en el espacio, donde un adolescente de los cielos la sostenía. Para inspirar al débil espíritu fuerzas bastantes á seguirle, lanzó el inmortal de sus ojos un destello del fuego celeste, semejante á

los rayos que Sirio deja caer sobre la tierra; mas como aun así faltase aliento al alma del despota, tocóla el angel con una de las puntas de sus alas, y entonces voló como la espuma del mar impelida por el huracan, hasta llegar á los pies de su juez, cayendo allí con risa que el miserable creía insultante, pero que fué en realidad siniestro ahullido.

« ¿ Quien eres? » le preguntó el Redentor.

« Tú serás sin duda uno de los dioses del cielo, y sabrás entonces que yo soy uno de los dioses de la tierra. Las deidades son iguales entre sí y no pueden darse órdenes unas á otras. »

Hizo Cristo una señal al niño Samed ¹ para que se acercase, y le dijo:

« Sé su Juez. »

Dilatóse el rostro de Samed como naciente flor á influjo del sol de primavera; y comprendiendo la inmensidad del favor que el Salvador le concedía, humillóse y oró antes de volverse al rey y decirle:

« ¡ Te condeno á ser esclavo del mas vil de tus esclavos! Aquel que se postraba ante tu trono, no alejándose de él mas que para ir á estampar la huella de sus plantas en la frente de tus desdichados vasallos, será en adelante tu dueño y señor. Ya,

¹ Uno de los niños por Cristo bendecidos, de quien se habla en el canto XI, pág. 401 y sig., t. I.

ansioso de que seas juguete de sus caprichos, te acusa de negligencia; marcha, y que su voluntad te preste alas para llegar mas pronto. »

Y entonces oyó el despota la voz de su esclavo que le llamaba desde el fondo de los abismos, á donde un poder irresistible le arrojó inmediatamente á él tambien.

Estrecha y sincera amistad unió Zoar y Seba, cuya vida coronó la providencia con una dicha de que pocos mortales disfrutan, enviándoles á los dos la muerte en el mismo instante. Tranquila y orgullosamente espiró Seba; pues, persuadido de su mérito, nunca dudó alcanzar eterna recompensa. No así Zoar, que, mas humilde, sintióse en el momento supremo asaltado por amargos temores, solo por el arrepentimiento de sus leves culpas templados. Rara vez confirma la balanza del Juez supremo las humanas previsiones.

Felicitábanse los dos amigos, á quienes un mismo querubin conducía á la presencia del Redentor, de verse así reunidos despues de la muerte; y el angel los oía y callaba; mas así que hubo llegado al Tabor, leyó en los ojos del Mesías la sentencia de las dos almas y alejóse con ellas. Desde el fondo de la nueva esfera que atravesando iban los amigos y su celeste guía, vieron que á ellos se dirigía uno de los ángeles de la muerte con grave y silencioso vuelo, sombrío é inexorable aspecto. Aun de él

los separa un espacio mayor que el que ocupan los mares de la tierra, y ya el temor hiela á Zoar, pues aquella lúgubre aparicion confirma los temores que concibió desde el momento en que vió que le alejaban de la asamblea de los inmortales y del Redentor, cuya magestad dulce é imponente le penetró de amor y de respeto.

Llegando, mas rápido que el pensamiento, donde se hallaban las almas de los dos amigos, levantó el angel de la muerte su flamígera cuchilla, y dijo á la una :

« ¡ Tú has hallado misericordia ! » y á la otra :
« ¡ Tú has sido desechada ! »

Cayó el anatema sobre Seba ; y el lúgubre serafin acabó de pronunciar la sentencia del Juez supremo, clamando en voz tonante :

« ¡ Separaos !
« ¡ Separarnos ! suspiró Seba. Por el cielo y la tierra, por los hombres, por los ángeles, y por cuanto unos y otros tienen de mas sagrado, ruego-te que hables, ¡ ó tú que acabas de pronunciar esa terrible palabra de *Separaos* ! ¿ dime si esa sentencia de un tribunal, que mi razon no es capaz de comprender, es irrevocable y eterna ?

« No me lo preguntes á mí, respondió el angel de la muerte ; sino al querubin que te conduce, á él que viene del trono donde en este momento se sienta el soberano Juez de los cielos.

« Si, dijo entonces Seba, á él es á quien he visto radiante y coronado de gloria en medio de los inmortales. Dime, amable querubin, si esa sentencia es para toda la eternidad.

« Obedece y parte, » repuso el querubin cuyo brillo, de ordinario deslumbrador, no era en aquel instante mas que dudosa luz.

« Me ha condenado, murmuró Seba, me ha condenado sin mirarme siquiera.

« Un instante se fijaron sus ojos en tí, replicó Zoar, ¡ pero severamente !... »

« ¡ Y tú tambien, amigo mio, depones contra mí ! » clamó Seba.

« ¡ Ah ! no, no, caro Seba ; pero, tú lo sabes, nunca acerté á disfrazar á la verdad... Ven á mis brazos ; déjame llorar en tu seno ; te amo y no te acuso... »

Viendo llorar lágrimas de sangre á los dos amigos estrechamente abrazados, el angel de la muerte, conmovido por sus sollozos, bajó un instante su espada, mitigando algun tanto la intensidad de las llamas amenazadoras que de ella brotaban ; mas sonó la hora de la separacion, y el lúgubre serafin, forzado á obedecer á un poder superior al suyo, repitió con voz tonante :

« ¡ Separaos ! »

Y aquellos dos amigos que, con inalterable y

constante ternura, habian hecho juntos toda su peregrinacion en la tierra, caminaron en el espacio infinito por opuestas sendas.

Consagrada al estudio, fué la corta vida del sabio Cerda, y cuando joven aun vió sobre su cabeza la segur de la muerte, regocijóse pensando que en fin los misterios de la eternidad iban á dejar de serlo para él. Su agonía fué realmente un éstasis de felicidad; y, en su enagenamiento, con igual ternura estrechaba la mano de sus enemigos que la de sus amigos. Llegó en fin el instante de decir adios á la tierra, y entonces su angel custodio que le esperaba mas allá de la tumba, se arrojó con él á la inmensidad de los cielos, maravilla que se le permite contemplar, aun antes de que el Juez supremo le anuncie el dichoso porvenir á que está destinado.

En su rápido y facil vuelo, ábrense ante Cerda nuevas y nuevas esferas; oye y ve cómo marchan los planetas que hacen recíproco trueco de sus luminosos rayos, y tambien aquellos astros y soles, cuyas órbitas están en mas elevadas regiones y que á los solos cielos iluminan. Camina y vuela de sorpresa en sorpresa; mas cuando al fin los cantos de los celestiales coros resuenan en su oido, faltándole fuerzas para tanto placer, cae sobre cierta diáfana nube que servia de dosel á una de las cascadas de lo infinito. En aquel aereo lecho le asalta dulci-

simo sueño; cree morir segunda vez, mas en breve resucita para la vida eterna.

Nuevas legiones de almas llegan al Tabor y dicen sucesivamente:

« Dios del rayo, tú que desde el seno de las nubes haces estremecer la base del Olimpo, bien sabes que en holocausto te hemos ofrecido toros coronados con las flores mas bellas de los valles, carneros con la frente ceñida de verdes guirnaldas. No te muestres irritado contra nosotros, Padre de los dioses. Y tú, temible Minos, suspende las sentencias que condenan, no las dejas caer en la fatal urna, antes ocúltala á esa en las entrañas de la tierra, y piérdase en el seno de la nada.

« Tus leyes hemos seguido, ó Brama, y cargados de cadenas, atravesado el cuerpo con agudos clavos, abrasados por el sol, comparecemos en tu presencia: apiádate de nosotros.

« Dios de los bosques, valeroso Woda!, ¿habrémoste ofendido? Por tí, por la libertad de nuestra patria, por la honra de nuestras mugeres, hemos vertido nuestra sangre en leales combates. No hemos muerto, no, como los cobardes mueren.»

Y todas aquellas almas repiten á un mismo tiempo:

« ¡Ten piedad de nosotros, Júpiter poderoso!... ¡Sé clemente, ó gran Brama!... ¡No seas inexorable, Woda invencible! »

* Divinidad escandinava.

Y todas aquellas almas solo hallaron allí á un padre misericordioso que perdona y recompensa.

Entonces suspendió Cristo los juicios que habia de pronunciar sobre la tierra, y dijo á Elohá :

« Ven, sígueme. »

Y obedeciendo silencioso el mayor de los serafines, abrióse para dar paso á entrambos la inmensidad de los cielos ; resonaron armonias graves é imponentes en el espacio infinito ; con insólito resplandor argentaron los astros, los mares y montes celestiales ; dulce estremecimiento agitó los polos del universo.

Conociendo los designios del Salvador en aquel solemne gozo de la creacion, vuelve Abdiel á ocupar su puesto á la entrada de los infiernos. Con tal rapidez se abrió espontáneamente el pórtico sombrío, que el agudo rechinar de sus estremecidos gonces resonó en el fondo de los abismos de la condenacion, como el estrépito de las mil inflamadas ruedas del carro de la tempestad cuando corre por el espacio.

Al insólito rumor vuelven los príncipes de las tinieblas los ojos hácia la entrada de su sombrío imperio, y ven á Abdiel brillando en todo su celeste resplandor. En el mismo instante penetró Jesus en los límites del abismo ; en su presencia se humilló el serafin y adorándole le siguieron sus miradas.

Encargado por el Eterno de presenciar el castigo de los infiernos, castigo que sola su voz podrá repetir á los cielos, precede al Mesías Obaddon, el mas terrible de los ángeles de la muerte, quien en su vuelo destructor deja que en torno de él floten sus siniestros rayos y flamígera cuchilla ; y el Mesías con reposado y lento paso, descendiendo de abismos en abismos, se acerca al trono de Satan, que el templo de Adramelec oculta con su sombra.

Divina calma y la omnipotencia de la fuerza primordial respira el rostro del vencedor de la muerte ; flores nacen bajo sus plantas y mueren así que no las cubre aquel divino pie con su creadora hue-lla. Huir quieren los demonios, pero el terror los deja inmóviles ; invocan á la muerte y la despiadada se niega á herirlos. En pie, al lado del Mesías, el divino Elohá tiende sus poderosas miradas por los ámbitos de la region de los tormentos.

Súbito hundióse el trono de Satan lanzando de sus ruinas densos vapores y ardientes llamas, y el templo de la Mentira, elevado por Adramelec, cae y desaparece, y con él las rocas que le servian de base. Dominado á un tiempo por la admiracion que le causa el poder sin límites del Hijo del Eterno y por el sentimiento de su debilidad cuando con tal dueño se compara, postróse el divino Elohá ante el Salvador del mundo. Los ahullidos de los condenados despertaron á todos los ecos del infierno, y

las negras olas del océano de la muerte arrojaron á su trastornada orilla las blasfemias de los príncipes infernales.

« ¿Quién soy? esclamaron todos sucesivamente. ¿Y tú, quién eres ahora?... Vivo estoy todavía.... vosotros vivís tambien... ¿Porqué tarda el rayo vengador?... Hiere, hiere de nuevo, aniquila á los infernos, y bajo sus trastornados montes desaparezcamos nosotros para siempre de la creacion. »

Y entonces clamó Satan :

« ¿Quienes son los cobardes que así gimen?... Yo que soy vuestro soberano desafío á... »

Y el nombre de Jehová que iba á pronunciar espiró en sus labios.

Tendido está Adramelec en el fondo de la sima donde su templo y mentidas tablas se abismaron; y con voz que por encima de los clamores de los condenados se deja oír, clama :

« ¡Sentencia mas terrible que el rayo cayó sobre mí!... ¿En qué me he convertido?... ¡En horroroso esqueleto! »

Elohá comprende el vértigo que acaba de apoderarse de los príncipes de los infernos y admira estremecido la justicia del Redentor. Las almas de los réprobos, y entre ellas la de Judas Iscariote, vuelan sobre la superficie del océano de la muerte, y semejantes á una sombría nube, se extienden por toda la region de los tormentos.

Desapareció el Juez ; los príncipes de las tinieblas y sus innumerables vasallos no ven en torno de sí mas que ambulantes esqueletos. Solo Abbadona conserva á sus ojos su antigua forma de angel caído ; mas si el infierno le ve tal cual era antes de la llegada de Cristo, él participando de la fascinacion que domina á todos los espíritus infernales, contempla en cada uno de los demonios y de los réprobos una máquina viva de secos huesos.

Frisaba el inflamado globo, que reemplaza al sol en la region de los tormentos, en la mitad de su carrera, cuando deteniéndose súbitamente se cubrió de negras proeminencias que estallando en seguida vomitaron torrentes de fuego. Mas en vano la horrible claridad de aquel inmenso incendio penetró en las profundas simas : los demonios y los condenados, solo aciertan á reconocerse mutuamente en el sonido de sus voces, que alteradas por la rabia y el terror, se han hecho mas terribles aun que cuando en medio de los abismos de los infernos lanzaban impías blasfemias.

Levántase Satan el primero de todos ; solo él está en pie en medio de aquella muchedumbre de esqueletos que ahullando se revuelcan en el polvo maldito. Con su negra y enjuta mano hiérese el cráneo ; sus descarnados huesos se agitan, chocan entre sí, y crugiendo agudamente, le recuerdan que tambien su cuerpo no es ya mas que un esqueleto.

Entonces su rabia estalla irresistible como torrente que acaba de romper el último de los diques: terrible como la roca, que largos siglos suspendida sobre el abismo, aterró á los caminantes, cuando perdiendo el equilibrio rueda en fin hasta el fondo de la sima.

En su horrible desesperacion, dijo Satan á los príncipes de las tinieblas despues de maldecirlos:

« ¿Sabeis porqué os habeis convertido en asquerosos esqueletos que la destruccion, cansada de roerlos en vano, abandona y desprecia? ¡Porque habeis dado muerte; porque habeis degollado; porque habeis asesinado á aquel que acaba de espirar en la cruz!... ¡Ya comienza vuestro castigo, monstruos infames! ¡Caiga sobre vosotros el rayo de Jehová para esterminaros esparciendo vuestros restos en la creacion entera; y luego el soplo de la tempestad y la espuma de las olas del Océano, que en su loca resistencia al poder de aquel divino aliento van á estrellarse contra las rocas de la orilla, vuelvan á formaros para volver á deshaceros de nuevo!... »

Dice, vacila, cae y se sumerge en las devoradoras llamas, olvidando su ciega furia que aquel fuego por él creado para eternizar el suplicio de sus victimas, abrasa y no consume.

Belial une su lastimera voz á los ahullidos que atruenan los infiernos.

« ¡Ay de mí! exclamó, yo he visto nacer bajo sus plantas las mas bellas, las mas suaves flores del antiguo Eden; y así que su pie dejó de hollar nuestro maldito suelo, agostáronse y desaparecieron las flores!... Tambien nos hemos agostado nosotros, mas nunca desapareceremos! »

Calló, pidiendo en vano en su pensamiento una eterna tumba á los inflamados abismos del inferno.

Adramelec, el mas orgulloso, el mas pervertido de los príncipes de las tinieblas, se levanta haciendo un penoso esfuerzo; mas sus flacos huesos se refusan á sostenerle y cae, y se estremece el Averno al estrépito de su caída, y sus carnes pulverizándose sobre los calcinados huesos se deshacen formando en torno de él una pestífera nube. Tambien Moloc quiere levantarse, y consiguiéndolo á medias, despues de largos y penosos esfuerzos, dice con voz tonante á Magog que á su lado yacía:

« Juguete son mis huesos del loco aliento de los torbellinos que á su placer los mueven; brama el huracan en mi cráneo seco y vacío... ¡Mas no importa, quiero levantarme, lo quiero!... »

Y asiendo á Magog, con toda la energía de la demencia, le obliga á levantarse con él. Ya están de pie, caminan, corren, se detienen, y Magog dice en fin á su compañero estas locas palabras:

« Escucha: estas asquerosas formas que nuestro

eterno enemigo acaba de imponernos, no pueden menos de ser perecederas; destruyámoslas... Ven desharé mis huesos contra tus huesos, y redúzcanos un solo golpe á polvo que la tempestad disperse.»

Dijo, y asiéndose el uno al otro se enlazan con los flacos huesos que no há mucho fueron nervudos brazos, y ya caen, ya se levantan, ya se estrechan, se hieren y vuelven á herirse. Abrense sus craneos, mas al instante vuelven á unirse. Los misteriosos resortes que dan fuerza y movimiento á aquellos cuerpos sin carnes, sin nervios, sin venas, se rompen para recobrar al momento su mágico poder. La violencia de los golpes, que uno á otro se dan, hace temblar las infernales playas, pero sus huesos permanecen enteros como si cortados fueran en las mas duras rocas de Orion. Cansados de aquella terrible lucha que les hizo pasar mil veces las angustias de la muerte sin procurarles una su descanso, se precipitan desde la cima de los mas elevados montes al seno de los mas profundos abismos; mas sus huesos, siempre enteros, como si hubiesen sido forjados en la llama de las siete estrellas mas ardientes de todas; y los dos príncipes de las tinieblas sienten que aun viven en el fondo de los abismos donde esperaron encontrar la eterna muerte.

Cual violenta catarata, que desde lo alto de las montañas, donde acaba de estallar la tempestad, se

precipita sobre los valles, así descende el terror desde los cielos á la region infernal cubierto de ennegrecidos y animados esqueletos, y esparce sus emponzoñados vapores así sobre todos los ángeles caidos como sobre los demas moradores de aquel horrible imperio. Solo Gog lucha todavía blasfemando con horribles ahullidos.

«¡No, Cristo no es Dios!» esclama, y desquiciados por el dolor sus dedos, que se agitan con aquel movimiento convulsivo que revela la agonía, se doblan, se estienden, y de nuevo se doblan y se estienden otra vez. Espera asir á la destruccion, y solo encuentra la horrible certidumbre de su eterna existencia.

De esta manera fueron convencidos los infiernos de que lleno de gloria y de poder vivia el que murió en la cruz; de esta manera el Hijo del Eterno, en la plenitud de su misericordia, advirtió á los príncipes de las tinieblas que no continuasen acumulando crímenes sobre crímenes en el plato de la balanza donde por él serán todos pesados en el dia del juicio universal.



CANTO DÉCIMOSÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Aparecese el Mesías á Tomás. — Juicio de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio. — Algunos resucitados se aparecen á los fieles y á los niños que fueron á visitar el sepulcro de Cristo. — Lázaro reúne en su huerto á los *secenta*, y á algunos de los peregrinos que habian ido á Jerusalem para celebrar la Pascua. — Vistiendo Lázaro la tumba de su hermana, háb'ale el alma de esta. — Los resucitados, que habian tomado la forma de peregrinos, se muestran á los fieles en todo el esplendor de su inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Impelido por la necesidad de entregarse libremente á sus dudas habiase Tomás Didimo separado de sus amigos, mas sintiendo pronto la necesidad de reunirse á ellos, se dirigió hácia la morada de

Juan. Ya cerca de la puerta se detuvo apoyándose contra un palmero, y entonces resonó en su oído la voz de los fieles que cantaban este himno á la gloria del Salvador:

« ¡Cristo ha resucitado! No dormirán para siempre sus criaturas en el seno de la tierra donde la despiadada mano de la destruccion las hundió: resonará en lo infinito la voz que bendice, y el último aliento del anatema desaparecerá ante esa voz. Cuando los muertos se hayan despertado para la vida eterna, cuando para siempre se hayan cerrado las tumbas donde se descomponen los despojos de los mortales para ser un día dignos compañeros del alma inmortal, entonces se regocijarán los arcángeles, entonces la creacion brillará con nuevo resplandor. Brisa de la mañana, trae el polvo de los muertos; trae el polvo de los muertos; embalsamado aliento de la tarde; brama, tempestad nocturna, reúne los restos de cuanto ha vivido; porque Cristo ha resucitado! ¡No dormirán para siempre sus criaturas en el seno de la tierra donde la despiadada mano de la destruccion las hundió! ¡Delicioso pensamiento! Sí, un día te realizarás; sí, un día nos despertaremos para la vida de los ángeles! Brisa matutina, llévanos á esa vida celestial; viento abrasador del mediodía, impele á los muertos del Señor á las encantadas orillas del reconquistado paraiso. Ya el

angel silencioso de la flamígera cuchilla no nos impedirá la entrada del nuevo Eden, pues que á la sombra del arbol de la vida hemos celebrado el banquete de alianza con el Hijo del Eterno; pues que ha resucitado aquel que nos amó hasta morir por nosotros en la cruz del Gólgota. »

Tomás, postrado en el umbral de la puerta, se oculta el rostro con su manto, y copioso llanto baña sus mejillas. Así corre la sangre del herido guerrero que se siente morir en medio de los gritos de victoria que dan sus compañeros de armas, nobles defensores de la libertad.

Anonadado por el dolor no acierta á levantarse el infeliz Dídimio durante algun tiempo, mas al cabo reanimadas sus fuerzas, á influjo de las embalsamadas exhalaciones de la noche, alzase y entra precipitadamente en la cabaña. Los fieles, contentos de ver de nuevo al amigo á quien aman y compadecen sinceramente, le rodean, y presurosos le refieren que Jesus se ha dignado aparecérselos. Estasiado los escuchó, mas así que hubieron cesado de hablar, comentando con el pensamiento lo que le decian, volvió á caer bajo la ferrea mano de las dudas.

« ¡Para convencerme de que en efecto ha salido vivo del sepulcro, exclamó, no me bastaria verle si con mis manos no tocaba sus llagas! »

Estremeciéronse los fieles; el rumor de las alas

de los seráfines se unió al murmullo de las palmeras que dan sombra á la cabaña, y lágrimas de gozo bañaron las mejillas de los inmortales, porque la misericordia del Redentor iba á manifestarse en todo su infinito poder...

Jesús está en pie en medio de la cabaña y visible para todos... Tomás se precipita á sus pies pareciéndole que despues de una cruel agonía nada su alma en el piélago de la eterna luz. Cristo, sonriéndose con sus elegidos, dijo :

« Paz á vosotros... y tú, Dídimio, acércate : mete aquí tu dedo y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado ; y no seas incrédulo sino fiel. »

Respondió Tomás y le dijo : « ¡ Señor mio y Dios mio ! »

Jesús le dijo : « Porque me has visto, Tomás, has creído : bienaventurados los que no vieron y creyeron ¹. »

Desapareció Cristo, y Tomás continuó postrado adorándole en alta voz. A poco levantándose, rogó á sus amigos que le perdonaran su larga incredulidad ;

¹ Todo este diálogo entre el Salvador y el apóstol Santo Tomás, está copiado literalmente de los vers. 27, 28 y 29, c. XX, del evangelio de San Juan. Klopstock, forzado sin duda por las exigencias del metro, alteró, aunque en nada la esencia, en algo las palabras ; mas no habiendo en la traducción iguales causas, me ha parecido mejor atenerme al texto del sagrado libro. — T. E.

lidad ; y el perdón que de antemano le había sido concedido aumentó su piadoso ardor, inspirándole el mas vivo deseo de conseguir la gloria del martirio. Iguales votos hacen todos los fieles presentes, quienes en su santa exaltación entonan un himno dedicado á los futuros cristianos cuyos altos destinos presienten :

« Salud á vosotros, servidores de Cristo, á vosotros que el porvenir encierra aun en su seno material. Benditos seáis con todas las bendiciones de su misericordia, vosotros los que caminaréis en la senda de las pruebas sin haber visto á vuestro Salvador y creyendo sin embargo en él. Sea vuestra santa comunidad consagrada á la muerte, ejemplo para todos los vivos ; no os detenga obstáculo alguno ; pelead, pelead sin descanso, que el Señor os dará fuerzas. Acordaos siempre, futuros hermanos, de que nosotros hemos despreciado la mofa, el insulto y el suplicio. Contra la mofa sola tendreis que luchar, mas con todo tambien para vosotros abreviará el plazo de las pruebas *aquel* que desde el principio del mundo se ha inmolidado por nosotros ; *aquel* que hasta al fin de los tiempos será con todos cuantos le amen con puro y santo amor. »

Así cantaron los fieles elevándose hasta el cielo sus voces armoniosas y graves como los santos himnos que los mártires entonan al pie del trono del Eterno.

Cuando pasó la tierra por la terrible y universal prueba del agua, las almas de aquellos que rehusaron ver en ella el juicio de Dios descendieron á profundos abismos donde la voluntad suprema las retuvo cautivas. Mas desde que nació Cristo fueron sucesivamente algunos serafines á anunciarles el Salvador que habia de rescatar todos los pecados del mundo, y Gabriel les dijo :

« Espíritus de los primeros habitantes de la tierra, antes de volver á subir á los cielos descenderá el Hijo del Eterno á vuestra lúgubre morada. Cuando al través del velo que os separa del resto de la creación veais estremecerse al valle de Getsemani y á sus mas altas palmeras inclinar las copas, entonces poco tardará en aparecerse á vosotros el divino Redentor. »

Y aquellas proféticas palabras arrojadas á las legiones de espíritus prisioneros en las entrañas de la tierra, produjeron para ellos visiones de mil diversos aspectos. Iluminábales á veces con dudosa luz un destello de feliz porvenir, y entonces sus impetuosos deseos los elevaban hasta el cielo ; mas á tan vivos esfuerzos sucedian siempre desesperadas caidas. Con frecuencia renacia la esperanza poderosa y fuerte, mas á par de ella crecian tambien la duda y el desaliento haciéndoles incrédulos á las predicciones de los ángeles. Con mas frecuencia aun solia el orgullo alucinarlos funestamente para

que imaginasen que regresar sinceramente al camino del bien era vergonzosa debilidad. A tan diversas sensaciones se unia el dolor de haber perdido para siempre su parte en el reino de la luz, cuyo recuerdo nunca se borra enteramente del alma de las humanas criaturas. Así pasó para aquellos desgraciados espíritus la prolongada serie de los siglos que separó el diluvio de la muerte de Cristo. Mas entonces, cansados algunos de ellos de tan prolongada incertidumbre, consiguieron á fuerza de trabajo infinito llegar hasta las rocas que cerraban la entrada de su tenebrosa morada. Un poder irresistible les impidió pasar de aquellos limites, pero habiendo visto el valle de Getsemaní, volvieron á decir á sus compañeros de cautividad :

« ¡El valle se estremece, sus mas altas palmas inclinan las copas! »

Los muertos claman : « ¡Llegado es el tiempo! »

Y el eco de los hondos abismos repite : « ¡Llegado es el tiempo! »

Al oír tan fausta nueva los mas impacientes de aquellos espíritus llenaron sus copas en el rio de fuego, que atraviesa el abismo, é iluminados por la llama vacilante de tan terribles lámparas buscaron y hallaron la salida de aquella morada precipitándose otros muchos en pos de ellos. Así agitada por la tempestad levántase la mar en movibles colinas que se chocan, se confunden y forman mon-

tañas mas altas que las rocas de su orilla. Despues de haber buscado en vano con la vista los pronósticos anunciados por los inmortales, regresaron los cautivos á las riberas del rio de fuego, á fin de proveerse en él de nuevas llamas para que les den luz cuando se estremezca el valle de Getsemani, y se inclinen sus mas altas palmeras.

Jesus, volviéndose á Gabriel, le dijo :

« Marcha delante de mí. »

Y Gabriel, envuelto en el mas bello de los rayos de la luz primitiva, vuela por los aires sin detenerse hasta la entrada de la carcel de los espíritus desterrados; y entonces vieron aquellos los signos que con ansia esperaban. Llenos de santo terror huyeron á las mas profundas tinieblas del abismo : tambien á ellas bajó el Salvador y con él la luz y la vida. Las negras rocas y sus abismos sin fin brillan con sobrenatural resplandor ; el agua cenagosa de los ardientes manantiales convirtiéndose en puro cristalino licor refresca los abrasados labios de los infelices, que durante siglos gimieron aherrojados en la tenebrosa sima. Reanimados desde luego con las primeras gotas del agua pura y suave sacudieron con furia sus cadenas de diamante ; y el deseo de saber en fin cual es el destino que les prepara su impenetrable Juez, hace á aquella inmensa reunion de muertos insensible á cualquiera otro sentimiento : en silencio aguarda: Gabriel hace sonar

en las inmensas bóvedas su temida trompeta y dice :

« A todos os conoce el Redentor, y al juzgaros no le vereis deslumbrador y terrible como ahora, sino tal como deseabais que fuese cuando invocasteis su auxilio. »

Calló, y los seráfines que habian anunciado el Salvador á los espíritus desterrados, formaron en torno de su dueño un círculo luminoso, que comprendiendo todo el ámbito del abismo, lo iluminó completamente. Conocieron los muertos que se acercaba el supremo instante, y el sombrío silencio que hasta entonces habian observado fué interrumpido por lastimosos gritos y sordos gemidos. Cristo los oye, y su pensamiento adivina hasta la muda oracion de los espíritus temerosos á quienes la humildad contiene lejos de él. Miró el Señor á los seráfines, y comprendiendo ellos su mirada, bajaron entre los muertos y con sola una señal separaron á los elegidos de aquellos para quienes no hubo perdon.

¡Momento de inefable alegría y de ináudito terror! ¿Donde resuena la lira capaz de cantarte? Si un angel me trajera esa lira divina, si pudiera enseñarme á hacerla hablar el idioma de los inmortales, ¡oh! ¡entonces procuraria yo pintar la beatitud de las almas salvadas, y la desesperacion de los espíritus desheredados del reino de la luz!

Terminada está la obra de los seráfines, y legiones de elegidos se elevan por los aires, á donde algunos ángeles con cetros de oro en las manos y ceñidores radiantes como el Iris, los esperan para conducirlos atravesando el espacio infinito hasta el trono del Eterno. Sin embargo de las celestiales glorias destinadas á las almas bienaventuradas, con frecuencia, se verán precisados los ángeles durante aquel largo camino á levantar hácia el cielo sus cetros de oro, para recordarles á los cansados peregrinos la inefable felicidad que al fin de él les espera.

Lánzase á los aires la última legion de los espiritus redimidos, y de nuevo tienden las tinieblas el oscuro manto sobre el lugar de su destierro.

Tres veces la tierra giró sobre su eje y los desdichados á quienes el aspecto inflexible de un angel dió á conocer que para ellos la hora de la libertad no habia sonado aun, permanecian inmóviles á las orillas del rio de fuego. Saliendo entonces repentinamente de aquel estado de muda desesperacion, llenaron sus copas de llamas y recorrieron las mas sombrías cavernas del abismo buscando en ellas á sus compañeros; y en el fondo de aquellas sombrías cavernas resonaron los lamentables gritos del hermano y del amigo condenados á mas larga cautividad, y que en vano llamaban al her-

mano y al amigo cuyas cadenas desató el Juez misericordioso.

Los herederos de la tumba experimentan á veces en este valle santas y dulces emociones que les hacen presentir las bienaventuranzas de la vida eterna; pero al mas ligero soplo de la brisa terrenal, se agostan aquellas precoces flores que en otro tiempo embellecian el arbol de la vida en los deliciosos campos del Eden.

Dulce sueño sorprendió al joven Neftoa en medio de una fervorosa oracion, á la manera en que el rocío de la mañana descende sobre el florido manto que el aliento de la primavera tiende sobre valles y praderas. Un dichoso ensueño alucina al piadoso niño, y en medio de él una voz misteriosa le dice :

« ¿ Duermes? ¿ y todavía no has ido á decirles á los fieles : uno de los habitantes de los cielos se me ha aparecido, Cristo me ha enviado uno de sus resucitados? Sabe que ese resucitado regresó á la tumba del Gólgota, para unirse allí con los inmortales que se complacen en reunirse en la tierra santa, donde estan seguros de encontrar siempre á algunos de sus amigos. »

Despertóse el amable niño, y así que comenzó á aparecer la luz del día salió de las puertas de Salem encaminándose al Gólgota. Apenas habia dado algunos pasos por el campo encontró á muchos de

los discípulos de Jesus que regresaban del sepulcro, y acercándose á ellos presuroso les dijo :

« Si habeis dejado á algunos fieles en el jardin de la resurreccion, id y traedlos á todos á la sombra de las Palmeras; reunid allí gran número de testigos, porque encargado estoy de un mensaje del cielo para ellos y para vosotros. »

Y sin esperar su respuesta se encaminó á un grupo de niños que descuidados y alegres jugaban á la entrada del huerto de los Olivos. Contemplólos Neftoa largo tiempo en silencio, y al fin eligió en su pensamiento á nueve de entre ellos. Cinco fueron de los que ya Jesus habia bendecido á la faz del pueblo, los cuatro restantes por su propia inspiracion escogidos : la divina sabiduría le dirigió en aquella eleccion como suele encaminar la voluntad de los ángeles cuando bajan á la tierra á visitar á los futuros hermanos de su inmortalidad.

Dóciles á la voz de Neftoa siguieron sus jóvenes compañeros hasta el sepulcro, en el cual penetran sus miradas con la audacia propia de la inocencia, examinando hasta el fondo de la sombría bóveda primero, y despues pasando á contemplar la losa que cerró la entrada de la tumba. A poco sin embargo apoderóse de ellos santo estremecimiento, y acabando de asustarles la sombra de los pinos, cuyas imponentes copas se unian entre sí, fueron

á buscar contra los ardores del sol un abrigo, mas conforme á su edad, bajo la risueña verdura de los árboles frutales que la primavera esmaltaba con aromáticas flores. Allí sentados sobre el verde césped cubierto de rojos y blancos pétalos, que la brisa de la mañana arrancó á las floridas ramas, estaban muchos de los amigos de Jesus, entre los cuales algunos reconocieron desde luego al niño que en otro tiempo presentó su maestro al pueblo como ejemplo de candor y de humildad. Contemplábalos Neftoa en religioso silencio, mas conociendo sin embargo que prontas estaban á salir de sus labios palabras de esperanza y de felicidad, alentáronle los fieles con bondadosa sonrisa, y el niño les contó inmediatamente como Benoni se le habia aparecido y todo cuando este le dijo sobre la resurreccion del Salvador. Produjo en los oyentes aquel relato sensaciones mucho mas deliciosas, que cuantas hasta entonces habian experimentado; y exhalándose su santo éxtasis en armónicos sonos cantaron de esta manera :

« Ya no sangra el talon que la serpiente por él hollada mordió al espirar. »

Y mientras corre aquel torrente de armonía forman los piadosos niños graciosas ruedas, y danzan el triunfante baile de la victoria.

Y el coro de los fieles volvió á cantar :

« La tempestad cesó ; en las nubes se dibuja un

arco con celestiales matices, eterna es la alianza; eterna es la alianza de la resurreccion? »

Y mientras corre aquel torrente de armonía forman los piadosos niños graciosas ruedas, y danzan el triunfante baile de la victoria, y sus madres los coronan con las tiernas hojas de los floridos arbustos.

Y el coro de los fieles vuelve á cantar :

« El cordero inmolado acaba de enjugar las lágrimas de todos los pecadores que con su sangre redimió: la muerte no es ya mas que un dulce sueño. »

Y mientras corre aquel torrente de armonía, las graciosas ruedas de los piadosos niños se encaminan al Gólgota, y sus madres les ofrecen tiernos ramos de floridas palmas.

Y el coro de los fieles vuelve á cantar :

« El Resucitado exclamó desde lo alto de su cruz divina : ¡ *Magdalena!* y Magdalena estasiada enlazaba sus rodillas y no podia pronunciar mas palabra que esta : ¡ *Rabboni!* »

Y mientras corre aquel torrente de armonía, forman los piadosos niños graciosas ruedas, y danzan el triunfante baile de la victoria.

Y el coro de los fieles vuelve á cantar :

« Tomás exclamó : ¡ *Señor mio y Dios mio!* y sus ojos vieron las llagas del divino Resucitado, y su

mano tocó el pecho herido por la lanza homicida. »

Y mientras corre aquel torrente de armonía, forman los piadosos niños graciosas ruedas, y danzan el triunfante baile de la victoria.

Y el coro de los fieles vuelve á cantar :

« Tambien nosotros resucitaremos ; y resucitarán todos los muertos que han ido durmiéndose en el seno del Señor desde el origen de los tiempos hasta su postrero dia. »

Y mientras corre aquel torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosa rueda en torno del abierto sepulcro, arrojan en él sus coronas, y danzan el triunfante baile de la victoria.

Súbito inclinan los piadosos niños sus palmas, y suspenden los fieles sus cantos, porque sobre la roca del santo sepulcro distinguieron insólitas visiones.

Tres resucitados se descubren y brillan en todo el esplendor de su inmortalidad. Del fondo de las argentadas nubes, en los aires, suspendidas sobre el Gólgota, sale Asenath lentamente y se rodea de deslumbradores rayos. En el seno de las mismas nubes levanta Débora su cabeza y manos hácia el cielo, mas pronto se convierte tambien en un foco de luz celestial. Jedidot aparece en lontananza á manera de solitaria estrella que brilla en el punto del horizonte, donde al parecer se confunde la bó-

veda celeste con la superficie de la tierra; mas casi instantáneamente se le ve al lado de Débora y como ella brillante.

Isaac llega rodeado de querubines á quienes supera en belleza; Raquel, sacudiendo los largos rizos de su dorada cabellera, sale de una blanca nube llevando en los brazos al último de sus hijos con tan tierna solicitud, que todas las madres la reconocen al punto. Josías, Abraham, Job, Juan el Precursor, Set y Abel vienen á unirse con aquellos resucitados; Gabriel conduce al primer hombre, y relámpagos surcan las nubes. Póstranse los fieles y pareceles que los valles y las montañas vacilan y tiemblan. Casi en el mismo instante aparécese Eva á sus ojos. Envuelta en argentados destellos de luz, guia la madre del género humano en medio del suave azulado cielo al joven y gracioso Benoni. Tranquilizándose al ver la bondadosa sonrisa de Eva, de nuevo fijan la vista los fieles en los resucitados, y Nestoa, rápido como el pensamiento, se adelanta hácia Benoni, le saluda, inclinando al suelo la palma que tiene en las manos, y dice:

« ¡O tú que te has dignado aparecérteme! ya te conozco: sé mi protector para con esos tus celestiales amigos que á tu lado brillan. Y vosotros todos, ¡ó mensajeros del cielo! que, habiendo sufrido la carga de la vida, salisteis victoriosos de sus ásperas pruebas, permitid al niño, á quien Cristo

bendijo, que se aproxime á la sagrada roca para contemplaros de mas cerca. »

Eva, sonriéndose al oír tal deseo, dijo al primer hombre:

« Pronto, sí, pronto madurará la muerte ese fruto precoz. »

Guiado por Eva, acercóse Nestoa á Benoni; mas apenas penetró en el círculo de los inmortales que santo terror conmovió hasta la médula de sus huesos. Débora, entonces envolviéndole en diáfana nube, le dijo en voz baja:

« Acabas de oír cantar á los fieles, repítenos su himno. »

Y las arpas de los resucitados sonaron todas á un tiempo melodiosas; y sostenido por aquella vivificante armonía cantó el niño:

« En las nubes se dibuja un arco con celestiales málices; eterna es la alianza de la resurrección. »

Y mientras resonaba aquel canto, sostenido por las arpas vivificantes, agitó el piadoso niño la palma que en las manos tenia inclinándola hácia la tumba del Salvador y volvió á cantar:

« El cordero inmolado acaba de enjugar las lágrimas de todos los pecadores que con su sangre redimió: la muerte no es ya mas que un dulce sueño. »

Asenath, templando el brillo de sus rayos, dijo:

« ¿Porqué tardamos en darle la corona del sepulcro? »

Y la hermana de Lázaro llega y coloca la sagrada corona en la cabeza de Neftoa, y Neftoa canta :

« El Resucitado exclamó con voz divina : ¡ *Magdalena!* y Magdalena estasiada enlazaba sus rodillas y no podia pronunciar mas palabras que esta : ¡ *Rabboni!* »

Y mientras resonaba aquel canto, sostenido por las arpas vivificantes, lágrimas de gozo corrian de los ojos del niño, y cantó de nuevo :

« Tomás exclamó : ¡ *Señor mio y Dios mio!* y sus ojos vieron las llagas del divino Resucitado, y su mano tocó el pecho herido por la lanza homicida. »

Y mientras resonaba aquel canto, sostenido por las arpas vivificantes, apoderándose santo éstasis de los fieles, subieron estos á la sagrada roca, penetraron en el círculo de los inmortales y cantaron en coro :

« Tambien nosotros resucitaremos, y resucitarán todos los muertos que han ido durmiéndose en el seno del Señor desde el origen de los tiempos hasta su postrero dia. »

Y á medida que sus voces se estendian por los cielos, vibraron enérgicamente las arpas, produciendo aquellos sublimes acentos, que, al pie del trono del Eterno, acompañan á los cánticos de los

arcángeles. Los resucitados y los cristianos, aun sujetos al imperio de la muerte, no forman mas que un solo coro, y, uniendo sus pensamientos y voces, celebran asi la gloria del Salvador del mundo :

« ¡Honra y gloria al Leon de Judá, al cordero de Sion! ¡Honra y gloria á la mas rica y abundante de las espigas! Sobre el suelo, tinto en sangre de la colina del Gólgota, se encorvó un instante; mas levantóse al punto : naciones enteras se acogerán á su sombra, y en ella encontrarán la dulce frescura de la eternidad. Cuando salió triunfante de su sepulcro el vencedor de la muerte, escapóse de las manos del serafin la temida trompeta, y respetuoso silencio observaron todos aquellos que con él volvieron á la vida. »

La voz de los resucitados se pierde en los cielos; se alejan, se confunden insensiblemente con las nubes, y desaparecen en fin de la vista de los fieles.

En medio de uno de los mas risueños huertos de la Betania se oculta la morada de Lázaro; cristalino arroyo corre allí al pie del sepulcro de María que es el mismo del cual se levantó Lázaro á la voz de Jesus, y que para los despojos de su hermana es prision donde dormirán sueño invencible. Sin embargo sus amigos no lloran por ella, sabiendo que Cristo ha resucitado y que la piado-

sa doncella ha ido á reunirse con él. Todas las mañanas va Marta á esparcir sobre el fúnebre otero las tiernas flores que cogió en la orilla del arroyo; y, fiel á su piadosa costumbre, se encuentra ahora de rodillas sobre el sepulcro, rogando de todo corazón al cielo que se digne concederla el sueño que nos hace insensibles al suave perfume de las flores y, al dulce murmurar de los arroyos, mas por cuyo medio se llega á las incógnitas regiones donde mora el alma de su hermana.

Advertida por el ardor de los rayos del sol de que ya era tiempo de ocuparse en las domésticas faenas, apartábase Marta lentamente del sepulcro, cuando, saliéndola su hermano al encuentro, le dijo que habia convidado á sus amigos y á algunos peregrinos á un modesto banquete en su jardín.

Mientras Marta preparaba la comida, Lázaro, tomando del arroyo cantidad de húmeda arena, la estendió en el suelo de vasto cenador, sembró de flores aquella fresca alfombra y cubrió con las ramas de los arbustos y enredaderas, cuantos huecos en él daban paso á los rayos del sol. Al ocuparse así en adornar la verde estancia que á sus huéspedes prepara, pasó Lázaro diferentes veces al lado del sepulcro de su hermana, y enjutos permanecieron sus ojos; porque su corazón le decia que pronto iria á reunirse con ella, y, en virtud de ese presentimiento, sin escrúpulo arrancó las flores

que en el fúnebre otero crecian, para adornar con ellas la bóveda del cenador.

Bajo un palmero, plantado á orillas del arroyo, se han reunido varios resucitados llevando en sus manos salterios, trompas, clarines, sacabuches y trompetas. Mudos están aun los instrumentos, mas el pensamiento de los resucitados goza anticipadamente del encanto de los himnos solemnes que desde el pie de aquel arbol irán á perderse bajo la bóveda del festin, cuando aparezca el lucero de la tarde, y en pos de él la luna con sus argentados velos.

Sucesivamente fueron los amigos de Lázaro llegando y colocándose en el embalsamado cenador que la solicitud de aquel les preparó. Piadosos diálogos y el canto de los pajarillos ocultos en los bosques embellecieron la comida, y poco á poco sucedió una alegría tan dulce, como el murmullo de la fuente que mana en medio del desierto, á las violentas sensaciones que á los fieles han agitado desde la muerte del Mesías. Para aquellos hijos de la nueva alianza la vida no es ya mas que una triste noche del otoño, y la muerte breve y ligero sueño: ninguna duda entristece ya su alma, todos sus deseos son para mas allá de la tumba.

La luna matiza con sus blancos rayos el azul del cielo, brilla el lucero vespertino al trasluz de aquel diáfano velo, y los huéspedes de Lázaro se dispersan por el jardín.

Cierto peregrino de Samos, que dijo llamarse Dimnot, prosigue en la grave conversacion que habia trabado con un noble habitante de Jerusalem; y aquellos dos hombres sentian el uno por el otro la inclinacion que nace de la amistad sincera y pura que solas las almas generosas son capaces de conocer.

« ¡Ay! dijo el peregrino de Samos á su nuevo amigo; cesa de temer que la muerte nos aniquile. ¿Para qué germine la rica espiga que ha de regocijar al segador, no es preciso que antes sea enterada la semilla? ¿Para que estalle la tempestad que da testimonio de la gloria del Eterno, no se oscurecen primero las nubes? ¿Quisieras tú, que nuestra alma, grande y noble como es, viviera siempre cautiva en su miserable cuerpo de barro? »

Y pronunciando estas palabras desnudó el resucitado su forma de peregrino, y rodóse de fulgentes rayos, libertando así á su amigo de las penosas dudas en virtud de las cuales temia que la muerte pudiese reducirle á la nada.

Otro peregrino, procedente del rio de los siete brazos, y que se anunció bajo el nombre Kerthith, prosigue en la grave conversacion que habia trabado con un noble habitante de Jerusalem; y aquellos dos hombres sentian el uno por el otro la inclina-

cion que nace de la amistad sincera y pura que solas las almas generosas son capaces de conocer.

« ¡Ay! dijo el peregrino del rio de los siete brazos á su nuevo amigo; que no conoces, hombre afortunado, toda la estension de tu propia dicha; pues crees que en la tierra hay mil intensos y prolongados dolores para cada efimera alegría. Tan triste pensamiento oprime tu espíritu, mas pronto sacudirá ese peso, tú no conoces, hombre afortunado, toda la estension de tu propia dicha: una voz solemne que ya en esta vida se levanta sobre los sepuleros te hablará... ¡Amigo, próximo estás á escuchar el imponente llamamiento de la muerte!.. Celestiales cánticos te mostrarán las imágenes de la destruccion, y en tu alma nacerá el presentimiento de la resurreccion de tus pulverizados huesos.... Resurreccion, pensamiento sublime que tú comprenderás en toda su estension; para mí es una realidad, gracias á aquel, que á todos nos ha creado. »

Dijo, y toda su persona brilló espontáneamente con el resplandor de la luz primitiva. El fiel habitante de Jerusalem, doblando la rodilla, cayó sin sentido sobre las flores que cubrian el verde cesped: allí le encontraron sus amigos, merced á cuya tierna solicitud recobró sus facultades mentales y con ellas las fuerzas necesarias para referir la ce-

lestial aparición que vino á iluminar el porvenir, para él hasta entonces oscuro.

Sentado sobre una piedra cubierta de musgo y con la mano en la frente, fija Sébida sus sombrías miradas en la tierra, mientras que su pensamiento vaga por las mas altas regiones.

« ¿Habré renunciado en vano, se decia, á investigar los secretos del porvenir? ¿Habré forzosamente de persuadirme de que una parte de los peregrinos que acaban de comer á la misma mesa que yo, eran resucitados; y tambien de que se han aparecido á mis amigos? ¡ Muertos que os decís vivos, mostraos á mis ojos, que acostumbrados los tengo á distinguir la realidad de las ilusiones!... ¿No respondeis á mi voz que os llama?... »

Un peregrino de la isla de Tenedos, presentándose súbitamente al joven escéptico, despues de estenderse sobre los errores á que los mortales se dejan arrastrar, unas veces por exceso de credulidad y otras por exageradas dudas, continuó diciendo :

« El que es verdaderamente sabio no medita sino sobre aquellas cosas cuya naturaleza y estension le permiten comprender y apreciar sus facultades. Si alguna vez se ve precisado á examinar cuestiones mas profundas, entra en ellas con sincero deseo de ilustrarse, y no se deja deslumbrar por el funesto orgullo que impele á los hijos de la

tierra á desechar como imposible cuanto su escasa ciencia y limitado entendimiento no alcanzan á explicar. »

Dijo y desapareció. Sébida entonces, mirando en torno con asombro, esclama :

« ¡ Se ha desvanecido !... Era una aparición, una aparición y sin brillo sobrenatural... ¿ Quién es él que me la envia?... ¿ Habrá venido ese habitante del cielo á mí espontáneamente, solo porque sabia que necesitaba mi espíritu de que un rayo celeste le iluminase?... No: era un mensajero de Dios, lo conozco porque me ha sacado del océano de las dudas en que iba á abismarme... Heme ya sobre la orilla, escuchando con placer el bramido de las olas, porque sé que ya no pueden alcanzarme. »

Apenas hubo pronunciado estas palabras aparecióse en lontananza el peregrino que acababa de dejarle y acercándosele lentamente en medio de celeste auréola hizo seña al joven escéptico de que le siguiese, como en efecto lo hizo sin vacilar, porque ya habia sacudido las cadenas de la duda. Bajo el palmero donde todos los resucitados se reunian despues de haberse aparecido á los fieles, acabó el inmortal de ilustrar al joven, revelándole una parte de los secretos de la Providencia, que bastó á que adivinase aquel las bienaventuranzas celestiales. Sébida, despues de oirle con admiracion, clamó por fin :

« ¡O tú, que sales del sepulcro y comprendes la eternidad! ¿Quién eres? »

« Soy José, respondió el resucitado. Tu padre vive aun, ve á repetirle lo que acabo de enseñarte, para que el venerable anciano vea antes de bajar á la tumba bañadas en llanto de alegría tus mejillas y te bendiga. »

De pie sobre el monte Tabor pesa el Salvador del mundo, en su temida balanza, las acciones de los hombres, y bondadosamente se sonríe contemplando las escenas de felicidad que tienen lugar en el huerto de Lázaro.

Este, rodeado de sus mas íntimos amigos, razona con ellos sobre las sublimes lecciones que el Mesías les dejó en herencia y que mas tarde se convertirán para todo el linaje humano en santo manantial de la nueva vida.

« Sí, decía, hasta que nos despertemos en la tumba no sabremos porqué el brillante porvenir que presentimos no se ha realizado mas pronto... y entonces solo sabremos tambien porqué nuestro divino Salvador descendió hasta la humilde condicion de las criaturas de la tierra. No nos es dado aquí abajo sondear ese misterio de los cielos: hablemos pues de él con reserva y temor; solo así pueden simples mortales razonar sobre cosas divinas... Cuando un hombre generoso y bueno se mira rechazado y desconocido por sus hermanos, á

quienes ama con sincero amor, entonces, ay, padece y derrama ardientes lágrimas que tierna compasion nos inspiran. ¿Y, sin embargo qué cosa es ese mortal mas que un hombre no tan malo como el resto de sus semejantes?... ¿Y Cristo, Mediador divino?... Sin que tratemos de profundizar el misterio de los cielos, séanos lícito comparar al Hijo del Eterno.. No, no, ante ese celestial prototipo desaparece cualquiera otra imagen. Cristo fué desconocido y rechazado por los hombres á quienes amaba con sincero amor, y padeció, y derramó ardientes lágrimas... ¿Qué lágrimas fueron nunca tan dignas de respetuosa compasion como las tuyas? ¿Qué padecimientos pueden á los suyos compararse? Dotado, como lo estaba, de la inmensa facultad de sentir de que solo un Dios es capaz, ¿cuales serian sus sensaciones cuando con alegría y mofa cruel de los infiernos se vió revestir del manto regio y ceñir la frente con la corona de espinas? ¿Cuales cuando mezclado con viles delinuentes le arrastraron al suplicio; cuando para apagarle la sed le dieron á beber hiel y vinagre; cuales, en fin, cuando en la cruz sufrió la mas lenta y terrible de las agonías?... »

Abrumado por la melancolía apartóse Lázaro lentamente del parage donde hablaba y fué á sentarse sobre el sepulcro de su hermana.

« Aquí, exclamó apoyando la diestra en el fúne-

bre monumento, aquí germina la semilla de la resurreccion... ¡Pobre hermana mia! en tus últimos instantes solo he podido hablarte de Jesus muerto... ¡muerto en la cruz!... Ahora cerca de él estarás... sí, debes estarlo; mi corazon me lo asegura... »

Volaba sobre su tumba el alma de María Magdalena y gimió dulcemente al escuchar á Lázaro, porque no la era lícito aparecérselo; mas consolóse con la esperanza de que acaso se dignara el Mesías hacer por su hermano tanto como los dos amantes Gidlia y Sémida, á quienes en calidad de resucitados concedió que en cuerpo y alma subieran á los cielos. Lázaro entre tanto prosigue en sus tiernas quejas :

« ¡Cual hubiera sido tu felicidad, oh María, si á mi lado te vieras en tan fausto dia! ¡Con qué gozoso éstasis hubieras procurado adivinar, por la fisonomía de mis huéspedes, si pertenecian todavía á la tierra ó si eran mensajeros del cielo! »

Y el pensamiento de María responde al pensamiento de Lázaro :

« ¡Oh si yo pudiera aparecerme á tí, hermano mio! Entonces te diria los nombres de los inmortales que á tu mesa se han sentado... pero, ¡ay de mí! tú no me oyes, y ni mi tumba, ni el arroyo que la baña pueden tampoco oirme... ¿Y qué importa? Quiero olvidar la distancia que nos separa,

quiero figurarme que puedes escucharme. Oye pues : ese venerable anciano cuya cabellera parece mas blanca que las flores del arbusto que al pie de mi sepulcro crece es Oza¹; el mancebo que lentamente se pasea siguiendo el curso del arroyo, es Jetro, el pastor de Madian². Mira con qué angélico candor se envuelve la dulce Dorcas, la tierna hija de Jetté, en su trasparente velo... »

Y mientras María, hablaba á su hermano, fijaba los ojos en los resucitados, perdiase su espíritu en éstasis sin límites; porque si acá veia á Korak³ apoyando contra un olivo su arpa celestial que Jedito coronaba de flores; mas allá á Raquel enlazando al tronco magestuoso de un olmo verdes guirnaldas de yedra que Gemina prolongaba

¹ Habiendo David congregado á todo el pueblo de Israel para trasladar desde Kiriath-Jeharim á Jernsalen el arca santa, fué esta colocada sobre un carro de bueyes, cuyo conductor era Oza. Tropezó uno de los bueyes, vaciló el arca, tendió Oza la mano para sostenerla, y apenas la hubo tocado cayó muerto. David, sumamente afligido por tal desgracia, dió al lugar donde aconteció el nombre de *Pevels-Oza*, separacion de Oza. Allí construyeron los reyes de Judás una casa de recreo, en la cual fué enterrado Manasés. (Paralipomenos, I, 45, y II, 55.) — T. F. — La muerte de Oza fué castigo de Dios irritado : ¿por qué pues Klopstock coloca á aquel Hebreo en el número de los resucitados y mensajeros del cielo? — T. E.

² Jetro, suegro de Moisés, era pastor, ó mas bien ganadero, en Madian, país que separaba al Egipto de la tierra de Canaan. — T. F.

³ Korak y su amigo Jedito, fueron dos de los cantores de David. — T. F.

á lo infinito. Luego se le presenta el pastor Zalmona que espiró de gozo cuando oyó á los ángeles celebrar el nacimiento del hijo de María, acompañado de otro mas noble y mas antiguo pastor, del hijo de Isai, y ve que entrambos van rogando á los resucitados que al paso encuentran, que les refieran los trasportes de los mortales á quienes respectivamente se han dignado aparecerse. Entonces dirigiéndose de nuevo el pensamiento de María á su hermano, dijo :

« ¿Conoces á Elifás¹? ¿Le ves encaminarse hacia Heman²?... Ya se hablan, y sus ojos centellean... Heman se acerca á mi sepulcro, se sienta á tu lado,... mas no puedes verle porque se ha despojado de las formas sensibles á los ojos de los mortales... y va á elevarse hasta la cima del Tabor... No te vayas, caro Heman, dignate aparecerte á mi hermano, y vea yo las lágrimas de alegría que tu presencia le hará derramar. »

Y Heman responde :

« Antes de subir á los cielos se aparecerá el Redentor á Lázaro, y Lázaro será trasfigurado. »

¹ Elifás fué uno de los amigos de Job, que durante la miseria de este iban á disputar con él y á llenarle de reconvenciones ; halló después gracia á los ojos del Eterno, porque en cumplimiento de sus preceptos hizo don á Job de siete toros y otros tantos carneros, para que fuesen ofrecidos en holocausto al Señor. (Job.) — T. F.

² Heman, uno de los cantores de Daniel, sobre el cual puede verse la nota al canto XI, pág. 448 del tomo I. — T. F.

« ¡O ináudita felicidad ! Subirá mi hermano con nosotros al reino de la luz, y en él aumentará el número de los primogénitos de la Redencion, y su voz se unirá á los celestes himnos ! »

En vano se regocija anticipadamente María por la trasformacion de Lázaro, este ni verla ni oirla puede ; mas dominado, sin embargo, por cierta vaga inquietud y por un sentimiento indefinible, se levanta del fúnebre monumento y va á reunirse con sus amigos.

Eneo retirado á la parte mas solitaria del huerto, y apoyada la frente en sus dos manos, medita sobre la felicidad de los fieles que acaban de ver á los resucitados.

« Sí, pensaba, grande es su felicidad : pero ¿no me ha cabido tambien alguna parte de ella, cuando me han hecho relacion de lo que han visto y oido?... ¿Qué partido debo tomar ahora?... ¿Me es lícito aun servir á los conquistadores del universo, y quemar incienso en las aras de Júpiter tonante? ¿Debo mancharme de nuevo con la sangre de aquellos de los oprimidos, que rehusan encorvarse bajo el yugo del inhumano vencedor? ¿Puedo formar parte todavia del acompañamiento triunfal, puedo gozar de los sensuales, placeres que Roma ofrece á sus soldados cuando victoriosos los recibe en sus muros?... ¿No he aprendido ya á mirar la vida bajo otro aspecto?... Alegria estre-

pitosa, sangrienta gloria : adios para siempre ; si, que para siempre tambien me consagro al Dios de amor y de misericordia , á las santas obligaciones que él nos impone , á las celestiales verdades que su boca nos enseñó en la tierra. Sé conmigo en adelante, Dios de amor y de misericordia ; y dignate guiar mis pasos. »

Apenas hubo su pensamiento dirigido al cielo estas últimas palabras apareciéndosele Elihú¹, en todo el resplandor de su inmortalidad, le dijo algunas palabras de salud y consuelo.

Ya la vision había desaparecido, mas aun la vista del piadoso Eneo estaba fija en el parage mismo donde se desvaneció, y su alma creia escuchar aun las santas verdades que acababan de revelársele.

Betoron² amaba á Jesus, pero no lo bastante para seguirle : negóse pues á ser de sus discipulos, pero posteriormente se arrepintió amargamente de su culpa. Profunda era la tristeza que sobre él

¹ Elihú, el mas joven y el mas prudente tambien de los amigos de Job, fué el único de los que con él iban á discutir durante su miseria, que no le insultó, exhortándole por el contrario á resignarse y esperar. (Job, cap. XXXII y sig.) — T. F.

² Los cuatro Evangelistas refieren que hubo cierto joven muy rico, que persuadido de la moral de Jesucristo, quiso ser discípulo suyo ; mas cuando el Mesías le mandó que para seguirle abandonase todas sus riquezas, no tuvo valor para hacer tan alto sacrificio. De ese, á quien los santos Evangelios no nombran, habla aquí Klopstock, llamándole Betoron. — T. F.

pesaba, porque no se atrevia á esperar que bastaran sus remordimientos á que aplacándose el divino resucitado le enviara algun mensajero inmortal. En vano Lázaro procuró consolarle : huyendo la sociedad de sus amigos se pasea solitario en el mas sombrío de los bosques del huerto. Allí se le presentó Elihú bajo la forma de un peregrino, rogándole que le refiriera los milagros de Jesus mientras permaneció en la tierra. Respondió Betoron enumerando con sumo calor todos los prodigios de que había sido testigo, y el resucitado le interrumpió inopinadamente diciendo :

« ¡ Cuan felices sois los que habeis visto con vuestros ojos, y oido con vuestros oidos ! »

Y sin atender á la voz del mancebo que con ansia le llamaba, desapareció á su vista. Entonces, conociendo Betoron, que quien acababa de hablarle era un mensajero celeste, pero que no le creia digno de ser por él iluminado, imaginóse mas desdichado que antes. Sin embargo siguió el mismo camino que el inmortal al desaparecerse ; mas en vano pues al cabo solo encontró la florida tumba que ocultaba los restos de María, nada oyó mas que el murmullo del arroyo cuya corriente iba á perderse en el verde vecino bosque. A poco de llegar allí reunióse con él cierto peregrino que ya durante el banquete le había hablado diferentes veces, y que entonces le dirigió bondadosamente

la palabra, rogándole que le mirase desde aquel momento como su mejor amigo. Cedió Betoron á la necesidad de desahogar su corazón en el seno de un alma capaz de comprender, y dispuesta á compadecer las penas que sufría, y en efecto refirió al peregrino como había rehusado seguir á Jesús, y asimismo los crueles remordimientos que de haberlo hecho tenía. Aquel su nuevo amigo le prodigó tales consuelos que le llenaron de gozo y de sorpresa hasta el punto de hacerle esclamar :

« Acaba la obra que has comenzado ; porque, ya no puedo dudarle, tú eres uno de los mensajeros que el Salvador envía á sus testigos en la tierra. No apartes de mí tus miradas llenas de amor y de esperanza... Acabas de decirme que eres mi amigo, ¡ pues en nombre de nuestra amistad te ruego que te me aparezcas en todo el resplandor de tu inmortalidad ! »

Jedidot, pues él era quien consolaba al desdichado Betoron, le estrechó contra su pecho inundándole de luz celestial, y aquel perdió el sentimiento de existencia... Al volver en sí nada vió el pecador arrepentido : pero el recuerdo de la aparición que Cristo se había dignado enviarle fué bastante para que en adelante se considerase feliz.

Guiados por sus ángeles custodios, salieron Cid-

lia y Sémida del astro Hespero ¹, y fueron despues de haberse detenido un instante cerca de la tumba de María, á unirse con los demas resucitados que se hallaban al pié del palmero. Allí por insinuación de uno de los inmortales cantaron los dos amantes un himno celebrando su felicidad y su amor en los cielos.

Sonidos mas misteriosos que el que producen las hojas que el viento agita, mas gratos que el murmullo de los arroyos, llaman la atención de Lázaro y de sus huéspedes ; quienes despues de procurarse en vano darse cuenta del origen y naturaleza de tan suaves melodias, se deciden á escucharlas, deteniendo hasta el aliento, é imponiéndose unos á otros silencio con espresivos ademanes.

Y uniendo su voz á los acentos de las arpas, de las trompas, de los clarines, de los salterios, y de las trompetas de los resucitados, cantó Sémida :

« Realizáronse en fin los confusos ensueños que llenaron nuestra existencia desde que sacudimos el sueño de la muerte. Bella es la eternidad : mucho mas bella me parece cuando tu pensamiento la mide juntamente con el mio. »

Y Cidlia responde :

« Hermosa es la estrella de la noche, pero mu-

¹ Hespero, Vesper y Venus, son tres nombres que se dan al lucero vespertino. — T. F.

cho mas hermosa me parece cuando conmigo la admiras tú. Embellecen tus miradas al dia que aparece, al sol que en los espacios gira.

« Unisonos suenan los astros : todo en el universo es armonía. La armonía engendra todas las bienaventuranzas celestiales, ella es la que ha fundido en una nuestras dos almas ; sí, Cidlia, la armonía es el amor, es la felicidad.

« Hespero⁴ conoció tambien el entusiasmo del

⁴ El Hespero de que aquí habla Klopstock, no es ya la estrella de Venus, sino el hijo de Japet, ó Japeto, segun la mitología, de Jafet, hijo de Noe, segun la tradición cristiana y la opinión de la mayor parte de los sabios que se han ocupado en indagar el origen de los pueblos. Dícese de ese Hespero, que fué muy dado á la astronomía en la cual hizo los primeros descubrimientos, y que habiendo subido á cierta montaña para observar los astros le mató un rayo. Parece que entonces hicieron los hombres su apoteosis, y dieron su nombre á uno de los mas bellos luminares del cielo.—Por lo que en la estrofa siguiente dice vemos que Klopstock supone que el espíritu del astrónomo se hallaba en la estrella de su nombre, pero ocupando en la escala de las bienaventuranzas un grado inferior al de Cidlia y Sémida, pues las percepciones de estos eran infinitas, y las de aquel limitadas á siete sentidos, dos mas que los conocidos en la tierra. Tal vez ese número aluda á las siete hijas de Hespero, que la fábula consideró desde la mas remota antigüedad, como dueñas y soberanas del famoso jardín llamado de las Hesperides, que cada pueblo colocó en la region que mejor le cuadraba, algunos á la entrada del cielo y otros en el cielo mismo. Creemos que el jardín citado, las islas dichosas ó afortunadas, la Atlantida, etc., sean una misma cosa. En cuanto á la singularidad de que Klopstock, en una epopeya cristiana, se valga de mitológicas, alegorías, diremos que sin duda toma á Hespero como hijo de Jafet, quien pobló, segun la tradición cristiana, parte del Asia, y todo el litoral del Mediterraneo.—T. F.

amor, pero nunca amó, como nos amábamos nosotros, Sémida mio.

« Largos dias de felicidad cuentas ya, ó Hespero, mas aun no has sacudido tu primitiva forma. Siete sentidos tiene solos tu alma para trasmitirle las sensaciones esternas ; las nuestras beben ya en todas las fuentes de la creación, se extienden á la eternidad. ¿Te es dado, por ventura, distinguir de tan lejos como nosotros lo podemos la flor que se dilata en el *valle de las Tumbas* ; oyes el murmullo de la corriente del arroyo que humedece las raices de sus árboles ? »

« Cuando no veia yo mas que con mis ojos mortales, lloraba por mí, por el arroyo cuyo manantial secan los ardores del estío, por la flor que los rayos del sol agostan : mas cuando mi Sémida, salvando conmigo los límites de los tiempos, me recibió en sus brazos... »

Espiró en los labios de Cidlia ese cántico de amor, porque no lejos del palmero vió á su madre abatida por el dolor y anegada en llanto. Aparecióse á ella inmediatamente con todo el resplandor de su celeste gloria ; y no siendo capaz de tan supremo gozo el alma de un mortal, rompió la de la desdichada madre de Cidlia los lazos que la unian á esta vida de sollozos y amargura, y subió al trono del Eterno sostenida en los brazos de su hija y de Sémida.

Con Semno conversa hace ya algun tiempo cierto noble peregrino sobre las apariciones que han consolado á los fieles, escuchándole aquel con vivo interés, hasta que por fin esclamó :

« Feliz seria, si se dignase mostrármeme alguno de los moradores del cielo; mas para creer en la resurreccion de Cristo no he menester que uno de sus mensageros venga á decirme que es cierta. »

Entonces el peregrino, alejándose poco á poco de Semno, dijo para sí :

« No quiero mostrarme á ese tal cual soy : su fe es incontrastable, tal vez mi aparicion le envaneciera, y un instante de pasagera dicha podria acaso costarle su eterna ventura. »

De pie sobre el monte Tabor pesa el Salvador del mundo en su temida balanza las acciones de los hombres, y bondadosamente se sonrie contemplando las escenas de felicidad que tienen lugar en el huerto de Lázaro.

Berbeson, el único de los diez leprosos curados por Jesus, que volvió á buscarle para manifestarse agradecido á tan singular beneficio, se paseaba pensativo á orillas del arroyo, y llegando á sus oídos, aunque confusamente, las celestes armonías, acercóse al palmero á cuyo pie y como al trasluz de un velo, vió á los inmortales allí congregados. Tal vez iba á sucumbir al éstasis que en su ánimo producía la vibracion de las arpas celestiales cuan-

do uno de los resucitados, acercándosele, le sostuvo y condujo hasta el grupo de sus compañeros. Allí, y despues de que se envolvió en la nube que á todos ocultaba, le mandó coger algunos ramos de palma. Hizolo así Berbeson, repartiendo á los resucitados todas las palmas menos una que su introductor le dijo conservara para sí. Animado con aquel favor se atrevió el antes leproso á hacerles algunas preguntas á los celestes mensageros, y ellos bondadosamente le dijeron como habian salido de sus sepulcros por disposicion del Redentor divino, para ser testigos de su resurreccion; que permanecerian en la tierra mientras el Mesias la honrase con su presencia; y que, en fin, con Jesus volverian á los cielos.

« Perdonadme, dijo Berbeson, si todavía me atrevo á importunaros con preguntas : pero dignaos decirme si estoy condenado á vivir largo tiempo. »

« Lo ignoramos, » respondieron los inmortales. Y Berbeson volvió á decir :

« ¿Qué habeis experimentado cuando os desperdasteis del sueño de la muerte? »

« Lo que Adan, cuando de manos de su Creador recibió la existencia; tambien para tí sonará la trompeta que nos llamó á la vida eterna. »

Y Berbeson nada ve ya, nada oye. Inmóviles están las hojas del palmero, los aires mismos detie-

nen su aliento : pero todos los gozos de los cielos llenan el corazon de aquel mortal que por segunda vez prueba los efectos de la divina misericordia.

Así fué como sobre los amigos de Lázaro, congregados para buscar en dulces coloquios consuelo pasagero, cayeron inesperadamente para ellos todas las bendiciones del cielo ; tal acontece al moribundo que imaginó hallar en el sepulcro solo frio descanso, y despues ve brillar ante su espíritu la inmensidad de los cielos y una eterna felicidad.



CANTO DÉCIMO OCTAVO.

ARGUMENTO. — Adan ruega al Mesias que le revele algunas de las consecuencias de la redencion. — Jesus, accediendo á sus súplicas, le revela en una vision parte del juicio final. — Refiéresela Adan á los ángeles y á los resucitados, diciéndoles que ha visto juzgar á los enemigos de Cristo, — á los fundadores del culto de los idolos, — á los impíos, — á los perseguidores, — y á los malos reyes.

Adan, postrándose á los pies de Cristo, dice :
 « Si hallé gracia á tus ojos, ó mi divino Salvador, haz que mi pensamiento comprenda toda la inmensidad del beneficio, que sacrificándote, has hecho á mis innumerables hijos. »

nen su aliento : pero todos los gozos de los cielos llenan el corazon de aquel mortal que por segunda vez prueba los efectos de la divina misericordia.

Así fué como sobre los amigos de Lázaro, congregados para buscar en dulces coloquios consuelo pasagero, cayeron inesperadamente para ellos todas las bendiciones del cielo ; tal acontece al moribundo que imaginó hallar en el sepulcro solo frio descanso, y despues ve brillar ante su espíritu la inmensidad de los cielos y una eterna felicidad.



CANTO DÉCIMO OCTAVO.

ARGUMENTO. — Adan ruega al Mesias que le revele algunas de las consecuencias de la redencion. — Jesus, accediendo á sus súplicas, le revela en una vision parte del juicio final. — Refiéresela Adan á los ángeles y á los resucitados, diciéndoles que ha visto juzgar á los enemigos de Cristo, — á los fundadores del culto de los idolos, — á los impíos, — á los perseguidores, — y á los malos reyes.

Adan, postrándose á los pies de Cristo, dice :
 « Si hallé gracia á tus ojos, ó mi divino Salvador, haz que mi pensamiento comprenda toda la inmensidad del beneficio, que sacrificándote, has hecho á mis innumerables hijos. »

Y Cristo responde :

« Las consecuencias de la redencion no se revelarán hasta el último dia de los tiempos. Ve á reposar á la sombra de aquel cedro, haré pasar ante tí una vaga vision de aquel gran dia. »

Obedeció Adan, y apenas estuvo bajo la sombra del cedro magestuoso, apoderóse de él un sueño dulcísimo, durante el cual tuvo una vision sublime. Así que despertó, apresuradamente fué el padre de los hombres á reunirse con los ángeles y los resucitados, quienes con sus miradas le preguntaron que era lo que le habia pasado.

Sentóse entonces el esposo de Eva sobre una verde colina, y los ángeles y los resucitados rodeándole observaron religioso silencio, mientras se preparaba á referirles la vision que el Salvador se dignó enviarle.

Habian pasado para mí las santas horas de un dia consagrado al Señor, cuando súbito ví á la musa de Sion mecerse blandamente en alas del crepúsculo. Nunca tan imponente me pareció como entonces, nunca tan profundamente ví grabado en su divino rostro el sello de la eternidad. Cantaba la vision de Adan, y tan hondamente la conmovia la magestad de su asunto, que mas de una vez hubo de interrumpir el canto. Ya sus mejillas parecían abrasadas, ya de palidez se cubrian; y de sus labios salian ora atronadores acentos, ora lastimeros suspi-

ros. Penosamente pulsaban sus manos el arpa de oro, y entre los rizos de su flotante cabellera temblaba su diadema. Luego recobró su tranquilidad primera, celestial sonrisa dilató su fisonomía, y los divinos hijos de su alma, sus piadosos pensamientos, tendieron las alas y á impulso del aliento de la tempestad subieron hácia el trono del Eterno.

Habitantes de la tierra, voy á procurar repetiros el santo cántico de la musa de Sion, en cuanto le es posible hacerlo á un debil mortal. Para cantar los mil y mil pensamientos que en mi presencia entona fuera necesaria la voz de un angel; para adivinar los mil y mil sublimes pensamientos que no me ha juzgado digno de escuchar, fuera necesaria la intuicion de todo un Dios.

Sentado está el Padre de los hombres sobre una verde colina, y los ángeles y los resucitados rodeándole, observan profundo silencio, mientras les refiere la vision que el Eterno se dignó enviarle.

« Una fuerza rápida y poderosa como el pensamiento de un serafin me arrebató conduciéndome instantáneamente hasta los campos de la resurreccion. Imponente y terrible era el espectáculo que ofrecia el género humano reunido en derredor del trono del Juez supremo. Al contemplarlo comprendí en toda su estension que cosa sea la resurreccion. »

Y diciendo así, dominado Adan por la vehemen-

cia de sus recuerdos, postróse, alzó los ojos al santuario de los cielos y clamó :

« Te dignaste, Salvador del mundo, escuchar las preces del primero de tus hijos : mis ojos han divisado algunos de los rayos del mas grande de tus dias : mis oidos han escuchado el lejano bramar de tus tempestades, ¡Juez supremo!... Gracias te sean dadas, Hijo del Eterno. »

Diciendo así, levantóse y prosiguió su relacion :

« Mucho tiempo hacia que el juicio universal habia comenzado, pues al llegar ví que la suerte de millares de millones de muertos estaba resuelta... ¿ Quién será capaz de calcular la duracion de aquel gran dia?... No alumbraba el sol, no, que todos los soles de la creacion se habían apagado : pero el trono eterno radiaba al espacio infinito deslumbradores rayos... Ví el altar del sacrificio y al inocente Abel⁴ atravesado con mil heridas que los malos le hicieran. Un querubin de amenazador aspecto dejó entonces caer la temida trompeta con la cual acababa de llamar á juicio á los cristianos, que en nombre de la ley de amor, dieron muerte á otros cristianos. Voló un momento silenciosamente sobre el campo de la resurreccion el lúgu-

⁴ Los profetas consideran siempre á Abel y á Isaac como victimas inocentes, cuyo sacrificio fué simbolo y anuncio de la venida y pasion de Cristo. — T. F.

bre querubin, y despues derramando dos urnas que en las manos tenia llenas de sangre la una y de lágrimas la otra, se volvió hácia el Juez supremo y clamó :

« Tú que has contado todas las gotas de sangre
« inocente, tú que has contado todas las lágrimas
« que los oprimidos han derramado, tú, Señor, há-
« rás justicia á los inocentes y darás paz á los des-
« graciados »

« Y el Juez supremo miró á las víctimas inocentes con una espresion de amor que ninguna lengua es capaz de pintar ; y los arcángeles, y los seráfines, y los bienaventurados se estremecieron. Mas las víctimas inocentes no levantaron su voz acusadora ; y sus ojos, brotando misericordia como en el momento en que bajo el velo de la muerte desaparecieron de la tierra, pedian el perdon para sus verdugos. Entonces, levantándose uno de los jueces celestiales, dijo á los unos :

« Sean todas las bienaventuranzas de los cielos
« vuestro patrimonio, porque supisteis sin mur-
« murar reclinar vuestras cabezas en el altar del
« sacrificio. »

« Y dijo á los otros :

« Sean todos los tormentos del infierno vuestro
« patrimonio, porque, en nombre del Dios de amor
« y de misericordia, tirasteis la espada y encendis-
« teis las hogueras. Cuando degollabais á vuestros

« hermanos, desplegando al mismo tiempo el es-
 « tandarte de la cruz, hubiera el Señor lanzado so-
 « bre vosotros el mas terrible de sus rayos, si en
 « su inmutable pensamiento no estuviese resuelto
 « á convocar á todos sus hijos para este gran día
 « de la revelacion de todos los misterios de la Pro-
 « videncia. ¿Qué fué de los infelices, cuyos santos
 « himnos de en medio de vuestras hogueras su-
 « bieron hasta Dios?... El soplo de la resurreccion
 « ha reunido sus cenizas, el himno de muerte se
 « ha convertido en cántico de triunfo, y su lasti-
 « mera voz, que para vosotros pedia misericordia,
 « es ahora clamor de alegría que celebra la omni-
 « potencia del Salvador. »

« Calló aquel Juez y volvió á ocupar su asiento
 de oro; otro juez le reemplazó, y, habiendo lle-
 gado nueva legion de muertos, dijo :

« Vosotros habeis empleado vuestra vida en ha-
 « ceros superiores á las demas criaturas de nuestra
 « especie; y en vano ocultasteis el orgullo en el
 « fondo del alma, porque vuestras acciones y los
 « mármoles que adornan vuestros sepulcros dan
 « testimonio contra vosotros. Dios penetra en el
 « pensamiento : mas vosotros, sin poder hacerlo
 « así, os atrevisteis sin embargo á condenar á hom-
 « bres que eran cristianos como vosotros. Olvidan-
 « do que si es cierto que algunos pecadores levantan
 « tan audaces el vuelo hasta el Hijo del Eterno, y,

« desiumbrados por el resplandor de su magnifi-
 « cencia, acaban por no ver en él mas que la qui-
 « mera que sus locuras forjaron, tambien lo es que
 « no os tocaba á vosotros constituviros intérpretes
 « de vuestro Dios; osasteis lanzar contra vuestros
 « hermanos rayos que vuestras manos no tenían
 « fuerzas para sostener. En vez de ocuparos con
 « santa y solícita diligencia en procurar vuestra
 « propia salud, levantasteis orgullosos vuestra fren-
 « te de bronce sobre los demas gusanos que piado-
 « samente se arrastraban en el polvo. Deprecias-
 « teis á vuestros hermanos, hicisteis mofa de ellos
 « y ni su sangre respetasteis; ahora esa sangre,
 « que vuestras manos derramaron, levanta su voz;
 « y el Juez supremo se halla sentado en su trono
 « para escucharla y vengarla. »

« Pareció entonces uno de los que ocupaban
 mas alta dignidad en el trono; era Tadeo, á quien
 los cielos llaman Elim, como al que fué su angel
 custodio en la tierra y entonces será su hermano
 en la eternidad. Sus melancólicas miradas vagaron
 un instante sobre aquella numerosa legion de pec-
 cadores; despues, con voz triste y solemne, les
 dijo :

« No quiero fijar mas tiempo el pensamiento en
 « la senda que seguisteis durante vuestra vida de
 « pruebas, porque la miró teñida en sangre y cu-
 « bierta de cadáveres. ¡ Ay ! ¡ porqué no os fué dado

« ver el estremecimiento de la tierra, cuando por
 « primera vez bebió la sangre de una víctima ino-
 « cente derramada por manos fratricidas! Anun-
 « ciado os fué este dia terrible del juicio final, no
 « quisisteis creer en él, y solo habeis traído á la
 « eternidad corazones vacíos y secos. Y no así sa-
 « listeis de manos de vuestro Creador : vosotros
 « mismos os hicisteis tales como sois. Las lágrimas
 « que no soy dueño de contener, no es vuestra
 « suerte, no, la que me las arranca: por la especie
 « humana que vosotros depedazasteis lloro. El átomo
 « que en el polvo se abismaba, y la inmensa bóve-
 « da de los cielos que sobre nuestras cabezas mi-
 « rabais, os revelaban la existencia de un Dios mi-
 « sericordioso ; mas nunca alzasteis vuestros ojos
 « al cielo, nunca tuvisteis compasion de ninguno
 « de los seres que padecian. La justicia divina es
 « indulgente, pero para vosotros no tendrá pie-
 « dad. »

« Aun hablaba Elim, y ya el Juez supremo ha-
 bia vuelto los ojos al angel exterminador... ¿Cómo
 podré, celestiales amigos, describiros la espresion
 de aquella mirada? ¿Cómo podré daros exacta
 idea del acento de su voz cuando dijo al lúgubre
 querubin :

« Derrama los mas horribles de tus terrores so-
 « bre esa horda maldita para que presienta los
 « tormentos que la esperan. »

« Y el angel de la muerte, tendiendo sobre ellos
 el lúgubre velo de *la media noche*, los obligó á que
 caminasen delante de él, y los condujo al abismo
 cuyas espantosas simas se los tragaron para siem-
 pre.

« Al enviarme la profética vision que refiero,
 dióles el Señor poder á mis ojos para que penetra-
 sen hasta el fondo de los abismos, y por eso ví que
 estaban cubiertos de huesos amontonados, cada
 uno de los cuales, soplando la tempestad, se leván-
 tó, tomó voz, y con ella lanzando anatemas salió
 al encuentro de los que allí llegaban. Lleno de es-
 panto, me arrojé á las plantas del Salvador, implo-
 rando su misericordia ; y él sonriéndose me enseñó
 en los aires una legion de almas que todas vestian
 la blanca túnica de la inocencia, y en las cabezas
 llevaban coronas de flores inmortales. Entonces
 bajaron aquellas almas hasta el pie del trono, y,
 deponiendo allí las coronas, con melodiosas voces
 cantaron este himno :

« ¡ Gloria á ti que estás sentado en ese trono so-
 « berano para juzgar á las criaturas de la tierra
 « que tu voz despertó del sueño de la muerte! Pe-
 « sadas cadenas arrastramos, crueles tormentos
 « padecimos ; mas hasta que el Espíritu santo des-
 « cendió á nosotros, inspirándonos valor y dán-
 « donos fuerzas para soportar el hierro y el fuego,
 « no supimos qué cosa era la vida que perdiamos.

« ¿Y qué es la vida? Un torbellino de polvo que
 « el viento deshace como lo formó; breve razona-
 « miento que súbita partida interrumpe; una rá-
 « pida mirada á los profundos senos de la crea-
 « cion. ¡Y sin embargo tú le preparas eternas re-
 « compensas! Santa inspiracion, despliega tus alas;
 « celestial armonía, haz oír tus divinos acentos;
 « canten á la vez todos los coros del trono la glo-
 « ria, el poder y la misericordia del Dueño de los
 « cielos, del que consuela á todos los afligidos,
 « del que por salvar á la especie humana dió su
 « sangre. »

« Desaparecieron los mártires entre las nubes;
 volvió el angel de la muerte á presentarse al pie
 del trono; el metal sonoro resonó en todos los ám-
 bitos del espacio, obligando á los impíos á salir de
 las cavernas donde habian ido á buscar refugio.
 Viéndose forzados á comparecer ante el Reden-
 tor, á quien repetidamente habian insultado con
 infernales burlas, en sus rostros, en vez de la afable
 hipócrita sonrisa que en otro tiempo sirvió de velo
 á su fria perfidia, se veía una risa sardónica y hor-
 rible. Los ancianos del trono horrorizados de la feal-
 dad de aquellos malvados, se recogian en sus sillas
 de oro, como si en ellas quisieran hundirse por no
 verlos. Mas en medio de aquella asquerosa muche-
 dumbre, habia un mancebo que, sin saberlo él,
 brillaba con la misma belleza que un angel; llamó-

le Esteban para ofrecerle la corona de los mártires,
 y cuando el mancebo la recibia humildemente, las
 arpas de los seráfines celebraron su gloria, y entre
 los impíos se oyó un lúgubre rumor. Entonces el
 mancebo bienaventurado, reconociendo las voces
 de su padre y hermanos, les dijo :

« Decidme, ¡ó vosotros que gemís confundidos
 « con esas almas réprobas, vosotros á quienes tan
 « tiernamente he amado! ¿qué os hice para provo-
 « caros á que me odiaseis? Si no opuse mas que el
 « silencio y la resignacion á vuestras sacrílegas
 « burlas, ¿porqué empeñaros en arrebatarme mi
 « última esperanza, la que nunca nos engaña, la
 « que se funda en aquel que murió en la cruz? Ha
 « llegado, por fin, el momento de despertarnos del
 « sueño de la muerte, momento que fué constante-
 « mente objeto de vuestra mofa, y os ha obligado á
 « salir de vuestros sepuleros á vosotros que queriais
 « perder mi alma; ved cómo la he salvado á pesar
 « vuestro. ¡Ya no os conozco! á mis ruegos, á mis
 « lágrimas, á mi agonía fuisteis insensibles... Con-
 « templad mi triunfo; mas no, apartad la vista,
 « que se aumentaria sin vuestra desesperacion. »

« Y el mancebo martir fué á tomar asiento entre
 los ancianos del trono.

« Entonces un sabio, que habia consagrado su
 larga vida á piadosas meditaciones, compareció an-
 te el Juez supremo y dijo :

« Para mí la vida fué tortuoso y sombrío camino;
 « mas en él he buscado sinceramente la verdad.
 « Felices fueron los elegidos á quienes guió un
 « destello del Gólgota, pues podian decirse á sí
 « mismos : aquí corrió la sangre de la Redencion.
 « Nada se me reveló á mí... Mis fervorosas oracio-
 « nes se encaminaron á levantar un tanto el velo
 « que los cielos nos oculta, y solo por ellas conse-
 « guí entrever al Hijo del Eterno en toda su gloria.
 « Entonces desanduve lo andado, volví á empezar
 « mis santos estudios, y reconoí en cada uno de
 « los seres un reflejo del prototipo de la creacion.
 « ¿Buscasteis de esa manera á la verdad, vosotros
 « los que pretendéis que esa santa hija del cielo fué
 « siempre objeto de vuestro culto?... Los conquis-
 « tadores degollaron generaciones enteras; los fa-
 « náticos de todas épocas y creencias inmolaron á
 « sus hermanos al pie de los altares; pero vosotros
 « habeis querido dar muerte á las almas inmorta-
 « les. En copas, coronadas de flores, presentasteis
 « el veneno á vuestros hermanos; con el mismo
 « embriagasteis á los tiranos para que olvidasen
 « que mas allá de la tumba hay un Juez que casti-
 « ga y recompensa; un Juez cuyo poder conoceis
 « ahora puesto que acaba de mostrarse ante voso-
 « tros. »

« Dijo y siguió al angel que á los cielos le guia-
 ba, y casi en el mismo instante levantándose los

primeros elegidos y los ancianos del trono, como
 nube magestuosa que en su seno lleva el rayo, vo-
 laron sobre los impíos : y uno de los primeros ele-
 gidos, tomando la palabra en nombre de todos
 dijo :

« Hé aquí que habeis comparecido ya ante el
 « supremo Juez, vosotros los que en la tierra fuis-
 « teis nuestros hermanos. Decidnos : ¿ pudieran
 « el sol de los cielos, ni los millones de seres que
 « engendra la gozosa primavera, hablaros en mas
 « altas voces de su Creador, que os hablamos del
 « Dios que murió por redimirnos? ¿ Negasteis fé á
 « nuestro testimonio, desoisteis nuestras súplicas,
 « despreciasteis nuestras amenazas; solo en voso-
 « tros mismos tuvisteis confianza!... ¡Mirad: ahora
 « á vosotros, que fuisteis cristianos, hasta los viles
 « esclavos de los ídolos os desprecian! Vuestra
 « propia conciencia que en el polvo hundisteis se
 « levanta y os acusa. »

« Sobre la reunion de los elegidos se levantó el
 mas grande de los apóstoles, aquel que primero
 persiguió á la naciente Iglesia, y muy pronto fué
 sin embargo una de las firmes columnas del san-
 tuario. ¿Bajo qué nombre os le presentaré? por-
 que el que los cielos le dieron es de aquellos que
 no pueden espesarse... De nuevo bendije el polvo
 de que estoy formado, cuando le oí pronunciar es-
 tas palabras :

« ¿Porqué no alcanza mi poder á velar la magni-
 « ficencia de los cielos, para que no la vean los
 « impíos cuya ceguedad fué hasta aquí invencible?
 « Sabedlo : desde que derramé toda mi sangre en
 « la gloriosa lucha del martirio, no lloro ya por los
 « enemigos del Salvador ; porque desde entonces
 « tambien soy su Juez. ¡En fin, ya os veo ante mí,
 « miserables impíos! En vano vuestra engañosa
 « ciencia os cubre aun con densos velos ; en vano
 « el orgullo procura aun henchir vuestras empon-
 « zonadas almas : yo os conozco y el género hu-
 « mano todo aplaudirá vuestra condenacion. ¡Cuan-
 « tas veces, os hemos invitado á seguirnos al tem-
 « plo en que nosotros entramos : cuantas!.. ¡Y cuan-
 « bello era aquel templo! Sus cimientos se apoya-
 « ban en la naturaleza, sus columnas se alzaban en
 « lo infinito, sus bóvedas llegaban al pié del trono
 « celeste, y desde su pináculo las miradas de los
 « mortales se tendian por toda la eternidad. Los
 « sacrificios que en él se celebraban eran pidiendo
 « gracia para todos los pecadores ; los himnos que
 « allí se cantaban, henchian el alma de celestial
 « beatitud. Ese es el culto que despreciasteis y per-
 « seguisteis con vuestros sarcasmos. Ahora mar-
 « chad á decirles á los infiernos cuan engañosas
 « eran las alturas á que creisteis haberos elevado,
 « esperando desde ellas burlaros de los cielos ; y
 « con vosotros lloren todos los impíos aquel fu-

« neste dia en que nacisteis para sufrir eternos tor-
 « mentos é interminables desdichas!

« Volvió el sublime Pablo á su silla de oro, y el
 Juez supremo levantando la voz dijo :

« ¡ Pasado es el dia de vida que concedí á la
 « tierra, llegó la hora del crepúsculo vespertino, la
 « hora del juicio final : de ella os burlasteis lla-
 « mándola necia ilusion, pero llegó ! ¡ Pesados han
 « sido cuantos se mofaron de la virtud paciente y
 « resignada, pesados han sido los que la persigui-
 « ron, y hallados faltos unos y otros para la vida
 « de los ángeles!... Bórralos, ó Padre mio, del libro
 « de la vida ; ya no son mis hermanos ; porque se
 « burlaron de mi sangre, de mi agonía, de mi as-
 « cension á tu diestra. ¡ En nombre de cuanto por
 « vosotros he padecido, os destierro para siempre
 « de mi presencia, condenándoos á ser lo que vo-
 « sotros mismos asegurabais que erais!

« Al oír esta sentencia despertándose los remor-
 dimientos en el seno de aquellas almas, quisieron
 implorar la misericordia del Juez supremo : pero
 en la severidad del semblante de aquel conocieron
 que la hora del perdon habia pasado. Mas uno de
 aquellos impíos se atrevió, sin embargo, á levan-
 tarse del polvo, y clavando sus feroces ojos en el
 mediador le dijo :

« No : tú no eres omnipotente pues que tu mi-
 « sericordia es limitada. Sediento estás de vengan-

« za; pues bien, aniquílenme tus rayos, si es que
 « alcanzan á destruir un alma tan inmortal como
 « tú! ; Consúmame el fuego celeste, y haciendo
 « el último esfuerzo mi mano ya calcinada arro-
 « jará mis cenizas al pié de tu trono! ; Sienta mi
 « alma que el edificio de sus pensamientos se des-
 « hace y arruina, y antes de perderse en los abis-
 « mos sin fondo del vacío, todavía tendrá una mal-
 « dicion para ti!!! »

« Llenos de horror tendimos todos los brazos
 hácia el Mesias, cayóse la trompeta de manos del
 angel de la muerte, hasta el divino Elohá se en-
 volvió en una densa nube; y un rayo ardiente cayó
 sobre el impío. Las bóvedas de los infiernos se es-
 tremecieron, los montes que erizaban el campo de
 la resurreccion se aplanaron, y en sus humeantes
 ruinas se oyó un estrépito semejante á los sub-
 terráneos bramidos, que preceden y acompañan á
 los temblores de tierra y á las erupciones de los
 volcanes. Y el impío apareció vivo sobre tan in-
 mensos destrozos; porque el fuego del cielo templó
 de nuevo los resortes de su existencia dándoles
 fuerzas para que mas vivamente sintiesen los atro-
 ces tormentos del infierno, aquellos que causan
 siempre las angustias de la agonía y nunca la
 muerte; y su pensamiento recibió entonces la fa-
 cultad de apreciar todo el horror de la eternidad
 que le esperaba. Y de en medio de las ruinas donde

rabioso se revolcaba, su voz llegó hasta nosotros; y
 oímos estas palabras :

« ; Detente! ; detente, rayo vengador! ; Habré de
 « escucharte eternamente; eternamente veré sus-
 « pendidos sobre mi cabeza los inflamados mon-
 « tes?... ; Maldita sea para siempre la voz que osé
 « levantar contra el Juez supremo!... ; Maldicion
 « sobre la vida! ; Maldicion sobre la muerte!
 « ; Maldicion sobre cuantos salieron de entrañas
 « de muger! ; Maldicion sobre cuantos se levanta-
 « ron del polvo de los sepulcros! »

« En aquel momento la vision se me presentó
 confusa y vaga, á mis oídos no llegaban mas que
 lejanos murmullos y ahogadas quejas cuyo sentido
 me fué imposible comprender. Parecíame que por
 aquellas indeterminadas imágenes pasaba el tiem-
 po huyendo unas veces rápido y orgulloso, arras-
 trándose otras con lentos é inciertos pasos. Sola
 una escena de aquel misterioso drama se presentó
 clara y distintamente á mis asombrados ojos : ví
 pasar á Cain ; colosal me pareció su estatura; otros
 gigantes, á quienes la tierra adoró dándoles nom-
 bre de héroes, le habian cargado de pesadas cade-
 nas que él arrastraba penosamente sacudiéndolas
 furioso. Poco á poco fué disminuyéndose hasta per-
 derse en el vacío el siniestro rumor de aquellos
 hierros : desvaneciósse la nube que oscurecia mis

ojos y el inmenso cuadro del juicio final volvió á ser claro y distinto para mí.

« El divino Elohá, obedeciendo las órdenes de su dueño, salió de las filas de los inmortales; rápido y triunfante era su porte, todas las felicidades del cielo irradiaban de su fisonomía cuando con una señal que hizo separó de la muchedumbre de los muertos á los elegidos del Eterno. Al pasar aquellos delante de mí inclinéme respetuosamente y sembré de palmas su camino. Saludábanles los seráfines con angélica sonrisa, y ellos solos son los que su propio mérito ignoran. A esos colocó Elohá á la derecha del trono, luego sonó la terrible trompeta en los ámbitos del espacio, y el angel de la muerte pronunció estas palabras :

« ¡Compareced, vosotros que fuisteis oprobio del género humano ! ¡ Ya en palacios, ya en cabañas hayais habitado, compareced ! ¡ Vosotros que desconocisteis el mérito modesto, que procurasteis manchar la inocencia y la virtud, compareced ! »

« Y una multitud inmensa se acercó lentamente al trono; el peso de su crimen los encorbaba sin dejarles levantar la cabeza. Heman, despues de pesarlos con la vista, pronunció contra ellos esta irrevocable sentencia :

« Si el primero de los pecados empañó en vuestras almas la imagen de la divinidad en ellas grabada, tambien os envió el Eterno hombres

« grandes y nobles que comprendian los altos destinos de la especie humana. Ellos os hablaron del primer día de la creacion y de la última hora de los tiempos; ellos os hablaron de la dignidad de vuestras almas, y de la infinita bondad de Dios á quien el hombre no ha parecido demasiado pequeño para la eternidad. Los mismos os dijeron: formaos, del soberano de cuanto existe, una idea tan grande y noble como su ser lo es; adoradle sin imaginar nunca que contraeis por eso mérito alguno; sed humanos y el amor á vuestros prójimos sea movil único de vuestros pensamientos. No busqueis mas que á Dios por testigo de vuestras buenas acciones, ni reveleis el bien que hicieris aun cuando los hombres justos y virtuosos os desconozcan. En medio de las delicias de la vida levantad los ojos al cielo, y aprended á esperar la muerte con alegría... ¡ Mas desoisteis tal enseñanza convirtiéndoos en enemigos y perseguidores de los sabios que para iluminaros os envió el cielo; y manchasteis su angélica vida con el negro polvo de la calumnia? Tres veces santo es el Juez supremo: sus poderosas miradas os condenan para siempre: el abismo donde reina la eterna muerte os espera. »

« Volvió Heman á ocupar su puesto entre los elegidos, desnivelóse la balanza del Juez supremo, y huyeron los réprobos del campo de la resurreccion.

Aun se oían sus desesperados clamores y el crugir de sus dientes en tenebrosa lontananza cuando vi aparecerse á un lúgubre serafín á cuyas plantas bramaba la tempestad, y que con precipitado paso atravesaba las sombrías nubes que ante él huyan esparciendo en torno terror y espanto. Al cielo se alzaba su mano izquierda en amenazador ademán, y la sombra que aquella mano proyectaba se extendía á todo el campo de la resurrección cubriendo á las hordas predestinadas al abismo. En la mano derecha llevaba una copa llena de fuego que deramó con ceñudo semblante clamando en voz de trueno :

« En nombre de Jehová, en nombre del Dios vengador, en nombre del Dios de amor y de justicia, compareced, ó vosotros orgullosos impostores que forjasteis deidades á vuestra imagen, compareced! »

« Obedeciendo forzosamente aquel precepto, presentáronse los llamados; y dióse orden de que los juzgase el fundador de la santa ley que precedió y sirvió de base á la de la nueva alianza; el gran profeta que ya en la tierra tuvo fuerzas para contemplar la faz del Eterno, y para escuchar de cerca el sonido de la terrible trompa. Levantándose pues tendió sus miradas sobre la tierra á sus pies aletargada, y dijo :

« ¡ Cuan asquerosas y ridículas son las imágenes

« que cubren el suelo donde hemos vivido, imágenes á quienes vosotros disteis nombre de dioses!... Ni sombra eran de la Divinidad; vosotros lo sabíais, mas permanecisteis en las tinieblas por vosotros creadas, á fin de que vuestros hermanos, que en el polvo se revolcaban, no pudieran ver la bóveda del cielo, y para que ni un rayo del sol viniese á recordarles la nobleza de su origen. Vuestro orgullo no os permitía humillaros ante la omnipotencia y os creísteis grandes inventando Dioses á vosotros inferiores. Cuanto existe en la naturaleza os pareció digno de la adoración de los hombres; sí todo, menos el Creador de la naturaleza. El Señor oyó los gemidos de los pueblos cuando el ídolo de los bosques ó la estrella del firmamento se mostraban sordos á sus locas preces, cuando los irracionales deificados no llenaban sus deseos. El Señor ha pesado las miserias de aquellos á quienes engañasteis; ha visto las torpezas y los crímenes que ocultaban los velos de vuestros templos; ha oído el llanto de los niños que entregabais á los ardientes brazos de vuestros dioses de bronce, y también el estrépito de los tambores en que se perdían los suspiros de las madres á quienes obligasteis á contemplar, con la sonrisa en los labios, la muerte de sus hijos, porque vosotros les asegurabais que los Dioses pedían aquella sangre inocente para aplacar

« su cólera. Hoy os pide cuenta el Señor de aque-
 « lla sangre derramada ; os pide cuenta de todos
 « los crímenes que en nombre del cielo cometis-
 « teis, os pide cuenta de todos los crímenes de
 « vuestros hermanos que fueran virtuosos si voso-
 « tros no los arrojarais al mal camino. »

« ; Y mientras Moises habló cada vez era mas
 esplendente su rostro, cada vez su ceño mas terri-
 ble y severo ! Entonces Henoc, envuelto en la mas
 brillante de las nubes que preceden al nacimiento
 del sol, acercóse al patriarca y dijo :

« Mientras duró mi peregrinacion en la tierra
 « complacíame reposar á la sombra del solitario
 « cedro ; blando céfiro movia sus hojas ; todo en
 « torno de mí vivía, y entonces mas que nunca sen-
 « tía yo que mi alma era inmortal. Durante aque-
 « llos momentos de santo éstasis guardaban silen-
 « cio mis labios ; perdía mi espíritu el sentimien-
 « to de la vida mortal ; parecíame que el tiempo
 « no caminaba, y desde el fondo de mi corazón se
 « elevaba al cielo este pensamiento : ¿ Quién eres
 « tú, Ser de los seres ? Dios infinito tú fuiste el
 « primero de cuantos son y serán ; mas entonces
 « todo en torno de tí era soledad. ¿ Pudiste perma-
 « necer largo tiempo solo, tú principio de amor ?
 « Y entonces mi agitacion me devolvía la palabra
 « y las lágrimas y exclamaba yo : ¡ Oh mi Creador !
 « Este celestial gozo que me inunda me hace pre-

« sentir tu omnipotencia ; porque tú eres quien me
 « lo dispensa... Un día... ¿ me bastará la eternidad
 « para celebrar dignamente aquel gran día en que
 « el Señor me hizo entrar en su reino sin hacerme
 « pasar por el sombrío valle de la muerte ? Pues
 « en nombre de ese Dios que pudo y quiso hacer-
 « me salvar la tumba voy á juzgaros á vosotros los
 « supuestos sabios que tan orgullosos estais con
 « vuestra vana ciencia. ¿ Porqué no habeis espera-
 « do á que la muerte viniera á revelaros los miste-
 « rios de la eternidad ? Si así lo hicierais ni halla-
 « rais aquí al Padre indulgente convertido en Juez
 « severo, ni las nobles almas á quienes habeis es-
 « traviado os acusaran de su perdicion. »

« Dijo Henoc, y sus melancólicas miradas vaga-
 ron sobre los innumerables adoradores de los ído-
 los que en silencio esperaban la sentencia de su
 Juez.

« En aquel momento la vision se me presentó
 confusa y vaga : á mis oídos no llegaban mas que
 lejanos murmullos y ahogadas quejas : parecíame
 que por aquellas indeterminadas imágenes pasaba
 el tiempo unas veces rápido y orgulloso, arrastrán-
 dose otras con lentos é inciertos pasos. Solo una
 escena de aquel misterioso drama se presentó cla-
 ra y distintamente á mis asombrados ojos : ví pasar
 á aquellos hombres que durante su estancia en la
 tierra padecieron valerosamente en honra y gloria

de su Dios. Los rayos mas puros de la luz primitiva coronaban sus frentes, y los ángeles los introducian en el santuario de los cielos : poco á poco fueron desapareciendo á mis ojos que con delicia los miraban : desvaneci6se la nube que oscurecia mis ojos y el inmenso cuadro del juicio final volvi6 á ser claro y distinto para mí.

« En medio del campo de la resurreccion se levant6 entonces la informe masa de la muerte eterna, y en torno de ella se agruparon las heces de la especie humana, los mas viles de los seres salidos del polvo y esclavos del pecado, y en fin los malos reyes reunidos en tropas semejantes á las sombrías nubes con que la noche encubre la azulada bóveda del firmamento cuando comienza á desplegar sus anchas alas. No fué ni el trueno de los cielos ni la voz de la trompeta la que á salir los oblig6 de su sepulcro : comparecieron ante Dios llamados por los clamores de los millares de víctimas inmoladas en los campos de batalla, de los millares de pecadores por ellos arrojados á la senda de la perdicion. Un justo que logró evitar los infinitos lazos que le tendieron sali6 de entre aquellos réprobos, y dijo :

« ¡Yo he vivido !... tres hijos crecieron á mi lado... ocupábamos en la tierra el mas humilde lugar : pero el cielo á lo menos nos fué siempre propicio. Luego vino ese rey, enemigo de cuan-

« tos sentian latir en su pecho un corazon digno ;
 « vino con su pérfida sonrisa á sentarse sobre un
 « trono de oro, y pronto fueron todos sus vasallos..
 « He preferido la muerte á sus vergonzosos favo-
 « res... ¡ Juez supremo, arr6jale de tu presencia :
 « para mantenerse sobre su monton de oro no va-
 « cil6 en mancharse con la sangre de los inocentes !
 « Caiga sobre él aquella sangre. »

« A este primer acusador siguieron millares de mártires clamando en voz alta :

« ¡ Vosotros que permitisteis á las ayeccillas del
 « bosque que entonasen himnos al cielo, no qui-
 « sisteis consentir que nuestros lastimeros cantos
 « resonaran en las tenebrosas cavernas donde ha-
 « biais arrojado los restos de nuestros hermanos ;
 « los agentes de vuestra furia nos persiguieron en
 « los desiertos y en los abismos hiriéndonos con
 « sus destructoras cuchillas ! Huyeron aquellos si-
 « carios cuando el lúgubre silencio que en torno de
 « ellos reinaba y las miradas imponentes á par que
 « dulces de la última de sus moribundas víctimas
 « los llenaron de espanto ; y son6 en sus oidos el
 « leve rumor de las hojas del bosque como el bra-
 « mar de la tempestad ; y la vacilante sombra de
 « los árboles fué para sus ojos velo mas denso que
 « las tinieblas de media noche. Mas vosotros que
 « les obligabais á cometer tantos crímenes, mien-
 « tras que tranquilos reposabais en lechos de ro-

« sas donde viles aduladores os embriagaban con
 « su pérfido incienso, nada temiais. Levantad aho-
 « ra la cabeza : aquí estan todos aquellos por vo-
 « sotros inmolados. Contemplan vuestros ojos al
 « primogénito de los muertos : ¡Su nombre es Je-
 « sus! Ese nombre con frecuencia le oisteis pro-
 « nunciar en la tierra, pero entonces no resonaba
 « amenazador y terrible como ahora que los cielos
 « reunidos se lo repiten á los infiernos! »

« Despues que así hablaron aquellos testigos, cu-
 « biertos de gloriosas cicatrices, levantó un rey justo
 « su risueño rostro, y despues de contemplar á las
 « virtuosas almas, cuyo protector y amigo fué en la
 « tierra, dijo :

« ¡Oh, quién pudiera esplicar la tranquilidad y
 « bienaventuranza de que en este momento disfru-
 « to! ¿Y qué es lo que he hecho para merecer tan-
 « ta dicha? Conservar los sentimientos de huma-
 « nidad que Dios grabó en todos los corazones y no
 « olvidar, deslumbrado por el brillo de la corona,
 « que á pesar de ceñirla era yo como los demas,
 « un poco de polvo. Mas ya recibí en recompensa
 « las dulces emociones que sentí cada vez que ha-
 « llé ocasion de consolar á los desdichados que en
 « torno de mí padecian. No por los méritos de tus
 « criaturas, ó mi divino Redentor, sino por tu mi-
 « sericordia mides las recompensas que les prodi-
 « gas; pues á mí me llenas de innumerables felici-

« dades y me abres tu eternidad para que pueda
 « gozarlas en toda su estension. »

« Uno de los réprobos, levantándose súbitamen-
 « te y sacudiendo el polvo que le cubria, tendió su
 « mano derecha hácia el grupo de los malos reyes,
 « y clamó con terrible voz :

« Pasé mi vida en el oprobio, y sin embargo soy
 « menos despreciable, menos vil que vosotros que
 « hicisteis reinar el pecado sobre la tierra; que
 « vosotros que ahogasteis en almas débiles, si,
 « mas nacidas para la virtud, la voz de la concien-
 « cia, esa voz tremenda que se despierta en este
 « postrero dia del pérfido letargo en que la sumie-
 « ron vuestras seducciones y funestos ejemplos. »

« Dijo, y el divino Elohá abrió el libro de la vida
 « cuyas ardientes páginas inundaron á los cielos.
 « Cada vez que una de ellas volvía, bramaban todas
 « las terribles páginas; pero la voz del serafin, mas
 « poderosa que la suya, nos hizo oír estas pala-
 « bras :

« No hay medida capaz de contener vuestras mi-
 « serias, no hay número para esplicar los tormen-
 « tos que os esperan á vosotros que mancillasteis
 « en la especie humana la imagen de vuestro Crea-
 « dor. ¡Desdichado, desdichado el instante en que
 « nacisteis! En grande elevacion fuisteis colocados
 « sobre la tierra, y el Eterno tenia fija su vista en
 « el inmenso campo que en ella os abrió para que

« hicieseis el bien. Mas vosotros, encendiendo la
 « tea de la discordia, llevasteis la guerra, la matan-
 « za y la desolacion á pacíficas regiones; vosotros
 « esparcisteis en torno de vuestras personas el vi-
 « cio y la corrupcion; vosotros tolerasteis que viles
 « aduladores tiranizasen á vuestros súbditos; vo-
 « sotros no recompensasteis las nobles y bellas ac-
 « ciones, ni enjugasteis las lágrimas de la inocen-
 « cia oprimida; ¡y el infierno os aplaude con sus
 « mas horribles clamores! ¡y el Señor aparta sus
 « ojos de vosotros!... Realizáronse los sueños de
 « inmortalidad que tan deliciosamente os lisongea-
 « ban; sí, inmortales sois, mas no como esperábais
 « serlo. ¡Vivirá vuestro nombre en los infiernos,
 « grabadas están vuestras acciones en las montañas
 « de bronce de los abismos! Allí no hay templo
 « de la gloria, allí no hay laureles para coronar
 « vuestras frentes; allí jamas resuenan los gritos
 « de victoria, cuya funesta magia ciega á los ven-
 « cedores para que no vean los crímenes con que
 « están manchados. Solo escuchareis allí clamores
 « de desesperacion y la amenazadora voz de la
 « sangre inocente. ¡Bóvedas tenebrosas, haced oír
 « vuestros bramidos! ¡nubes nocturnas, velad el
 « trono del Eterno y armaos de vuestros mas ter-
 « ribles rayos! ¡Angel de la muerte, apresura tu
 « ferreo paso! ¡Legiones innumerables de almas
 « que esperais vuestra sentencia, levantad los ojos

« á la temida balanza! ¡Ya sus platos se mueven,
 « se alzan, descienden y vuelven á alzarse á los
 « cielos!»

« Así habló el mayor de los seráfines, reinando
 despues lúgubre silencio en la tierra y en el espa-
 cio. La omnipotencia y la cólera infinita brillaron
 en los ojos del Juez supremo. Tembló el suelo bajo
 las plantas de los reyes, bajó el huracan del trono,
 y con las nocturnas nubes del huracan llegaron to-
 dos juntos los ángeles de la muerte. Huyeron ater-
 rados los reyes; pero las abiertas simas rehusaron
 tragárselos para libertarlos de las flamíferas cu-
 chillas de los ángeles esterminadores. En menos
 tiempo que es necesario para un solo pensamiento,
 se halló desierto el campo de la resurreccion. Oí
 como se abrian las puertas de los infiernos, oí
 tambien como volvian á cerrarse...

« En el horizonte de los cielos volvieron á pre-
 sentarse los ángeles de la muerte; y tendieron
 sus alas sombrías, y entonaron un cántico de
 triunfo.»



CANTO DÉCIMONONO.

ARGUMENTO. — Abstiénese Adán de contar una de las escenas del juicio final. — Son condenados los cristianos que tienen demasiado orgullo en su fe. — Abbadona es juzgado por el Mesías. — Levántanse á los cielos los bienaventurados, precedidos por las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio. — Transformacion de la tierra. — Fin de la vision de Adán. — Aparécese Jesus á algunos de sus discipulos, en las orillas del mar de Galilea. — Muéstrase á quinientos fieles reunidos en el Monte Tabor. — En un bosque de palmeros se aparece á los apóstoles y á los *setenta*. — Sueño profético de Juan. — Tomás conduce á los discipulos al valle de Getsemani, y reunidos todos con Cristo pasan al monte de los Olivos, donde ya se hallaban los ángeles y los resucitados. — Bendice el Mesías á los apóstoles y sube á los cielos. — Elohá y Salem mandan á los apóstoles que regresen á Jerusalem, y allí esperen al Espíritu Santo.

Entre el estrépito de los angustiados gritos de los réprobos, escuchó Adán la dulce voz de Eva, que de pie sobre una radiante colina, suelto el cabello, tendidos los brazos, y bañado el rostro en llanto, pedía misericordia para sus desventurados hijos. Perdióse en el espacio infinito aquella súplica del maternal corazón, y Adán no oyó mas que el murmullo de las celestes arpas, espresando primero tierna compasion y despues inefable gozo. Cediendo á un sentimiento que no procura definir, no habló el padre de los hombres á los ángeles ni á los resucitados de aquella vision consoladora, cuyo recuerdo, inspirándole cierta vaga melancolía, fué causa de que durante largo tiempo guardase silencio. Mas al cabo prosiguió su relacion de esta manera :

« Dejaron los ángeles de la muerte el horizonte de los cielos, y nuevos ministros de la voluntad divina recorrieron en todos sentidos los campos de la resurreccion. Penetraron sus miradas en la espesa muchedumbre de los muertos que quedaban por juzgar, y con voz breve y adusta les dijeron : ¡Seguidnos todos! y los muertos los siguieron sombríos como los pensamientos de destruccion, silenciosos como los mármoles de sus sepulcros. Entonces un serafin, de aspecto grave y severo rostro, salió á su encuentro y les intimó este decreto del Juez supremo :

« ¡Postraos, y escuchad vuestra sentencia! »

« Y se postraron permaneciendo inmóviles como rocas que á la orilla del mar arroja la erupcion de un volcan; y el serafin se alejó en silencio.

« El mas amable de los discipulos, aquel que ya en la tierra comprendió todo el amor que en si encierra el amor de Cristo *, se levantó de su silla de oro. Todos los jueces se inclinaron para saludarle, cuando pasó para ir á revelar las acciones de los muertos, que, postrados en la tierra, gemian hondamente. Mirólos Juan un instante en silencio, y despues cayó su palabra sobre ellos como el rayo de Jehová que no hiere todos los montes, que no surca todos los abismos; pero purifica el aire y arroja á lo lejos las emponzoñadas nubes.

« A todos os conozco, dijo, y hablo solo á los mas culpables. De vuestro propio mérito hicisteis un ídolo, elevándolo sobre la eterna ley y sobre la conciencia misma. Nunca invocasteis la hora de la redencion, porque os creisteis puros y sin mancha, y osasteis juzgar á vuestros hermanos que caminaban humildemente por la tier-

* San Juan evangelista, llegó á edad muy avanzada, y no permitiéndole en ella su debilidad andar por sus propios pies, hacía que le llevasen á la Iglesia, donde incesantemente repetía estas palabras : *Amaos, hijos míos, los unos á los otros.* Advirtiéndole sus discipulos que siempre repetía lo mismo, contestó : *Ese precepto es del Señor, y si se le observa, basta.* — T. F.

« ra de luchas y de pruebas. Desconocisteis á la
 « virtud silenciosa y modesta, para tributar home-
 « nage á su mentida imagen si la veiais sentada en
 « el trono de los reyes, ó rodeada de las humanas
 « grandezas. Siempre estaba en vuestros labios el
 « nombre de la Providencia; mas nunca vuestros
 « corazones tuvieron fe mas que en vosotros mis-
 « mos, ni deseasteis otra cosa que los bienes de la
 « tierra. A la dulce voz de la caridad cristiana
 « unisteis vosotros los roncos acentos de la envi-
 « dia. En apariencia, fueron siempre loables vues-
 « tras acciones, porque temiais el juicio de los
 « hombres; mas nunca reinó en vuestras almas la
 « paz de los justos, porque tampoco supisteis nun-
 « ca bendecir á vuestros enemigos, ni dar gracias
 « al cielo por los males que os enviaba. Y hé aquí
 « que estais en fin ante el Juez Supremo que lee
 « en todos los corazones, que castiga y recompen-
 « sa los pensamientos... Levantaos y contemplad á
 « los bienaventurados; la humildad, la mansedum-
 « bre los han guiado hasta el fin donde eternas ale-
 « grías compensan las penas de un instante. ¿Ha-
 « beis pasado como ellos las noches en el llanto y
 « la oracion? ¿Habeis conocido como ellos la di-
 « cha inefable de no tener por testigo de una bue-
 « na accion mas que al Juez supremo? No, jamas
 « implorasteis la misericordia del Salvador, por-
 « que no quisisteis comprender que ni uno solo

« de los seres creados puede ante su justicia com-
 « parecer puro y sin mancha. »

« Y mientras así hablaba el noble Juan agitóse
 la balanza: fueron los muertos hallados faltos y
 sin embargo no enviados al abismo: el crepúsculo
 de la mañana rodeó á aquellos pecadores, y en el
 seno de la eternidad se formó un sol que mas tarde
 ó mas temprano lucirá para ellos.

« Otros muertos, que estaban á la izquierda del
 Juez supremo, fueron por los ángeles de la muerte
 precipitados al abismo de la condenacion, y millares
 de sombrías nubes los envolvieron en sus negros
 mantos.

« Entonces en la alta cima de una solitaria peña
 pareció el triste Abbadona inmóvil y con los ojos
 fijos en el inmenso abismo que á sus pies bramaba.
 Dirigióse á él uno de los ángeles de la muerte, y
 oyendo el estrépito de su siniestro vuelo, tendió
 Abbadona el cuello para recibir el golpe que habia
 de borrarle de la creacion. Mas no hiriéndole
 aquel terrible ministro del Eterno, levantó el angel
 caido la cabeza, fijaron en él la vista todos los
 muertos, y en fin humillándose de nuevo y gimien-
 do hondamente, tendió Abbadona sus brazos al
 Juez supremo y dijo:

« ¡Llegada es, sí, la última hora de los tiempos,
 « la terrible hora en pos de la cual vendrá para
 « mí la eterna noche! ¡Permite, ó tú que ocupas

« el celeste trono, permíteles á mis ojos bañados
 « en lágrimas que por última vez te contemplen!
 « Tú que tanto has padecido, deja caer una mira-
 « da de compasion al fondo del abismo en que gi-
 « men aquellas de tus criaturas cuya degradacion
 « fué tal, que se hicieron indignas hasta de tu mi-
 « sericordia... No te pido que me perdones... Voy
 « á ser aniquilado que es todo cuanto me atrevi á
 « esperar: pero dignate recordar que tú mismo
 « me creaste para la vida eterna... Permanezca para
 « siempre vacío el lugar que ocupé en los cielos,
 « desaparezcan conmigo mi nombre y largo remor-
 « dimiento, desaparezca yo todo entero en la eter-
 « nidad... ¿No desciende sobre mí tu rayo?...
 « ¿Estaré condenado á vivir?... Entonces, ay, per-
 « míteme permanecer solo sobre esta negra roca:
 « la eternidad de mis tormentos me parecerá me-
 « nos terrible si al mirar en torno puedo decirme,
 « allí se levantaba su trono, allí adoró mi pensa-
 « miento las gloriosas heridas que redimieron á la
 « especie humana; ¡de allí partieron con él los bie-
 « naventurados al lugar de la eterna dicha de don-
 « de para siempre me arrojé mi crimen! »

Diciendo así, apoderóse de él un sueño irresis-
 tible y cayó hasta el pié de la roca. Los ángeles mi-
 raron inquietos y en ademan de súplica el tranquilo
 y grave rostro del Juez supremo; la especie huma-
 na entera guardó silencio; la tempestad y el true-

no contuvieron sus amenazadoras voces; penosa
 incertidumbre suspendió todo movimiento en lo
 infinito. En medio de aquel estupor universal des-
 pertóse Abbadona, y al través de los atentos cielos
 llegaron hasta él estas palabras:

« Yo conozco á todas mis criaturas, veo al in-
 « secto antes de que se anime en el polvo, veo al
 « serafin antes de lanzarlo á los espacios; penetro
 « en todos los corazones, comprendo todos los pen-
 « samientos... Abbadona, tú te has apartado de tu
 « creador y padre, y contra tí dan testimonio las
 « almas que he tenido que desechar porque si-
 « guiendo tu ejemplo me abandonaron. »

« El angel caído retorció sus brazos y dijo:

« ¡Pues que te dignas reconocer aun á la mas
 « desdichada de tus criaturas, pues que tu vista
 « mide todo el horror de una eternidad de remor-
 « dimientos sin esperanza de perdon, apiadándote
 « de mí, me aniquilarás! Al darme la existencia
 « determinaste el lugar que habia de ocupar entre
 « los mas nobles de tus hijos, yo me hice indigno
 « de tanta felicidad, de tanta gloria; mas antes de
 « dejar de existir quiero saludar á cuanto salió de
 « tu pensamiento: ¡quiero adorar por última vez á
 « tu pensamiento mismo!... ¡Cuando cielos y
 « mundos apenas creados se lanzaron á sus eter-
 « nas órbitas, cuando los ángeles conocieron su
 « existencia y sus innumerables legiones te rodea-

« ron á tí, que despues de una eternidad de soledad y silencio, acababas de abrir las puertas de otra nueva eternidad de vida y movimiento, entonces me creaste! Ignorando aun que el dolor fuese posible me entregué á la dicha de amarte, y á tí, á tí solo preferí á todos los nobles espíritus con que acababas de poblar el espacio infinito. La eterna salud me daba sombra con sus bienhechoras alas, y donde quiera que se fijasen mis ojos hallaban beatitud y perfeccion. ¡Con cual éstasis cantaba yo entonces la felicidad de ser y de hallar en todo amor por amor! ¡ Y para medir la duracion de aquella inefable existencia la eternidad me estaba abierta! ¡ Y para contar mis días notaba yo las obras de tu poder y de tu misericordia!... Disuelve ahora al espíritu inmortal que se apartó del fin para que fué creado. ¡ Heme aquí, hieres, ó tú que me colocaste en las mas tenebrosas simas del destino: fui al principio uno de los testigos de tu amor, redúceme ahora á polvo tu venganza! »

« Acabandó de hablar se postró á los pies del trono... Todavía reinaba el silencio en los cielos y reinaba en la tierra, y yo levanté temblando los ojos á las sillas de oro... Mas la palidez y turbacion de los rostros de los mártires me demostraron que ninguno de ellos sabia que suerte esperaba al desdichado Abbadona. Los ángeles de la muerte se-

guiaban con sus negras nubes y flamígeras cuchillas pendientes sobre la cabeza del culpable, y con la vista fija en el Mesías, esperaban á que con una mirada ó con un gesto les hiciese conocer su voluntad suprema. »

Aquí dominado por el exceso de su emocion calló Adan, contemplándole con inquietud los ángeles y los resucitados, porque imaginaban que el sueño que precede á la resurreccion pesaba sobre él por segunda vez; pero el padre del género humano bendiciendo las sensaciones que le abrumbaban continuó su relacion:

« Y oí palabras dulces como las de una madre cuando consueta á su amado hijo, solemnes cual los himnos de los arcángeles, y esas palabras que salian del trono decian al angel caido:

« Abdiel Abbadona, ven, ven, que tu Salvador te llama. »

De nuevo se interrumpió Adan, mas el deseo de contarles á sus celestiales amigos la dicha de Abbadona, le sacó bien pronto de su meditacion y prosiguió diciendo:

« Yo le vi levantarse en vuelo rápido como el del pensamiento, impetuoso como la tempestad cuando lleva al Eterno sobre sus inmensas alas, y á medida que al trono se iba aproximando recobraba su persona la primitiva belleza, y en sus ojos se encendia aquella ardiente y pura llama que distingue

á los hijos de la luz cualquiera que sea la forma que momentáneamente tomen.

« Ya en esto Abdiel habia dejado su lugar entre los seráfines para salir al encuentro de su hermano, y al estrecharle contra su seno centelleaban sus mejillas y de su corona de oro salian armoniosos sonos. Mas Abdiel Abbadona tuvo esfuerzo bastante para arrancarse de los brazos de su amigo, cuya buena opinion y amor acababa de recobrar para precipitarse á los pies del Salvador. Dulce murmullo llenó los ámbitos del espacio, lágrimas de alegría corrieron suavemente por las mejillas de los bienaventurados, y las sillas de oro de los ancianos del trono resonaron como las arpas de los ángeles custodios cuando ellos las pulsán al lado de la cuna del hombre virtuoso que acaba de nacer ó sobre la tumba del santo que de espirar acaba!

« Despues de haber adorado largo tiempo al Redentor del mundo le dirigió Abdiel Abbadona estas palabras :

« ¿Qué nombre te daré á tí, que acabas de hacerme comprender la omnipotencia de tu misericordia?... Primogénitos de la creacion, y vosotros todos á quienes el sacrificio de la Redencion hizo herederos del reino de la luz, hablad : ¿quien de vosotros me ha llamado, qué voz ha sido la que pronunció mi nombre?..... ¿No me respondeis?.....

¡Fué entonces la tuya, divino Salvador, cordero inmolado, inagotable fuente de toda bienaventuranza !... ¡ La última hora de los tiempos no ha debilitado tu fuerza creadora : porque yo habia muerto, muerto para la eternidad, y tú acabas de crear-me de nuevo ! La eternidad que te debo me parece demasiado corta para pintarte mi amor y gratitud. ¡ Cielos y tierra, regocijaos : el Señor acaba de decirle al dolor: no seas !... ¡ Acaba de decirles á las amargas lágrimas de la desesperacion y del arrepentimiento : os he contado y en adelante sereis signos de la bienaventuranza celestial ! ¡ Gloria y gratitud al Juez supremo, al hijo del Eterno, al principio de amor y de misericordia !

« En aquel momento la vision se me presentó confusa y vaga ; á mis oidos no llegaban mas que lejanos murmullos y ahogadas quejas cuyo sentido me fué imposible comprender. Pareciame que por aquellas indeterminadas imágenes pasaba el tiempo huyendo unas veces rápido y orgulloso, y arrastrándose otras con lentos é inciertos pasos. Años habian trascurrido, ó por lo menos así me lo parecia, cuando se desvaneció la nube que oscurecia mis ojos, y el inmenso cuadro del juicio final volvió á ser claro y distinto para mí.

« El terrible resplandor del trono se hallaba reducido á bienhechora luz que blandamente iluminaba el campo de la resurreccion, en cuyos in-

menos limites no se atrevieron hasta entonces mis ojos á estenderse. En una lontananza tal, que asombró á mi pensamiento ví elevarse hácia el santuario de los cielos á innumerables elegidos, y á su cabeza á los primeros hijos de la tierra que perecieron cuando en su justa cólera derramó el Eterno las cataratas del cielo sobre los herederos del pecado y de la muerte, triste patrimonio que yo legué á mi desventurado linage. Con inesplicable gozo contemplé á aquellas primeras víctimas de mi culpa que despues de gemir durante siglos en tenebroso destierro, veian en fin quebrantadas para siempre sus cadenas. Mientras que mi vista y bendicion las seguian á lo lejos, sentí bramar á mis pies la voz del trueno: miré y ví á la tierra temblar, disolverse, y á las ruinas dispersas de la morada del anatema y de la muerte convertirse en nuevo Eden; de la misma manera que mis huesos amasados con el polvo de aquella tierra se han transformado en el cuerpo inmortal donde ahora habita mi espíritu.

« El dulce alentar de la resucitada tierra resonaba aun en mis oidos; la insólita y bienhechora claridad con que brillaban todos los astros de la creacion resplandecia aun á mis ojos: mas ya la vision, habiendo llegado á los límites que el Salvador le habia señalado, desapareció; y yo, celestiales amigos, vine á contaros lo que he visto y oido. »

Entre tanto habia Jesus bajado del monte Tabor, y á orillas del mar de Galilea se paseaba pensativo, silencioso y visible solo para los ángeles que de todos los puntos del universo le llevaban mensajes. Separábanse de él y volvian á encontrarle aquellos ángeles, para partir de nuevo, absortos y gozosos con las santas misiones que les encomendaba, misiones que tambien llenarán de gozo ó de terror á nuestras almas, cuando libres de los lazos del cuerpo, puedan ya comprender los secretos de la eternidad.

Nuevo dia luce sobre la tierra, mas un velo tejido con los destellos de los diamantes y la blanca luz de la luna templa el resplandor de sus nacientes rayos; y silenciosa calma reina sobre toda aquella region que el silencio santifica con su misterioso aliento. De en medio de los blanquecinos vapores que aun no pueden desprenderse de la superficie de las aguas donde la noche los aletargó, sale una barca tripulada por nobles y piadosos amigos. Simon Pedro contempla las redes que en vano arrojó repetidas veces durante la noche al lago donde sin embargo abunda la pesca; á su lado Bartolomé sostiene con sus manos su cabeza encanecida por los años. Tadeo, sumido en melancólica distraccion, se apoya sobre un remo, y muestra en el semblante y miradas celeste gozo; dulce serenidad respira el rostro de Nataniel á quien la re-

surreccion de Cristo consoló de la muerte de María; el noble Santiago eleva al cielo sus pensamientos; pero Juan solo en Jesus piensa, y todos sus afectos permanecerán unidos á la tierra mientras esta se halle santificada por la presencia de su divino maestro.

Acercándose la barca á la orilla vieron los discípulos al Mesías, y aunque no le conocieron, la nobleza de su porte y la magestad de su rostro les cautivaron la atencion, de manera que unos á otros se dijeron que no podian menos de admirar al desconocido. Entonces Jesus levantó la voz preguntándoles si querian darle algun alimento: pero los discípulos callaron, porque á pesar de haber pasado la noche pescando, hasta entonces nada habian cogido. Compadecido del dolor que les causaba la imposibilidad de darle lo que le pedía, mandóles el Señor que tendieran la red á la derecha de su barca: obedecieron los discípulos y al punto se llenó aquella de tan gran cantidad de pescados, que apenas bastaron las fuerzas de todos ellos para sacarla del agua. La sorpresa que pesca tan abundante produjo en los discípulos hizo que Tomás y Tadeo volviesen los ojos hácia el desconocido, dejándose conocer en sus centellantes ojos la gozosa esperanza que habian concebido: pero Juan reconoció desde luego al Salvador, y un grito de alegría y el nombre de Jesus salie-

ron involuntariamente de sus trémulos labios.

Al oír aquel nombre arrojóse Simon Pedro de la barca, y caminando sobre las olas llegó á la orilla donde á poco desembarcaron tambien sus compañeros, reuniéndose todos enagenados en torno de su divino maestro. Señaló el Mesías un monton de panes y una lumbre ya encendida para asar los peces que Simon Pedro acababa de pescar; y en breve dispuesto el banquete se agruparon todos en derredor del fuego. Entonces por segunda vez, desde la triste noche que precedió á su muerte, bendijo el Mesías el pan que á sus discípulos ofrecía.

Así que acabaron de comer llamó el Señor á Pedro y llevándole á la orilla del mar le dijo:

«¿Cefas, me amas? ¿Tu cariño á mí lo es á toda prueba?»

Y Pedro responde:

«Tú lo sabes, Señor; porque lees en todos los corazones.»

«¿Entonces, porqué tardas? ¿Porqué no vas á apacentar mis corderos?»

Dos veces repitió el Salvador la misma pregunta á su discípulo, y este respondió con profunda tristeza:

«Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. ¿Cómo puedes dudar aun de mi amor y de mi fidelidad sin límites?»

Y Jesus volvió á decir :

« ¿A qué tardas entonces? *Apacienta mis corderos. En verdad, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñías¹ é ibas á donde querias*: mas cuando ya fueres viejo, estenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras. ¿Porqué no me sigues? »

Comprendió Pedro que aquellas palabras significaban que moriria para dar testimonio de la gloria de su maestro, y llenóse su alma de inefable gozo.

Volviéndose Pedro vió que los seguia aquel discípulo, á quien amaba Jesus y que en la cena estuvo recostado en su pecho²; y cuando Pedro le vió preguntó á Jesus si tambien Juan habia de morir en el martirio.

Respondióle Jesus :

« Así³ quiero que él quede hasta que yo venga. ¿Qué te va á tí? Tú, sígueme. »

Ya no ven los discípulos á su maestro : así las

¹ Klopstock dice : ahora que *erás mozo te ceñirás*, etc. Las palabras del versículo 18, cap. XXI, evangelio de San Juan, son las que yo escribo. Bueno será decir que los Hebreos y demas pueblos asiáticos, al ponerse en marcha ó entrar en batalla, se arretaban el ceñidor de sus túnicas, y de ahí la frase de *ceñirse*, cuya interpretacion es ó prepararse al combate ó comenzar el viage. — T. E.

² Versículo 20, cap. XXI, evangelio de San Juan. Todo este pasage es copia del lugar citado. — T. E.

³ Klopstock dice : « Y si quiero, etc. » La traduccion española co-

olas del mar se levantan y desaparecen á la vista del inquieto navegante.

Despues de un breve rato de silencio clamó Pedro con el mas intenso gozo :

« Sí, pronto moriré como él : pero tú, Juan, eres inmortal. »

Y los demas discípulos felicitaron á Juan por aquel ináudito favor, de que todos le juzgan digno : solo el favorecido comprendió el verdadero sentido de las palabras del Mesías, mas en vano procuró disipar el engaño de sus amigos. Tan gozosos con la idea del martirio que para sí esperan, como con la supuesta inmortalidad de Juan, volvieron los discípulos á su barca, y en ella fueron á distribuir los peces que les quedaban á los desdichados pescadores que en vano tendieron sus redes durante toda la noche.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles; y Cristo prosigue juzgando á las almas de los pecadores. Con mayor rapidez que nunca comunica sus órdenes á los seráfines, y esos ministros de su divina voluntad abren y cierran alternativamente el libro de la vida cuyas páginas esparcen rara vez la suave claridad que las ilumina, cuando contienen el nombre de alguno de los elegidos. Las sentencias

para las palabras de Cristo segun el versículo 22, capítulo y evangelio citados. — T. E.

del Juez supremo hieren con la presteza del relámpago, y disipan las tinieblas del porvenir como los rayos del sol deshacen las nieblas de la mañana.

Cumpliendo con su santa mision los testigos de Cristo han ido de cabaña en cabaña, de valle en valle, proclamando que el Salvador ha resucitado; que de sus sepulcros salian los muertos para esplicar aquel misterio de los muertos; que ya el mismo Jesus se habia aparecido á muchos de sus elegidos; y que sobre la cima del Tabor habia de aparecerse á quinientos fieles á la vez. En consecuencia todos los amigos de Cristo han ido al sagrado monte.

Hallábanse ya reunidos en la pendiente del Tabor varios fieles acogiéndose á donde quiera que algun cedro les ofrecia un abrigo contra los ardores del sol; y Lázaro, despues de haberlos contado, les dijo:

« Todavía no sois mas que doscientos, y mayor es el número de los llamados. Hasta que se hayan reunido todos los bienaventurados á quienes Jesus quiere iluminar con un destello de su divinidad, no derramará sobre nosotros la copa de su misericordia. Mientras llega ese venturoso instante cantad, hermanos míos, cantad salmos á la gloria del Salvador. »

La santa Virgen María se levanta y dice:

« Tal vez nuestra madre comun hizo demasiado descendiendo hasta permitir que una muger mortal como yo cantase con ella un himno celestial: pero sin temor podré unir mi voz á la de los amigos que el divino resucitado tiene en la tierra. ¡Ven, amada Magdalena, glorifiquemos juntas al Hijo del Eterno! »

Magdalena se levanta y dice:

« Voy á obedecerte á tí, bienaventurada madre, que oiste los cantos de los seráfines que celebraban el nacimiento del niño de Belen, á tí que has oido los acentos del arpa de Eva, que bajó de los cielos para iniciarte en la gloria inmortal á que estás destinada. Canta, y de lejos te seguirá la debil voz de Magdalena. »

Pulsó María las cuerdas de su salterio, y con dulce voz cantó:

« Los ángeles del cielo celebraron al niño recién nacido; lloraba el niño, y los ángeles glorificaron sus primeras lágrimas. »

Y Magdalena responde:

« Yo, la mas grande de las pecadoras, me arrojé á sus plantas, y mis lágrimas hallaron gracia ante aquel cuyas primeras lágrimas glorificaron los celestiales coros. »

« ¡Ay! amada Magdalena; no eran lágrimas, sino sangre la que bañaba su rostro cuando por nosotros padeció en el valle de Getsemani. »

« ¡Ay! amada María, que al ver á Jerusalem pronta á perderse recobraron sus ojos la facultad de llorar. Lloró por la ciudad santa; y, por última vez, llamó á sí á sus ciegos hijos. Mas no quisieron estos acogerse á la sombra de sus alas; y bajo los pórticos de Gabatha clamaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Empapóse el Gólgota en aquella preciosa sangre; y estremecieronse los infiernos, comprendiendo que por ella queda redimida la especie humana. Mi pensamiento se levanta gozoso hasta el cielo, á donde bien pronto se elevará también glorioso nuestro Salvador; pero no puedo apartar los ojos del ara donde reclinó su cabeza coronada de espinas sobre su pecho entonces inanimado.

« Recuerda, ¡ó Magdalena! que nos ha prometido parecer ante nosotros. ¡O tú, á quien esperamos con santo terror y celeste alegría! ven, ven á nosotros.»

Y Magdalena prosiguió en voz mas fuerte:

« Ven, ¡ó tú que resucitas á los muertos, y eres manantial de vida! ansiosos te buscan nuestros ojos en las montañas y valles de la tierra; y te buscan también entre las nubes del cielo. Llega, llega, que tu naciente Iglesia¹ te espera como la desposa-

¹ *Comunidad*, dice la traducción francesa. *Iglesia* me parece que explica mejor la idea de Magdalena. — T. E.

da al desposado. Futura Iglesia¹, cuando á tu vez ingreses en la vida de pruebas, prosigue sin temor hasta la tumba, que allí te despertará el que es dueño de la vida; anda tu camino con la corona de ciprés en la mano, y el canto de triunfo en los labios.... »

Y entonces interrumpiendo su cantar súbitamente, exclamó:

« Mirad, mirad, amigos míos, como se llenan de peregrinos todas las sendas del Tabor; mirad como la nube de polvo que levantan sus pies crece y se acerca. Ya vienen, ya vienen los llamados á contemplar al Hijo del Eterno á quien su Padre va á glorificar. »

Y María prosiguió el salmo que en su alegría interrumpió Magdalena.

« Sí, el Eterno ha glorificado á su hijo, para que la naciente Iglesia adquiera contemplando la faz del Salvador las fuerzas necesarias á resistir el filo de la espada de la persecucion, ya pendiente sobre las cabezas de los fieles. »

Mientras así cantaban Magdalena y la madre de Jesus, acudieron al monte los ángeles y los resuci-

¹ *Futuras comunidades* (ó iglesias) hay en el original. He sustituido el singular al plural porque así, y sin alterar el pensamiento, queda mas conforme con el principio católico de la unidad é indivisibilidad de la Iglesia. — T. E.

lados, permaneciendo por entonces invisibles á los ojos de los mortales.

Elohá, apoyado en su arpa, escuchó embebecido la dulce voz de María; y David, que á su lado estaba en pie, rogó al Salvador que se dignase acceder á las tiernas súplicas de su madre.

Sucesivamente fué aumentándose el número de los fieles; llegaron todos los enfermos por Cristo curados; llegaron tambien los muertos que el Señor resucitó. Beor y Dileano, Joel y Samma, Berbeson, Bethoram y Tabitha, Esteban y Josa, suben lentamente al Tabor; y sus ángeles custodios los siguen llevando las coronas que la eternidad les prepara. Delante de Porcia camina el joven Neftoa, sembrando de tiernas hojas, y apenas abiertas flores, la senda que entrambos siguen, y de vez en cuando volviéndose á mirar á la noble Romana con la sonrisa y candor propios de la inocencia. Porcia, que nunca tuvo la dicha de ser madre, imagina que el cielo le ha enviado aquel niño que la guía para consolarla.

« ¡Cuan bello es el camino por donde me traes, y cuanto te amo, niño encantador! » dijo la Romana á Neftoa.

« Tambien yo te amo, Porcia; pero cuando los cedros y las palmeras de los cielos nos den sombra, cuando la eterna primavera nos bañe en sus suaves perfumes, entonces te amaré mas aun. »

Entonces encontraron á José de Arimatea y á Nicodemo, quienes, saludándole con las palabras de paz y de amor que el divino Maestro les habia enseñado, condujeron á la esposa del Pretor y al niño que la acompañaba al punto donde estaban las santas mugeres.

Así que la madre del Mesías vió á la noble Romana, cantó á su divino Hijo este salmo:

« ¡Tu misericordia, Salvador del mundo, no tiene límites! ¡Gloriosa será la nueva Jerusalem! é innumerables sus moradores! ¡Las mas altas montañas le servirán de base, y las estrellas del cielo serán sus luminares! Vuela, lánzate, pensamiento mio, y sondea las profundidades del porvenir. Celestial felicidad, inunda mi alma; porque veo al nucleo de los cielos germinar y convertirse en un arbol magestuoso, cuyas ramas se extenderán por toda la tierra. ¡Cuan infinita es tu misericordia, divino Resucitado! »

Y cayendo María en santo éstasis, espiraron las

* La nueva Jerusalem es la iglesia de Cristo. San Juan, en su Apocalipsis, las designa bajo ese nombre, y todos los escritores sagrados le han seguido. No procedió arbitrariamente el Evangelista, pues que habiendo sido Jerusalem asiento y hasta simbolo material de la ley antigua, cuando la nueva vino á reemplazarla, regenerando al género humano, parecía natural tambien que en el estilo alegórico de los santos libros se diese el nombre de *Jerusalem nueva ó regenerada* á la comunidad de los fieles. — T. E.

palabras en sus labios; escapóse de sus manos el salterio.

Mas de quinientos fieles, destinados todos al martirio, se han reunido por fin en la cima del Tabor; y Lázaro, habiéndolos contado segunda vez, les dijo con acento de celestial inspiracion:

« Oidme, herederos de la luz, á quienes el Mesias ha congregado sobre el monte de la Trasfiguracion: no me está reservada igual dicha que á vosotros; no derramaré mi sangre por Jesus; pero os precederé al Paraiso y plantaré las palmas con que los ángeles han de tejer vuestras coronas inmortales. ¡Gloria á tí, Mediador divino, que me reservas tan grato trabajo! ¡Gloria á tí, Mediador divino, que preparas á los primeros de los elegidos una vida de penas y una muerte cruelísima, para que, fortificados los futuros cristianos con esos sangrientos testimonios, crean en tí, sin que sea necesario que nuevos mártires proclamen tu poder y tu gloria! »

Acabando de hablar hizo que se reuniesen los fieles, mandó á siete de los mas jóvenes que fueran á buscar pan y vino para celebrar en compañía de todos los congregados, y por última vez, el fraternal banquete de la nueva alianza.

Obedecieron apresurados los siete mancebos, y, postrándose los demas fieles, recibieron, por inspiracion de los ángeles y de los resucitados pre-

sentes, aunque invisibles entre ellos, aquel santo temor que se manifiesta con piadosas lágrimas.

Cuando Lázaro tuvo ya delante de sí el pan y el vino, levantó las manos al cielo, y oró en alta voz de esta manera:

« Hijo del Eterno, en el momento mismo en que uno de tus discipulos acababa de venderte, tomastes pan en tus manos, lo partistes, y, ofreciéndoselo á tus discipulos, dijistes: *Tomad, este es mi cuerpo que es dado por vosotros; esto haced en memoria mia.* Despues levantaste el caliz, bebieron todos en él, y tú les dijiste: *Este caliz es el Nuevo Testamento en mi sangre que será derramada por vosotros. Y cada vez que comais de este pan y que bebais de este vino, hacedlo en memoria mia.*

Recibieron los fieles de mano de Lázaro aquel sagrado simbolo de la pasion de Jesucristo, y, fortificada su alma con el espiritual alimento, mutuamente procuraron alentarse para el camino, santo sí, mas tambien erizado de angustias y dolores que ante sí miraban. Lázaro prosiguió fecundando el germen de religiosa exaltacion que en aquellas almas acababa de sembrar de esta manera:

« Cristo ha sufrido mas escarnio, mas oprobio, que ninguno de vosotros sufrirá nunca; y sin embargo consumó su obra. Cuando vuestras almas, abrasadas de sed, vayan ya á desfallecer bajo el peso de las angustias del martirio, el caliz de la

nueva alianza os dará nuevas fuerzas... Salúdame, ¡ó Madre bienaventurada! como á tí te saludó el angel cuando fué á anunciarte el nacimiento de tu divino Hijo; porque con él voy á reunirme... Todos os reunireis un dia con él, y en su compañía beberemos juntos en el rio de la vida eterna... ¿Cuándo sonará mi última hora? ¿Cuándo verá abrirse los cielos y mostrarme á Jesus sentado á la diestra de su Padre? ¡Apídate de nosotros, divino Mediador, tú á quien abandoné yo mientras por salvarnos á nosotros yacías bañado en sanguinolento sudor entre el polvo del valle de Getsemani... ¿Hasme condenado á que dos veces muera?... ¡Venga ese último sueño, al cual seguirá de cerca la mas bella de las auroras! ¿Donde están los ángeles enviados á la tierra para cantar la gloria del Mesías? Que vengan á unir su voz con la mia... Las tinieblas se disipan, la noche se deshace para mí y para tí, Elkanan, y para todos los que padecen resignados, dando testimonio de la gloria del Salvador á todas las criaturas de la tierra...

María, interrumpiéndole, exclamó:

« Hijo del Eterno, yo te he dado á luz, yo he cantado tu muerte, yo he cantado tu resurreccion en la tierra; cuando á tí me llames, cantaré tu gloria en los cielos. »

Jesus ha oído á todos, y, aplaudiendo á tan santo éstasis, se presenta tambien á los ojos de todos;

la realidad del cielo reemplazó en los corazones de los fieles á las deliciosas esperanzas de la fe.

Cuando, despues de un largo camino, en medio de aridos y abrasados desiertos, encuentra el viajero, bajo la fresca sombra de algun arbol, la cristalina corriente de un manantial, arrójase al agua bebiendo con tal ansia que parece imposible que su sed llegue á apagarse; y de la misma manera así los discípulos como las santas mugeres tienen clavados los ojos en el rostro del Mesías, sin acertar á separarlos de aquella fuente de celestial bienaventuranza. Jesus rompe por fin el silencio diciendo:

« La paz sea con vosotros, hijos míos: en el reino de mi padre hay pacíficas moradas que voy á haceros preparar, porque quiero que despues de la muerte todos seais conmigo. Si me amareis y observareis mis mandamientos, rogaré á mi Padre que os envíe el espíritu de la verdad. Ved que no os abandono como al morir abandona una madre á sus huérfanos hijos, sino que he vuelto á vosotros, y seré vuestro guía hasta introducirlos en la vida eterna, á vosotros que me amais, y á cuantos me amen y sigan mis mandamientos me mostraré. »

Los ojos de Elkanan acaban de abrirse á la luz; ve al Mediador, se postra y le adora. Jesus prosigue diciendo á los suyos:

« Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; mi padre es el viñero que podará aquellas ramas que no vea cargadas de fruto abundante y sazonado. Entre todos, os escogi á vosotros para que lleveis los mas bellos de los frutos de la eternidad... Voy á repetiros mi universal precepto, el que particularmente os encomiendo: « *Amaos los unos á los otros*; » y mi paz será con vosotros, paz mas preciosa que la de la tierra; en ella hallareis fuerzas para resistir al odio y á la persecucion; porque odiados y perseguidos sereis como lo fuí yo tambien. »

Pronunciando estas palabras desapareció.

Cuando de su éstasis se recobraron, vieron los fieles que en el lugar que el Mesías habia ocupado, se hallaba Nestoa como sumido en dulce sueño; mas cuando con objeto de que de su gozo participase fueron á despertarle, vieron que el bienaventurado niño habia muerto.

« Andad, amigos mios, clamó Lázaro, apresuraos á coger flores, mientras yo le abro una sepultura. »

Así que el hoyo fué bastante profundo para contener los mortales despojos de Nestoa, depositó Lázaro suavemente allí el cadaver del niño, y despues de cubrirlo con las mas bellas flores que crecen en la cima del Líbano, se apartó lentamente de la tumba. Siguiéronle los demas fieles volvien-

do todos con frecuencia la vista al fúnebre monumento pero sin derramar una lágrima, pues desde que han visto á Jesus, la muerte es para ellos un beneficio, y el sepulcro puerta de ingreso á la vida eterna.

Juntos han descendido los *setenta* del monte Tabor y juntos han llegado á un bosque de palmeros que toca en su falda. Allí encontraron á algunos de los discipulos que no habian ido al lugar de la trasfiguracion y á quienes refirieron con palabras de fuego cuanto acababan de ver. Exaltado con aquella relacion, Santiago, el hijo de Zebedeo, esclamó con entusiasmo:

« Tambien nosotros le veremos en toda su gloria. Tambien vendrá á nosotros: voy á buscarle. »

En vano sus amigos procuran detenerle: sin atender á sus razones asciende al monte y arrodillándose encima de una peña que sobre el valle se inclina, levanta los brazos al cielo y clama:

« Divino Salvador, no subas aun á tu Padre, sin satisfacer el ansia que de contemplarte tengo: si hallé gracia á tus ojos dignate pasar á la sombra de esta peña, que yo me retiraré al fondo de la caverna que el tiempo abrió en sus entrañas, y desde ella te seguirán de lejos mis ojos. »

Apenas habia acabado de hablar vió á Cristo á su lado, quien haciéndole levantar despues de bendecirle bajó con él encaminándose al bosque

de los palmeros. Viéronle los demas apóstoles mas que nunca hasta entonces resplandeciente en su gloria, y quisieron salir á su encuentro ; pero habiéndoles mandado un angel que le esperasen donde estaban hiciéronlo así ; y entre tanto llegaba el Señor se preguntaban unos á otros sin concierto alguno de esta manera :

« ¿Te acuerdas del dia en que viles asesinos cargaron, á nuestra vista, sus manos de sacrílegos hierros? — ¿No es la blanca y brillante túnica que viste la misma con que Herodes le espuso al pueblo para que le escarneciese? — ¿Habrás, por desdicha, sonado ya la hora de la mas cruel, de la mas terrible de las separaciones? — Parece-me ver que montes y collados saltan de alegría, que los bosques se regocijan, que los dorados rayos del sol son mas brillantes que nunca, que el azul del cielo es mas puro y diáfano que jamas lo ví : todas las bienaventuranzas del cielo tienen su asiento ahora en mi corazon, y vosotros llorais! »

Súbito guardaron respetuoso silencio, porque Cristo se halla en medio de ellos y dice :

« Paz con vosotros, hijos míos : pronto dejareis de verme en la tierra ; ya no volveré á partir con vosotros ni el panal de miel ni los otros manjares que os complaciais en prepararme : mas en las moradas de la paz eterna volvereis á reuniros con vuestro Mesías, y allí con él y con los patriarcas de

la *nueva alianza*, celebrareis banquetes que ninguna idea de separacion vendrá á entristecer. »

Y rodeado por los numerosos testigos de su magnificencia que han venido á doblar la rodilla en el polvo, póstrase Cristo y ora de esta manera :

« Llegado es, Padre mio, el instante por tí señalado, para mostrar á tu hijo en toda su gloria. Tú me has dado, Señor, á todas tus criaturas mortales, para que yo abriese sus ojos á la vida eterna, que consiste en conocerte y servirte. Pues en la tierra te he glorificado cumpliendo tus decretos, tú me devolverás á tu diestra aquella corona que ya era mia antes de que la creacion saliera de nuestro pensamiento. Los hermanos que me has dado saben que cuanto les enseñé de tí procede y que por disposicion tuya he venido á instruirlos : ahora, Señor, para ellos te imploro ; tuyos son porque la posesion de cuanto existe es tan tuya como mia. Haz que sean fieles á mi ley ; haz que formen siempre una congregacion de hermanos. Mientras he sido hombre como ellos lo son, velé por la salud de sus almas... á uno solo de mis elegidos perdí... era preciso que se cumpliesen las profecías. Mas no solo por mis discípulos te imploro, sino tambien por los innumerables hijos que á nosotros traerá la santa elocuencia de los primeros. Ya por mi sangre están antes de nacer redimidos, y á todos los he amado con igual amor ; estén pues

siempre conmigo y en mí para que participen de la gloria de que tú me circundaste antes de crear los cielos. A tí, el mas justo y el mas amado de los Padres no te comprende el mundo ; mas yo, que sí te conozco. He revelado á tus criaturas el misterio de mi vida y de tu divinidad, para que penetrando en ellas el mismo amor que á tí y á mí nos une desde la eternidad, sean su alma enteramente de su Salvador. »

De esa manera, bajo los rayos que de él mismo emanan, ora y suspira Jesus y despues desaparece.

Cuando bajo las sagradas bóvedas del templo, une el mortal piadoso su pensamiento á los solemnes ritos con que la iglesia celebra la resurreccion de Cristo, parécele que su alma, llevada en alas de la santa armonía de los solemnes cantos, se eleva hasta el pórtico de los cielos : y sin embargo no experimenta ni una pequeña parte del enagenamiento que los apóstoles, mientras que Cristo, radiante con todo el esplendor de su gloria, oraba entre ellos.

Sin levantarse del suelo siguieron los discípulos á su Maestro con la vista, hasta que desaparecieron completamente á los luminosos destellos que Cristo dejó en pos de sí ; y entonces levantándose dejaron las palmas de Getsemani, para encaminarse á Jerusalem. Habianse olvidado, los ángeles que los acompañaban, de velar su resplandor, mas no por

eso los veian los apóstoles, pues iban enteramente absortos en el recuerdo de la reciente aparicion del Mesias.

Juan, que de sus compañeros se habia separado, siguiendo una solitaria senda, procuraba con humilde temor sondear los abismos del porvenir : pero no siendo aun su espíritu capaz de discernir los caminos que en ellos trazara la mano de la Providencia, entregábase á santas visiones que le hacian presentir las celestiales bienaventuranzas. Mas á pesar de las inefables delicias que aquellas visiones le causaban, conocia el discípulo que todavía no le habia hecho el Eterno subir el primero de los escalones del tabernáculo. Acompañábase Salem, su angel custodio, conociendo su agitación y compadeciéndole : pero viendo que el discípulo se aletargaba comprendió que le protegía un poder al suyo superior y separóse de él en rápido vuelo.

Al despertarse Juan vió á su lado á la madre del Mesias, y le dijo :

« El cielo es quien te trajo á mí, ó Maria : escucha la relacion del sueño que mi divino maestro acaba de enviarme. Hallábonos todos reunidos en mi morada hablando del porvenir con toda la simplicidad de nuestros amantes corazones ; ninguno de nosotros queria obligar á sus hermanos á que adoptasen sus opiniones y presentimientos :

pero todos deseábamos con ardor la muerte, pensando en nuestra propia salud y no en la del género humano. Abrasados los labios, y con el báculo en la mano prontos á partir, anhelábamos dejar la tierra para ir á aplacar nuestra sed, en presencia de Cristo, en el rio de la vida. Repentinamente un soplo terrible como el de la tempestad, haciendo que se estremeciese mi cabaña, pasó por nosotros, y nuestras lenguas se convirtieron en llamas celestes que iluminaron nuestros entendimientos, dieron calor á nuestros corazones, y nos dilataron el alma. Entonces nos sentimos con fuerzas para esperar la muerte hasta que encanecidas por los años nuestras cabezas recibieran la corona del martirio; y animados de tales sentimientos nos dispusimos á correr el universo para predicar la ley de Cristo y aumentar el número de sus elegidos. »

Mientras Juan hablaba así; le escuchaba la santa Virgen sumida en éstasis religioso.

La lira de Sion, circundada de sus mas brillantes estrellas acaba de volverse hácia el santuario de los cielos; y los cielos reconocen aquel signo que les anuncia el próximo regreso del Hijo del Eterno.

Sabian los discípulos que su maestro iba pronto á separarse de ellos; y en vano procuraban sacudir la tristeza que tal certidumbre les inspiraba.

Tadeo, mas que ninguno de ellos afligido, se lamentaba amarga y continuamente; y no le basta para consolarse la evidencia de que Jesus regresa á las moradas de la dicha y paz eternas; porque ignora en qué momento volverá á unirse con el maestro á quien ama con todas las fuerzas de su alma. En su desesperacion ruega á los muertos que le digan cuando llegará aquel momento, mas santo y dulce que cuantos ha visto correr entre los vagos albores de la mañana, que cuantos la noche envuelve en su embalsamado manto y embellece la luna con su argentada luz: pero los muertos se muestran sordos á sus ruegos.

Tomás inspirado, sin comprenderlo él mismo, por Jesucristo, condujo á los apóstoles y á los setenta al valle de Getsemani, y al pasar todos por el parage donde tanto padeció el Salvador la víspera de su muerte, viéronle con asombro en medio de ellos. Sin osar hablarle, siguiéronle por una escarpada senda al monte de los Olivos, mas con frecuencia volvían la vista hácia el Gólgota y al abierto sepulcro; uno y otro objeto les hablaban eloquentemente, pero el último en particular derramó en sus almas celestial consuelo, recordándoles que de allí habia salido Jesus para reunirse con sus fieles amigos.

En la cima del monte de los Olivos se han congregado los ángeles que acompañaron á Cristo du-

rante su peregrinacion por la tierra, así como las almas y resucitados que le asistieron en torno de la cruz cantaron sobre su sepulcro : á todos se les juzgó dignos de componer el triunfal cortejo del Ungido al regresar á la diestra de su padre. Entre aquellos bienaventurados se encuentra Elohá, mas no partirá con ellos, pues la voluntad suprema le ha nombrado custodio de la tierra que la sangre de la redencion ha libertado del anatema que la oprimia á causa del pecado de Adan. Las felicidades que los celestiales siglos preparan al orbe confiado á su custodia, han sumido al mayor de los seráfines en delicioso éstasis; y ya en su pensamiento se sonrie con el adolescente de los cielos predestinado á presentarle la trompa cuyo atronador acento ha de despertar á los muertos de todas las generaciones.

Llegaron Jesus y sus discípulos á la cima del monte, donde la suave brisa del naciente día reanimó á los fieles, halagando sus mejillas, abrasadas por el ardor de la dicha que les enagena y anonada: dicha estraña á la naturaleza humana, y que sola la presencia del divino Maestro puede hacerles soportable. No hay idioma en la tierra, no hay en los cielos mismos armonía capaz de esplicar la magestad de Cristo en aquel momento supremo.

Desde los mas remotos astros hasta las inflamadas olas del camino solar, por cuanto, en fin, al-

canzan los ojos de las criaturas de Dios á contemplar los orbes que giran en el espacio, los espíritus ora revestidos de nubes, ora de vapores diáfanos, ya de fuego, ya de arcilla como los hombres, todos, todos y en todas partes fijan la consideracion y el pensamiento en el divino Redenter. A todos los ve Elohá, y á todos los contempla sonriéndose; despues se postra á los pies de Jesus, deponé allí la corona centellante que ornaba su frente, y adora al Hijo del Eterno. Cristo le bendice en su pensamiento, tiende á sus discípulos los brazos y esclama :

« No salgais de Jerusalem; esperad allí el cumplimiento de la promesa de mi Padre cuando vivo salí del sepulcro. Juan el Precursor bautizó con agua, de fuego será el bautismo del Espíritu Santo, y ese recibireis vosotros mis elegidos. Dentro de pocos dias se cumplirá esta promesa. »

Preguntó entonces uno de los discípulos al Señor si al cumplirse su promesa, se levantaria de su abatimiento el reino de Israel, y fuéle respondido que no era dado á los mortales penetrar los designios de la Providencia. Despues de esto, trasladándose el espíritu del Salvador á Betania, fué Lázaro trasfigurado, y un angel le condujo al monte de los Olivos para que tambien fuese de los que acompañaran á Jesus en su ascencion á los cielos.

Jesus habló de nuevo á sus discípulos, y dijo :

« Sí, recibireis al Espíritu santo; él descenderá sobre vuestras cabezas y os inspirará fuerzas suficientes para dar testimonio en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en todas las regiones de la tierra, hasta el fin de los tiempos. »

Y aproximándose á los apóstoles, los miró con infinita bondad; tendió sobre ellos las manos, y prosiguió:

« Dios os guarde y proteja; dignese iluminaros, y sea su gracia con vosotros; nunca se aparte su vista de vosotros, y al fin os dé su eterna paz. »

¡Cielos y tierra, bien lo sabeis, cuando hubo así bendecido á sus apóstoles, terminó el Mesías su obra en este valle...

Desde las mas elevadas regiones de lo infinito descendiende una nube, se acerca, circunda al Mesías, y vuelve á subir con él...

Con la vista le siguen los fieles ¹, y el sentimiento que entonces enagenaba sus corazones, lo experimentaremos nosotros cuando la misma nube

¹ Imposible nos es, pues que la ocasion se presenta, dejar de decir que en castellano tenemos una oda á la Ascension del Señor, que no solo es la perla de nuestra literatura, sino además una de las mejores, sino la mejor, que á tal asunto se haya escrito en idioma alguno. Aludimos á la celebérrima oda del maestro Leon, que empieza:

*¡Y dejas, pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro, etc. — T. E.*

que le acompañó á los cielos, vuelva á traérnosle á la tierra para juzgar á todo el linage humano.

Sobre la cima del monte de los Olivos estaban aun los apóstoles, cuando se les acercaron dos mancebos, vestidos de blancas túnicas; uno de ellos es el divino Elohá, el otro su amigo, el joven y amable Salem. La cabellera del primero resplandece, y su mano se apoya en un báculo de oro.

« ¿Qué esperais aquí, amigos míos? les dijo el mayor de los seráfines. Jesus, á quien acabais de ver subir á los cielos, será en adelante con vosotros donde quiera que os hallareis. »

Desaparecieron los dos inmortales, y los apóstoles, lleno el corazon de gozo y de gratitud, bajaron del monte de los Olivos.

En el templo, en Jerusalem, en sus moradas, siempre en fin están reunidos los apóstoles de Cristo, orando y esperando con temerosa confianza el bautismo del Espíritu Santo, que ha de darles fuerzas para cumplir con la sublime mision de dar testimonio al Universo entero de la gloria y poder del Mediador divino.





CANTO VIGÉSIMO Y ÚLTIMO.

ARGUMENTO. — Levántase el Mesías en los cielos, y entonan los ángeles y los resucitados un cántico de triunfo. — Algunas almas piadosas que acaban de separarse de sus cuerpos se unen al acompañamiento de Cristo. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Transformación de una estrella. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Los moradores de una estrella se unen al acompañamiento. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Pasa el acompañamiento por delante de la estrella habitada por los hombres inmortales, que de lejos le saludan. — Himno que cantan dos futuros cristianos. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Algunas almas van á unirse al acompañamiento, y se detienen en una estrella. — Descúbrese en lontananza el trono del Eterno. — Último cántico de triunfo de los ángeles y de los resucitados. — El Mesías entra en el santuario de los cielos, y se sienta á la diestra de su padre.

♦♦♦♦♦

Rodeado de su celestial falange, atraviesa el divino Redentor la region de las nubes, y sigue el esplendente luminoso camino que conduce al trono del Eterno, precedido por Gabriel, cuya dorada cabellera murmura en torno de su cabeza, mientras su voz, unida á los acentos del arpa, canta :

« ¡ Murmurad vuestros cánticos! ¡ temerosa y sumisa sea vuestra voz, porque vais á cantar la gloria de Cristo! ¡ La mas grande de todas las glorias, la que llena la eternidad, y resuena de celestes siglos á celestes siglos! »

Y un coro de ángeles y resucitados levanta su voz, trémula por el exceso mismo de la emocion de aquellos seres; las celestés arpas unen sus melodiosos acentos á la voz de los inmortales; y desde el fondo del empireo, llega suavizado por la distancia el eco atronador de la terrible trompa del postrero dia. Así en la falda de un monte, confunde el oido el murmullo de rápido arroyo, el rumor de las hojas del bosque, y el estrépito del torrente á medio secar que se abre paso lenta y trabajosamente por entre las quebradas peñas. El coro de los ángeles y de los resucitados levanta los ojos, humedecidos por tierno llanto, al rostro del Mesías, y le dirige este cántico :

« De toda la eternidad, antes de que salieran de la nada los dias, las noches y los astros; antes de que brillaran con su estelar resplandor los queru-

bines, estabas tú, Hijo de Dios, condenado á muerte.

« ¡ Cordero inmolado, Salvador de los caidos, Víctima del altar del Gólgota, durante toda la eternidad has visto correr tu divina sangre!

« ¡ Antes de que existieran los rios y los mares, los montes y los valles; antes de que Dios, para realzar la gloria del reino de la luz, hubiese creado el polvo; antes de que el globo terrestre se convirtiese en inmensa tumba, has visto tú, Hijo divino y Redentor del mundo, correr tu sangre! »

Uno de los ángeles del juicio final dejó entonces caer la terrible trompeta; otro coro levantó sordamente la voz, y el angustiado canto resonó en los ámbitos de lo infinito :

« Allí estaba sin vida el cordero pascual; pero la mano que le inmoló no rompió sus huesos¹; y Judá, empapando un ramo de hisopo en la sangre del cordero, señaló con ella las puertas de sus cabañas.

« Desdichados, desdichados de aquellos á quienes no proteja la sangre del cordero cuando llegue la terrible noche á envolver al mundo en sus santos terrores. Ya llegó la terrible noche y descendió

¹ Cuando Moisés instituyó la Pascua al salir de Egipto, prohibió que se rompieran los huesos del cordero Pascual. — T. F.

el angel exterminador en rápido y silencioso vuelo hasta las orillas del rio.

« El Egipto entero ha lanzado un largo gemido en señal de luto y desesperacion; la muerte hirió sin piedad á todos sus primogénitos.

« En las gradas del trono, en la cabaña, en el fondo de las prisiones, y hasta pendientes de los pechos de las absortas fieras fueron heridos los primogénitos. Solo en Rahmeses¹ se oyen cánticos de gloria y corren lágrimas de gratitud, porque exceptuadas fueron de la matanza las cabañas que la sangre del cordero señala. »

Y con voz mas fuerte, á que acompañan arpas menos tímidas, trompas mas agudas que las anteriores, canta otro coro, compuesto de querubines, cuyos cuerpos irradian llamas, cuyos rostros brillan esplendentes.

« A la voz creadora del Hijo, convirtiósse el pensamiento de la creacion en materia y adquirió formas, y poblaron los espacios innumerables legiones de orbes y de seres, girando en él atónitos y gozosos con su existencia.

« La voz creadora del Hijo continuó haciéndose oír, ella impuso á los orbes su elíptico movimien-

¹ Nombre de la ciudad mas importante que edificaron los Israélitas en aquella parte del Egipto donde José estableció á sus hermanos — T. F.

to, ella á los rayos de luz la ley de brillar sobre otros rayos y de caminar los unos ligeros y rápidos, mientras los otros perezosos y lentos.

« El imperio del Redentor del mundo comenzó á ser, y del seno de la obra de la creacion, radiaron la meditacion y la magnificencia, el gozo y la felicidad para todos, ¡para todos, hasta para los habitantes de la tierra!

« Herederos de la tumba y de la luz, hermanos del que murió en la cruz: desde el fondo de vuestra miseria hasta las aereas regiones hay un camino bañado de lágrimas; cantad ese camino bañado de lágrimas que es el que conduce desde el valle de las penas al tribunal supremo.

« Las tinieblas de la noche os ocultaban ese camino, que á manera de laberinto sin salida giraba en torno de sombría roca; corrió la sangre de la redencion y vosotros podreis sentaros en el tribunal de los cielos; vosotros por aquella sangre redimidos os sentareis en él. »

Uno de los hijos de la resurreccion, á quien entre los mortales llamaron descendiente de Hido¹, acercándose al Mesías y pulsando el arpa sonora, que en las manos llevaba cantó el afortunado dia en que en lontananza vió á Zema:

« Jehosuah penetró en aquella parte del santua-

¹ Designa Klopstock bajo ese nombre al profeta Zacarias, hijo de

rio cuyo misterio ocultaba el velo ahora roto, mas sus vestiduras no estaban puras, y Satan, apareciendo á su lado, le acusó ante los ángeles.

« El Señor le dió blancas vestiduras libertándole de tu peso, ó negro pecado; porque un día debía venir el elegido del Señor, el Redentor de todo pecado; y una voz misteriosa sonó entre los ángeles diciendo: ¡ Zema! ¡ Zema!

« ¡ O dicha inefable! viniste, Mediador divino, y rasgóse el velo, y el misterio fué aclarado para todos. El Hijo en sí mismo puro entró en el Santuario.

« Afortunados pueblos, congregaos á la sombra de la vid gozosa y de la fresca higuera, y el salterio de la alianza animará vuestro festin y el himno de la alianza, uniéndose á su salterio, repetirá bajo

Malaquías y nieto de Hido. El cántico que en su boca pone es imitación de los capítulos III y VI del mismo. En el primero tiene el profeta una vision en la cual se le aparece el gran sacrificador Jehosuah al pié del altar, revestido con ornamentos impuros; los ángeles le rodean, y Satan se constituye su acusador. Dios manda que le den blancas vestiduras, y le dice que si observa sus preceptos le confiará la jurisdiccion de su casa y le mostrará al *germen*, su muy amado servidor. En el capítulo VI dice Dios á Zacarias que un hombre llamado *Germen*, germinará por debajo de sí mismo; que construirá el templo del Eterno, cuyo gran pontífice será; y que el mismo *Germen*, sentado sobre su trono, tendrá un consejo de paz con Dios. Con el nombre de *Germen* designa Zacarias al Mesias; pero Klopstock, no creyendo que la palabra era bastante poética, la reemplazó con la griega *zema*, que significa *prodigio*, *signo*, *estandarte*, *monumento*. — T. F.

los emparrados del festin: ¡ Zema, tú has venido! ¡ Zema tú has muerto! ¡ Zema, tú has resucitado! »

Enérgicamente vibran las arpas de oro, orgullosamente se mecen las inmortales palmas que en sus manos agitan otros seráfines que vienen á cantar á su vez la gloria del Salvador.

« Cuando Jesus exclamó: *Consumado está*; lloramos en alta voz nosotros á quienes era posible beber en el torrente de la salud, y glorificóse el polvo porque el Eterno le elevó hasta el reino de los cielos. Jesus, pendiente de la cruz, hizo descender sobre la tierra todas las bienaventuranzas de los elegidos.

« Cuando el Hombre-Dios exclamó: sea el universo, aparecisteis innumerables como las gotas de rocío que caen del cielo, vosotros mundos, por él predestinados á una gloria cada vez mayor. Jesus pendiente de la cruz ha hecho descender sobre vosotros la salud eterna.

« Innumerables legiones de la creacion, al consumarse el sacrificio espiatorio cayó sobre vosotras la mas dulce de las bendiciones; y el murmullo de las celestiales arpas, repitiéndoos esa bendiccion en acentos semejantes á los suspiros del éstasis, os ha llenado de nueva felicidad. ¿ Quien podrá contaros, ó bienaventurados, que ante él doblasteis la rodilla? »

Apenas han terminado los seráfines este salmo,

y ya otro coro de resucitados, agitando las palmas de triunfo, canta la gloria del hijo del Eterno con aquella dulce melancolia que es manantial divino de nobles inspiraciones :

« ¡ Adorado sea el hijo del Eterno : adorado sea el cordero inmolado ! Ya subió mas arriba de la cima de Sion, ya se acerca á los cielos, y el altar del Gólgota está aun teñido en su sangre. ¡ Gloria á tí hijo del Señor que por nosotros te sacrificaste ! ¡ Gloria á tí, Salvador de los esclavos de la muerte ! ¡ Gloria y gratitud á tí, noble hijo del Eterno ! Tú sacaste de las tinieblas á innumerables astros de cuyo seno salió un torrente de luz que rápida se esparció girando por las inmensas órbitas.

« ¡ Admiracion y gloria á tí, Hijo del Eterno, cordero inmolado ! Adoremoste divino Redentor que sacaste de la noche de la destruccion á las víctimas de la muerte libertándolas á todas del abismo de la destruccion. »

Y otro coro de Resucitados miró con tierna compasion á la tierra que á sus plantas giraba, recordando que en ella habitaron en miserables moradas, que en ella durmieron en frios sepulcros, y que allí en fin les despertó del eterno sueño la voz de Cristo Redentor del mundo cuyos beneficios cantan de esta manera :

« Adoremos al Eterno, adoremos al Hijo que vuelve al Eterno. Vosotros sus amados servidores,

ó espíritus angélicos, arrojad en su camino vuestras palmas y coronas para que él os las vuelva al pié del trono.

« Vosotros peregrinos, que oprimidos bajo el peso de la miseria os arrastrais aun en los ásperos caminos de la vida, dejad de llorar, que tambien como los ángeles os postrareis un dia al pié del trono.

« Tal es el noble premio que os reserva el Dios que por vosotros ha muerto. Si imitais el ejemplo de paciencia y sumision que os ha dejado, si como él soportais sin quejas vuestro dolor hasta el fin, os hará partícipes de su triunfo. Cesad pues, lágrimas de compasion; enmudeced dulces consuelos que mitigais los males de aquellos á quienes compadeceis; no hagais flaquear el corazon de los elegidos : no necesitan de consuelos; no, pues saben que en los valles de la muerte les esperan cánticos de felicidad, y que una corona les aguarda al fin de su peregrinacion. »

Y mientras así cantaban divisaron no lejos de la rutilante espiga⁴, á varias almas por querúbines conducidas hácia el Redentor. El vuelo de los inmortales es rápido y noble como conviene á la gloria y á la felicidad; el de las almas trémulo á im-

⁴ Alude Klopstock á la espiga de la Virgen, estrella de primera magnitud. — T. F.

pulso de la insólita ventura de que gozan. Todas las almas de mortales virtuosos que en los diferentes pueblos de la tierra han roto los lazos del cuerpo desde que el Mesías dijo pendiente de la cruz: *Consumado está*, hasta el momento de su triunfo, se han reunido en los campos de la celeste cosecha. Así lo dispuso el Eterno. A medida que aquella tímida cohorte va elevándose en las regiones del empireo, va aumentándose también su feliz sorpresa; gime, llora, y por vez primera entonces, sí, por vez primera reconoce y adora al verdadero Dios. Un coro de resucitados acoge á sus nuevos hermanos con este solemne canto :

« ¡Llegad, acercaos ! Penosa fué vuestra peregrinacion en los tenebrosos caminos : ya os habeis elevado sobre todas las miserias ; vuestros gemidos son éstasis celestes, vuestras lágrimas son lágrimas de alegría.

« ¡Estasis celeste ! ¡dulces lágrimas ! Divina herencia que les espera á los fieles al fin de su camino con la recompensa de Dios. ¿Qué lengua podrá describir vuestras inefables felicidades ? ¿En qué regiones suena el arpa divina que pinta esas felicidades ? Argentadas olas del río, y tú palmera que creces en sus orillas, tú que escuchas á la musa de Sion, hablad : ¿llegaron nunca hasta vosotros los dulces sonos de aquella arpa prodigiosa ? »

Y á impulso del enagenamiento que les causa su nueva vida, aquellas almas al principio tan tímidas, se unen súbitamente á las brillantes cohortes del vencedor y cantan en voz robusta :

« ¡Elevémonos con los ángeles herederos de la luz : aumentemos el acompañamiento del Hijo del Eterno, sigámosle por medio de los cielos ! Este magnífico triunfo nos cupo en suerte. ¡Morir es hacer el último esfuerzo para llegar á la beatitud ; el sepulcro, cuna de la salud, puerta del cielo !

« La melodía de los celestes himnos no alcanza á describirte, Mesías divino ; la intuición misma de los inmortales no puede imaginarte tal cual eres, rey del universo. De lejos, muy de lejos te siguen en tu marcha los clamores de victoria y los cantos de felicidad.

« Dígnate mirarnos bondadosamente, que también somos nosotros de los bienaventurados que tu muerte redimió, que también nosotros fuimos por tí sembrados en los campos donde tú siegas las espigas ya maduras. »

Los adolescentes del trono, que se desarrollan á la sombra del divino Elohá y del sublime Gabriel, como al pié del cedro florece un lirio, ceden también á la emoción que les causa la fiesta de los cielos. Su voz es viva y rápida, viva y rápida es la vibración de las cuerdas de sus arpas. ¿Cómo repetir el canto íntimo, estrepitoso y sagrado de la ale-

gria, de la felicidad, del triunfo? ¿Cómo pintar el éxtasis que os espera al pié del trono, vencedores del pecado, vencedores de la noche, vencedores de la muerte? »

No son solos los acentos melódicos del salterio ni los atronadores de la trompeta los que acompañan á los cantos de los celestes coros : otras cuerdas misteriosas vibran en el espacio, semejantes al murmullo de solitaria fuente, ó al de la dulce brisa de la noche, ó al de los tiernos suspiros de virtuosos amantes. Y sonidos poderosos como el de la tempestad, terribles como el trueno, se unen y ponen de acuerdo con el crujir de los ambulantes mundos.

Cristo ha reinado solo en la creacion desde que se reveló á Abraham hasta que bajo la forma de un recién nacido bajó á llorar en el portal de Belén. Las legiones que le siguen en su marcha triunfal cantan los beneficios que derramó sobre el pueblo á quien hizo objeto especial de su misericordia ó inmutable justicia. En alas del éxtasis se elevan aquellos salmos de maravillas en maravillas. Nadando en un piélago de armonía se encuentran los coros, se cruzan, se adelantan unos á otros, se detienen, y sucesivamente cediendo á sus inspiraciones entonan solemnes himnos. Los ángeles de la muerte, alzando sus voces graves y sombrías, cantaron así :

« ¡Tú te detuviste, ó mar : así lo quiso Dios! Vapores del día, nieblas de la noche, vosotros os arrastrasteis en pos del pueblo de Israel. Desde el seno de la mas sombría de esas nubes el Eterno espantó, el Eterno hirió á Faraon y á sus peones y á sus ginetes! »

Mas la trompeta continuaba sonando, y Miriam la oyó ¹. Miriam, la hija de Amram, la que presidió á la danza de la victoria, cantó así la gloria del Eterno :

« La mar inmensa os sirvió de tumba, furiosos Egipcios. El armado caballero y su caballo, los carros destructores y el mismo Faraon, todos se hundieron entre los verdes juncos como el plomo se hunde en el cieno. Desde lo alto de las inflamadas nubes lanzó el Señor sobre ellos una mirada de cólera y la mar furiosa se los tragó para siempre. »

Otros ángeles fijaron á su pesar el pensamiento sobre la espantosa suerte de Coré, Datan y Abiran. Su cántico es lento y triste :

« Amargas quejas, clamores de desesperacion, terribles fuisteis cuando en medio de una nube de polvo salisteis del fondo del abismo ; mas terribles aun cuando debilitándoos sucesivamente anun-

¹ Imitacion del cántico de Miriam, hermana de Moises, al salir de Egipto. Exodo, V. — T. F.

ciasteis la agonía de las víctimas que se hundieron en la sima. Y con el silencio que sucedió á su último suspiro todos los terrores de la muerte se espaciaron entre la consternada muchedumbre. »

Los cantores de la gloria del Mesías no dejaron caer mas que una sola mirada sobre las ruinas de Jericó, y una vez sola tambien con trémulas manos pulsaron las cuerdas de sus arpas :

« El piadoso escuadron de los sitiadores pasó y volvió á pasar al pié de las orgullosas torres de la ciudad de las palmas ¹, amenazándolas con el sonido de sus guerreras trompas. Lució en fin el día señalado por el Eterno, los hijos de Israel dieron por última vez la vuelta en torno de los muros, y el estrépito de la caída de estos se unió al sonido de los triunfantes clarines. »

Arpas melodiosas sonaron dulcemente, y á sus celestiales acentos se unieron angélicas voces diciendo :

« Judá, tu suerte es digna de envidia : el niño de Belen, el adolescente de moreno color ² corria en tu llanura gracioso como el ligero corzo. Juguetando tiró con la honda una piedra, y con tal fuer-

¹ Bajo ese nombre designa Moisés con frecuencia á la ciudad de Jericó, cuyos muros cayeron al sonar las trompetas de los Israelitas. Josué, VI. — T. F.

² El rey David. — T. F.

za que rompió la frente de Goliath ¹, quien de su debilidad se había burlado.

« Tu Dios, ó Judá, que desechó al Benjamita² haciendo correr toda su sangre en la montaña de Guilboah ³, protegió á tu hijo el del moreno color. En su pecho puso voz de oro y con diadema de oro ciñó su frente. »

Entonces, viendo David al Mesías, entonaron los coros mas elevados salmos á la gloria del que creó y redimió á la especie humana : mas pronto nuevos salterios acompañaron á nuevas voces, y esas voces cantaron :

« Oraba el profeta ³, súbito salió una palabra de lo alto del trono de fuego. La hoguera consumió su víctima, y en torno del altar se alzaron las aguas convertidas en abrasadoras llamas.

« Siete querubines descendieron hácia el profeta á quien el Eterno acababa de iluminar con aquella poderosa luz que penetra en el porvenir mas remoto.

« Y así cantaron los siete querubines :

¹ Gigante Philisteo, natural de la villa de Gat, á quien mató David de una pedrada. — T. F.

² El rey Saul. — T. F.

³ En la montaña de Guilboah, Saul, vencido por los Filisteos, por no caer vivo en manos de sus enemigos se dió muerte con su propia espada. Samuel, I, 51. — T. F.

⁴ Isaias, de cuya visiones es imitacion todo este pasage. Isaias, VI, 37. — T. F.

« ¡Y tú viéndonos al lado del Eterno inmóviles pensativos y sin velo guardaste silencio! Nuestras anchas alas solas nos cubrían, y á la voz de los custodios del trono estremeciése el templo.

« Y respondió el profeta :

« Mudo permanecí viéndoos al lado del Eterno inmóviles, pensativos y sin velos. Vuestras anchas alas solas os cubrían, y á la voz de los custodios del trono estremeciése el templo.

« Y entonces clamasteis : ¡ Santo es el Señor ! ¡ El Señor es tres veces santo ! ¡ Infinito es el número de los que le adoran ! El eco de su glorioso nombre resuena en torno del trono celeste y resuena también en el polvo ! » El profeta calló, absorto en solemnes pensamientos, mas pronto haciendo señal á las celestiales trompetas de que se uniesen á su voz cantó estas palabras que en otro tiempo dijo al orgulloso conquistador Asirio :

« Hé aquí, audaz Senaquerib, lo que el Eterno ha pronunciado contra tí : la Virgen de Sion te ha despreciado y la noble Jerusalem movió desdeñosamente su cabeza al verte pasar. ¿ A quien, Rey soberbio, dirigiste tu voz blasfemadora, tus miradas de mofa y de insulto ? Al santo de Israel, á Jehová provocaste diciendo :

« Yo hice pasar mis inmortales carros sobre la cima de los mas elevados montes ; yo despojé al

Líbano de su verde alfombra ; el altanero pino, el cedro magestuoso fueron por mí derribados !

« Yo planté mis tiendas en la pendiente del Carmelo, en el centro de sus espesos bosques abrí fuentes y bebí de sus cristalinas aguas ; bajo la huella de mis pasos se secaron todos los lagos de Israel.

« Lo que hago ahora ya lo he hecho otras veces ; primero medito mis hazañas, despues les digo llegad, y las ciudades rodeadas de mas altas murallas y las verdes colinas que la sustentan se hunden ; y los brazos de sus defensores se paralizan aterrados.

« Al verme se secan los vencidos como la yerba que se arrancó del prado, como planta parásita que en la techumbre de un edificio se agosta antes de madurar !

« Y el Eterno le respondió : Audaz, por donde quiera que pasas te sigo, conozco tus guaridas, llegaron tus blasfemias al pie de mi trono. Yo atravesaré tus narices con un anillo, yo pondré un freno en tu boca, yo te obligaré á desandar lo andado. »

Calló el profeta y prosiguieron los ángeles :

« Ya luce el dia risueño y alegre : la amenazadora profecía sigue tronando en la colina de Sion ; todo en el campo Asirio es silencio y tinieblas ; sus innumerables guerreros yacen sin vida ; el Rey

huye aterrado. La eterna justicia acaba de consumir su venganza.. ¡Huye, huye Senaquerib, refúgiate al templo de Nisroc! »

El mas sublime de los inspirados ¹ aquel que á orillas del Kebar fué iniciado en la contemplacion de la gloria divina, se aparta de las filas del celestial cortejo siguiéndole doce de los adolescentes del cielo, otros ángeles y algunas almas bienaventuradas, mientras se eleva y acerca al Mesías para celebrarle á su vez con un cántico solemne. Bello y magestuoso es el vuelo del profeta, mas bella y magestuosa aun la llama que de sus ojos brota en tanto que sus labios pronuncian estas palabras :

« ¿ Cuantas veces, ó Dios terrible, vengaste á tu elegido pueblo de sus opresores? ¿ Cuantas has aniquilado á los enemigos que querian destruirle? ¡ A todos los que tenian sed de sangre los ahogaste en sangre, ninguno de ellos escapó á tu venganza!

« ¿ El monstruo del Nilo ² no era por ventura se-

¹ El profeta Ezequiel. — T. F.

² En el capítulo XXIX de sus profecías compara Ezequiel á Faraon con una ballena que reposa en medio de las aguas. Todo el pasaje siguiente alude al capítulo XXXI, en que el mismo profeta predice la ruina de Faraon. Ezequiel pasa con razon por ser el mas oscuro de los escritores de la ley antigua, á tal punto que los judíos mismos, temiendo falsas interpretaciones, prohibieron la lectura de sus obras, aun á los levitas, hasta que hubiesen cumplido la edad de treinta años. — T. F.

mejante al Asirio; al Asirio, soberbio como el cedro del Líbano cuando á lo lejos tiende su sombra protectora, y como él rico de hojas y que como la del árbol audaz erguia su cabeza?

« Las aguas que bañaban su pie hicieronle crecer aceleradamente, y en medio de su arremolinado curso elevóse siempre y cada vez á mayor altura; y los torrentes bramaban en torno de él, y los demas árboles del valle solo eran regados por misereros arroyos.

« Y cada vez se alzaba mas sobre los otros árboles del valle, y sus inmensas ramas se tendian sobre los vecinos campos: el árbol rey tenia agua y savia en abundancia.

« Entre sus verdes hojas venian á bandadas los pajarillos á edificar sus nidos; cuantos insectos se mueven en el polvo, iban á establecerse cerca de las fuentes que murmurando riegan su planta; á la sombra de sus ramas se acojian populosas naciones.

« Ninguno de los cedros del Señor le igualaba en pompa y elevacion; á su lado parecían débiles las ramas del pino y las hojas del plátano pocas y mezquinas: aquel era el mas bello de los árboles del jardín de Eden.

« Dios le había dotado de tan lozana verdura, de

¹ Alude Klopstock al rey Senaquerib. — T. F.

tronco tan robusto, de ramos tan largos, que todos los árboles del jardín le envidiaban : su frondosa copa se extendía cada vez mas entre las nubes.

« Y porque su frente audaz se alzaba al cielo, se hinchó de orgullo su corazón : entonces, tú, vengador, le hicistes sentir tu poder entregándole á sus poderosos enemigos : la pena del talion le fué impuesta.

« Un poder extraño le derriba, arranca sus raíces, mutila su tronco, esparce sus restos en montes y valles, y por las orillas de los arroyos, por todas partes se ven rotas las ramas del árbol rey.

« ¡Ya no da sombra á las naciones y las naciones marcharon lejos de él á buscar otro abrigo, y las bestias feroces se refugiaron en las ruinas del coloso caído! Bestias feroces y pájaros del cielo es cuanto le queda.

« Su caída aterró á todos los árboles, ninguno de ellos en adelante se alzaré con tal orgullo sobre las aguas, ninguno hará como él crugir sus hojas casi al par de los bramidos del torrente : nunca en adelante habrá sombra tan dilatada y fresca como la del árbol caído.

« ¡Bajarán á la tumba, dormirán en los sepulcros todos los que han obligado á la tierra á hu-

millarse á su poder de un día : en el abismo cayó el orgulloso asirio!

« Y acogióle el abismo con sordos gemidos y callaron torrentes y torbellinos, y las aguas cesaron de correr, y el Líbano se cubrió con manto de luto ; hasta los árboles del valle se secaron ; la tempestad le ha precipitado al fondo de los infiernos con tal estrépito que el terror se apoderó de las naciones ; mas los árboles del valle se reanimaron porque los arroyos de los montes llegaron en fin á sus sedientas raíces.

« Con él cayeron los déspotas cuyo poder estribaba únicamente en la proteccion del soberbio tirano ; desaparecieron las plantas parásitas que crecían á la sombra del árbol gigante : la muerte los ha herido á esos y á su numeroso séquito. »

Callaron un instante el profeta y sus compañeros, para volver á cantar en seguida ; así cuando tiembla la tierra si interrumpe sus estremecimientos, es para lanzar de su seno hácia el cielo nuevos torbellinos de humo y polvo, nuevos clamores de dolor!

« Mas terrible que la de Asur fué la caída del rey de Egipto. A manera de dragon marino se arrojó

* El pasage que sigue es también imitación de los capítulos XXIX y XXXII de las profecias de Ezequiel sobre la ruina de Egipto. — T. F.

al río; su planta enturbió las aguas y hacían que á la superficie subiese el limo que yacía en el fondo del cenagoso cauce, y el limo manchó la azulada corriente.

« Y cuando clamó : « yo soy dueño del río, yo abrí su cauce, » tendió el Señor sobre él sus redes, y acudieron pueblos de todas las regiones de la tierra é hicieron caer al monstruo en las redes del Eterno.

« Y cuando el Señor le sacó del río arrojóle sobre la orilla; y cuanto vuela en los aires, cuanto corre ó se arrastra por el polvo, vino á satisfacer su hambre en la carne del monstruo, porque el Eterno se la dió por pasto.

« Sus destrozados miembros palpitantes cubrían montes y valles, su sangre enrojecía las riberas de aquellas aguas donde há poco nadaba orgulloso : en abundancia corría aquella impura sangre : corrió en la cima de los montes y regó los campos y praderas; la tierra, harta de sangre, rehusó beberla arrojándola á los arroyos, y los arroyos se engrosaron con sus ardientes olas.

« Y cuando llegó al fondo del abismo, adonde la cólera divina le había precipitado, encontró en él á todos los heroes, que antes de sus días habían también inmolado á los pueblos á su feroz ambición : la cuchilla del Señor los había esterminado en medio de sus víctimas.

« Allí donde todos duermen yacen también el Asirio y todos sus guerreros; la misma mano que los hirió les abrió tumba en medio de las rocas sepulcrales : á ella han sido precipitados cuantos fueron terror de los pueblos.

« Allí donde duermen se estienden los floridos campos de Elam¹, inmensa tumba de multitud de valerosos guerreros que esterminó la cuchilla del Dios de las batallas : allí han sido precipitados cuantos fueron terror de los pueblos.

« En esa misma tumba están sepultados Mesec, Thubal² y sus cohortes; sus restos deshonrados no reposan sobre trofeos de armas, última gloria á que puede aspirar un guerrero vencido; no, los secos huesos entapizan de blanco aquel suelo.

« Orgulloso Faraon también á tí te llegó la vez de verte oprimido bajo las plantas de los vencedores, bajo el peso de los poderosos que fueron terror de los pueblos : has muerto en medio de cuanto mató la espada.

« Los soberanos de Edon³, caudillos de tantos ejércitos victoriosos yacen en la misma region, en el fondo de los tenebrosos sepulcros á que los hizo

¹ Region del Asia llamada por los Griegos Elyamaís, y cuyos moradores estuvieron constantemente en guerra con el reino de Judá. — T. F.

² Nombres de dos caudillos enemigos de Israel. — T. F.

³ Region del Asia que los Griegos llamaban Idumea. — T. F.

descender la ira de Dios : cayeron bajo el hierro que hirió á sus cohortes.

« Y con ellos desaparecieron los pueblos de la rica Sidon ¹ y sus magníficos príncipes. Con el rumor de la vergüenza en la frente murieron aquellos heroes, porque la derrota era para ellos mas terrible que la muerte, y vencidos sucumbieron en el campo de batalla.

« Aquellas victimas innumerables inmoladas en los combates recibieron á Faraon en el fondo de los infiernos, lanzando en torno de él desesperados gritos de maldicion.

« Dios destructor, tú has castigado al orgulloso Faraon ; Dios del universo, tu justicia cayó sobre él y sus guerreros : ella esparció en el mundo santo terror. »

Desde lo mas elevado del empireo buscan los ojos de los inmortales en la movible tierra aquella region donde se levanta Jerusalem, y la contemplan con melancólico gozo : pero casi inmediatamente apartan de ella sus miradas los ángeles de la muerte para fijarlos en la mansion de los tormentos. El rumor lejano de sus trompas brama sordamente como las olas del mar, cuando se estrellan contra los peñascos de la costa ; y con voz lúgubre y poderosa envian á Jerusalem estas sombrías palabras.

¹ La fama de la riqueza y magnificencia de esa ciudad del Asia es tan antigua que Homero la celebró ya en sus poemas. — T. F.

« Abismate, ciudad de Dios, abismate : desaparece en medio del tumulto de los combates, en medio de una nube de humo y de un torrente de llamas, tú que has rechazado el brazo protector del Eterno ! ¡ Ciudad de Dios ! conviértete en un monton de ruinas.

« ¡ Jesus ha pronunciado contra tí palabras de muerte ! Roma ejecutará su sentencia, porque el águila esta ansiosa de carnicería ; y ya Dios dirige al guerrero llamado á destruirte : ya la venganza brilla en sus feroces miradas.

« ¡ El arado abre profundos surcos ! ¡ Dios mismo tiene la cuerda que los traza ; Dios mueve la mano que siembra de sal el valle que él visitó consagrándole al mayor de los triunfos ; clamores de victoria resuenan en los campos que el Señor midió !

« ¡ Queremos la sangre del hijo ! Tal fué el anatema, orgullosa Judá, que tu propia boca hizo descender sobre tí desde el elevado trono, y tus acciones clamaron aun con mas fuerza ; y el caudillo romano te ha oido. ¡ Tú desaparecerás de la tierra, tú serás aniquilada ! »

Como el sabio religioso que á impulsos de la piedad olvida la tumba, ó no se acuerda de ella mas que asociando á su idea la de la resurreccion, ó bien como el viagero que contemplando estasiado el pais que atraviesa, én una mañana de primavera, dirige al Creador sus fervorosas oraciones ;

así los seráfines que guían al séquito del Mesías contemplan su triunfal camino. Los torrentes de luz que arrojan de sí los mas elevados cielos donde innumerables estrellas describen eternas órbitas, se cruzan sin chocarse inundando el aereo camino con tal resplandor, que hasta los querubines mismos caen en santo éxtasis, y sus voces sonando de astros en astros entonan este sublime himno :

« ¡Cantad su gloria, soles y mundos! Y vosotros, silenciosas estrellas, que atravesais el resplandeciente camino que ha escogido para regresar á su padre, repetid con los ecos de vuestros montes los salmos, que la naturaleza entona cuando pasa aquel cuya omnipotencia es superior á todas las alabanzas.

« ¡O naturaleza divina, no te canses de cantar á tu Creador! ¡Inunde tu voz los cielos para glorificarle, y pueda uno de los poderosos rayos del santuario hacer que descendan tus cánticos á los abismos del Cedron y al valle de las palmas!

« Océanos de la luna, océanos de la tierra, haced oír los bramidos de vuestras olas; elévense y reúnanse con la armonía estelar, como el mismo alien-to que mece los ramos del palmero conduce el suave sonido de las arpas hácia las regiones donde la aterradora trompeta acompaña á los salmos de los inmortales.

« ¡Cuan imponente y magestuosa es vuestra

eterna marcha, legiones de astros, cuyo número solo Dios conoce! Cuan deslumbradores vuestros rayos que para anunciar al trono la gloria del Salvador, se unen y confunden con los de la divina luz, terrible guarda del santuario de los cielos.

« ¡Por tí, hijo Eterno, entona el universo himnos de gratitud y admiracion; por tí, fuente de toda bienaventuranza; por tí santo de los santos, manantial inagotable de alegría y de felicidad, por tí que has revelado á tus criaturas el camino de la salvacion!

« Tú las guías por las sendas del laberinto hasta las inefables delicias de las eternas recompensas. Sí, el Salvador guiará á sus elegidos en los sombríos laberintos de la vida durante los siglos de los siglos. »

Callaron los seráfines, mas el eco suave de sus voces y el sonido de sus arpas estendiéndose por el aire, que acaban de herir en el espacio, llenan los ámbitos de este con un vago rumor semejante á la armonía misteriosa de los bosques cuando brama en ellos el lejano torrente arrastrándose en los peñascos; cuando de espeso matorral mana la fuente impetuosa; cuando la acelerada corriente de los arroyos serpentea en pedregoso cauce entre zarzas y arbustos; cuando el viento del oeste agita las hojas del olmo ó encorva el elástico tronco de la mimbre. Dulce concierto de las melodías de la na-

turalza, cuando blandamente halagas los oídos de la joven doncella imagina esta escuchar la música de sus bodas.

Continuaba el acompañamiento subiendo por su camino cerca del cual una de las estrellas que acompaña al sol acababa de llegar al punto de lo infinito señalado para su transformación. Convulsivo temblor se apodera de ella y la estremece de polo á polo : ábrese el suelo y se hunde; estallan las montañas vomitando llamas; las aguas se enfurecen, hierven, y se deshacen en abrasados vapores. Hasta para los ángeles es horrible aquel desorden, en medio del cual las fuerzas primitivas que al parecer obran sin concierto ni ley esparcen la semilla de una nueva creación, semilla que germinando en el acto engendra nuevos mundos.

Algunos de los justos resucitados, que los rayos de Sirio sostenían, cantaron este himno á la gloria del Redentor :

« Sagrado amor del Hijo, tú eres la bienaventuranza de los cielos. Tú diste á la razón su antorcha divina, al sentimiento su celeste fuego. Tú eres el día que amanece para no ocultarse nunca en el Océano, el eterno día de los bienaventurados.

« Ángel del trono á quien el Eterno ha encomendado el cargo de dirigir la triunfante marcha de su Hijo por la inmensidad de los cielos : también para nosotros, elegidos de Cristo, has desplegado tus

poderosas alas : también delante de nosotros agitas las palmas del triunfo.

« Ángel del trono que vuelas sirviéndonos de guía, dínos quien es aquel á quien las legiones de los astros saludan deteniéndose en su presencia ; quien es aquel para quien resuenan todas las armonías celestiales, y á quien el abismo reconoce como soberano retrocediendo ante él. Ángel del trono, dínos quién es.

« Es la víctima del altar de Gólgota, es el Mesías que por vosotros ha padecido sed, vergüenza y todos los tormentos de la más terrible de las muertes, de la más terrible, sí, porque en el instante supremo hasta su mismo Padre le abandonó ! Ángel del trono, tú lo has dicho, sí, él es.

« Torrentes de luz, precipitaos para salir al encuentro de la muda y temerosa multitud que de la tenebrosa profundidad de la tierra se levanta y viene á aumentar este piadoso acompañamiento. Murmurad, celestes armonías, más blandamente preparando á los reciénvenidos á la contemplación del Hijo en su gloria divina.

« ¡ Ángel del trono, tú has proclamado en todo el Universo el día del triunfo, el día del regreso de Cristo al trono eterno ! Vosotros todos los que aun gemís en los lazos de la terrena vida apresuraos, si Dios se digna permitirlo, á dejar vuestra cárcel

de barro, y venid á contemplar al Hijo en su gloria inmortal.

« Él es el dueño y absoluto soberano. Diríjanse á él todas las preces, porque él es quien envía de mundo en mundo un angel que atiende á los ruegos de los infelices : él es quien envía á un angel así á las mas altas regiones como á los mas profundos abismos, para que en todas partes derrame las bienaventuranzas que él solo puede dar.

« Los torrentes de luz y el eco de los cantos del séquito triunfal han llegado hasta vosotros, habitantes de la remota estrella, que á tal altura se ha elevado que ya está fuera del alcance de la vista de los hijos de la tierra.

« Él es el dueño y soberano absoluto. Dirigid á él vuestras preces, porque él es quien envía de mundo en mundo un angel que atiende á los ruegos de los infelices : él es quien envía un angel así á las mas altas regiones como á los mas profundos abismos, para que en todas partes derrame las bienaventuranzas que él solo puede dar.

« ¡ O delicia inefable ! ved como brilla el Hijo divino en medio de los ángeles, en medio de los resucitados que su sangre redimió, que su sangre despertó, que su sangre trasfiguró antes del día del juicio universal.

« ¡ O tú, cuyo ser no tuvo principio ! ¿ Por qué senda celestial has hecho caminar á tu Hijo en el

laberinto de la muerte ? Su marcha triunfante empezó en los confines del sepulcro. Ya salió de las tinieblas que oscurecieron su agonía, el Hijo del Eterno.

« En el océano de la creación, allí donde la ola que se convierte en montaña va á tomar asiento en la orilla, allí, divino Mesías, mora tu pueblo; pueblo que no habiendo pecado no había menester la sangre de la redención, y sin embargo por él corrió esa sangre ; y tú le santificaste con tu bendición.

« Y para siempre se borró de nosotros el pecado cuya voz acusadora, reducida á silencio, no penetrará en adelante en los pórticos de la morada de los ángeles, ni llegará á los oídos del Juez supremo pidiéndole venganza.

« Terrible y atronador era el acento de aquella voz y sùtiles los oídos del Juez : pero clamando el Mesías *consumado está*, sonaron en torno del altar del sacrificio cánticos de victoria ; y al oír la voz tonante del Hijo enmudeció el pecado para siempre.

« Cristianos, como vosotros cantamos los ángeles al pie del trono las glorias de Cristo. Donde quiera que el árbol de la salud tienda para vosotros su sagrada sombra, también á nosotros nos acogerá ; cuando quiera que el manantial de la salud brote para vosotros también satisfará nuestra sed.

« ¡Criaturas de los pasados tiempos, vosotras conocisteis el terror de los réprobos! Al huir de Horeb¹ corrieron por vuestras megillas abrasadoras lágrimas, lágrimas de sangre, porque la mano del Juez os había herido.

« Mas nosotros... nosotros nunca temblamos á la orilla del precipicio donde yacen la muerte y la condenacion, donde los platos de la balanza chocan uno con otro, donde lleno en demasia se derrama el caliz de la cólera divina. Nosotros nunca sentimos las terribles angustias del naufrago á quien la misma irritada ola que al parecer iba á estrellarle contra las rocas de la costa le arroja en una playa florida. »

Otros coros entonaron nuevos himnos. Nada hay en la tierra comparable á los celestiales cantos: mas dulces son que la voz del amor; mas solemnes que los suspiros del moribundo que ya comienza á ver los cielos donde se le aguarda; mas entusiasmada que los clamores de alegría del resucitado cuando sale del sepulcro.

El aereo acompañamiento ha llegado á la feliz estrella habitada por aquel linage de hombres que no habiéndose nunca envilecido con el pecado es-

¹ Montaña de la Arabia Petrea de la cual salió Moisés, que con su pueblo se había establecido en ella, por disposición del Altísimo. Deuteronomio, I. — T. F.

tán exentos de pagar tributo á la muerte¹. Aquellos inmortales, viendo pasar sobre su planeta al Mesías y á los resucitados, comenzaron á reunirse en apiñados grupos que pronto se convirtieron en compacta muchedumbre. En medio de ella se ve al padre de aquel linage que volviendo los ojos al cielo y clamando: « El Redentor, » cayó de rodillas; sus innumerables hijos postráronse á su lado, y de bosque en bosque, de montaña en montaña repitió el eco: « El Redentor, el Redentor. » Entre aquellos hombres se halla Toa², á quien el Salvador sacó de los sombríos valles de la muerte para traerlo á aquella dichosa morada donde el pecador perdonado siente con mayor intensidad el gozo de la recobrada inmortalidad. Lleno Toa de gratitud unió su voz á la de los habitantes de la feliz estrella clamando con ellos: « El Redentor, el Redentor. »

Mientras que el Hijo del Eterno escucha los salmos de los elegidos y los recompensa sumiéndolos

¹ Alude Klopstock á la raza ó linage de hombres inmortales que tan bellamente ha descrito en el canto V, pág. 184 y siguientes del tomo I. — T. F.

² El mancebo inmortal de quien se habla en este pasaje es el mismo á quien en el canto XVI, pág. 246 de este tomo II, presenta Klopstock entre las almas juzgadas por Cristo en el monte Tabor. Entonces nos dijo el poeta el severo castigo que á su culpa se impuso: ahora supone sin duda que obtuvo misericordia, pues nos lo muestra de regreso á su nativa estrella y en medio de su familia. — T. F.

en dulces éstasis, levántase de la tierra la voz de dos mortales, quienes habiendo visto á los resucitados están iniciados en los secretos de los cielos. El Dios reconciliado, y el Dios reconciliador se dignaron escucharlos. Magestuosos árboles protegen con su sombra á los dos futuros cristianos; el céfiro embalsamado los halaga blandamente; y el murmullo de un arroyo sirve de acompañamiento á la dulce voz de una esposa que con amor constante ama primero á su Dios, y despues al compañero que aquel le dió para este mundo. Así cantó la esposa :

« Lánzate, ó alma mia, tú á quien el Eterno ha creado para el reino de la luz; tú, á quien él ha redimido. Une tus tímidos acentos á los del coro de resucitados que en los cielos le acompañan, que tambien la voz de aquellos fué, mientras habitaron en la tierra, trémula é incierta como la tuya. »

Arboles magestuosos protegen con su sombra á los dos futuros cristianos; el céfiro embalsamado los halaga blandamente, y el murmullo de un arroyo sirve de acompañamiento á la dulce voz del esposo, que con amor constante ama primero á su Dios, y despues á la compañera que aquel le dió para este mundo. Así cantó el esposo :

« ¡O tú, el mas santo de los santos que eres y serás por tu propia virtud! En rededor de tu trono celebran tu gloria los astros que creaste de la nada,

mientras describen sus inmensas órbitas. Lejos de tu trono uno de los débiles átomos de tu creacion se humilla en el polvo, y procura explicar su admiracion y gratitud sabiendo que tú le oyes aun cuando te habla desde el seno del tenebroso valle de las tumbas.

« En medio de los solemnes salmos de las legiones de estrellas mi humilde oracion llega hasta tí, fuente de la luz y bienaventuranzas celestiales, hasta tí que al través de sombríos laberintos nos conduces hasta el pié del trono donde reinas como soberano que eres.

« Santo de los santos, Dios infinito, el canto de éstasis y de felicidad que te dirijo, penetra en las tinieblas que me separan del cielo, y se une á los salmos de tu brillante acompañamiento. Tú escuchas los votos que me atrevo á explicar; y adivinas aquellos que mi pensamiento no osa formular.

« Dios de bondad, no apartes nunca tus protectoras miradas de los esclavos de la muerte: agota el manantial de las amargas lágrimas que en este valle derraman. Si tu inmutable sabiduría dispuso que las penas y desdichas sean único patrimonio de este gusano, ármale de santa resignacion, y guíale hasta el pié del trono donde la contemplacion de tu divinidad será su recompensa. »

Calló abrumado bajo el peso de su insólita emo-

cion : mas pronto reanimado por su piadoso celo volvió á cantar en voz mas fuerte :

« La voz del mas humilde de tus hijos suena inapercibida en la tierra, pero aquel que escucha á los celestiales coros la oye en medio de sus melodiosos acentos, como á la hoja que en el arbol se estremece cuando el eco de los montes repite los bramidos del trueno, cuando el torrente derrama sus espumantes olas sobre la verde alfombra de los prados.

« Arpa consagrada al Señor, despierta, sigue el vuelo de los celestes cantos; y sea el tuyo un himno á la gloria de aquel á quien celebran la armonía de los astros y el santo éxtasis de los arcángeles. Y vosotros mis trémulos labios suspirad sus alabanzas; hacedlas resonar en el espacio infinito, hacedlas resonar tambien en el polvo. ¿Mas cual de sus beneficios habré de cantar primero? ¿con cual de ellos terminaré mis cantos?

« Celebrarte, Salvador del mundo, es gozar anticipadamente las delicias del cielo, mas ¡ay! ¡quien podrá desempeñar dignamente tan noble é inmensa tarea!

« El pensamiento se confunde cuando quiere elevarse hasta la inmensidad de tu gloria : la imagen que de ella se atrevió á formar se cubre de santas tinieblas desapareciendo como los encantados paisajes que al salir el sol se dibujan en la atmósfera, y se disipan luego que el astro se levanta sobre el

horizonte. Santas tinieblas velan la imagen que me atreví á formar de tu gloria, y sin embargo te cantaré escuchando el eco de los celestiales coros, y repitiéndolo en la tierra con piadoso estremecimiento.

« ¿Quién á tí se asemeja? ¿Quién á tí puede compararse, Dios poderoso? ¡Tú concebiste la existencia antes de darles á tus innumerables criaturas las sensaciones, los pensamientos, el destino! Tu mano arrojó la semilla de la creacion en lo infinito, y despues la dividió, y despues la cubrió con numerosas capas de siglos para que germinando madurase tan divina semilla.

« Y cuando hayan pasado los siglos de los siglos empezará la eterna cosecha del trono, habrá la creacion llegado al término de su carrera y conseguido el fin de su existencia; y así el dolor como la alegría nos conducirán al reino de la luz.

« Y lo mismo el que ha llorado que el que se regocijó comprenderán que cuanto les parecía noche y misterio preparaba su eterna salud.

« Pero antes de que llegues, dia del desenlace de la creacion, habrá el hombre de padecer en la tierra como flor que se agosta en árido suelo, y habrá de sentir temblando que la muerte y la destruccion van á herirle! Las lágrimas y sollozos harán que olvide el objeto de su peregrinacion por la tierra cuando debiera tener siempre presente que Dios

predestinó al hombre para la felicidad eterna, y que su voluntad ha de cumplirse. Sí, se cumplirá tu libertad bienhechora, ó soberano del mundo. ¡Ay! ¡porqué no puede la tierra responder mas que con suspiros y lamentos á los clamores de alegría de los cielos! ¡Porqué desde el valle de las tumbas han de elevarse continuamente tristes y lastimeras voces á las regiones donde los suaves acentos de las arpas acompañan á la voz de los ángeles y á los cantos de gratitud, solo por lágrimas de alegría interrumpidos! »

Entonces algunos querubines y resucitados entonaron el cántico de la ruina de Babilonia; y el coro de los resucitados cantó ante el Redentor de esta manera :

« ¡Sombrio y terrible es el dia del juicio del Eterno! La muerte apresura sus ferreos pasos, la tempestad su vuelo destructor; proféticas nubes las preceden, y Dios realiza las profecías de las nubes.

« ¡Húndese la soberbia Babilonia, tierras y mares tiemblan al estrépito de su caída, el rayo cruza los cielos! Cúmpliósese la voluntad del Eterno, y la terrible trompeta que anunciaba el dia de la justicia dejó de sonar en la estremecida llanura.

« Hundiósese la soberbia Babilonia. ¿Será tan terrible dia el último de los eslabones de la cadena

de los tiempos? ¡Ya Babilonia no es mas que un monton de ruinas! ¡Desdichada de tí, orgullosa ciudad que descendes á la inflamada sima! »

Querubines y resucitados entonaron el cántico de la ruina de Babilonia; y así cantó el coro de los querubines :

« ¡Ya se abisma y desaparece la gran Babilonia! Ya fermenta hirviendo el veneno mortal que en engañosa copa ofrecia á los mortales la ciudad maldita. ¡Para tí, Babilonia, llenó el renumerador completamente el caliz del juicio supremo!

« Demasiado tiempo, ciudad ahora destruida, se embriagó el universo con tu pérvida copa : en ella bebió la seducción, el vértigo, la rabia y la muerte! ¡Sonó la hora de la venganza : el Eterno derramó sobre tí el caliz de su ira, y espiraste en tu embriaguez! »

Los bienaventurados que ya cumplieron el glorioso destino del martirio celebraron así aquel dia de la primera resurreccion :

« Aquellos á quienes Dios se digna vengar pasan de los tenebrosos valles de la tierra al reino de la luz revestidos con la blanca túnica de la salvacion, y esplendentes como los astros, porque Dios se digna vengarlos!

« Aquellos cuya sangre corrió con la del Redentor, reciben la recompensa á que él los destina. A

su gloria y poder los asocia aquel Dios que pereció en la cruz á manos de crueles verdugos. Sépalo en fin y enmudezca la tierra de temor y sorpresa. ¡Todos aquellos á quienes rechace y sacrifique porque no quieran quemar el incienso á Dios debido en las aras de Satan, tendrán asiento en redor del trono del Eterno y con él reinarán sobre los orbes! »

Solitaria, desconocida y lejos de las islas que se proclaman soberanas de los mares, se oculta Patmos entre las espumantes olas que la circuyen. Un día en sus orillas desiertas oirá sonar á la temida trompeta el discípulo encargado de anunciar á los futuros tiempos la mas misteriosa de las revelaciones de su divino maestro. A la sombra de los bosques de la dichosa isla, se dignará el Hombre-Dios aparecerse en medio de siete candeleros de oro, vestido de una ropa talar, ceñido por los pechos con una cinta de oro, cubierta la cabeza por una cabellera mas blanca que la nieve. Resplandecerá su rostro como el sol, llamas de fuego serán sus ojos; de bronce incandescente sus plantas, saldrá de su boca una espada aguda de dos filos, y en la diestra llevará siete estrellas. Y lleno de terror caerá el profeta ante sus pies como muerto: mas el Juez del universo imponiendo su diestra sobre él se dignará hablarle.

Entonces no juzgará el Señor al universo, mas

pronunciará la primera sentencia de las siete iglesias, sentencia llena de misericordia ¹.

Largos tiempos hace que los ángeles y los patriarcas presienten aquella sentencia de misericordia, y los cánticos que dirigen al Dios clemente expresan la dulce certidumbre en que se hallan de que de las primeras iglesias han de nacer para la vida eterna hijos tan numerosos como las gotas del rocío de la mañana; así como de que Jesus velará sobre todos con mas inagotable ternura que la de la mejor de las madres hácia su tierna familia. El corazón de una madre llega á endurecerse para sus hijos si son demasiado culpables: pero el amor y la misericordia de Cristo no tienen límites.

Y los ángeles y los patriarcas cantaron:

« ¡Efeso ²! desdichada Efeso, vuelve á tu fervor primero: tu caída fué muy honda; levántate ó derribado será tu candelabro y apagada su llama.

« Gloria á tí, divino Mediador, que tienes eternas recompensas para el caído que se levanta. Tú le elevas sobre las ruinas del torrente cuyas cristalinias aguas que nacen al pie de tu trono, riegan las raíces del árbol de la vida. Tú le permites sentarse

¹ Este pasaje es una imitación ó mas bien copia del capítulo I del Apocalipsis. — T. F.

² Una de las siete primeras iglesias establecidas todas en las ciudades del Asia, que á continuación se enumeran: Efeso, Esmirna, Pergamo, Thyatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. — T. F.

á la sombra de aquel arbol y coger sus frutos.»

Otro coro que volaba en las mas altas regiones hizo sonar enérgicamente las arpas de oro y cantó con la exaltacion del éstasis :

« Dignos son de tí, Hijo del Eterno, tus hijos de Esmirna que burlando la cautividad y la ignominia, padecen alegres siéndote fieles hasta la muerte. La corona del martirio los espera. »

Y un coro de resucitados cantó en voz dulcemente lastimera :

« ¡ Cuan digna de envidia es tu gloria, ó Pergamo! En tu seno caerá bañado en sangre, morirá por su Dios el mártir Antipas. Inmortales, glorificad ese nombre; repetid en alta voz : ¡ Antipas, Antipas! »

« Mas hay entre los tuyos, ó Pergamo, algunos que semejantes á Balac ¹, causan grande escándalo. El maná escondido no alimenta mas que á los fieles, y de ellos solos darán un día testimonio los cielos. »

Y un coro de ángeles cantó en voz dulcemente lastimera :

« Tienes, Tiatira, la fe y el amor; valerosa eres, caritativa y paciente: pero toleras que una pérfida

¹ Rey de los Moabitas, que mandó á Balan que maldijese al pueblo de Israel. — T. F.

muger ¹, que se dice profetisa, seduzca á los débiles, é induzca en tentacion á los fuertes. No olvidés que tu Juez escudriña las entrañas y los corazones.

« Aquel que fuere hallado puro y sin mancha reinará con el Salvador sobre todas las naciones; llevará en su mano cetro de bronce, y ceñirá su frente con corona de estrellas. »

A los estrepitosos cánticos, á las dulces melodias de las arpas, al terrible sonar de las trompetas, siguió repentinamente melancólico silencio. Solas algunas aisladas voces llegan al Mesías pidiendo misericordia.

« ¡ Juez del Universo, apiádate de Sardis! Ha muerto la desdichada Sardis, y las ilusiones que la perdieron la persuaden tambien de que aún vive. Apiádate de ella, Mediador divino. »

« Despiértate del sueño de la muerte, desdichada Sardis: ya truena á lo lejos la amenazadora voz del Juez supremo. Su vuelo es rápido; escucha esa terrible voz que despierta á los muertos! »

« ¡ Recibirá el vencedor blanca túnica, brillará su nombre en el libro que en el último día del mundo ha de designar á los elegidos; y pronun-

¹ Jezabel. Klopstock hace en todo este pasage una paráfrasis de las palabras que San Juan, en su Apocalipsis, dirige á todas y á cada una de las siete iglesias. — T. E.

ciado será su nombre por el Salvador á la faz de los ángeles, á la faz del Eterno! »

Y otro coro que volaba en las mas altas regiones hizo sonar enérgicamente las arpas de oro y cantó con la exaltacion del éstasis :

« Salve, ó Filadelfia, pocas fuerzas te ha dado el Salvador, y sin embargo tú no le desconoces, antes por el contrario estrechas los vínculos de la nueva alianza. Los réprobos, seducidos por Satan, se te acercan temblando, y al verte caerán en el polvo.

« Salve, ó Filadelfia, el Señor te ha dado pocas fuerzas, y tú sin embargo no le desconoces, antes por el contrario estrechas los vínculos de la nueva alianza. Cuando á la tierra oprimas, hora del espanto y de la desolacion, pasa ligeramente sobre Filadelfia la muy amada del Señor. Rebaño fiel, guarda cuidadosamente tus sagrados terrores para no perder la corona de la salud eterna.

« El Vencedor brillará en el templo donde el Mesías ha de distribuir sus recompensas, siendo la mas bella columna y firme apoyo de aquel edificio. »

Una voz, agitada por aquella dulce tristeza que entre los mortales se esplica con lágrimas, cantó entonces sola de esta manera :

« ; Escucha los lastimeros acentos que te llaman, ó Laodicea! Despierta de tu letárgico sueño; cie-

gos están tus ojos, estraviado tu espíritu; escucha ó tú que fuiste la elegida del Señor, escucha la voz que te llama; despierta ó Laodicea!

« Hombre-Dios, divino Redentor, tú que te dignaste visitar al pecador arrepentido, con él partirás la cena: pero el vencedor que nunca falleció recibirá una corona inmortal, y será por tí elevado hasta el trono en que te sientas en el seno de la luz. »

El séquito triunfal del Mesías continua acercándose al círculo radiante de los cielos. Pulsadas por las manos de los profetas se inspiran las arpas, y de sus cuerdas de oro brotan inmensos torrentes de armonía graves y sublimes como el pensamiento que hace vibrar á aquellas. La voz de los arcángeles, uniéndose á la celeste música, cantó así la gloria del Mesías :

« Descendió del reino de la luz donde reinaba en todo su esplendor, y sus legiones hicieron sonar el terrible llamamiento á juicio. Y las tinieblas del sepulcro dieron libertad á sus víctimas cuando se hizo oír el terrible llamamiento á juicio, cuando se deshicieron montes y mares.

« Las cohortes que su sangre redimió de la muerte se despertaron, y de sus vestiduras emanaban celestes rayos; y sus cánticos de triunfo, estrepitosos como el bramar de las olas, subieron á los cie-

los cuando se oyó el terrible llamamiento á juicio. »

Los arcángeles callaron vencidos por el exceso de su emoción. Un instante resonaron solas las melodías de las arpas, mas pronto volvieron á escucharse las voces de los arcángeles :

« Largo tiempo dormiste, divina semilla, hasta que Dios te ordenó que cubrieses sus campos de doradas espigas. Bienaventurados vosotros, aquellos á quienes de polvo en polvo la perezosa muerte hundió en su seno, porque habeis visto desaparecer el tiempo de los mortales.

« Ahora, divina semilla, te ostentas en todo el esplendor de tu madurez, cuando la voz que llama á los segadores suena en todos los campos del Señor. Bienaventurados vosotros, aquellos á quienes de gloria en gloria reunió el Salvador, porque triunfantes entráis en los resplandores del tiempo de la inmortalidad ! »

Los mayores de entre los ángeles levantan la voz, celestial sonrisa juguetea en sus labios; y los poderosos acentos de su salterio acompañan al cántico de felicidad :

« ¡ Muertos despertad, muertos despertad ! El llamamiento á juicio sonó ya; un clamor de alegría anunció la siega. Donde quiere que el polvo duerma pacíficamente ha oído ese clamor, ha oído la

voz de los ángeles custodios proclamando el día del juicio.

« Apresuraos, levantad vuestros ojos al trono, vosotros á quienes Dios llama con acento de clemencia. Despertaos, volad sobre vuestras tumbas, vosotros á quienes Jesus se digna absolver en el juicio : venid á recibir las palmas del triunfo.

« Venid á sentaros á la inmediateción del Hijo del Eterno bajo los dorados rayos que dan sombra á vuestros tronos. Levantaos todos los que teneis blancas vestiduras y sangrientas cicatrices. Venid, Jueces del Universo, venid á recibir la corona del triunfo.

« ¡ Hélos ahí ! cubiertos de celestes rayos encaminan su grave y terrible vuelo al trono donde se agita la temida balanza del Juez supremo. La sangre derramada en el Gólgota brilla en torno de ellos, y en sus cabezas las coronas de la victoria. »

Desde el seno de la inmensa cadena de montañas de cristal que corre por todo el ámbito de la estrella de Saroná, contemplan los habitantes de aquel astro á los mas remotos orbes que mirados al trasluz de su diáfano prisma les parecen mas grandes y bellos de lo que en realidad lo son. Hasta los cánticos de las fiestas celestiales parecen mas bellos y suaves cuando los repite el eco de la trasparente masa. Numerosa multitud se agrupaba al pie de los montes de cristal y subia por sus laderas hasta

las mas elevadas cumbres, parándose en ellas y escuchando silenciosa y pensativa siempre que los cielos se regocijaban; y tambien subió y escuchó con inefable alegría de todos los corazones cuando el triunfante séquito de Cristo cruzó por encima sus transparentes montañas. El punto en que la imagen del Hombre-Dios se reflejaba despidiendo de sí vivos pero templadós rayos velaba el resplandor de su magnificencia sin ocultar su divina belleza, y tambien en el mismo punto repetía el eco, mas suave y sonoro que en ningun otro, la dulce armonía de los triunfales cantos.

Súbito elevaron su voz dulcísima Débora y Miriam de entre el coro de los profetas, espresando la armonía de las arpas que las acompañaban ora celestial melancolia, ora noble entusiasmo. Cuando cesa la tempestad y se levantan los árboles que ella encoryara estremécese aun el arbusto á impulso de la leve brisa : tal á los himnos de los ángeles se siguió el canto de Miriam y Débora :

« O muerte, tú que en otro tiempo nos llenabas de espanto, eres ahora para nosotros un manantial de inesplicable felicidad. Nunca conocerá las delicias de la resurreccion aquel que antes en el fondo de los nocturnos valles no haya dormido en brazos de la destruccion.

« Vosotros los que sois inmortales nunca descendisteis á la arena del dolor que el humano peregrino

no corre en la tierra; nunca visteis abiertas ante vuestros ojos las tumbas en que yacen los huesos hermanos.

« ¡Vosotros no habeis visto nunca al gusano de la destruccion que se encarniza en cuanto duerme el sueño de la muerte, devorar los helados restos de las prendas de vuestro amor! ¡Vosotros no escuchasteis nunca el rumor siniestro de la azada que abre las tumbas ni el de la pala cuando arroja la tierra que del hoyo salió, sobre el peregrino que para siempre se aparta del mundo!

« ¡Nunca el sordo y lúgubre sonar del ataud cuando al hoyo descende, os ha recordado que tambien sobre vosotros ha de rodar un dia aquella masa helada y fria de tierra que cubre los yertos huesos de vuestros hermanos! »

Y como torrente impetuoso por las nubes arrojado, cuando por la pendiente de los montes se precipita, el coro de los profetas, lanzó al espacio infinito este salmo fulminante :

« ¡Muertos, despertad; la trompeta del juicio sonó! ¡Muertos, despertad; las entrañas de la noche se rasgaron; los abismos de los mares, los cimientos de la tierra tiemblan y gimen! Los huesos han oido el llamamiento del Juez soberano que los arcángeles proclaman en voz alta.

« A un tiempo se hunden los dorados palacios y las pajizas cabañas : los muertos que la tierra se-

pulta y los que las aguas tragan se levantan todos; los vivos mueren para despertarse en seguida.

« La noche reina, el terror llega inspirando el deseo de morir. Los campos, los bosques, la cima de los montes desaparecen en el seno de las irridadas olas. Silencio, arpas de oro, silencio, mientras duran los clamores que al universo arranca el dolor al trasformarse. »

« En lo alto del trono brama la tempestad: el sonido de la trompeta llama y amenaza; el huracan vuela, silva y lleva de polo á polo el terror y el espanto. ¡Silencio, arpas de oro, silencio, mientras duran los clamores que al universo arranca el dolor al trasformarse! »

Dos arcángeles se levantan sobre el acompañamiento, y el primero canta:

« O vosotros á quienes la voz de la trompeta llena de espantoso terror, tambien resucitareis. ¡Ay! ¿porqué la noche no os guarda para siempre en los valles de la destruccion; á vosotros á quienes la sentencia del trono destina al abismo? »

Dos arcángeles se levantan sobre el acompañamiento, y el segundo canta:

« Atronadora voz del Juez supremo, tus terribles acentos resuenan con demasiada fuerza sobre los sepulcros. Tus desdichadas criaturas pedian un sueño mas largo, un sueño eterno: vana esperan-

za; salen de la noche y gimen y claman: ¡Montañas, caed sobre nosotros; montañas, ocultadnos! »

Reina de nuevo el silencio en el triunfal acompañamiento, y como tempranas flores que el céfiro arranca de un árbol y lleva por los aires, Benoni y María, la hermana de Lázaro, se levantan sobre los demas resucitados; bello y resplandeciente aquel como el primer rayo de sol de un día de verano; dulce y tranquila la última como noche de primavera por la luna iluminada. Unieron los dos inmortales sus voces dirigiéndolas al abismo donde Satan vencido yace sin movimiento, á fin de hacerle comprender la felicidad de que gozan los bienaventurados muertos en gracia del Señor:

« Sal en voz de trueno, canto magestuoso: lleva el espanto al fondo de la terrible noche donde yace el rebelde príncipe de las tinieblas. ¡Despertaos y escuchad, ó vosotros á quienes Satan precipitó en la muerte eterna! »

« Los que bajo el peso de las humanas miserias sollozasteis y padecisteis, los que recibisteis el golpe de la muerte en el seno del polvo os despertareis y sereis admitidos á la contemplacion divina. »

« ¿Lo oyes, tú que fuiste su asesino? En vano los acusarás al fin de los tiempos: serán admitidos á la contemplacion divina, y saldrán de sus tum-

bas todos aquellos que padecieron los horrores de la muerte y los terrores de la destruccion.

« Has pasado los dias, has pasado las noches acusándolos al pié del trono con toda la rabia de tu voz; no contentándote con hacer salir del polvo al pecado, sino denunciando ademas fragilidades y errores que envueltas en negras nubes depusiste al pié del trono del Juez supremo.

« Pérfido acusador, Jesus te ha precipitado al fondo de los abismos donde moran los tormentos, los gemidos y la eterna muerte. ¡Para tí no hay resurreccion, para tí no hay contemplacion divina! »

Uno de los ángeles de la muerte apartando de sus labios la temida trompeta cantó :

« Del fondo del mas negro valle de los infiernos se alzaron lastimeras voces y ahogados suspiros, y á su lúgubre concierto se unieron el fragor de la tempestad, los bramidos del torrente, el crugir de las desquiciadas peñas, clamores de rabia y de venganza. Y nosotros, como los postreros rayos del día huyen ante la noche, volamos lejos tristes y pensativos. »

Algunas lágrimas bañaron entonces la mejilla de Gabriel, quien, feliz al derramarlas, dejó salir con ellas los divinos acentos de su profética voz cantando los secretos del porvenir :

« Ya se levanta al cielo la divina esposa brillan-

do con todo el resplandor de la redencion; y ceñida la blanca túnica de la inocencia, sumida en la bienaventuranza de la contemplacion escucha la esposa las celestes melodias, que llegan hasta ella en union con la voz tonante que pronuncia los decretos de la justicia suprema.

« Y á su lado la vé el Hombre-Dios á la esposa inocente y pura que para él santifican los cielos. Inspirad á vuestros cantos insólito entusiasmo, ó vosotros los que unis vuestra voz á la atronadora que pronuncia los decretos de la justicia suprema. »

Exaltado por los proféticos cantos que revelan los secretos del porvenir, el triunfal séquito se levanta volando rápidamente á las regiones de la celeste claridad. No hay arpa que calle, ni coro que suspenda sus fulminantes himnos, todos los inmortales cantan á un tiempo.

Y mientras que el triunfal acompañamiento se elevaba en rápido vuelo desde la tierra al trono divino, entró en el reino de la luz aquel á quien una mirada del Dios de misericordia iluminó en el suplicio; y entraron en el reino de la luz todos los pecadores por la sangre de la redencion rescatados.

« Un coro de ángeles adelantándose al resto del acompañamiento dirigió á los profetas este cántico de felicidad :

« Vosotros, primogénitos del polvo, que fuisteis precipitados en los sepuleros de la tierra, ó en los abismos del mar á consecuencia del terrible decreto que pronunció el Señor en el Paraiso, levantaos ahora en todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia: apresurad vuestro vuelo, venid á juzgar con el Señor ante quien se humillan el resplandeciente santuario de los cielos y las verdes montañas de la tierra.

« En otro tiempo saliendo la mano del Señor de las tinieblas, trazó en los muros de la sala del festin la sentencia del monarca impío. Pesado fuiste por Jehová y hallado falto, tú que gobernabas al mundo sin mas ley que tu capricho; y á fin de que se supiera que el pecador fué hallado falto en el postrero juicio salió una voz del trono y dijo:

« El libro de la vida dará un dia testimonio de las maravillas que obró el hijo mientras vivió en el polvo, y en silencio y con piadosas lágrimas será enterrado por el profeta¹ ese libro donde el Dios vengador escribe las acciones de los hombres en

¹ Todo este pasaje es una imitacion del capitulo XII de Daniel, donde refiere el Profeta la vision que tuvo de la resurreccion general, en la cual Dios le entregó el libro en que se inscriben las buenas y malas acciones de los hombres, mandándole que lo enterrase, para que así permaneciera hasta que los ángeles lo abran para juzgar á los muertos. — T. F.

letras resplandecientes como el relámpago cuando cruza las tinieblas de la noche.

« Los elegidos abrirán al pié del trono las hojas de ese libro, como el océano tiende las olas en su inmenso cauce, y las letras resplandecientes esparcirán en torno de sí el terror y el espanto. Primogénitos del polvo, levantaos en todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia, venid á juzgar con el Señor ante quien se humillan el resplandeciente santuario de los cielos y las verdes montañas de la tierra.

« ¡El mas grande de los dias será aquel en que se revelen los misterios de Dios cuya voluntad suprema reina en la eternidad! Los cielos ven aproximarse á tan gran dia: regocijaos todos aquellos á quienes su luz ilumina sirviéndoos de norte en el laberinto donde hasta ahora vagasteis en tinieblas.

« Aun dura el dia de los terrores: todavía oprime al mundo el dia del juicio: aun tiemblan la sentencia del Hijo los que por ella fueron desechados. Los monarcas trémulos y delirantes vagan todavía por los desiertos clamando: ¡Montañas, caed sobre nosotros, montañas, ocultadnos!

« Mas las montañas permanecen sordas á vuestros clamores; todavía pesa sobre vosotros el dia del juicio; aun tiemblan aquellos que se mofaron de tí, cordero inmolado! Deshaceos, trémulas

montañas, ocultad en vuestras ruinas á cuanto existe, porque la omnipotencia está irritada, porque la víctima que espiró en la cruz pronuncia sentencias de muerte desde su elevado trono.

« Siempre brilla el día de la salud. El Dispensador de la herencia de la luz continua dando á cada uno de sus elegidos la brillante parte que le corresponde; las tenebrosas sendas del laberinto de la vida se aclaran sucesivamente; Dios levanta cada vez mas el velo que ocultaba el camino de su Providencia, y su mano liberal no se cansa de distribuir á los bienaventurados fieles al Salvador, palmas, coronas y vestiduras purificadas en la sangre de la redencion. »

Celestiales lágrimas brillan en los ojos de los elegidos que glorifican al Dispensador de la herencia de la luz; mas no se atreven en su dulce humildad á levantar la vista al Mesías radiante en toda su gloria. De sus arpas no salen mas que débiles y tímidos sonidos; pero los rayos que el Salvador deja caer sobre ellos los penetran de indecible alegría dándoles fuerza para unir al salmo de los cielos este cántico de felicidad:

« Oriente del Empireo, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú, que el día del juicio tendrás la balanza donde han de pesarse los pecados de aquellos infelices por quienes en vano corrió la sangre del Gólgota:

« Glorificado seas, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú, que el día del juicio tendrás la balanza donde han de pesarse los pecados de aquellos infelices por quienes en vano corrió la sangre del Gólgota.

« De tu resplandeciente trono, ó manantial primitivo, sale impetuosa como el torrente de los montes, inmensa como el océano del mundo la fuente de la salud. Mirad, arcángeles, y ved como se estiende sobre todas las regiones del universo el océano de la salud.

« Vosotros lo veiais ya cuando las tinieblas de la muerte nos le ocultaban aun. Cuando en medio de la noche del valle de las tumbas osaban los miserables átomos del polvo acusar á su Dios, y su Dios misericordioso los escuchaba en silencio sin aniquilarlos con sus rayos, ya vosotros veiais el inmenso océano de la salud. »

Sin interrumpir su rápido vuelo hácia el trono de los cielos decide Jesus de la suerte de las almas que acaban de dejar á sus mortales cuerpos. A todas á un tiempo alcanzan las sentencias de su justicia inmutable: unas descenden á los abismos de la eterna muerte; otras, por el contrario, elevándose se unen al séquito triunfal, de donde salen algunas voces aisladas celebrando la llegada de aquellos nuevos hijos de la inmortalidad, de esta manera:

« Hé aquí que llegan las almas que nos envían

todas las regiones, todos los pueblos de la tierra.

« Cuantos habeis dormido en los sepuleros lanzándoos en fin á sublime vuelo os convertís en luz; la antorcha del Redentor os ilumina é inspira; su magnificencia se ostenta á vuestros ojos. »

Enagenadas escucharon las almas ese canto, mas ignorando cual fuese el celeste espíritu cuyo triunfo celebraban los inmortales, sin acertar á comprender la naturaleza de los seres que componian el séquito del Mesias. Primero imaginaron que fuesen hombres sus hermanos, mas á medida que á ellos se aproximaban y que mas de cerca los contemplaban, la beldad resplandeciente y magestuosa de aquellos espíritus aterraba y deslumbraba á los recién llegados. Uno de los resucitados les dirigió estas palabras tranquilizándolos con la dulzura de su voz :

« Sí, no há mucho que eramos hombres como vosotros ; y la misma vida que acabais de dejar hemos vivido : mas nos ha trasfigurado el Redentor divino á quien veis caminar delante de nosotros sobre las estrellas y cuyas gloriosas llagas brillan con los mas puros rayos de la primitiva luz. Contempladle : llegó para vosotros el instante decisivo: podeis aceptar ó rehusar su divina intervencion ; la muerte ha roto todas vuestras cadenas, y nunca fuisteis tan libres como en este momento lo sois. »

Aumentaron estas palabras la dulce incertidum-

bre de aquellas almas : mas un angel, intérprete de la voluntad de Cristo, los condujo á una estrella mandándoles esperar allí á que se les enseñase la doctrina que habia de hacerlas dignas de entrar en la morada de los bienaventurados.

Los celestiales coros que abrian la marcha del séquito triunfal vieron entonces en lontananza el trono del Eterno rodeado de santas tinieblas ; los ángeles se cubrieron respetuosamente el rostro con las alas ; estremeciéronse los bienaventurados ; y la víctima del Gólgota brilló con resplandor mas vivo. Despues de largo silencio cantó así el coro de los resucitados :

« ¡ Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono ! ¡ Arpas celestes, temidas trompetas, cánticos de gloria, celebrad á Jesus, Hijo de Dios ! Él es todo amor y misericordia, y el altar con su sangre manchado así se lo anuncia al universo !

« ¡ Glorificanle los herederos de la muerte ; seráfines y arcángeles le glorifican ! Los justos le celebran en sus piadosas reuniones. ¡ Santo y augusto es, y en sus manos puso Jehová la justicia suprema !

« Herederos de la salud, y vosotros todos, coros de los inmortales, cantad, cantad al Salvador del mundo. Jesus, Hijo del Eterno, tú eres el Rey del universo, tú eres el Rey de la ciudad de Dios construida en lo mas alto de la eternidad.

« ¿Cual será, Padre todopoderoso, la solemne festividad con que restablezcas en su trono al Hijo que padeció cuanto debía padecer, que obró cuanto debía obrar? Rayos del Altísimo, prestad vuestras alas á los cánticos de triunfo de los bienaventurados redimidos con la sangre de Cristo. »

Otro coro de los resucitados frizando en el disco de un sol, cantó de esta manera la gloria del Mesías, quien cada vez se iba aproximando mas á la diestra de su padre.

« O tú, que acabas de consumir el mas sublime de los sacrificios, ¿con qué solemne festividad serás acogido por el que es inmortal como tú? ¿Saldrá de los límites de su santuario para contemplarte á tí, su Hijo, á tí que siempre fuiste con él y en él? »

« ¿Qué palabra podrá explicar, ó augusta víctima del pecado, lo que tú eres para aquel que habiéndote negado sin embargo por tí se levanta; para aquel que habiéndose dormido en el polvo se despierta para la vida de los ángeles? »

« Pasó el Redentor por los tenebrosos terrores de la muerte, y ahora le llama Dios al santuario. Tú, divino maestro, que te humillaste á ser simple mortal, de nuevo eres oriente del Empireo donde todas las criaturas te doblan la rodilla. »

« Y sus clamores de alegría resuenan en el fondo del polvo y en la inmensidad de los cielos! ¡Y glo-

rificado es el Hombre-Dios, el Ungido del Señor! ¡Cantad la gloria del Hombre-Dios! ¡Cantad la gloria del Eterno! »

Calló el coro de los resucitados, y cada vez iban siendo los cánticos de los resucitados menos frecuentes y mas tímidos.

Los siete hermanos heróicos que habian entre los mártires resucitado los primeros, se lanzaron á mayor altura que el resto del acompañamiento clamando :

« La medida de toda perfeccion se esparció en torno nuestro haciéndonos dignos de asistir á la trasfiguracion del vencedor de la muerte. ¡O santo éstasis de los elegidos! corra eternamente el raudal de tus cánticos de felicidad. »

« ¿Pero qué son las alabanzas de las criaturas comparadas con una sola mirada tuya que permitiéndonos contemplarte nos elevas hasta el resplandor de tu trono? A vista de tal magnificencia cesaria nuestro cántico de felicidad si tú no le ordenaras que apresurase el vuelo. »

« ¡Alabemos al Señor que se digna permitirnos celebrar su triunfo con clamores de alegría y solemnes salmos! »

« ¡Magnífico es el santo de los santos; y eco la voz de los inmortales cuando le glorifica, del trueno que precede á sus pensamientos y á sus accio-

nes! ¡Corred, cánticos de triunfo, celebrad los pensamientos, celebrad las acciones del Señor!

« Al Eterno te elevas, ó Mesías divino, tu Padre te llama; desde lo mas alto de los cielos te llama á su diestra. ¡Seguidle, cánticos de triunfo, seguidle hasta el pie del trono! »

Cien querubines, descubriéndose el rostro, vuelan al frente del acompañamiento triunfal, levantan sus palmas hácia el santuario de los cielos y cantan:

« ¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono; arpas celestiales, temidas trompetas, cánticos de gloria, celebrad á Jesus, Hijo de Dios! ¡Él es todo amor y misericordia, y el trueno que brama en el santuario de los cielos, así se le anuncia al universo! »

Los ángeles custodios del trono viendo resplandecer al triunfal séquito de Jesus, permanecieron al principio inmóviles de sorpresa, mas pronto lanzaron á los espacios infinitos clamores de alegría y de enagenamiento. Ninguno de ellos hasta entonces supo el día ni la hora en que el Hijo del Eterno había de volver á ocupar su sitio en los cielos. A la vista del triunfal acompañamiento conocen que es llegado el solemne instante, y trasportados de alegría vuelan de montaña en montaña clamando:

« ¡El Mesías, el Mesías! »

Y de floresta en floresta repiten:

« ¡El Mesías! ¡El Mesías! »

Y de rayo en rayo de luz resuena:

« ¡El Mesías! ¡El Mesías! »

Y esas palabras, pasando de altar en altar, llegaron hasta la nube que envuelve al santuario, y al sonar el gozoso clamor los misteriosos bosques, el torrente de las aureas olas y el trueno supremo suspenden sus voces.

Precedido por los últimos rayos de un sol que llega á su ocaso entra el Vencedor de la muerte en el santuario de los cielos. Vacilan las coronas en las sienes de los ángeles, y todos los inmortales arrojan sus palmas á los pies de Cristo.

Anonadados por su propia bienaventuranza iban los resucitados á detenerse en un bosque que frisa con la orilla del camino solar, mas la trompeta de oro de Gabriel les mandó que siguiesen al Salvador.

Continua Jesus adelantándose hácia el trono, y cada vez es mas profundo el silencio: no hay inmortal que se atreva á levantar la voz; no hay angel que ose herir una sola cuerda de su arpa.

Detiénense los resucitados, y los ángeles siguen al Mesías; mas á poco se postran en muda adoracion.

Solo Gabriel ha seguido á Cristo hasta las gradas

del trono; allí cae de rodillas y permanece abismado en contemplacion de la divinidad.

El Todopoderoso, el infinito, aquel á quien todos los seres creados conocerán un dia adorándole con lágrimas de gozo, Dios, Padre del Mediador, se glorifica en la plenitud del amor divino. El Fundador de la nueva alianza, aquel que desde el principio del mundo fué inmolado y á quien un dia reconocerán todos los seres creados adorándole con lágrimas de gozo; la víctima sacrificada en espiacion de los pecados del mundo; Jesus, el Redentor, el Misericordioso, se glorifica en la plenitud del amor divino!

¡Así vieron los cielos reunidos al Padre; así vieron los cielos reunidos al Hijo: y el Hijo subió las gradas del trono y se sentó á la diestra de su Padre!!!



ODA AL REDENTOR.

Puse en tí mi esperanza, divino Mediador, y canté el himno de la nueva alianza. ¡He llegado al término de tan penosa carrera: muchas veces he caído, pero siempre me has perdonado!

Gratitud ardiente y eterna, despliega tus alas, haz oír las primeras vibraciones de tu arpa. Empieza, empieza: mi corazón se dilata y mis ojos derraman lágrimas de alegría.

Ninguna recompensa te pido; al cantarte, Mediador divino, la fuerza primitiva se despertó en el fondo de mi alma, y sentí en ella angélica felicidad.

del trono; allí cae de rodillas y permanece abismado en contemplacion de la divinidad.

El Todopoderoso, el infinito, aquel á quien todos los seres creados conocerán un dia adorándole con lágrimas de gozo, Dios, Padre del Mediador, se glorifica en la plenitud del amor divino. El Fundador de la nueva alianza, aquel que desde el principio del mundo fué inmolado y á quien un dia reconocerán todos los seres creados adorándole con lágrimas de gozo; la víctima sacrificada en espiacion de los pecados del mundo; Jesus, el Redentor, el Misericordioso, se glorifica en la plenitud del amor divino!

¡Así vieron los cielos reunidos al Padre; así vieron los cielos reunidos al Hijo: y el Hijo subió las gradas del trono y se sentó á la diestra de su Padre!!!



ODA AL REDENTOR.

Puse en tí mi esperanza, divino Mediador, y canté el himno de la nueva alianza. ¡He llegado al término de tan penosa carrera: muchas veces he caído, pero siempre me has perdonado!

Gratitud ardiente y eterna, despliega tus alas, haz oír las primeras vibraciones de tu arpa. Empieza, empieza: mi corazón se dilata y mis ojos derraman lágrimas de alegría.

Ninguna recompensa te pido; al cantarte, Mediador divino, la fuerza primitiva se despertó en el fondo de mi alma, y sentí en ella angélica felicidad.

Poderosas emociones, vosotras habeis hecho desaparecer ante mí al cielo y la tierra : mas en medio de vuestro vuelo, terrible como la tempestad, llegó hasta mí el soplo de la vida, semejante al murmullo de una mañana de primavera, y con él las mas dulces sensaciones.

Nunca comprendereis toda la estension de mi gratitud los que no acertáis á adivinarla ; los que no confesáis que el hombre no tiene para explicar el esceso de su enagenamiento mas que sonidos confusos y mal distintas voces. Magnificamente he sido recompensado viendo correr las lágrimas de los cristianos, y elevando mis ojos hasta las que derramaron los habitantes del cielo.

Tambien he disfrutado de las alegrías de la tierra. En vano fuera querer ocultar la ambicion que llena mi alma. Acelerado palpitaba mi corazon cuando adolescente; adulto aprendí á domar sus impetuosos movimientos.

El amor de todas las glorias, de todas las virtudes es la llama que me sirvió de guía : poderoso y santo fué mi norte, y condujo á mi ambicion por el mas noble de los caminos. Ella, esa llama celestial me salvó del peligroso encanto de las alegrías de la tierra ; ella tambien me inspiró siempre la felicidad de los ángeles.

Y para despertar en mi alma el recuerdo de la santa hora en que fuí iniciado en los misterios de

los cielos hicieron los ángeles resonar en mi oído los armónicos ecos de sus arpas, la atronadora voz de la temida trompeta.

Héme aquí llegado al fin de mi camino; lo conozco y mi alma se estremece. Nobles hermanos de aquel que murió y despertó del sueño de la muerte; si fuera la lengua de los mortales capaz de explicar divinas sensaciones os diria :

Lo que en este instante siento lo sentireis todos cuando para vosotros se abran los cielos.

Tu poderoso brazo, Mediador divino, me ha hecho mas de una vez salvar la tumba que para mí se abria.

Tú me has conservado la vida, tú me has dado valor para hacer frente á las amenazadoras sombras de la muerte que en torno de mí se aglomeraban. Apenas pude verlas á esas terribles desconocidas : huyeron porque tú fuiste mi egida.

¡Volaron !... Puse en tí mi esperanza, divino Mediador, y canté el himno de la nueva alianza. Si he llegado al término de tan penosa carrera es porque puse mi esperanza en tí, Mediador divino!...

